



De Maria Encarnacion  
Maria

4734

AVENTURAS  
DE GIL BLAS DE SANTILLANA,

ROBADAS Á ESPAÑA,

Y ADOPTADAS EN FRANCIA  
POR MONSIEUR LE SAGE,

RESTITUIDAS Á SU PATRIA

Y Á SU LENGUA NATIVA

POR UN ESPAÑOL ZELOSO,  
*que no sufre se burlen de su nacion.*

TOMO SEGUNDO.

MADRID

POR D. GERÓNIMO ORTEGA.

1799.

AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTIILLANA

BUENAS AERAS

Y ADAPTADAS EN FRANCIA

POR MONSIEUR DE SAGE.

REVISADAS A SU PATRIA

Y A SU LENGUA NATIVA

POR DON JUAN DE S. P. L. Y C. DE S. P.

que no tiene de parte de su nación.

TOMO SEGUNDO.

MADRID

FOR. D. ORONIMO ORTEGA.

1797

*Tipolito Casero* 3

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

CONTINUACION DEL LIBRO III.º

CAPITULO V.

VESE GIL BLAS DE REPENTE EN LAN-  
CES DE AMOR CON UNA HERMOSA  
DESCONOCIDA.

Después de haber dormido algunas horas, me levanté de buen humor, y acordándome del consejo que me había dado Melendez, fui mientras despertaba el amo, á hacer la corte al mayordomo, á cuya vanidad me pareció alhagaba el cuidado que yo ponía en rendirle mis obsequios. Recibíome con mucho agrado, y me preguntó si me acomodaba bien la vida que hacían los señores. Respondíle que aunque era nueva para mí, no desconfiaba de hacerme á ella con el tiempo.

Efectivamente fué así, porque tardé muy poco en acostumbrarme. De

reposado y juicioso que antes era, pasé de repente á ser vivaracho , atolondrado y zumbon. Dióme la enhorabuena de mi transformacion el criado de don Antonio ; y me dixo que para ser hombre ilustre no me faltaba mas que tener lances amorosos. Representóme que esta era una cosa absolutamente necesaria en un petimetre ; que todos nuestros camaradas eran amados de alguna persona linda , y que él tenia la fortuna de que le mirasen con buenos ojos dos señoras de distincion. Creí que mentia aquel bellaco , y le dixé : amigo Mogicon , no se puede negar que eres buen mozo y agudo ; pero no alcanzo cómo han podido prendarse de un hombre de tu condicion dos señoras distinguidas , en cuya casa no estás. ¡ Gran dificultad verdaderamente ! respondió Mogicon : ellas ni aun siquiera saben quien yo soy. Estas conquistas las he hecho usando de los vestidos de mi amo , y la cosa pasó de esta suerte. Vístome de señor , imito bien los modales de tal , y vóime al paseo. Hice gestos y cortesías á todas las que encontraba , hasta que tropecé con una que correspondió á mis expresivas muecas. Se-



guila, y logré tambien hablarla. Tomé el nombre de don Antonio Centelles: pedí una cita, hizo algunos esguinces, estreché, convino al fin en ello, &c. Hijo mio, asi me he gobernado yo para lograr tales fortunas, y si tú las quieres tener, sigue mi exemplo.

Éra mucha la gana que yo tenia de hacerme hombre ilustre para que dexase de poner en práctica este consejo, y mas quando tampoco sentia en mí gran repugnancia en tentar alguna empresa de amor. Resolví, pues, disfrazarme de señor para buscar amorosas aventuras. No quise vestirme en nuestra casa porque no se advirtiese; pero escogí en el guardarropa el mejor vestido de mi amo, hice un paquete, y llevéle á casa de cierto barbero amigo mio, donde podia disfrazarme libremente. Vestíme alli lo mejor que pude, ayudándome el barbero; y quando nos pareció que ya no cabia mas, me encaminé hácia el prado de san Gerónimo, de donde estaba bien persuadido á que no volveria sin haber encontrado alguna fortuna; pero no tuve necesidad de ir tan lejos para hallar una de las mas brillantes.

Al atravesar una calle excusada vi

salir de una casa pequeña, y entrar en un coche que estaba á la puerta, una señora ricamente vestida, y perfectamente bella. Paréme á mirarla, y la saludé de manera que pudo bien conocer que no me habia disgustado, y ella por sí me hizo ver que merecia mi atencion mas de lo que yo pensaba, porque levantó disimuladamente el manto, y descubrió un momento la cara mas linda y graciosa del mundo. Fuese en esto el coche, y yo quedé en la calle sorprendido de aquella aparicion. ¡O que hermosura! me decia yo á mí mismo. No me faltaba otra cosa para acabar de trastornarme. Si las dos señoras que aman á Mogicon, son tan hermosas como esta, digo que es el ganapan mas dichoso de todos los ganapanes. Estaria yo loco con mi suerte si mereciese servir á una dama como esta. Mientras hacia estas reflexiones volví casualmente los ojos hácia la casa de donde habia visto salir á aquella hermosa niña, y vi asomada á la reja de un quarto baxo á una vieja, que me hizo señas de que entrase.

Fuí volando á la casa, y en una sala muy decentemente amueblada en-

contré á la venerable y disimulada vieja, que teniéndome por algun marques, me saludó con mucho respeto, y me dixo: sin duda, señor, que V. S. habrá formado mal juicio de una muger, que sin tener la fortuna de conocerle, le ha hecho seña para que entrase en su casa; pero juzgará mas favorablemente de mí quando sepa que no lo hago asi con todo el mundo, y que V. S. me parece algun señor de la corte. No se engaña vmd. amiga, la interrumpí, poniendo la pierna derecha sobre la izquierda, y ladeando un poco el cuerpo con gracia y autoridad. Soy, sin vanidad, de una de las mejores casas de España. Bien se conoce, prosiguió la vieja, y á cien leguas se echa de ver. Yo, señor, tengo gran gusto, lo confieso, en servir de algo á las personas de circunstancias, y este es mi flaco. Habiendo observado que V. S. se paraba á mirar con atencion á aquella señora que acaba de salir de aquí, me atrevo á suplicarle me diga con toda franqueza y confianza si le ha gustado. Me ha gustado tanto, la respondí, que en mi vida he visto criatura que me haya llevado mas la atencion. Os

lo juro como caballero de honor. Así, pues, madre mia, vamos á una los dos, y contad seguramente con mi agradecimiento. Este es uno de aquellos servicios que nosotros los señores nunca pagamos mal.

Ya he dicho á V. S., replicó la vieja, que toda yo estoy dedicada á servir á personas de distincion, y que todo mi gusto es poderlas ser útil en alguna cosa. Por exemplo, yo recibo en mi casa ciertas mugeres, á quienes el concepto en que están de honestas y virtuosas, no las permite admitir en la suya cortejantes, y las ofrezco la mia para que puedan conciliar en ella su inclinacion con la decencia exterior. ¡Bellamente! la respondí, y es muy verosimil que vmd. acabe de hacer este servicio á esa de quien estamos hablando. No por cierto, repuso ella, esa es una señora viuda y mōza, que desea tener un amante; pero es de un gusto tan delicado en este particular, que no sé si encontrará en V. S. lo que busca, aunque sea un señor á lo que parece, de gran mérito. Tres caballeros la he presentado, todos tres á qual mas galan y mas ayroso; y sin embargo ninguno la ha contentado,

despidiéndolos á todos con desden. ¡O, madre, exclamé yo, eso á mí no me acobarda: disponed que yo la hable, y os doy mi palabra que presto os daré buena cuenta de ella. Tengo deseo de verme á solas con una muger esquiva, porque hasta ahora ninguna he encontrado que me resista. Pues bien, repuso la vieja, venga V. S. mañana á esta misma hora, y satisfará ese deseo. No faltaré, respondí; y veremos si un caballero mozo y gallardo pierde esa conquista.

Volví á casa del barberillo sin empeñarme en buscar otras aventuras hasta ver el éxito de la presente. El siguiente dia, despues de haberme vestido á lo señor, fuí á casa de la vieja una hora antes de la que ella me habia señalado. Señor, me dixo, V. S. ha venido muy puntual, á lo que le estoy verdaderamente agradecida, aunque es verdad que el motivo lo merece bien. He visto á nuestra viudica, y las dos hemos hablado mucho de esa amabilísima persona. Encargóme que nada le dixese de esto; pero he cobrado tanto amor á V. S. que no puedo menos de decirle que ha quedado muy enamorada de V. S., y que será un señor

afortunado. Hablando aqui entre los dos, la tal viudica es un bocado muy dulce. Su marido vivió poco tiempo con ella; fué un relámpago su matrimonio, y se puede decir que casi tiene el mérito de una doncella. Sin duda que la buena vieja queria hablar de aquellas doncellas putativas que saben vivir en el celibato sin echar nada de menos.

Tardó poco nuestra heroína en llegar á casa de la vieja en coche como el dia anterior, pero vestida con ricas galas. Luego que se dexó ver en la sala, salí al encuentro, dando principio á mi papel por cinco ó seis profundas reverencias á la petimetra, acompañadas de garbosas y tiernas contorsiones. Acercándome despues á ella con cierto ayre de familiaridad, la dixé: madama, aqui tiene vmd. á sus pies, en este caballerito mozo, una de las mas dificiles conquistas; pero desde que tuve ayer la dicha de ver esos bellos ojos, ástros del mas hermoso cielo, ni un solo instante se ha borrado de mi imaginacion el vivo retrato de tan perfecto original, de modo que enteramente ofuscó el de cierta duquesa que ya comenzaba á poseer mi co-

razon. Sin duda, respondió ella, quitándose el manto, que el triunfo es muy glorioso para mí; mas ni por eso es muy pura mi alegría, porque un señorito de vuestra edad es naturalmente inclinado á la variedad y á la mudanza, siendo tan dificultoso de fixar como el azogue ó el espíritu volátil. Reyna mia, la repliqué, si á vmd. la place, dexemos á un lado lo futuro, y pensemos solo en lo presente. Vmd. es bella, yo la amo, embarquémonos sin reflexiõn, como lo hacen los marineros; no miremos á los peligros de la navegacion; pongamos solamente los ojos en los placeres y gustos que la acompañan.

Diciendo esto me arrojé precipitadamente á los pies de mi ninfa, y para imitar mejor á los petimetres, la supliqué, y aun importuné de un modo algo demasiado natural, que me hiciese feliz, dispensándome su gracia. Parecióme algun tanto conmovida con mis instancias; pero juzgando sin duda que aun no era tiempo de rendirse, me alejó de sí con cierto cariñoso enojo diciéndome: deténgase V. S., que me parece un poco atrevido, y me temo que sea aun mas li-

bertino. Qué, madama (exclamé yo) ¿será posible que vmd. aborrezca á un hombre á quien aman las mugeres de la primera tixera? Solamente á las vulgares y aldeanas parecen mal esas tachas. Eso ya es demasiado, repuso ella, ya no puedo mas, y así me rindo á razon tan poderosa. Veo que con los señores son inútiles los espantos y reparos. Es preciso que una pobre muger haga la mitad del camino. Vuestra es ya la victoria, añadió aparentando una especie de vergüenza, como que padecia mucho su pudor en aquella confesion. Vos, señor, me habeis inspirado afectos que jamas he sentido por nadie; solo me falta saber quién es V. S. para determinarme á escogerle por mi amante. Téngole por un señor, y por un señor de nobles y honrados pensamientos. Con todo eso no estoy muy segura, y aunque me confieso inclinada á su persona, no acabo de resolverme á hacer único dueño de mi amor y de mi ternura á un desconocido.

Acordéme entónces del ingenioso modo con que el criado de don Antonio habia salido de otro apuro semejante, y queriendo yo, á exemplo



suyo, ser tenido por mi amo, la dixe: no tengo reparo de manifestaros mi nombre y apellido, pues no es tan obscuro que me avergüence de confesarlo. ¿Habeis oido hablar alguna vez de don Matias de Silva? Sí señor, respondió ella, y aun diré tambien que en cierta ocasion le vi en casa de una amiga mia. Turbóme un poco, á pesar de mi descaro, esta inesperada respuesta; pero serenándome al punto, y cobrando aliento para salir bien de aquel barranco, proseguí diciendo: me alegro, ángel mio, de que conozcais á un caballero á quien tambien conozco yo: pues sabed, ya que me es preciso decirlo, que los dos somos de una misma casa. Su abuelo se casó con la cuñada de un tio de mi padre, y asi somos, como veis, parientes bastante cercanos. Yo me llamo don César, y soy hijo único del ilustre don Fernando de Ribera, que murió quince años ha en la batalla que se dió en la raya de Portugal. Fué una accion endiabladamente viva, y os haria una exácta y menuda relacion de ella, pero seria malograr los momentos preciosos que el amor quiere se empleen en cosas de mayor gusto.

Despues de esta conversacion me

mostré mas vivamente encendido y apasionado ; pero al fin todo vino á parar en nada. Los favores que mi adorada deidad me prometió , solo sirvieron para hacerme suspirar mas por conseguirlos. La cruel volvió á meterse en su coche , que la estaba esperando á la puerta. Yo con todo eso no dexé de retirarme muy satisfecho de mi buena fortuna , aunque todavia no fuese completa mi ventura. Si no he podido hasta ahora lograr , me decia yo á mí mismo , mas que esperanzas , sin duda es porque siendo mi princesa una dama tan distinguida , la pareció que no podia , ni debia rendirse al primer ataque. La altivez de su nacimiento retardó mi dicha ; pero esta solo se difirió por algunos dias. Verdad es que por otra parte se me ofrecia tambien que quizá podia ser una de las chuscas mas ladinas y refinadas. Con todo eso me inclinaba mas á mirar la cosa por la mejor que por la peor parte , y asi me mantuve firme en el buen concepto que habia formado de la dama. Habiamos quedado de acuerdo , quando nos despedimos , que nos volveriamos á ver el dia siguiente ; y con la esperanza de estar tan vecino al

colmo de mis deseos , me recreaba yo en pensar , que era infalible su logro.

Ocupado de tan risueños pensamientos llegué á casa del barbero. Mu-  
dé de vestido , y fuí en busca de mi amo, que sabia estaba en cierta casa de juego. Halléle con efecto jugando, y conocí que ganaba , porque no era de aquellos fresquísimos jugadores que, ganen ó pierdan , nunca mudan de semblante. Mi amo era burlon , y aun insolente quando le daba bien , pero si perdía no habia quien le aguantase. Levantóse muy alegre del juego , y se dirigió al corral de la calle del Príncipe. Seguíle hasta la puerta del teatro, y allí me puso en la mano un ducado , diciéndome: toma , Gil Blas, que quiero entres á la parte en mi ganancia. Vete á divertir con tus amigos , y á media noche irás á buscarme á casa de Arsenia , donde he de cenar en compañía de don Alexo Seguier. Diciendo esto entróse en el teatro, y yo me quedé discurriendo en qué gastar mi ducado segun la intencion del donador ; pero tardé poco en resolverme. Presentóseme en aquel mismo punto Clarin , criado de don Alexo, y llevéle conmigo á la prime-

ra taberna , donde estuvimos bebiendo y divirtiéndonos hasta media noche. Desde alli nos fuimos á casa de Arsenia , donde Clarin debia tambien hallarse , habiéndosele dado la misma orden que á mí. Abriónos la puerta un lacayuelo , y nos hizo entrar en una sala baxa , donde estaban dos criadas , la una de Arsenia , y la otra de Florimunda , riéndose ambas á carcajada tendida , mientras sus dos amas se estaban divirtiendo en el quarto principal con nuestros amos.

La llegada de dos mozos de buen humor que salian de cenar bien , no podia desagradar á aquellas damiselas , que acababan tambien de acomodarse con las sobras de una cena , y cena de comediantas. Pero ¡qual fué mi admiracion quando en una de aquellas criadas reconocí á mi viudica , á mi adorable viuda que yo habia tenido por una marquesa ó condesa! Ella tambien me pareció no menos sorprehendida de ver á su querido don César de Ribera convertido de petimetre en lacayo. Sin embargo , nos miramos uno á otro sin turbarnos ; y aun nos dió á entrambos tal tentacion de risa , que no pudimos reprimirla , despues de lo

qual, Laura (que este era el nombre de mi princesa) retirándome á parte, mientras Clarin hablaba con la compañera, me asió con gracia la mano, diciéndome en voz baxa: toque vmd. señor don César, dexémonos de quejas, y en vez de ellas hagámonos amistosos cumplimientos. Vmd. hizo su papel á las mil maravillas, y yo no representé desgraciadamente el mio. ¿Que le parece del lance? Ea, confiese vmd. que me tuvo por una de aquellas damas que á veces se divierten en imitar á las que hacen por oficio lo que ellas por burla. Es verdad, la respondí; pero reyna mia, seas lo que fueres, sábetelo que aunque he mudado de forma, no he mudado de parecer. Admite benignamente mi cariño, y permite que acabe el ayuda de cámara de don Matias lo que comenzó don César de Ribera. Quita allá, repuso ella: ten por cierto que te amas en tu propio original que en el retrato de otro. Tú eres entre los hombres lo mismo que yo entre las mugeres: esta es la mayor alabanza que puedo darte. Desde este mismo punto te recibo en el número de mis apasionados. No necesitamos ya de la

vieja para nada : puedes venir aquí con libertad , porque nosotras las damas de teatro vivimos sin sujecion mezcladas con los hombres. Conven-go en que esto no á todos parece bien; pero el público se rie , y nuestro ofi-cio , como tú sabes , es solo diver-tirle.

No pasó la conversacion mas ade-lante , porque no estabamos solos. Hí-zose general ; fué viva , alegre , festi-va y llena de agudezas y de equívocos nada dificiles de entender. La criada de Arsenia , mi adorada Laura , su-peró á todos mostrando mas ingenio y mas agudeza que virtud. Por otra par-te nuestros amos y las comediantas reían arriba tan descompuestamente, que se conocia no ser su conversa-cion mas seria , ni mas circunspecta que la nuestra. Si se hubieran escrito todas las bellas cosas que se dixeron aquella noche en casa de Arsenia , se hubiera compuesto un libro muy ins-tructivo para la juventud. Mientras tanto llegó la hora de retirarse cada uno á su casa , quiero decir , que ya habia amanecido , y fué preciso sepa-rarnos. Clarin siguió á don Alexo , y yo me retiré con don Matias.

## CAPITULO VI.

DE LA CONVERSACION DE ALGUNOS  
SEÑORES SOBRE LOS COMEDIANTES  
DE LA COMPAÑÍA DEL COLISEO  
DEL PRÍNCIPE.

Al mismo tiempo que se levantaba mi amo de la cama, recibió un villete de don Alexo Seguíer, en que decia le quedaba esperando en su casa. Pasamos á ella, y encontramos allí al marques de Zenete y á otro caballero de buena traza, á quien yo nunca habia visto. Don Matías, dixo Seguíer á mi amo, presentándole el tal caballero, este caballero es don Pompeyo de Castro, mi pariente. Reside en la corte de Portugal casi desde su infancia. Ayer noche llegó á Madrid, y mañana se restituye á Lisboa. No nos concede mas que este dia para gozar de su compañía y conversacion. Yo quiero aprovechar un tiempo tan precioso, y para hacerle mas grato y divertido, necesito de tí, y del marques de Zenete. Al oír esto, mi amo dió un estrechísimo abrazo al pariente de don Alexo, y recípro-

camente se hicieron grandes cumplidos. A mí me agradó mucho todo lo que decia don Pompeyo, y desde luego hice juicio de que era hombre de entendimiento sólido, y de un discernimiento delicado y justo.

Comieron todos en casa de Seguier, y despues de comer se pusieron á jugar para divertir el tiempo hasta la hora de la comedia. Entónces fuéron todos al teatro del Príncipe, donde se representaba la nueva tragedia intitulada: *la Reyna de Cartago*. Acabada la representacion volvieron juntos á cenar adonde habian comido, y toda la conversacion se la llevó la comedia que acababan de oir, y los actores que la representaron. En quanto al drama, dixo don Matias, hago poco aprecio de él, porque encuentro á Enéas mas frio é insulso que en la Eneyda; pero es preciso confesar que se presentó divinamente. Veámos lo que nos dice el señor don Pompeyo, porque sospecho que no se ha de conformar con mi sentir. Señores, respondió aquel caballero sonriéndose, veo á vmds. tan pagados de sus actores, y tan hechizados particularmente de sus actrices, que no me



atrevo á confesar que en este punto no concuerdan nuestras opiniones. Bien dicho , interrumpió burlándose don Alexo , porque aqui seria mal recibida la vuestra. Haces bien en respetar las actrices á presencia de los trompeteros de su reputacion. Nosotros vivimos y bebemos todos los dias con ellas ; somos defensores del primor con que representan ; y si fuere menester, daremos certificaciones de que no es posible representar con mayor arte, y ni aun con igual perfeccion. No lo dudo , interrumpió el pariente , y tambien pudieran vmds. darlas de su vida y costumbres , segun la familiaridad con que voy viendo que las tratan.

Sin duda que serán mejores vuestros comediantes de Lisboa , dixo entonces zumbándose el marques de Zenete. Sí, ciertamente, respondió don Pompeyo , valen algo mas que los de Madrid. Por lo menos hay algunos en quienes no se nota el mas mínimo defecto. Esos tales, replicó el Marques, pueden contar con vuestras certificaciones. Yo , repuso don Pompeyo , no tengo trato alguno con ellos , ni concuro á sus francachelas ; y asi puedo juzgar de su mérito sin preocupacion

ni parcialidad. Pero en buena fe, prosiguió, ¿estais verdaderamente persuadidos á que en vuestros comediantes teneis una compañía excelente? No parblios, respondió el Marques, yo solamente defiendo un número muy corto de los actores, y echo á un lado á todos los demas. ¿Pero me negareis que es admirable la primera dama que representa el papel de Dido? ¿No lo representa con toda la nobleza, con toda la magestad, y con todo el agrado que nos figuramos en aquella desgraciada reyna? ¿Y no habeis admirado el arte con que interesa al espectador en sus afectos, haciéndole sentir aquellos mismos movimientos diferentes, que excitan en ella las diferentes pasiones? Parece que se consume, ó que se exhala quando llega á lo mas fino y mas patético de la declamacion. Convengo, respondió don Pompeyo, en que mueve á llanto, y excita compasion; esto quiere decir que representa bien, pero no que carezca de defectos. Dos ó tres cosas me chocaron en ella. Por exemplo: quiere expresar un afecto de admiracion ó de sorpresa: vuelve y revuelve aquellos ojos de un modo tan vio-

lento y tan fuera de lo natural, que verdaderamente dice muy mal en la magestuosa gravedad de una princesa. Añádese á esto, que con engrosar la voz, la que tiene naturalmente dulce y delicada, forma un sonido bronco bastante desapacible. Fuera de eso, en mas de un lugar de la tragedia hacia ciertas pausas que alteraban ú ofuscaban el sentido, dando motivo para sospechar que no entendia aquello mismo que decia. Con todo, creo que fuese mas bien distraccion, que falta de inteligencia.

A lo que veo, dixo don Matias al censor, ¿vos no estais de humor de componer versos en aplauso de nuestras cómicas? No digais eso, respondió don Pompeyo, antes bien descubro en ellas un gran talento por entre los celages de algunos leves defectos, y aun diré que me encantó la que hizo papel de criada en el entremes. ¡Que naturalidad la suya! ¡Con que gracia se presentó en las tablas! sin embargo de que un dicho agudo no tiene en su papel, le sazona con cierta risita taimada, llena de mil gracias, que le añaden infinita sal. Podrá quizá notársela que alguna vez se dexa llevar algo ex-

cesivamente de su viveza , y que pasa los límites de un desembarazo mugeril, que siempre debe contenerse en los términos de vergonzoso y honesto ; pero no hemos de ser tan rigurosos. Yo solo quisiera se corrigiese de una mala costumbre que ha tomado. Muchas veces en medio de una escena , y en un pasage serio , interrumpe de improviso la accion , por dexarse llevar de una loca gana de reir que la da. Diráseme acaso que entónces es precisamente quando mas la aplauden el patio y la cazuela. ¡Grande aprobacion por cierto !

¿Y que nos dice vmd. de los comediantes? Sin duda que contra estos disparará toda su artillería , quando no ha perdonado á las comediantas. No es asi , respondió don Pompeyo, vi algunos actores jóvenes , que prometen mucho ; sobre todo me gustó bastante aquel comediante gordo que hizo el papel de primer ministro de Dido. Recita muy naturalmente , y como se debe recitar. Si esos le contentaron á vmd. tanto , dixo Seguíer, habrá quedado hechizado del que hizo el papel de Enéas. ¿No le pareció á vmd. un gran comediante , un actor

original? Y aun demasiado original, respondió don Pompeyo, porque tiene tonos que son privativos suyos, por señas que son bien agudos y bien descompasados, tanto que casi todos salen fuera de lo natural. Precipita las palabras donde se encierra el sentido, y se detiene en las otras que no contienen alguno. Tal vez hace tambien gran esfuerzo en las puras conjunciones. Divirtiόμε infinitamente, con especialidad en aquel pasage en que explica á su confidente la violencia que le cuesta la necesidad de abandonar á su princesa. No es fácil expresar un dolor tan ridiculamente. Poco á poco, primo, replicó don Alexo, al paso que vas, nos harás creer que aun no se ha introducido el mejor gusto en la corte de Lisboa. ¿Sabes que el actor de quien se trata, es un hombre singular? ¿No oiste las palmadas y los vivas con que todos le aplaudieron? Todo eso prueba que no es tan malo como le pintas. Nada prueban replicó don Pompeyo esas palmadas ni esos vivas. Dexemos, señores, si les place, esos aplausos del vulgo de todas clases. Frecuentemente los da muy fuera de tiempo y contra toda razon, y

por lo comun aplaude menos el verdadero mérito que el falso, como nos lo enseña Fedro por medio de una fábula ingeniosa. Permitidme os la cuente.

Juntóse en una gran plaza de cierta ciudad todo el pueblo para ver las habilidades que hacian unos charlatanes titiriteros. Entre ellos habia uno que se llevaba los aplausos de todos. Este bufon al acabar otros varios juegos de manos, quiso cerrar la funcion dando al pueblo un espectáculo nuevo. Dexóse ver solo en el tablado, cubrióse la cabeza con la capa, agachóse, y comenzó á remedar el gruñido de un cerdillo de leche, con tanta propiedad que todos creyeron que verdaderamente tenia escondido debaxo de la capa algun marranito verdadero. Comenzaron todos á gritar que se quitase la capa; hizolo asi, y viendo que no tenia cosa alguna debaxo de ella, se renovaron los aplausos y la grande algazara del populacho. Un labrador que estaba en el auditorio, chocándole mucho aquellas importunas expresiones de necia admiracion, gritó pidiendo silencio, y dixo: señores, sin razon se admiran vmds. de lo que hace ese bufon. No ha hecho el

papel de marranito lechal con tanta perfeccion como á vmds. les parece. Yo lo sé hacer mucho mejor que él, y si alguno lo duda no tiene mas que concurrir á este sitio mañana á la misma hora. El pueblo, preocupado ya en favor del charlatan, se juntó al dia siguiente aun en mucho mayor número que el anterior, mas para silvar al paysano que por divertirse en ver lo que habia prometido. Dexáronse ver en el teatro los dos competidores. Comenzó el bufon, y fué mas aplaudido que lo habia sido nunca. Siguióse despues el labrador: agachase cubierto con su capa, tiró de la oreja á un marranito que llevaba escondido bajo del brazo, y el animalito empezó á dar unos gruñidos que taladraban los oidos. Sin embargo, el auditorio declaró la victoria por el pantomimo, y atolondró al paysano con silvidos. No por eso se turbó, ni corrió el buen labrador; antes bien mostrando el lechoncillo al auditorio: señores, dixo con mucha socarroneria, *vmds. no me han silvado á mí, sino al marrano. Miren ahora que buenos jueces son.*

Primo, dixo don Alexo, en verdad que tu fábula pica que rabia. Con

todo eso , á pesar de tu lechoncillo, nosotros nos mantenemos en lo dicho. Mudemos de asunto , prosiguió , porque este ya me empalaga. ¿ Con que tú estás resuelto á marchar mañana , sin hacer caso del gran gusto que tendría yo en gozar por mas tiempo de tu amable compañía ? Tambien quisiera yo , respondió su pariente , gozar mas despacio de la tuya , pero no puedo. Ya te dixé que vine á la corte á cierto negocio de estado. Ayer hablé al primer ministro , mañana tengo que volver á verle , y un momento despues me es preciso partir en posta para restituirme á Lisboa. Cá-tate un Portugues hecho y derecho , replicó Seguíer , y segun todas las señas nunca vendrás á establecerte en Madrid. Creo que no , respondió don Pompeyo. Tengo la fortuna de que me quiere el rey de Portugal , y estoy bien hallado en su corte ; pero ¿ crearás tú que no obstante la bondad con que me distingue su real benignidad , no faltó un tris para que saliese desterrado para siempre de sus dominios ? ¿ Como asi ? le replicó don Alexo. Cuéntanoslo por tu vida. Con mucho gusto , respondió don Pompe-



yo, y al mismo tiempo contaré también la historia de mi vida.

## CAPITULO VII.

HISTORIA DE DON POMPEYO  
DE CASTRO.

Ya sabe don Alexo, prosiguió don Pompeyo, que desde mis mas tiernos años me incliné á las armas, y como en España gozabamos una paz octayiana, tomé el partido de ir á Portugal al que los Turcos acababan de declarar la guerra. Me presenté al Rey, y obtuve empleo en su ejército. Era yo un segundo de los menos ricos de España, lo que me puso en precision de señalarme en las funciones con hazañas que mereciesen la atencion del general. Hice mi deber de modo que el Rey me adelantó, y me puso en parage de continuar en el servicio con honor. Despues de una larga guerra, cuyo fin no ignoran vmds., me dediqué á seguir la corte, y S. M. por los buenos informes que dieron de mí los generales, me gratificó con una pension considerable. Agradecido á la generosidad del Mo-

marca, no perdí ocasion de manifestar mi reconocimiento. Poníame en su presencia á aquellas horas en que era permitido verle y hacerle la corte. Por esta conducta me grangee insensiblemente su estimacion, y recibí nuevos beneficios de su benignidad.

Un dia en que se corrieron cañas y sortija en un torneó, sobresalió mi buena suerte, de manera que toda la corte aplaudió mi valor y mi destreza. Volví á casa colmado de aclamaciones, y halléme con un villete de cierta dama, cuya conquista me lisonjeó mas que todo el honor y todos los aplausos de aquel dia. Decíame en él que deseaba hablarme, y que para esto á la entrada de la noche concurriese á cierto sitio que ella misma señalaba. Dióme mas gusto este papel que todas las alabanzas que habia recibido, no dudando fuese una dama de la primera distincion la que me escribia. Fácilmente creerán vmds. que no me descuidé, y que apenas anocheció, fuí volando al parage que se me habia indicado. Esperábame en él una vieja para servirme de guia, y me introduxo por una portezuela en el jardin de una gran casa, donde me

conduxo á un rico gabinete , en que me dexó encerrado , diciéndome : sírvase V. S. de esperar aquí mientras aviso á mi ama. Vi mil cosas preciosísimas en aquel gabinete , que estaba iluminado con gran número de bugías, magnificencia que me confirmó en el concepto que yo habia formado de la nobleza de aquella dama. Y si todo lo que estaba mirando contribuía á rati- ficarme en que no podia menos de ser aquella una persona de la mas alta ca- lidad , mucho mas me confirmé en mi opinion quando ella se dexó ver con un ayre verdaderamente noble , gar- boso y magestuoso. Sin embargo no era lo que yo habia pensado.

Caballero , me dixo , á vista del paso que acabo de dar en vuestro fa- vor , seria tan impertinente como inú- til disimularos los tiernos afectos que habeis excitado en mi corazon. No penseis que estos me los inspiró el gran mérito que habeis manifestado á vista de toda la corte , no por cierto : este mérito no hizo mas que precipitar su explicacion. Tiempo ha que estoy muy informada de lo que sois , y lo mu- cho bueno que oí , me determinó á se- guir mi inclinacion. Pero no os lison-

jeeis , prosiguió ella , creyendo que habeis hecho la conquista de alguna duquesa. Yo no soy mas que la viuda de un oficial de guardias : lo único que puede hacer gloriosa vuestra victoria es la preferencia que os doy sobre uno de los mayores señores del reyno. El duque de Meidala me ama , y hace quanto puede para ser correspondido ; pero no lo consigue , y solo sufro sus obsequios por vanidad.

Aunque estas palabras me dieron á entender que trataba con una chusca amiga de aventuras amorosas , no dexé de mostrarme agradecido á mi estrella por este encuentro. Madama Hortensia ( que asi se llamaba ) estaba en la flor de su juventud , y su extremada hermosura me encantaba. Fuera de esto me ofrecia ser dueño de un corazon que se negaba á las pretensiones de un grande. ¡ Gran triunfo para un caballero mozo y español ! Arro- jéme á los pies de Hortensia para rendirla gracias por sus favores. Díxela quanto podia decirla un hombre apasionado , y creo que quedó muy satisfecha de las vivas expresiones con que la aseguré de mi fidelidad y gratitud. Separámonos , quedando los dos

los mayores amigos del mundo, y convenimos en vernos todas las noches que no pudiese venir á su casa el Duque, tomando ella á su cargo el avisarme exáctamente. Asi lo hizo, y en fin, yo vine á ser el adónis de aquella nueva Venus.

Pero los placeres de esta vida duran poco. A pesar de las precauciones que tomó Hortensia para que nuestra amistad no llegase á noticia de mi competidor, no dexó de saber este todo lo que nos importaba tanto que ignorase. Enteróle de ello una criada descontenta; y naturalmente generoso, pero altivo, zeloso y arrebatado, se indignó sobre manera de mi audacia. La ira y los zelos le turbaron la razon, y siguiendo solo lo que le dictaba su enojo, determinó tomar venganza de mí, pero del modo mas infame. Una noche que estaba yo en casa de Hortensia, me esperó á la puerta falsa del jardin, en compañía de sus criados, armados todos de garrotes. Luego que salí hizo que se arrojasen á mí aquellos indignos, y les mandó me moliesen á palos. Dadle recio, les decia; muera á garrotazos ese temerario, que con esta infamia quiero cas-

tigar su insolencia. Apenas dixo estas palabras quando todos me asaltaron, y me dieron tantos palos, que me dexaron tendido en tierra, sin sentido, y como muerto. Retiráronse despues con su amo, para quien aquella cruel execucion habia sido el mas divertido y alegre espectáculo. Al amanecer pasaron junto á mí algunas personas, las quales observando que todavia respiraba, tuvieron la caridad de llevarme á casa de un cirujano. Por fortuna se advirtió que no eran mortales los golpes, y tuve tambien la de caer en manos de un hombre hábil que me curó perfectamente en menos de dos meses. Al cabo de este tiempo volví á parecer en la corte, donde proseguí en el mismo método que antes, pero sin volver á entrar en casa de Hortensia, la qual tampoco hizo por su parte diligencia alguna para que nos viésemos, porque á este solo precio la habia perdonado el Duque su infidelidad.

Como todos sabian mi aventura, y ninguno me tenia por cobarde, se admiraban de verme tan sereno como si no hubiera recibido la menor afrenta, sin saber qué discurrir de mi aparente indiferencia. Unos creían que á

pesar de mi valor, la calidad del agresor me contenia y me obligaba á tragarme el ultraje; y otros con mayor fundamento no se fiaban en mi silencio, y miraban como una calma engañosa la sosegada situacion que aparentaba. El Rey pensó como estos, que yo no era hombre que olvidase un agravio sin tomar satisfaccion de él, y que no dexaria de vengarme quando encontrase oportunidad. Para averiguar si habia adivinado mi pensamiento, me hizo entrar un dia en su gabinete, y me dixo: don Pompeyo, ya sé el lance que te sucedió, y confieso que estoy admirado de ver tu tranquilidad. Tú ciertamente máquinas y disimulas. Señor, le respondí, ignoro quien pudo ser mi ofensor, porque me acometieron de noche unos embozados y gente desconocida, y nada tengo que hacer sino consolarme de mi desgracia. No, no, replicó el Rey; no pienses alucinarme con esa respuesta poco sincéra. Estoy informado de todo. El duque de Amaidala fué el que mortalmente te ofendió. Tú eres noble y español, y sé muy bien en lo que te empeñan esas dos circunstancias. Sin duda has hecho áni-

mo de vengarte , y quiero absolutamente me confieses la determinacion que has tomado , y no temas que llegue jamas el caso de arrepentirte de haberme confiado tu secreto.

Pues ya que V. M. lo manda , no puedo menos , respondí , de manifestarle con toda verdad mi pensamiento. Sí señor , solo pienso en vengar la afrenta que he recibido. Todo hombre que ha nacido como yo , es responsable de su honor á su linage y á su mismo nacimiento. V. M. sabe muy bien la injuria que se me ha hecho , y yo he resuelto asesinar al Duque de un modo que corresponda á la indignidad de la ofensa. Le sepultaré un puñal en el pecho , ó le levantaré la tapa de los sesos de un pistoletazo , y me refugiaré en España , si pudiere. Tal es , señor , mi intencion. A la verdad , repuso el Rey , me parece violenta ; pero no por eso me atreveré á condenarla , considerada bien la villanía del sonroxo que te hizo el Duque. Conozco que merece el castigo que le tienes dispuesto ; pero suspéndelo por un poco , no lo pongas en execucion tan presto : dame tiempo para pensar , y encontrar algun



medio que os esté bien á los dos. ¡Ah! señor, exclamé yo no sin alguna conmocion, pues ¿á que fin me obligó V. M. á descubrirle mi secreto? Qué medio puede jamas... Si no encuentro alguno que os dexé á entrambos satisfechos, podrás executar entónces lo que tienes pensado. No pretendo abusar de la confianza que me has hecho; no sacrificaré tu honor, y en esta conformidad puedes vivir muy tranquilo.

— Andaba yo discurriendo qué medios podia buscar el Rey para componer amigablemente este negocio; y he aqui como lo dispuso. Habló en particular á mi enemigo, y le dixo: Duque, tú has ofendido á don Pompeyo de Castfo, y no ignoras que es un caballero ilustre, á quien yo estimo, y que me ha servido bien. Es preciso le des satisfaccion. Señor, respondió el Duque, si él la pide, pronto estoy á darsela con mi espada. Es muy diferente la que le debes dar, replicó el Rey. Un español noble sabe tambien las leyes del pundonor, que no querrá medir su espada noblemente con un cobarde asesino. No puedo darte otro nombre, ni tú podrás

borrar la baxeza de una accion tan villana sino presentando tú mismo un palo á tu enemigo , y ofreciéndote á que él te apalee por su mano. ¡Santo cielo ! exclamó mi enemigo. Pues qué , señor , ¿ quiere V. M. que un hombre de mi clase se humille delante de un caballero particular hasta llevar con paciencia algunos palos ? No llegará ese caso , respondió el Rey. Yo obligaré á don Pompeyo á darme palabra de que no te tocará , solo quiero le pidas perdon de tu violencia , presentándole el palo. Señor , replicó el Duque , eso es pedirme demasiado , y prefiero el quedar expuesto á las ocultas y alevosas asechanzas de su enojo. Aprecio tu vida , repuso el Monarca , y quisiera que este asunto no tuviera funestas resultas. Para terminarlo con menos disgusto tuyo , seré yo solo testigo de dicha satisfaccion , que absolutamente quiero y mando dés al injuriado español.

Necesitó el Rey de todo su poder para conseguir que el Duque se sujetase á un paso tan humilde ; pero al fin lo logró. Envióme despues á llamar , y contóme la conversacion que habia tenido con mi competidor , pre-

guntándome al mismo tiempo si me contentaria yo con aquella satisfaccion. Respondíle que sí, y di palabra de que lejos de ofenderle, ni aun siquiera tomara en la mano el palo que me presentase. Dispuestas así las cosas, concurrimos el Duque y yo al quarto del Rey, en cierto dia y á cierta hora, y S. M. se cerró con nosotros en su gabinete. Ea, dixo al primero, conoced vuestra falta, y mereced el perdón. Dióme entónces sus disculpas mi contrario, y presentóme el baston que tenia en la mano. Tomad, don Pompeyo, ese baston, me dixo el Rey, y no os detenga mi presencia para tomar venganza de vuestro honor ultrajado. Yo os levanto la palabra que me disteis de no maltratar al Duque. No señor, respondí; basta que se haya sujetado á ser apaleado por mí: un español ofendido no pide mayor satisfaccion. Pues bien, repuso el Rey, ya que los dos os dais por satisfechos, podreis ahora tomar libremente el partido que se acostumbra entre caballeros, segun el proceder regular. Medid vuestras espadas para terminar el duelo. Eso es lo que yo deseo vivamente, dixo el Du-

que con voz alterada y descompuesta , porque solo eso es capaz de consolarme del vergonzoso paso que acabo de dar.

Dichas estas palabras se retiró cólerico y abochornado , y dos horas despues me envió á decir que me esperaba en cierto sitio retirado. Acudí allá , y le encontré dispuesto á reñir en forma. Tenia unos quarenta y cinco años , y no le faltaba destreza ni valor ; pudiéndose decir con verdad que era igual el partido. Venid , don Pompeyo , me dixo , y terminemos de una vez nuestras diferencias. Uno y otro debemos estar airados , vos por el modo con que os traté , y yo por haberos pedido perdon. Diciendo esto echó precipitadamente mano á la espada , y tanto , que no me dió tiempo para responderle. Tiróme dos ó tres estocadas con la mayor presteza ; pero tuve la fortuna de parar los golpes. Acometile despues , y conocí que reñia con un hombre tan diestro en defenderse como en acometer , y no sé lo que hubiera sido de mí á no haber tropezado él , y caido de espaldas quando se defendia retirándose. Detúveme así que le vi en tierra , y le dixé se le-

vantase. ¿Por que razon me perdonais? me preguntó. Me ofende mucho esa piadosa generosidad. Tambien quedaria muy obscurecida mi gloria, le respondí yo, si quisiera aprovecharme de vuestra desgracia: vileza que no cabe en un corazon noble y español. Levantaos, vuelvo á decir, y prosigamos nuestro duelo.

No, don Pompeyo, me dixo mientras se iba levantando, despues de un rasgo tan noble no me permite mi honor empuñar la espada contra vos. ¿Que diria el mundo de mí, si tuviera la fatalidad de pasaros el pecho? Tendríame por un ruia cobarde, si quitaba la vida á quien pudo darme la muerte. No puedo, pues, armarme contra vuestra vida; antes bien mi gratitud ha convertido en dulces y amorosos afectos los furiosos movimientos que agitaban mi corazon. Don Pompeyo, cesemos ya de aborrecernos. Poco dixé: seámos amigos. ¡Ah, señor, exclamé yo, y con qué gusto acepto una propuesta tan gustosa! Desde este instante os juro una sincerísima amistad, y para daros desde luego la prueba mas concluyente de ello, os prometo no po-

ner mas los pies en casa de doña Hortensia, aun quando ella lo deseára. No admito la promesa, dixo él, antes bien quiero cederos esta señora. Es mas razon que yo os la dexe, puesto que su inclinacion á vos es natural en ella. No, no, le interrumpí; vos la amais, y los favores que me hiciese, podrian inquietaros, y asi quiero sacrificarla á vuestra paz y quietud. ¡O, insigne español, lleno todo de nobleza y generosidad! exclamó arrebatado el Duque, y estrechándome entre sus brazos. Me encanta y embelesa ese vuestro nobilísimo modo de pensar. ¡O, y que remordimientos siento al oirlo! ¡Con que dolor, y con cuánta vergüenza se me presenta á la memoria el villano ultraje que os hice! Paréceme ahora muy ligera la satisfaccion que os di en el gabinete del Rey. Quiero repararla de un modo mas público, para borrar enteramente la infamia. Tengo una sobrina, de cuya mano soy dueño de disponer: yo os ofrezco esta; es una heredera rica, su edad la de quince años, y su hermosura es mayor que su juventud.

Di al Duque todas aquellas gra-

cias que me podia inspirar el honor de enlazarme con su familia; y pocos dias despues me casé con su sobrina. Toda la corte se congratuló con aquel señor , por haber hecho la fortuna de un caballero á quien habia cubierto de ignominia ; y mis amigos se alegraron conmigo del feliz remate de un suceso que prometia mas doloroso y desastroso desenlace. Desde entónces acá, señores mios , vivo con el mayor gusto en Lisboa. Mi esposa me ama , y yo la amo. Su tio me da cada dia nuevas pruebas de su amistad ; y puedo preciar me de que merezco un buen concepto al Rey ; y prueba de su estimacion es la importancia del negocio que de su orden me ha traído á Madrid.

## CAPITULO VIII.

MUDA GIL BLAS DE AMO POR CIERTO ACCIDENTE QUE SUCEDIÓ.

**E**sta fué la historia que contó don Pompeyo , y que oimos el criado de don Alexo y yo , aunque nos mandaron que nos retirásemos antes que la principiase. Hicimoslo asi ; pero nos

quedamos á la puerta de la sala, que de propósito dexamos entornada, y pudimos oir todo lo que dixo sin perder una sola palabra. Prosiguieron despues bebiendo aquéllos señores; y se separaron antes del dia, porque como don Pompeyo habia de hablar por la mañana al ministro, era razon que le diesen tiempo de reposar algun tanto. El marques de Zenete y mi amo se despidieron de aquel caballero, abrazándole y dexándole con su pariente.

Nosotros por esta vez nos acostamos al amanecer; y al dia siguiente mi amo me honró dándome otro nuevo empleo. Gil Blas, me dixo, toma papel, tinta y pluma para escribir dos ó tres cartas que quiero dictarte, pues te hago mi secretario. ¡Bravo! dixe entre mí: esto se llama acrecentamiento de títulos y de encargos. Lacayo para ir detras de mi amo á todas partes, ayuda de cámara para ayudarle á vestir, y secretario para escribirle las cartas, dictándomelas su señoría. El cielo sea loado. Voy, como la triforme Hécate, á representar tres muy distintos personages. Tú no sabes, prosiguió mi amo, que fin llevo en escribir estas cartas. Voy á decírtelo; pe-



ro sé callado , porque te va la vida en ello. A cada paso tropiezo con gentes que me apestan , alabándose de sus felices galanteos , y yo quiero sobrepujar á su vanidad , para lo que he pensado llevar siempre en el bolsillo varios villetes fingidos de diferentes damas , y leerselos quando ellos hagan necio alarde de sus triunfos. Esto me divertirá un rato , y seré mas dichoso que todos mis compañeros , porque ellos solicitan esas fortunas solo por tener el gusto de publicarlas , y yo tendré el gusto de referirlas sin los malos ratos que trae consigo el pretenderlas. Pero tú , añadió , procura desfigurar tu letra , mudando la forma de manera que los papeles no parezcan escritos de una misma mano.

Tomé , pues , pluma , tinta y papel para obedecer á don Matias , quien me dictó un villete en los términos siguientes : *Anoche faltaste á tu palabra , y no te dexaste ver en el sitio concertado. ¡ Ah , don Matias ! no sé qué podrás decir para disculparte. Grande ha sido mi error ; pero bien has castigado mi vanidad y la ligereza con que creia yo que todas las diversiones , y aun todos los negocios*

*del mundo debian ceder al gusto de ver á doña Clara de Mendoza.* Después de este villete me hizo escribir otro como de una dama que sacrificaba á un gran señor al amor de su persona ; y otro en el qual otra dama le decia que si estuviera segura de que guardaria secreto , harian juntos el viage de Cytherea. No contentándose con hacerme escribir unos villetes tan bellos , me obligaba á que los firmase con el nombre de varias señoras muy distinguidas. No pude menos de decirle que la cosa me parecia demasadamente delicada ; pero me respondió secamente , que nunca me metiese en darle consejos mientras no me los pidiese. Vime precisado á callar y obedecerle. Acabóse de vestir , ayudándole yo : metió los villetes en el bolsillo , y salió de casa. Seguile , y fuimos á la de don Juan de Moncada , que tenia convidados aquel dia á cinco ó seis caballeros amigos suyos.

Hubo una gran comida , y reynó en toda ella la alegría , que es la salsa mejor de los banquetes. Todos los convidados contribuyeron á mantener viva la conversacion , unos con chistes , y otros contando historietas que les

habian sucedido, siendo ellos mismos los héroes de ellas. No malogró mi amo la ocasion de hacer lucir sus papeles amorosos. Leyólos en alta voz y en tono tan natural, que á excepcion de su secretario, todos los demas pudieron tenerlos por muy verdaderos. Entre los caballeros que se hallaron presentes á tan donosa lectura, habia uno que se llamaba don Lope de Velasco, hombre grave y de juicio, el qual en vez de celebrar, como los demas las imaginarias fortunas, preguntó friamente á mi amo si le habia costado mucho hacerse dueño de la voluntad de doña Clara. Menos que nada, le respondió don Matias, pues ella fué la que dió todos los primeros pasos. Vióme en el paseo; prendóse de mí; mandó que me siguiesen; supo quien yo era; escribióme, y citóme para su casa á la una de la noche, quando todos estaban durmiendo. Fuí allá, introduxéronme en su quarto... Lo demas no permite mi prudencia que lo diga.

Quando don Lope de Velasco oyó aquella lacónica relacion, se turbó tanto que todos se lo conocieron, y no era dificultoso adivinar lo mucho que

se interesaba en el honor de aquella dama. Todos esos villetes, dixo á mi amo, mirándole con semblante airado, son enteramente falsos, particularmente el de doña Clara de Mendoza, de que tanta ostentacion haceis. No hay en España señorita mas recatada y honesta que ella. Dos años ha que la obsequia un caballero que no os cede en nacimiento, ni en prendas personales, y apenas ha podido conseguir de ella los mas inocentes favores; siendo asi que se puede lisonjear de que si fuera capaz de conceder alguno, á ningun otro sino á él se los dispensaria. ¿Y quien os dice lo contrario? replicó mi amo en un tono burlesco. Yo no me aparto de que es una señorita muy honesta: yo tambien soy un muy honesto caballero, con que debeis creer que nada pasaria que no fuese honestísimo. ¡O! eso ya pasa de raya, interrumpió don Lope. Dexémonos de truanerías. Vos sois un embustero; y jamas os citó doña Clara para su casa, ni de dia ni de noche. No puedo tolerar que mancheis su reputacion. Tampoco á mí me permite ahora la prudencia decir todo lo demas que mereceis. Y diciendo estas palabras se retiró con

un ayre que anunciaba las malas consecuencias que podria tener aquel negocio. Mi amo, que tenia bastante valor para un señor de su carácter, hizo poco caso de las amenazas de don Lope. ¡Gran tonto! exclamó dando una carcajada. Los caballeros andantes como don Quixote de la Mancha, solo defendian la *sin par hermosura* de sus damas; pero este quiere defender la *sin par honestidad* de la suya, lo que me parece mayor empeño, ó á lo menos mas risible extravagancia.

La retirada de Velasco, á la que en vano quiso oponerse Moncada, no descompuso la fiesta. Los caballeros, sin parar la atencion en ello, prosiguieron alegrándose, y no se separaron hasta el amanecer. Mi amo y yo nos acostamos á las cinco de la mañana. El sueño ya me rendia, y habia hecho ánimo de dormir bien; pero echaba la cuenta sin la huéspedada, ó por mejor decir, sin nuestro portero, el que una hora despues me vino á despertar y á decirme que estaba á la puerta de la calle un mozo que preguntaba por mí. Ah maldito portero, le dije bostezando, entre enfadado y dormido, ¿no consideras que solo ha una

hora que me acosté? Di á ese hombre que estoy durmiendo, y que vuelva de aquí á cinco ó seis horas. Dice, respondió el portero, que tiene precision de hablarte luego, luego, porque es cosa de importancia y de mucho apuro. Levantéme á estas palabras, poniéndome solamente los calzones y una almilla, y echando mil pestes fuí á ver lo que me queria el mozo que me buscaba. Amigo, le dixé, ¿que negocio tan urgente es el que me ha procurado el poco gustoso honor de verte tan de mañana? Una carta, respondió, que tengo que entregar en mano propia al señor don Matias, y es preciso la lea quanto antes. Su contenido es de la mayor importancia, y asi te ruego que me llesves á su quarto. Persuadido á que debia ser alguna cosa de grande consecuencia, me tomé la licencia de ir á despertar á mi amo. Perdone V. S., le dixé, si le vengo á interrumpir el sueño, pero la importancia... ¿Que diantres me quieres? dixo enfadado. Señor, dixo entónces el mozo que me acompañaba, es una carta de don Lope de Velasco, que debo entregar á V. S. Tomó el

villete don Matias, leyóle, y dixo con mucho sosiego al criado de don Lope: hijo, yo nunca me levanto hasta medio dia, aunque me conviden para la mayor diversion del mundo; mira ahora si me levantaré á las seis de la mañana, para ir á reñir. Díle á tu amo, que como me espere hasta las doce y media en el sitio que me dice, seguramente nos veremos en él. Dale esta respuesta; y diciendo esto volvióse del otro lado, y tardó muy poco en volverse á quedar dormido.

A las once y media se levantó, y vistió con grandísima pachorra. Salió de casa diciéndome que por aquella vez me dispensaba de seguirle; pero yo no pude resistir á la curiosidad de ver en lo que paraba aquel negocio. Fuíme tras de él á lo largo hasta el prado de san Gerónimo, donde vi á lo lejos á don Lope de Velasco que le estaba esperando. Escondíme donde sin ser visto pudiese observar á los dos; y vi que se juntaron, y que un momento despues comenzaron á reñir. Duró mucho la pendencia, peleando uno y otro con mucha destreza y con igual valor; pe-

ro al fin se declaró la victoria por don Lope, quien de una estocada pasó de parte á parte á mi amo, dexándole tendido en tierra, y huyendo muy satisfecho de haberse vengado. Corrí acelerado á don Matias: halléle sin sentido y casi muerto; espectáculo que me enterneció tanto, que no pude menos de echar á llorar por ver una muerte de la qual, sin pensarlo, habia yo servido de instrumento. En medio de esto y de mi justo sentimiento, no dexé de pensar en hacer lo que me importaba. Volvíme prontamente á casa sin hablar palabra á nadie. Hice mi hatillo, en el que por inadvertencia metí tambien algunas cosillas de mi amo, y luego que lo llevé á casa del barbero donde tenia guardado el vestido de que usaba en mis aventuras, esparcí la voz de la desgracia que habia sucedido siendo yo testigo de ella. Contéla á quien me la quiso oír; pero sobre todo fuí á contársela á Rodriguez. Este, menos afligido que solícito en tomar las providencias oportunas, juntó á todos los criados de don Matias, mandóles que le siguiesen, y fuímos todos al lugar de la pelea. Levantamos á don



Matias, que aun respiraba; llevámosle á casa, y al cabo de tres horas murió. Tal fué el trágico fin del señor don Matias, mi amo, por el imprudente gusto de leer papeles amorosos fingidos y forjados por él.

## CAPITULO IX.

DEL AMO A QUIEN GIL BLAS FUE  
A SERVIR DESPUES DE LA MUERTE  
DE DON MATIAS.

Hecho el entierro de don Matias, fuéron, pasados unos dias, pagados y despedidos todos sus criados. Yo establecí mi morada en casa del barberillo, con quien contraxe estrechísima amistad. Prometíame estar allí con mas gusto y mayor libertad que en casa de Melendez. Como me hallaba con algun dinerillo, no me di priesa á buscar nueva conveniencia; y por otra parte me habia hecho muy delicado sobre este particular. Ya no gustaba servir á gente comun y plebeya, y aun entre la noble queria exâminar bien antes el empleo que me querian dar. Aun el mejor no me parecia sobrado para mí, persuadido á que to-

do era poco para quien habia servido á un caballero rico, mozo y petimetre.

Esperando á que la fortuna me ofreciese una casa qual yo me imaginaba merecia, juzgué no podia emplear mejor mi ociosidad que en dedicarme á obsequiar á la bella Laura, á quien no habia visto desde el dia en que nos desengañamos los dos tan graciosa como pacíficamente. No me pasó por el pensamiento volver á hacer el papel de don César de Ribera. Seria una grande extravagancia disfrazarme ya con aquel trage, y mas quando mi propio vestido era bastante decente, pudiendo pasar por un término medio entre don César y Gil Blas, sobre todo hallándome bien calzado, peynado y afeytado, con ayuda de mi amigo el barbero. En este estado fuí á casa de Arsenia, y encontré á Laura sola en la misma sala donde en otra ocasion la habia hablado. Exclamó luego que me vió: ¿que milagro es este? ¿eres tú? paréceme que sueño, porque te creí muerto, ó que te habias perdido. ¿En siete ú ocho dias no has tenido tiempo para venir á verme? Bien se conoce que no abusas de las licencias que te conceden las damas.

Escuséme con la muerte de mi amo, y con las ocupaciones á que dió lugar, añadiendo muy cortesantemente que aun en medio de ellas tenia siempre muy presente en el corazon y en la memoria á mi amada Laura. Siendo asi, me dixo ella, se acabaron ya las quejas, y te confesaré que tambien te he tenido yo muy presente. Luego que supe la desgracia de don Matias, me ocurrió un pensamiento, que acaso no te desagradará. Dias ha que oí decir á mi ama que se alegraría de encontrar un mozo que supiese de cuentas y gobierno de una casa para ser su mayordomo, y llevase razon del dinero que se le entregase para el gasto de esta. Inmediatamente puse los ojos en tu señoría, pareciéndome que serias el mas á propósito para este empleo económico. Tambien me parece á mí, respondí yo, que le desempeñaria á las mil maravillas. He leído las *Economías de Aristóteles*; y por lo que toca á llevar una cuenta, ese ha sido siempre mi fuerte. Pero, hija mia, añadí, una sola dificultad tengo para admitir ese acomodo. ¿Que dificultad? replicó Laura. He jurado, repuse, no servir jamas á gente co-

mun; y lo peor es, que lo juré por la laguna Stigia. Si el mismo Júpiter no se atrevió á violar este juramento, mira tú quanto deberá respetarle un pobre criado. ¿A quien llamas gente comun? replicó Laura con mucho des- pego. ¿Por quien tienes tú á las come- dianas? ¿parécete que son por ahí algunas abogadillas, ó algunas procu- radoras? Sábetete, amigo mio, que las comediantas son nobles y archinobles, por los enlaces que contraen con los primeros personages de la corte.

Siendo asi, la dixé, cuenta con- migo, hija mia, para ese empleo que me destinás; pero con tal que no me degrade, ni me haga valer menos de lo que soy. No tengas miedo de eso, repuso Laura: pasar de la casa de un petimetre á la de una heroína de tea- tro, es hacer el mismo papel en el gran mundo. Nosotras estamos en una misma linea con las personas de la pri- mera distincion: el mismo aparato de quarto, la misma mesa, y en reali- dad es menester que se nos confunda con ellos en la vida civil. Con efec- to, añadió, si se consideran bien un marques y un comediante en el dis- curso de un dia, vienen casi á ser una

misma cosa. Si el marques en las tres quartas partes del dia es superior al comediante , el comediante en la otra quarta supera mucho mas al marques, porque representa el papel de Emperador ó de Rey. Esta , á mi ver , es una compensacion de nobleza y de grandeza que nos iguala con las personas de la corte. Asi es , por cierto, respondí ; sin duda que estais á nivel unos con otros. Los comediantes no son ya gentuza , como pensaba yo hasta aqui ; y me has metido en gana de servir á un gremio tan distinguido y tan honrado. Me alegro , repuso ella, y no tienes mas que volver de aqui á dos dias. Me tomo este tiempo para ir preparando á mi ama á fin de que te reciba. La hablaré en tu favor ; puedo algo con ella , y me persuado á que lograré que entres en casa.

Díla las gracias por su buena voluntad , asegurándola quedaba sumamente reconocido á sus finezas , con expresiones tales que no podia dudar de mi agradecimiento. Siguió despues una larga conversacion entre los dos, la que interrumpió un lacayo que vino á decirla la llamaba su ama. Separámonos ; y yo salí con grandes espe-

ranzas de que prestó tendria la fortuna de pasarlo á pedir de boca. No dexé de volver al plazo señalado. Ya te estaba esperando , me dixo Laura, para darte la alegre noticia de que eres de los nuestros. Ven conmigo que quiero presentarte á mi señora. Diciendo esto me llevó á una habitacion compuesta de cinco ó seis piezas , á qual mas rica y mas soberbiamente alhajadas.

¡Que luxo! ¡que magnificencia! Parecióme que entraba en casa de alguna Vireyna , ó por mejor decir, creí estaba viendo todas las riquezas del mundo juntas en aquella. Lo cierto es que habia en ella lo mas rico de todas las naciones , tanto que se podia definir con mucha propiedad : *el templo de una diosa , á cuyas aras ofrecia todo caminante lo mas raro y precioso de su pais.* Vi á la deidad magestuosamente sentada en un almohadon de brocado carmesí con franjas de oro. Era bella y corpulenta , porque habia engordado con el humo de los sacrificios. Estaba en un gracioso *desabillé* , y ocupaba sus lindas manos en componer un primoroso tocado para lucirlo aquella noche en el teatro. Señora , la dixo la criada, este es el



Laura presenta à Sil Blas à  
su ama Crisena; y esta le reci-  
be por su mayordomo.

Aut.<sup>o</sup> Rodriguez del

El Escorial. G. pabr.

*Handwritten signature or scribble at the bottom of the page.*





mayordomo de que tengo hablado; y puedo asegurar á vmd. que seria difícil encontrar otro que fuese mas á propósito. Miróme Arsenia con particular atencion, y tuve la dicha de gustarla. Cómo así, Laura, exclamó ella, ¿quien te dió noticia de tan bello mozo? ya estoy viendo que me irá muy bien con él. Y volviéndose á mí: querido, me dixo, tú eres el que yo buscaba, y el que verdaderamente me acomoda. Solo tengo que decirte una palabra: estarás contento conmigo si me sirves bien. Respondíla que haria quanto estuviese de mi parte para agradarla en todo. Viendo que estábamos acordes, me despedí prontamente para ir á buscar mi hatillo y volver á tomar posesion de la nueva casa.

## CAPITULO X.

ENTRA GIL BLAS A SERVIR DE MAYORDOMO EN CASA DE ARSENIA; INFORMES QUE LE DA LAURA DE LOS COMEDIANTES.

**E**ra poco mas ó menos la hora de la comedia, quando mi nueva ama me dixo la siguiese al teatro en compañía de Laura. Entramos en el ves-

tuario, y allí quitándose el vestido que llevaba, se puso otro magnífico según lo requería su papel. Así que empezó la representación me llevo Laura á un sitio de donde podíamos oír y ver perfectamente. Desagradóme la mayor parte de los representantes, sin duda porque ya estaba preocupado contra ellos en virtud de lo que le había oído á don Pompeyo. Con todo eso fueron muy aplaudidos, aunque algunos me hicieron acordar de la fábula del lechoncillo.

Tenia Laura gran cuidado de irme diciendo el nombre de los comediantes y comediantas conforme iban saliendo al teatro; y no contenta con nombrarlos, hacía un retrato satírico de cada uno. Este, decía, es un mala cabeza; aquel un insolente; aquella melindrosa que ves, cuyo ayre es mas descarado que gracioso, se llama Rosarda, y fué muy mala recluta para la compañía. Había de ir con la que se está formando de orden del virey de Nueva España, y va á marchar inmediatamente á América; pero se quedó acá por nuestra desgracia. Mira bien aquel ástro luminoso que acaba de presentarse, aquel bello sol que va caminando á su ocaso: llámase Casilda, y si

cada uno de los amantes que ha tenido, la hubiera contribuido con una piedra labrada para fabricar una pirámide, como dicen que en otro tiempo lo hizo cierta reyna de Egipto, podría haber erigido una que llegase al tercer cielo. En fin, á cada qual fué pegando Laura su parchecito, sin perdonar ni aun á su misma ama.

Sin embargo de esto, confieso mi flaqueza, estaba yo apasionado de ella, aunque su carácter, moralmente hablando, nada tenia de bueno. De todos decia mal con tanta gracia, que me gustaba hasta su misma malignidad. En los intermedios se levantaba para ir á ver si Arsenia necesitaba algo; y en vez de volver prontamente, se entretenia tras del teatro á recoger los requiebros y lisonjas que la decian los hombres. Una vez la seguí para observarla, y vi que tenia muchos conocidos. Noté que tres comediantes uno en pos de otro la detuvieron para hablarla, y observé que gastaban demasiada familiaridad. No me agradó esto mucho, y por la primera vez de mi vida, comencé á experimentar lo que eran zelos. Volvíme á mi sitio tan pensativo y melancólico, que Laura

lo echó de ver luego que volvió. ¿Que tienes, Gil Blas? me preguntó admirada. ¿Que negro humor se ha apoderado de tí desde que te dexé? Muestras un semblante triste y sombrío, que no sé á qué atribuirlo. Y lo peor es, reyna mía, que es con sobrada razon, la respondí. Me parece que andas algo suelta, y esto me da que pensar á mí mas que á tí mi sentimiento. Yo mismo acabo de verte muy alegre y divertida con los comediantes... Al oír esto dixo ella, soltando una grandísima carcajada: vamos claros, que es gracioso el motivo de tu pesadumbre. ¡Pues que! ¿de tan poco te espantas? eso es una friolera, y si estás algun tiempo con nosotros verás otras mil bellas cosas. Es menester, hijo mio, que te vayas haciendo á nuestras mañas. Entre nosotros no se gastan hazañerías, ni mucho menos se usan zelos. En la nacion cómica los zelosos se llaman ridículos, y asi apenas se encuentra uno. Padres, maridos, hermanos, tios, primos, todos son la gente mas buena del mundo, y muchas veces ellos mismos son los que establecen sus familias solicitándolas amistades, &c.

Después de haberme exhortado á no sospechar mal de ninguno, y á no inquietarme por nada de quanto viesse, me declaró que yo era el feliz mortal que habia encontrado el camino de su corazon, y me aseguró que me amaria siempre, y á nadie mas. Después de una seguridad como esta, de la qual podia yo bien dudar sin temor de que me tuviese por muy desconfiado, la ofrecí no espantarme de nada; y con efecto, cumplí honradamente mi palabra. Aquella misma noche la vi hablar á solas, reir y divertirse con varios sin dárseme un bledo. Acabada la comedia volvimos á casa con nuestra ama; y poco después llegó Florimunda con tres señores viejos y un comediante, que venian á cenar en compañía de las dos. Además de mi Laura habia en casa una cocinera, un mozo de cocina, y un lacayuelo. Juntámonos todos para disponer la cena. La cocinera, que era tan hábil como la señora Jacinta, el ama del Canónigo de marras, dispuso las viandas ayudándola el marmiton. La doncella y el lacayuelo pusieron la mesa, y yo cuidé de cubrir el apar-

dor con la mas bella vajilla de plata, y algunos vasos de oro, votos ofrecidos á la deidad de aquel templo. Adornéle tambien con diferentes botellas de vinos exquisitos, haciendo de mestre sala y de copero, para que viese mi ama que era yo hombre para todo. Admiréme de ver el porte y ayre de las comediantas durante toda la cena, aparentando ser unas damas de importancia, y figurándose ellas mismas que eran unas señoras de la primera distincion. Lejos de dar á los señores el tratamiento de *excelencia*, no les daban ni aun el de *señoría*, contentándose con llamarlos por sus apellidos. Es verdad que ellos se tenían la culpa, porque se familiarizaban demasiado con ellas. El comediante por su parte, como acostumbrado á hacer el papel de héroe, les trataba tambien sin cumplimiento: brindaba á su salud, y hacía los honores de la mesa. A fe, dixé entre mí, que quando Laura me dixo que un marques y un comediante eran iguales parte del dia, pudo añadir que aun lo eran mucho mas por la noche, pues la pasan bebiendo juntos toda ella.

Arsenia y Florimunda eran natu-

almente alegres. Ocurriéronlas mil dichos chistosos, y algo mas, mezclados con favorcillos y monerías muy celebradas por aquellos rancios pecadores. Mientras mi ama conversaba inocentemente con uno, su amiga, que se hallaba entre otros dos, no hacía ciertamente el papel de Susana con ellos. Yo estaba considerando atentamente aquel retablo, (que á la verdad tenia muchos atractivos para un mozo de mi edad) quando se sirvieron los postres. Entónces puse en la mesa botellas de licores con sus copas correspondientes, y me retiré á cenar con Laura, que me estaba esperando. Y bien, Gil Blas, me dixo, ¿que te parece de esos señores que has visto? Sin duda, la respondí, son los cortejos de Arsenia y de Florimunda. Te engañas, replicó ella: son unos viejos voluptuosos que galantean á todas sin fixarse en ninguna. Se contentan solo con un poco de agrado, y son tan generosos que pagan bien los leves favores que se les conceden. Florimunda y mi ama están ahora sin amantes, hablo de aquellos amantes que quieren alzarse con la autoridad de maridos, y que sean para sí so-

los todos los gustos de la casa, porque hacen el gasto de ella. Yo soy de opinion que una muger de juicio debe huir de todo lo que huele á empeño particular. ¿A que fin sujetarse á ninguno que la domine? Mas vale ganar poco á poco alhajas que comprarlas de una vez á costa de tan impertinente sujecion.

Quando Laura estaba de humor de hablar, lo que la acontecia casi de continuo, nada la costaban las palabras: tanta era la soltura de su lengua. Contóme mil lances que habian sucedido á las comediantas, y conocí por sus conversaciones que no podia estar yo en mejor escuela para conocer perfectamente los vicios. Hallábame por mi desgracia en una edad en que estos apenas causan horror, y añadíase á eso que la tal niña los sabia pintar tan bien, que en ellos solo consideraba yo placeres y delicias. No tuvo tiempo para instruirme ni aun de la décima parte de las gloriosas hazañas de las heroínas de teatro, porque no habia mas que tres horas que estaba hablando. Los señores y los comediantes se retiraron al fin con Florimunda, acompañándola hasta su casa.



Luego que salieron, me dió diez doblones mi ama, diciéndome: toma, Gil Blas, ese dinero para el gasto. Mañana vienen á comer cinco ó seis de mis compañeros y compañeras: procura regalarnos bien. Señora, la respondí, con diez doblones me atrevo á dar una suntuosa comida, aunque sea á toda la quadrilla cómica. ¿Que es eso de quadrilla? repuso ella. Mira como hablas. No se debe llamar quadrilla, sino compañía. Se dice muy bien una quadrilla de bandidos ó de holgazanes; puede decirse una quadrilla de autores ó de poetas; pero guárdate de volver á decir quadrilla de comediantes. La nuestra es compañía; y sobre todo los actores de Madrid merecen bien que á su cuerpo se le dé este nombre; solo á los cómicos de la legua se les puede llamar á veces una quadrilla. Pedí perdon á mi ama de haber usado de una expresion tan poco respetuosa, suplicándola disculpase mi ignorancia, y protestando que siempre que hablase de los señores representantes de Madrid, *colectivamente tomados*, diria compañía, y jamas quadrilla.

## CAPITULO XI.

DEL MODO CON QUE VIVIAN ENTRE SÍ LOS COMEDIAN-  
TES, Y CÓMO  
TRATABAN A LOS AUTORES  
DE COMEDIAS.

Al dia siguiente muy de mañana salí á campaña para dar principio á mi empleo de mayordomo. Era vigilia; y por orden de mi ama compré buenos pollos, conejos, capones y otras frioleras de semejante especie. Llevé á casa comida que bastaria para hartar á doce glotones de profesion en los tres dias de carnestolendas. La cocinera tuvo bien en que divertirse toda la mañana. Mientras ella cuidaba de aderezar la comida se levantó Arsenia de la cama, y se sentó al tocador, donde estuvo hasta medio dia. Llegaron entónces los señores comediantes, Ricardo y Casimiro. A estos se siguieron dos comediantas, Constan-  
ciana y Leonor: un momento despues se dexó ver Florimunda, acompañada de un hombre que tenia toda la traza de un caballero majo: el cabello roxo y rizado á la última mo-

da, un sombrero con una ala levantada, y su penacho de plumas en figura de ramillete, calzones ajustados, y de tela rica; ropilla bordada con flores de oro, y medio desabrochada, por donde se descubria una finísima camisa guarnecida de ricos encaxes; guantes y pañuelo de cambray delicadísimo, metidos en la guarnicion ó cazoleta de la espada; capa larga, terciada sobre el hombro con mucho garbo y bizarría.

Con todo eso, aunque de tan buena traza, y hombre verdaderamente bien plantado, todavía me pareció descubrir en él un no sé qué de extraño que me chocaba. Es imposible, decia yo entre mí, que no sea un hombre raro este personage. No me engañé en mi concepto, porque era un carácter singular. Luego que entró en el quarto de Arsenia fué precipitadamente á abrazar á todas las comediantas y comediantes con mayor intrepidez y algazara que el mozalvete mas atronado. Comenzó á hablar, y me confirmé en mi opinion. Se recalcaba sobre cada sílaba, y pronunciaba las palabras con cierto modo enfático, pomposo y gutural, accionan-

do, gesticulando, y haciendo con los ojos aquellos movimientos que, á su parecer, estaba pidiendo el asunto. Tuve la curiosidad de preguntar á Laura quien era aquel caballero. Disculpa tu curiosidad, me respondió prontamente. Es imposible no tenerla al ver por la primera vez al señor Carlos Alfonso de la Ventolería. Voy á pintarte al natural. Primeramente fué en otro tiempo comediante; dexó el teatro por antojo, y se arrepintió despues mirándolo con juicio. ¿Has reparado en su cabello negro? pues sábete que es teñido, ni mas ni menos que sus cejas y vigotes. Es mas viejo que Saturno. Sin embargo, como sus padres, quando nació, se olvidaron de hacer asentar su nombre en el libro de bautizados, él se aprovecha de este descuido para quitarse veinte años por lo menos. Fuera de eso, es el hombre mas pagado de sí mismo, que quizá se encontrará en toda España. Pasó los ocho primeros lustros de su vida en una completa ignorancia; y para hacerse sabio encontró despues un cierto preceptor que le enseñó á deletrear algunas palabras griegas y latinas. Aprendió de

memoria una multitud de cuentos y chistes , que á fuerza de repetirlos se ha llegado á persuadir á que son suyos efectivamente. Hácelos venir á la conversacion aunque sea arrastrándolos por los cabellos , y se puede decir de él que lo luce su entendimiento á costa de su memoria. Finalmente , se dice que es un grande actor, y lo creo piadosamente ; pero te confieso que nunca me ha gustado. Algunas veces le he oido recitar , y entre otros defectos , es muy visible el de una pronunciacion tan afectada , y con una voz tan trémula , que da cierto ayre antiguo y ridículo á su declamacion.

Tal fué el retrato que la señora Laura me hizo de aquel histrion honorario , de quien puedo decir con verdad que no he visto mortal de un aspecto mas orgulloso en todos los dias de mi vida. Quería hacer tambien el chistoso y discreto , sacando de la manga dos ó tres cuentos , que nos encaxó en tono muy estudiado , y toda la pinta de truan. Las comediantas y comediantes , que ciertamente no habian venido á callar , tampoco estuvieron mudos por su parte. Comen-

zaron á divertirse á costa de sus camaradas ausentes , á la verdad de un modo poco caritativo ; pero esto es menester absolutamente perdonárselo , tanto á los comediantes como á los escritores. Calentóse un poco la conversacion á expensas del próximo. ¿Habeis sabido, madamas, dixo Casimiro, el nuevo pasage de Lazarillo? Compró esta mañana un par de medias de seda, cintas y encaxes, haciendo despues que un page se los llevase al ensayo como de parte de cierta Condesa. ¡Gran maldad! exclamó el señor Ventolería con cierta risita vana y mofadora. En mi tiempo se usaba mas realidad. Ninguno pensaba en semejantes ficciones. Es verdad que las damas, aun de mayor distincion, nos ahorraban la ruindad y el trabajo de inventarlas; pues las daba la fantasía de ir ellas mismas en persona á comprar lo que nos regalaban. Par diez, repuso Ricardo, que esa fantasía aun no se las ha pasado; y si fuera lícito decir todo lo que uno sabe en este punto... Pero es fuerza callar ciertos lances, particularmente quando tocan á personas de suposicion. Señores, interrumpió Florimunda,

suplico á vmds. dexen á un lado esos lances y buenas fortunas , puesto que todo el mundo las sabe , y hablemos algo de nuestra Ismenia. He oido que se la ha huido de las manos aquel señor que gastaba tanto con ella. Es muy cierto , respondió Constanza , y aun diré mas ; tambien acaba de perder un rico mayordomo de cierta gran casa , á quien sin remedio hubiera dexado sin camisa. Lo sé todo de buena parte. Su Mercurio hizo un fatal *qui pro quo* , trocando dos villetes, porque entregó al señor el que era para el mayordomo , y al mayordomo el que escribia al señor. Dos grandes pérdidas , añadió Florimunda. ¡O! replicó prontamente Constanza , por lo que toca á la del señor , es poco importante. Al tal caballero le quedaba ya poco que dar , porque era cortejante antiguo ; pero el mayordomo ahora comenzaba su carrera. No habia hecho aun sus caravanas , y así es una pérdida muy digna de llorarse.

A esto poco mas ó menos se reduxo la conversacion antes de comer , y sobre el mismo asunto continuó durante la comida. Y como nunca acabaria yo si hubiera de contar todas las especies

que se tocaron, todas de murmuración ó de fatuidad, el lector llevará á bien que las suprima, para referirle el modo con que fué recibido un pobre diablo de autor de comedias, que por su desgracia llegó á casa de Arsenia hácia el fin del convite.

Entró el lacayo donde estaban comiendo, y en voz alta dixo al ama: señora, ahí está un hombre despilarrado, que (hablando con el debido respeto) tiene traza de poeta, y dice que desea hablar á vmd. dos palabras. Házle entrar, respondió Arsenia. Sin duda, señores, añadió, que es algun autor. Efectivamente era uno que habia compuesto cierta tragedia admitida por la compañía, y traia el papel que habia de representar mi ama. Llamábase Pedro de Moya. Al entrar hizo tres profundas cortesías á los concurrentes, sin que ninguno de ellos se levantase, ni siquiera le saludase. Solamente Arsenia le correspondió con una casi imperceptible inclinacion de cabeza. Fuése acercando, pero siempre temblando y confuso: cayéronse los guantes y el sombrero; levantólos, y llegándose á mi ama la presentó un papel con mas turbacion y



rendimiento que un litigante presenta á su Juez un memorial. Dignaos, señora, la dixo, de aceptar el papel que tengo la honra de ofrecer á vuestros pies. Recibióle ella con la mayor frialdad, y con cierto ayre de desprecio, sin dignarse siquiera de responder una sola palabra á su cumplimiento.

No por eso se acobardó nuestro autor, el qual aprovechando aquella ocasion para distribuir otros papeles, dió uno á Casimiro, y otro á Rosimunda, quienes los tomaron sin mas cortesía ni ceremonias que las que habia usado Arsenia; antes por el contrario Casimiro le insultó con ciertas graciosas chanzas picantes; pero el buen Pedro de Moya las llevó con paciencia, y no se atrevió á volverle las nueces al cántaro porque no lo pagase despues su trágica composicion. Retiróse sin decir palabra, pero á mi parecer vivamente picado del recibimiento que le habian hecho. Tengo por cierto que allá en su interior no dexaria de decir mil pestes de los comediantes como merecian; y estos, despues que él salió, comenzaron á hablar de los autores como acostumbaban. Paréceme, dixo Florimunda,

que el señor Pedro de Moya no ha ido muy satisfecho de nosotros.

Y bien, interrumpió Casimiro con viveza, ¿que nos importa eso, ni qué cuidado os da? ¿Por ventura son dignos de nuestra atención los autores? Si los igualáramos á nosotros, ese sería el mejor medio para echarlos á perder. Tengo bien conocidos á esos pobres diablos, y por eso mismo sé que si los tratáramos de otra manera, presto se olvidarian de lo que son, y nos perderian el respeto. Tratémoslos, pues, como esclavos, y no temamos que les apuremos la paciencia. Si enfadados se retiraren de nosotros algun tiempo, no durará mucho: la mania de escribir les hará presto volver á buscarnos, y darán gracias á Dios si nos dignamos de representar sus obras. Tienes mucha razon, dixo entónçes Arsenia: solamente perdemos aquellos autores cuya fortuna labramos con nuestra habilidad, pues luego que los hemos acreditado y puesto en parage de que tengan que comer, se dan á la ociosidad, y ya no quieren trabajar; pero al fin la compañía se consuela, y el público tiene menos que padecer.

Aplaudieron todos este parecer, y quedaron en que los autores, á pesar de lo mal que los trataban los comediantes, siempre les estaban muy obligados, porque les eran deudores de todo lo que tenian. Asi los abatian los histriones, haciéndolos inferiores á ellos, y ciertamente no podian despreciarlos mas.

## CAPITULO XII.

**TOMA GIL BLAS INCLINACION AL TEATRO, ENTREGASE ENTERAMENTE A LOS ENREDOS DE LA VIDA CÓMICA, Y DENTRO DE POCO SE DISGUSTA DE ELLA.**

Los convidados se quedaron hablando sobre mesa hasta que llegó la hora de ir al teatro, y entónces marcharon todos á él. Seguílos, y vi tambien la comedia que se representó aquel dia, la que me gustó de manera, que hice ánimo de no perder ninguna. Asi me fuí insensiblemente acostumbrando á los actores: á tanto llega la fuerza de la costumbre. Llevábanme particularmente la atenciou

aquellos que hacian mas gestos y daban mas gritos en las tablas, y no era yo el único de este gusto.

No me causaba menos agrado la discrecion de las piezas que el modo de representarlas. Algunas verdaderamente me embelesaban: sobre todo aquellas en que se dexaban ver á un mismo tiempo en el teatro todos los cardenales, ó los doce pares de francia. Sabía de memoria muchos pasos de aquellos incomparables poemas. Acuérdomme de que en dos dias aprendí toda entera una comedia famosa, intitulada: *La Reyna de las flores*. La Rosa era la Reyna, la que tenia por confidenta á la Violeta, y por escudero al Jazmin. No habia para mí obras mas ingeniosas que las parecidas á estas, persuadido á que daban mucho honor á nuestra nacion.

No me contentaba con adornar mi memoria atestándola bien de semejantes maravillosas producciones, sino que tambien me apliqué á perficionar el gusto, y para conseguirlo escuchaba con la mayor atencion el parecer de los comediantes. Si alababan una pieza, yo la estimaba, y desprecia-

ba todas aquellas de que les oia hablar mal. Parecíame que eran tan inteligentes en esto de comedias, como los diamantistas en piedras preciosas. Sin embargo, observé que la tragedia de Pedro de Moya fué muy aplaudida, aunque ellos habian pronosticado que todos la silvarian. Pero no bastó esta experiencia para que su crítica se me hiciese sospechosa; y antes quise creer que el público carecia de gusto y juicio, que dudar de la infalibilidad de la compañía. No obstante, me aseguraban todos que ordinariamente eran recibidas con aplausos aquellas nuevas comedias de que los actores tenian mala opinion, y por el contrario, silvadas por la mosquetería todas las que ellos mas celebraban. Decíanme que era regla ó máxîma suya general hablar siempre mal de las obras, y me citaban mil exemplares de algunas que habian desmentido sus magistrales decisiones. Todo esto fué menester para que al cabo me desengañase.

No se me olvidará jamas lo que sucedió un dia en que se representó una comedia nueva. Habíales parecido á los comediantes fria y fastidiosa,

adelantándose á pronosticar que el auditorio no la veria acabar. Con esta preocupacion representaron la primera jornada, que mereció grandes aplausos. Admirólos mucho esto. Representaron la segunda, la qual aun fué mas aplaudida que la primera. Y he aqui á todos mis pobres actores atónitos. ¡Como diablos es esto! exclamaba Casimiro. Representaron la tercera, que fué sin comparacion mas celebrada que las otras dos. Yo no lo entiendo, dixo Ricardo. Yo sí, dixo entónces con mucha naturalidad otro comediante: á nosotros nos pareció que tendria mala suerte esta comedia, porque no entendemos mil delicados pensamientos, y mil finísimas gracias que hay en ella.

Desde entónces dexé de tener á los comediantes por buenos jueces, y me hice justo apreciador de su verdadero mérito. Ellos mismos acreditaban con quánta razon la gente instruida les afeaba varias ridiculeces. Veía yo claramente que los aplausos nada merecidos tenian echados á perder tanto á los cómicos como á las cómicas, los quales considerándose como personas de suma importancia y objetos

dignos de admiracion , estaban persuadidos á que hacian gran favor al público en divertirle. Dábanme muy en rostro sus defectos ; mas por mi desgracia , su modo de vivir llegó á gustarme demasiado , y asi me vi metido de pies á cabeza en el desenfreno y en la disolucion. Ni podia ser otra cosa. Todas sus conversaciones eran perniciosas á la juventud , y nada veía en ellos que no contribuyese á estragarme. Aun quando no supiera yo todo lo que pasaba en las casas de Constancia , Casilda , y las demas comediantas , bastaba para perderme lo que estaba viendo en la de Arsenia. Además de aquellos señores ya viejos de que hablé antes , concurrían á ella varios petimetres , y no pocos hijos de familia , que encontraban en los usureros todo el dinero que habian menester para arruinarse. Alguna vez recibían tambien á ciertos agentes de quienes se servían , los quales en vez de ser pagados por su trabajo , las pagaban á ellas porque se dexasen servir.

Florimunda vivía pared por medio de Arsenia , y todos los días comían y cenaban juntas. Estaban las dos tan

unidas que causaban admiración en gente de su oficio, y se creía que tarde ó temprano se rompería su amistad por zelos, vanidad ó envidia; pero las conocian mal los que pensaban así. Era muy verdadera su union. En lugar de ser zelosas como las demas mugeres, hacian vida comun. Gustaban mas de repartir entre sí los despojos de los hombres, que de disputarse neciamente sus amorosos suspiros.

Laura, á exemplo de estas dos ilustres compañeras, aprovechaba tambien el tiempo, no dexando malograr lo mas florido de sus años. Habíame ella dicho que veria buenas cosas, y no me engañó. Con todo eso, yo no hacía el zeloso, por haberla prometido que procuraria adoptar el espíritu de la compañía. Disimulé por algun tiempo, contentándome con preguntarla el nombre de los sugetos con quienes la veía á solas en conversacion; pero siempre me respondia que era un tio ó un primo carnal suyo. ¡O, y quanta multitud tenia de parientes! Su familia debia ser mas numerosa que la del rey Priamo. Mas no era negocio de atenerse únicamente á su infinita



parentela: hacía tambien sus salidas fuera del árbol genealógico, y no se olvidaba de ir de quando en quando á representar el papel de señora viuda en casa de la vieja de antaño. En fin, Laura (por dar al lector una cabal idea de su persona) era tan jóven, tan linda y tan alegre como su ama, excepto que esta divertia al pueblo públicamente, y la criada solo lo hacía en privado. Yo cedí al torrente, y por espacio de tres semanas me entregué á todo género de placeres y pasatiempos; pero debo decir que en medio de ellos me sentia atormentado de crueles remordimientos, efectos de mi educacion, que llenaban de amargura todas mis delicias. No triunfó la disolucion de tan saludables remordimientos: al contrario, eran mayores quanto mas me abandonaba á mis desórdenes. Comenzaron estos á causarme horror, gracias á las luces del cielo y á la docilidad de mi natural constitucion. ¡ Ah desventurado! me decia yo á mí mismo. ¿ Es esto lo que esperaba de tí tu familia? ¿ No te basta haberla engañado, habiendo tomado otra carrera que la de preceptor? ¿ El

verte precisado á servir te dispensa de cumplir con las leyes de christiano y de hombre de bien? ; Parécete que puede serte de algun provecho el vivir entre gente tan viciosa? En unos reyna la envidia , la ira y la avaricia; el pudor y la vergüenza están desterrados de otros ; estos se entregan á la intemperancia y á la pereza , aquellos al orgullo y á la insolencia. Esto se acabó : no quiero vivir mas con los siete pecados capitales.

AVENTURAS  
DE  
GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

NO PUDIENDO GIL BLAS ACOMODARSE A LAS COSTUMBRES DE LOS COMEDIANTES SE SALE DE CASA DE ARSENIA , Y HALLA MEJOR CONVENIENCIA.

Un tantico de honor y de religion que conservaba todavia en medio de mis estragadas costumbres , me obligó no solo á dexar á Arsenia , sino tambien á romper toda comunicacion con Laura, á quien sin embargo no podia menos de amar, aun conociendo que me hacía mil infidelidades. Feliz aquel que sabe aprovecharse de ciertos momentos en que la razon viene á turbar los ilicitos embelesos que la tienen obcecada. Amaneció, pues , una mañana, muy dichosa para mí , en la qual hice mi hatillo , y sin contar con Arsenia,

que casi nada me debía de mi salario, ni con mi querida Laura, salí de aquella casa, en que solo se respiraba libertad, desahogo y disolucion. Premióme inmediatamente el cielo esta buena obra, pues encontrando al mayordomo de mi difunto amo don Matias, le saludé, quien conociéndome al instante, me preguntó á quien servia. Respondíle que habia estado un mes en casa de Arsenia, y que en aquel mismo punto voluntariamente acababa de dexarla por salvar mi inocencia. El mayordomo, como si de suyo fuera hombre timorato y escrupuloso, aprobó mi honestidad, y me dixo que siendo yo un mozo tan honrado y christiano, queria él mismo buscarme una buena conveniencia. Cumplió puntualmente su palabra, pues en aquel mismo dia me acomodó con don Vicente Guzmán, de cuyo mayordomo él era grande amigo.

No podia entrar en mejor casa; y asi nunca me arrepentí de haber estado en ella. Era don Vicente un caballero ya anciano, y muy rico, que habia muchos años vivia sin pleytos y sin muger, porque los médicos le habian privado de la suya, queriéndola curar de una tos que verosimilmen-

te la dexaria vivir mas largo tiempo si no hubiera tomado sus remedios. No pensó jamas en volverse á casar, dedicándose enteramente á la educacion de Aurora su hija única, que entraba entónces en los veinte y seis años, y era una señorita completa. Juntaba á una hermosura poco comun un entendimiento excelente, y grande instruccion. Su padre era hombre de poco talento; pero tenia el de saber gobernar su casa. Solo le hallaba yo un defecto, que á los viejos se les debe perdonar: gustaba mucho de hablar, sobre todo, de guerras y batallas. Si por desgracia se tocaba esta tecla en su presencia, luego resonaba en su boca la trompeta heroyca, y se tenian por muy afortunados los oyentes si se contentaba con embarcarles la relacion de tres batallas y dos sitios. Como habia militado las tres partes de su vida, era su memoria un manantial inagotable de funciones y hazañas militares, que no siempre se oian con el gusto con que él las relataba. A esto se añadia que era muy prolixo, sobre ser un poco tartamudo, con que sus relaciones se hacian pesadísimas, y verdaderamente into-

lerables. En lo demas no era fácil encontrar un señor de mejor carácter. Siempre de igual humor, nada duro ni caprichoso; cosa verdaderamente rara en hombres tan distinguidos. Aunque gobernaba su hacienda con juicio y economía, se trataba muy decentemente. Componíase su familia de varios criados, y de tres criadas que servian á Aurora. Conocí desde luego que el mayordomo de don Matias me habia colocado en una buena casa, y solamente pensé en el modo de conservarme en ella. Apliquéme á conocer bien el terreno, y á estudiar el genio é inclinaciones de todos: arreglé despues mi conducta por este conocimiento, y en poco tiempo logré tener en mi favor al amo y á todos mis compañeros.

Habíase pasado casi un mes desde mi entrada en casa de don Vicente, quando me pareció que su hija me miraba con alguna inclinacion, distinguiéndome entre los demas criados. Siempre que se encontraban sus ojos con los mios, observaba, á mi parecer, cierto agrado que no advertia en ella quando miraba á los otros. A no haber tratado yo con petimetres y

comediantes , nunca me hubiera pasado por la imaginacion que Aurora pudiese pensar en mí ; pero me habian abierto los ojos aquellos señores mios, en cuya escuela no siempre estaban en el mejor predicamento aun las damas de la mas alta esfera. Si hemos de dar crédito á los histriones , me decia yo á mí mismo , tal vez suelen venir á las señoras mas distinguidas ciertas fantasías , de las cuales saben ellos muy bien aprovecharse. ¿Que sé yo si mi ama tendrá de estos caprichos? Pero no , añadía inmediatamente , no puedo persuadirme tal cosa. No es esta señorita una de aquellas Mesalinas , que olvidadas de la noble altivez que las infunde su nacimiento , se rinden á la indecencia de humillarse hasta el polvo , y se deshonoran á sí mismas sin rubor. Será quizá una de aquellas virtuosas , pero tiernas y amorosas doncellas , que sin traspasar los límites que la virtud prescribe á su ternura , no hacen escrupulo de inspirar , ni de sentir ellas mismas una pasion delicada que las entretiene sin peligro.

Este era el juicio que yo hacía de mi ama , bien que dudoso y vacilante,

no sabiendo precisamente á que atenerme. Mientras tanto siempre que me veía, no dexaba de sonreirse y alegrarse: apariencias todas que podían muy bien hacerme consentir en que me quería, sin pasar por vano ni por tonto, y así no me dexé llevar de aquellas bellas apariencias. Consentí, pues, en que Aurora estaba muy prendada de mi mérito, y comencé á considerarme como uno de aquellos afortunados criados á quienes el amor hace dulcísima la servidumbre. Para mostrarme menos indigno del bien que parecia querer procurarme mi fortuna, empecé á cuidar del aseo de mi persona mas de lo que habia cuidado hasta allí. Gastaba todo mi dinero en comprar ropa blanca, aguas de olor y pomadas. Lo primero que hacía por la mañana luego que me levantaba de la cama, era lavarme, perfumarme bien, y vestirme con todo el aseo posible, para no presentarme con desaliño á mi ama en caso que me llamase. Con este cuidado de componerme, y con otros medios que empleaba para agradar, me lisonjeaba de que no tardaria mucho en declararse mi ventura.

Entre las criadas de Aurora habia



una que se llamaba la Ortiz. Era una vieja que hacía mas de veinte años que servía en casa de don Vicente. Había criado á su hija , y conservaba todavía el título de dueña , aunque ya no ejercía aquel empleo. Por el contrario , en lugar de velar sobre las acciones de Aurora , como lo hacía en otro tiempo , entónces solo atendía á encubrir las y ocultarlas , con lo qual gozaba toda la confianza de su ama. Una noche habiendo buscado la dueña ocasion de hablarme , sin que nadie pudiese oírnos , me dixo en voz baxa que si yo era prudente y callado , baxase al jardin á media noche , donde sabría cosas que no me disgustarian. Respondíla , apretándola la mano , que sin falta alguna baxaria , y prontamente nos separamos de miedo de ser sorprendidos. Ya no dudé entónces de ser yo el objeto del cariño de Aurora. ¡O, y que largo se me hizo el tiempo hasta la cena , (sin embargo de que siempre se cenaba temprano) y desde la cena hasta que mi amo se recogió! Parecíame que aquella noche todo se hacía en casa con extraordinaria lentitud. Y para aumento de mi fastidio , quando don Vicente se retiró á

su quarto, en vez de pensar en dormirse, se puso á contarme por la centésima vez sus campañas, con que tanto nos habia majado á todos. Pero lo que jamas habia hecho, y lo que precisamente guardó para regalarme aquella noche, fué irme nombrando uno por uno todos los oficiales que se habian hallado en ellas, refiriéndome al mismo tiempo las hazañas de cada uno. No puedo ponderar quanto padecí en estarle oyendo. Al fin acabó y se metió en la cama. Retiréme inmediatamente al quarto donde estaba la mia, y del que se baxaba por una escalera secreta al jardin. Untéme de pomada todo el cuerpo; puséme una camisola limpia bien perfumada; y nada omití de quanto me pareció podia contribuir á fomentár el capricho que me habia figurado en mi ama, con lo que fuí al sitio de la cita.

No encontré en él á la Ortiz, y juzgué que cansada de esperarme se habia vuelto á su quarto, lo que me hizo perder todas mis esperanzas. Eché la culpa á don Vicente, y quando estaba dando al diablo sus campañas, dió el relox, conté las horas, y vi que no eran mas que las diez.

Tuve por cierto que el relox andaba mal , creyendo imposible que no fuese ya la una de la noche ; pero estaba tan engañado , que un quarto de hora despues volví á contar las diez de otro relox. ¡ Bravo ! dixé entónces entre mí : todavia me faltan dos horas enteras de poste ó de centinela. No culparán mi tardanza. Pero ¿ que haré hasta las doce ? Paseémonos , y pensemos en el papel que hago hoy. Es para mí harto nuevo. No estoy acostumbrado á las fantasías de las damas ; solamente sé lo que se practica con las comediantas y las mugercillas. Se presenta uno á ellas con familiaridad y franqueza , y las dice su atrevido pensamiento sin reparo ; pero con las señoras se observa otro ceremonial. Es menester que el galan sea cortés , tierno y comedido , sin ser no obstante tímido. No ha de querer precipitar atropelladamente su fortuna ; para lograrla debe esperar un momento favorable.

Asi discurria yo , y asi me proponia proceder con Aurora. Figurábase que dentro de poco tendria la dicha de verme á los pies de aquella amable persona , y decirla mil cosas

amorosas , pero de manera que el respeto no se quejase de la pasion. Con este fin traia á la memoria varios pasos de las comedias , que me pareció podian servirme y darme gran lucimiento en nuestra primera vista. Lisosnjeábame de que los aplicaria con oportunidad , y esperaba que , á exemplo de algunos comediantes , pasaria por hombre de entendimiento , siendo asi que solo lo era de memoria. Mientras me ocupaba en estos pensamientos , los cuales divertian mi impaciencia con mas gusto que las relaciones militares de mi amo , oí dar las once. Alegréme de que solo faltaban sesenta minutos , y volvíme á recrear con las alegres fantasías de mi imaginacion , parte paseándome , y parte sentándome en un delicioso cenador formado en el centro del jardin. Llegó en fin la hora tan deseada , es decir las doce. Pocos instantes despues se dexó ver la Ortiz , tan puntual como yo , pero menos impaciente. Señor Gil Blas , me dixo , ¿ quanto ha que está vmd. aqui ? Dos horas , la respondí. En verdad , añadió ella riéndose , que es vmd. muy cumplido , y da gusto darle citas para estas horas.

Es cierto, prosiguió ya en tono serio, que eso y mucho mas merece la dicha que le voy á anunciar. Mi ama quiere hablar á solas con vmd., y le está esperando en su quarto: no tengo otra cosa que decirle; lo demas es razon que lo oiga de su propia boca. Sígame á donde le conduzca, y dicho esto me cogió de la mano, y ella misma me introduxo en el aposento del ama por una puerta falsa de que tenia la llave.

## CAPITULO II.

CÓMO RECIBIÓ AURORA A GIL BLAS,  
Y LA CONVERSACION QUE  
CON EL TUVO.

Saludé á Aurora con el mayor respeto y con la mejor gracia que me fué posible. Recibióme con semblante risueño; hizome sentar junto á sí, y lo que mas me gustó fué que mandó á la dueña se retirase á su quarto. Despues de este preludio, volviéndose hácia mí, me dixo: Gil Blas, ya habrás advertido que te miro con buenos ojos, y te distingo entre todos los criados de mi padre; quando esto

no fuese bastante para hacerte conocer la particularidad con que te estimo, juzgo que no te dexará dudarlo este paso que ahora doy.

No la di tiempo para que dixese mas. Parecióme que como hombre discreto y cortesano debia respetar su pudor, y no darla lugar á mayor explicacion. Levantéme, y arrojándome á sus pies todo transportado, como un héroe de teatro que se arrodilla ante su princesa, exclamé en tono declamatorio: ¡ah, señora! será posible que Gil Blas, juguete hasta aqui de la fortuna, sea tan venturoso que haya podido inspiraros afectos... Baxa un poco la voz, me dixo sonriéndose mi ama, por no despertar á las criadas que duermen en el quarto vecino. Levántate, y escúchame sin interrumpirme. Sí, Gil Blas, prosiguió volviendo á su afable seriedad: es cierto que te estimo y quiero bien, y en prueba de ello voy á fiarte un secreto, del qual pende el sosiego de mi vida. Sabe que amo á un caballero mozo, galan, ayroso y de ilustre nacimiento. Llámase don Luis Pacheco. Le he visto algunas veces en el paseo y en la comedia; pero nunca

le he hablado. Ignoro su carácter , y tambien quáles son sus prendas, si buenas ó malas. Esto quisiera saberlo puntualmente para lo qual necesito de un hombre sagaz y sincero , que informándose bien de sus costumbres , sepa darme una cuenta fiel de ellas. He puesto los ojos en tí , persuadida á que nada arriesgo en darte este encargo. Espero que le desempeñarás con tal silencio y maña , que nunca tendré motivo para arrepentirme de haberte escogido por depositario de mi mas íntima confianza.

Calló Aurora para oír mi respuesta. Al principio me turbé algun tanto, conociendo mi necio engaño ; pero volviendo prontamente en mí , y venciendo la vergüenza que causa siempre la temeridad quando sale con desgracia , supe mostrarla un zelo tan vivo , y un ardor tan grande en todo lo que fuese servirla y complacerla, que si no alcanzó para desimpresionarla del mal concepto que pudo haberla hecho formar mi atrevida presuncion , bastaria por lo menos para que conociese que yo sabia enmendar con prontitud y decoro una inconsiderada necedad. Pedíla no mas que

dos dias de tiempo para poderla dar buena razon de don Luis, los que me concedió; y llamando ella misma á la Ortiz, esta me volvió á conducir al jardin, diciéndome al despedirse: á Dios, Gil Blas, no te volveré á encargar otra vez que no dexes de acudir temprano al sitio consabido ó á qualquier otro adonde fueres citado, porque ya está vista tu puntualidad.

Volvíme á mi quarto, no sin algun pesar de ver frustrado mi pensamiento. Con todo eso tuve bastante juicio para conocer que me tenia mas cuenta ser el confidente que el amante de mi ama. Ofrecióseme tambien que esto podia hacerme hombre, pues los medianeros de amor eran regularmente bien recompensados por su trabajo: reflexiones que me divirtieron y consolaron, y fuíme á acostar con firme resolucion de obedecer y servir á mi ama en quanto quisiese disponer de mí. Levantéme al dia siguiente, y salí de casa á desempeñar mi encargo. No era dificil saber dónde vivia un caballero tan conocido como don Luis. Tomé al instante en la vecindad informes de su conducta; pero los sugetos á quienes me dirigí, no



satisfacieron del todo á lo que yo deseaba. Esto me obligó á hacer nuevas y mas completas averiguaciones el dia siguiente , y fuí mas afortunado que en el anterior. Encontré casualmente en la calle á un mozo á quien yo conocia ; detuvímonos á hablar , y en aquel punto se llegó á él uno de sus amigos , y le dixo que le habian despedido de casa de don Juan Pacheco, padre de don Luis , por haberle acusado de que se habia bebido un barril de vino. No perdí una ocasion tan oportuna para saber quanto deseaba , lo que conseguí á fuerza de preguntas y repreguntas ; de manera que volví á casa muy contento porque ya podia cumplir la palabra que habia dado á mi ama , con quien habia quedado de acuerdo que volveria á verla en el mismo sitio , y de la misma manera que la noche antecedente. No estuve en esta tan inquieto como en la primera: lejos de impacientarme con las prolixas relaciones de mi amo , yo mismo le saqué la conversacion de sus combates. Esperé á que fuese media noche con la mayor tranquilidad del mundo , y no me moví hasta que conté bien las doce de todos los re-

loxes que se podian oír desde casa. Entónces baxé con mucho sosiego al jardín, sin pensar en perfumes ni en pomadas.

Encontré ya á la dueña en el sitio mismo, y la taymada me dixo con algo de socarronería: en verdad, Gil Blas, que hoy ha rebaxado muchas líneas el barómetro de tu puntualidad y de tu diligencia. No la respondí palabra, fingiendo que no la oía, y ella me conduxo al quarto donde me estaba Aurora esperando. Preguntóme luego que me vió si me habia informado bien acerca de don Luis. Sí señora, la respondí; y en dos palabras explicaré á V. S. todo lo que he averiguado. En primer lugar sé que muy en breve marcha á Salamanca á continuar sus estudios. Es un caballerito lleno de honor y de probidad; y en quanto al valor, no le puede faltar, pues es caballero y castellano. Fuera de eso, es un mozo entendido, y de bellas modales; pero lo que quizá dará poco gusto á V. S. es, que vive algo demasiado á la moda de los modernos señoritos; quiero decir, que es un grandísimo calavera. ¿Creerá V. S. que siendo tan jóven como es, ha te-

nido ya amistad con dos comediantas? ¿Que es lo que me dices? exclamó Aurora. ¡Dios mio, y que costumbres! Pero dime, ¿estás cierto de lo que me cuentas? ¿Como si estoy cierto? la respondí. No hay cosa mas segura. Todo me lo ha contado un criado de su casa, que fué despedido de ella esta mañana, y ya se sabe que los criados son muy sinceros siempre que se trata de publicar los defectos y flaquezas de sus amos. Fuera de eso, el tal don Luis es muy amigo de don Alexo Seguíer, de don Antonio Centelles, y de don Fernando de Gamboa; prueba constante de su disolucion. Basta, Gil Blas, dixo suspirando mi pobre ama: en fuerza de tu informe comienzo desde ahora á combatir mi indigno amor. Aunque habia echado ya profundas raices en mi pobre corazon, no desconfio de arrancarle de él. Vete, prosiguió, y admite en premio de tu trabajo esta corta demostracion de mi agradecimiento. Al decir esto me puso en la mano un bolsillo, que ciertamente no estaba vacío; añadiendo, solo te encargo que guardes bien el secreto que he confiado á tu discrecion y silencio.

Aseguréla que en este particular podia vivir sin el menor rezelo, porque yo era el Harpócrates de todos los confidentes. Dicho esto me retiré impacientísimo por saber lo que contenia el bolsillo. Abríle, y hallé en él veinte doblones. Luego se me ofreció que sin duda habria sido Aurora mas liberal conmigo, si yo la hubiera dado otra noticia mas gustosa, quando pagaba con tanta generosidad una que la habia causado tanto disgusto. Me pesó de no haber imitado á los escribanos y alguaciles, que disfrazan la verdad: y me enfadé mucho contra mi necedad por haber sufocado en su nacimiento un amor que con el tiempo podia producirme grandísimas utilidades; pero al fin me consolé con los veinte doblones, que me recompensaban ventajosamente de lo que habia gastado en pomadas y aguas de olor.

## CAPITULO III.

DE LA GRAN NOVEDAD QUE SUCEDIÓ  
EN CASA DE DON VICENTE , Y DE LA  
EXTRAÑA DETERMINACION QUE EL  
AMOR HIZO TOMAR A LA BELLA  
AURORA.

Poco despues de esta aventura se sintió malo don Vicente. Sobre ser de una edad bastante avanzada , los síntomas de su enfermedad eran tan violentos , que desde luego se temieron funestas resultas. Llamóse á los dos mas famosos médicos de Madrid; uno era el doctor Andres , y el otro el doctor Oquendo. Pulsáron atentamente al doliente ; y despues de una exácta observacion convinieron entrambos en que los humores estaban en una preternatural fermentacion y movimiento. En solo esto fuéron de un parecer , y estuvieron discordes en todo lo demas. Decia el doctor Andres que por lo mismo que los humores estaban en una violenta agitacion de fluxó y refluxó , se les habia de expeler con purgantes , antes que se fixasen en alguna parte noble y

principal. Oquendo opinaba por el contrario, que estando todavía incoctos y crudos los humores, se debía esperar á que madurasen antes de recurrir á los purgantes. Pero ese método, replicaba el otro, es directamente opuesto al que nos enseña el príncipe de la medicina. Hipócrates advierte que se debe purgar al principio de la enfermedad y desde los primeros dias de la mas ardiente calentura, diciendo en términos expresos que se ha de acudir prontamente con la purga quando los humores están en *orgasmo*, es decir, en su mayor agitacion. En eso está vuestra equivocacion repuso Oquendo: vos entendeis por *orgasmo* agitacion, siendo asi que se debe entender madurez.

Acaloráronse nuestros doctores en esta disputa. El uno recitó el texto griego, y citó todos los autores que le explicaban como él. El otro se fiaba en la traduccion latina, empenándose con mayor calor, y tomando el asunto en tono mas alto. ¿A qual de los dos se habia de creer? Don Vicente no era hombre que pudiese resolver aquella cuestión; pero hallándose precisado á escoger una de las dos opiniones, adoptó la del que habia echa-

do al otro mundo mas enfermos, quiero decir, la del mas viejo. Viendo esto el doctor Andres, que era el mas mozo, se retiró; pero no sin decir primero quatro pullas bien picantes al mas anciano sobre su *orgasmo*; y he aqui que quedó triunfante Oquendo. Habiendo este cursado sin duda la misma escuela, y estudiado los mismos principios que el doctor Sangrado, hizo sangrar copiosamente al enfermo, esperando para purgarle á que los humores estuviesen maduros y cocidos; pero la muerte que temió quizá que una purga tan sábiamente diferida, no le quitase la presa que ya tenia agarrada, impidió la coccion, y se llevó á mi pobre amo. Tal fué el fin del señor don Vicente, que perdió la vida porque su médico no sabia el griego.

Despues de haber hecho Aurora á su padre unas exêquias correspondientes á un hombre de su distinguido nacimiento, entró en la administracion de todo lo que tocaba á la casa. Dueña ya de su voluntad, despidió algunos criados, remunerándoles proporcionadamente á su lealtad y méritos. Hecho esto se retiró á una quinta

que tenia á las márgenes del Tajo, entre Sacedon y Buendia. Yo fuí uno de los que permanecieron con ella, y la siguieron á la aldea. No solo eso, sino que tambien tuve la fortuna de que necesitase de mí. No obstante el fiel informe que yo la habia dado de don Luis, todavia le amaba, ó por mejor decir, no pudiendo con todos sus esfuerzos vencer la violencia del amor, se habia dexado llevar de su impulso. Como ya no necesitaba de andarse guardando para hablarme, me dixo un dia suspirando: Gil Blas, yo no puedo olvidar á don Luis: por mas que hago para desecharle del pensamiento, se me representa siempre, no ya como tú me le pintaste, enenagado en los vicios, sino como yo quisiera que fuese, tierno, amoroso y constante. Enterneciósese al decir estas palabras, y no pudo reprimir algunas lágrimas. Tambien á mí me faltó poco para llorar: tanto fué lo que me conmovió aquel su dulce llanto. Ni podia hacerla mejor la corte que mostrándome afligido de su ternura. Veo, amigo Blas, continuó enjugándose los ojos, veo tu buen corazon, y estoy muy satisfecha de tu zelo, que



prometo agradecer tan bien como él merece. Nunca como ahora me ha sido mas necesario tu auxilio y asistencia. Voy á descubrirte el pensamiento que ocupa en este instante mi atencion: sin duda te parecerá extravagante y caprichoso. Has de saber que quiero ir quanto antes á Salamanca, donde he pensado disfrazarme de caballero baxo el nombre de don Felix, y hacer conocimiento con Pacheco, de modo que llegue á ganar su amistad y confianza. Hablaréle frecuentemente de doña Aurora de Guzmán, suponiéndome primo suyo, y como es natural que desee conocerla, aquí es donde yo le aguardo. Nosotros tendremos en Salamanca dos posadas, en una haré el papel de don Felix, y en la otra de doña Aurora; y dexándome ver de don Luis unas veces vestida de hombre y otras de muger, espero traerle al fin que me he propuesto. Confieso, añadió ella misma, que es muy extraño mi proyecto; pero la pasion que me arrastra, y la inocente intencion con que camino, acaban de cegarme sobre el paso á que me quiero arriesgar.

Yo era del mismísimo parecer que

Aurora en punto á la extravagancia y á lo peligroso del designio. Sin embargo, aunque le tenia por tan contrario á la razon y al honor, como lo era á la decencia, me guardé muy bien de hacer el pedagogo, antes sí comencé á dorar la píldora, y me esforcé á querer persuadir que en vez de ser una idea disparatada, era una delicada invencion de ingenio, que no podia traer peligro ni consecuencia. Esto complació mucho á mi ama, porque á los amantes siempre les agrada que se celebren y aplaudan sus mas locos desvaríos. En fin, convenimos los dos en que esta temeraria empresa la debiamos mirar como una especie de comedia burlesca inventada para divertirnos, en la qual solo habia de pensar cada uno en representar bien su papel. Escogimos los actores entre las gentes de casa, y repartimos á cada qual el suyo. Todos le admitieron sin quejarse ni hacer esguinces, porque no eramos comediantes de profesion. A la señora Ortiz se la encomendó el de tia de doña Aurora, señalándosela un criado y una doncella, y habia de llamarse doña Ximena de Guzmán. A mí me tocaba el de ayu-

da de cámara de doña Aurora , y una de las criadas , disfrazada de hombre , la habia de servir separadamente. Arreglados así los papeles , nos restituimos á Madrid , donde supimos se hallaba don Luis , pero disponiendo su viaje á Salamanca. Dimos orden para que se hiciesen quanto antes los vestidos que habiamos menester , á fin de usar de ellos en tiempo y en sazón ; y hechos que fuéron se doblaron y metieron en diferentes baules , y dexando al mayordomo el cuidado de la casa , marchó doña Aurora en un coche de colleras , tomando el camino del reyno de Leon , acompañada de todos los que entrábamos en la comedia.

Ya habiamos atravesado toda Castilla la vieja , quando se rompió el exe del coche , entre Avila y Villafior , á trescientos ó quatrocientos pasos de una quinta que se dexaba ver al pie de una montaña. Veíamos muy confusos porque se acercaba la noche ; pero un aldeano que acertó á pasar por alli , nos sacó de aquel conflicto. Informónos de que aquella quinta era de una tal doña Elvira , viuda de don Pedro Pinares , y fué tanto el

bien que nos dixo de aquella señora, que mi ama se determinó á enviarme á suplicarla de su parte se sirviese recogerlos en su casa por aquella noche. No desmintió doña Elvira el informe del aldeano, pues me recibió con sumo agrado, y respondió á mi súplica en los términos que se deseaba. Pasamos todos á la quinta tirando las mulas el coche con el mayor tiento que se pudo. Encontramos á la puerta á la viuda de don Pedro, que salió cortesanamente al encuentro de mi ama. Paso en silencio los recíprocos cumplimientos que se hicieron; y solo diré que doña Elvira era una señora ya de edad avanzada, pero tan cariñosa, atenta, y de una educacion tan señora, que ninguna la excedia en desempeñar noblemente las obligaciones de la hospitalidad. Conduxo á doña Aurora á un magnífico quarto, donde dexándola en libertad para que descansase, fué á dar disposiciones hasta sobre las cosas mas menudas tocantes á nosotros. Hecho esto, luego que estuvo dispuesta la cena mandó se sirviese en el quarto de Aurora, donde las dos se sentaron á la mesa. No era la viuda de don Pedro una de

aquellas personas que no saben obsequiar en un convite, manteniéndose en ella con un ayre enfadosamente grave, silencioso y pensativo; antes bien era de genio festivo, y sabia mantener siempre viva la conversacion. Explicábase noblemente con voces bellas y propias, y exponia sus pensamientos con cierto ayre fino y delicado, que hacía parecer originales aun los mas comunes. A mí me tenia embelesado, y no menos encantada se manifestaba Aurora. Se cobraron las dos una estrecha amistad, y quedaron de acuerdo en mantenerla correspondiéndose por cartas. Nuestro coche no podia estar compuesto hasta el dia siguiente, y era muy natural que no pudiésemos salir hasta muy tarde, por lo que nos detuvimos todo aquel dia en la misma quinta. A nosotros se nos sirvió tambien una cena muy abundante, y así dormimos todos tan bien como habiamos cenado.

Al dia siguiente descubrió mi ama nuevo fondo y nuevas gracias en la conversacion de doña Elvira. Comieron las dos en una sala en que habia muchas pinturas, entre las quales sobresalia una, cuyas figuras estaban

pintadas con la mayor propiedad y exquisita viveza, y que ofrecia á la vista un asunto verdaderamente trágico. Era un caballero muerto, tendido en tierra, bañado en su misma sangre, cuyo semblante parecia que, aun despues de muerto, estaba amenazando. Cerca de él se dexaba ver tendido tambien el cadáver de una dama jóven, aunque en diferente actitud, atravesado el pecho de una espada, y quando se representaba exhalandó el último aliento tenia clavados los ojos en un jóven, que expresaba tener un mortal dolor de perderla. El pincel habia representado tambien en aquel lienzo otra figura, que no llamaba menos la atencion. Era un anciano de grave, hermosa y venerable traza, que conmovido vivamente de los funestos objetos que se le presentaban á la vista, no se manifestaba menos afligido que el desconsolado jóven. Podriase decir que aquellas imágenes sangrientas excitaban en el mozo y en el anciano iguales movimientos, pero causando en los dos diferentes impresiones. El viejo, poseido de una profunda tristeza, parecia estar abatido enteramente de ella; mas en

el mozo se echaba de ver reconocia una especie de furor en medio de su afliccion. Todos estos afectos estaban tan vivamente expresados, que no nos cansábamos de ver y admirar aquel quadro. Preguntó mi ama qué suceso ó qué historia representaba aquella pintura. Señora, la respondió doña Elvira, es una fiel, aunque muda relacion de las desgracias de mi familia. Esta respuesta picó tanto la curiosidad de Aurora, que excitó en ella un fuerte deseo de saber puntualmente lo que en aquello la queria decir la viuda de don Pedro, y no se pudo contener de manifestarla este deseo. Elvira se ofreció atentamente á contentárselo; y como esta cortesana oferta se hizo á presencia de la Ortiz, de sus dos compañeras y á la mia, todos quatro nos detuvimos en la sala despues de la comida. Mi ama queria nos retirásemos; pero doña Elvira, que conoció nuestra gana de oír la explicacion de aquel quadro, tuvo la benignidad de decirnos que nos quedásemos; porque la historia que voy á referir, añadió con mucho agrado, no es de aquellas que piden secreto. Un

poco despues principió su relacion en los términos siguientes.

## CAPITULO IV.

### EL CASAMIENTO POR VENGANZA.

#### NOVELA.

**R**ogerio, rey de Sicilia, tuvo un hermano y una hermana. El hermano, que se llamaba Manfredo, se rebeló contra él, y encendió en el reyno una guerra no menos sangrienta que peligrosa; pero tuvo la desgracia de perder dos batallas y de caer en manos del Rey, quien se contentó con privarle de la libertad en castigo de su rebelion; clemencia que solo produjo el efecto de ser tenido por bárbaro en el concepto de algunos vasallos suyos, persuadidos á que no habia perdonado la vida á su hermano sino para exercer en él una venganza lenta é inhumana. Todos los demas, con mas razon ó con mayor fundamento, atribuian á sola su hermana Matilde el duro trato que á Manfredo se le daba en la prision. Con efecto, esta Princesa



siempre habia aborrecido á aquel desgraciado Príncipe , y no cesó de perseguirle mientras él vivió. Murió Matilde poco despues de Manfredo , y su temprana muerte se tuvo como castigo de su desapiadado corazon.

Dexó dos hijos Manfredo , ámbos de tierna edad. Vaciló por algun tiempo Rogerio sobre si les haria quitar la vida , temiendo que en edad mas crecida no les ocurriese la idea de vengar el cruel trato que se habia dado á su padre , resucitando un partido que todavia se sentia con fuerzas para causar peligrosas turbaciones en el estado. Comunicó su pensamiento al senador Leoncio Sifredo , su primer Ministro , quien para disuadirle de aquel intento , se encargó de la educacion del príncipe Enrique , que era el primogénito , y aconsejó al Rey que confiase la del mas jóven , por nombre don Pedro , al Condestable de Sicilia. Persuadido Rogerio á que estos dos fieles ministros educarian á sus sobrinos con toda la sumision que á él se le debia , los entregó á su lealtad y cuidado , tomando para sí el de su sobrina Constanza. Era esta de la edad de Enrique , é hija única de la prin-

cesa Matilde. Púsola maestras que la enseñasen, y criados que la sirviesen, sin perdonar medio alguno que conduxese á una educacion correspondiente á su clase.

Tenia Sifredo una quinta distante dos leguas cortas de Palermo, en un sitio llamado Belmonte. En ella se dedicó este ministro á dar á Enrique una enseñanza por la que mereciese con el tiempo ocupar el real trono de Sicilia. Descubrió desde luego en aquel Príncipe prendas tan amables, que se aficionó á él como si no tuviera otros hijos, aunque era padre de dos niñas. La mayor, que se llamaba doña Blanca, y contaba un año menos que el Príncipe, estaba dotada de una perfecta hermosura: la menor, por nombre Porcia, cuyo nacimiento habia costado la vida á su madre, se hallaba aun en la cuna. Enamoráronse uno de otro Blanca y Enrique luego que fuéron capaces de amar, pero se amaban sin libertad de hablarse á solas. Sin embargo, no dexaba el Príncipe de lograr tal vez alguna ocasion para ello. Aprovechó tan bien aquellos preciosos momentos, que pudo persuadir á la hija de Sifredo á

que le permitiese poner por obra un designio que estaba meditando. Sucedió oportunamente en aquel tiempo que Leoncio, de orden del Rey, se vió precisado á hacer un viage á una de las provincias mas remotas de la Isla; y durante su ausencia mandó Enrique hacer una abertura en el tabique de su quarto, que estaba pared por medio del de doña Blanca. Cerróla con un bastidor y tablas de madera tan ajustadas á la abertura, y pintadas del mismo color del tabique, que no se distinguia de él, ni era fácil se conociese el artificio. Un hábil arquitecto, á quien el Príncipe habia confiado su proyecto, executó esta obra con tanto primor como secreto.

Por esta puerta se introducía algunas veces el enamorado Enrique en el quarto de doña Blanca, pero sin abusar jamas de aquella licencia. Si Blanca tuvo la imprudencia de permitir una entrada secreta en su estancia, fué no obstante confiada en las palabras que él la habia dado de que nunca pretenderia de ella sino favores inocentes. Hallóla una noche extraordinariamente inquieta y sobresaltada. Era el ca-

so el haber sabido que Rogerio estaba gravemente enfermo, y que habia despachado una estrecha orden á Sifredo de que pasase á la corte prontamente para otorgar ante él su testamento, como gran Canciller del reyno. Figurábase ver á Enrique ya en el trono, y temia perderle quando se viese en aquella elevacion. Tenia bañados de lágrimas los ojos quando entró en su quarto Enrique. Señora, la dixo, ¿que novedad es esta? ¿qual es el motivo de esa profunda tristeza? Señor, respondió ella, no he sido dueña de reprimir el llanto, ni de disimular mi dolor. El Rey, vuestro tio, dexará presto de vivir, y vos ocupareis su lugar. Quando se me representa la gran distancia que va á poner entre vos y yo esta nueva grandeza, confieso que me aflijo. Un Monarca mira las cosas con ojos muy diversos que un amante; y aquello mismo que era todo su embeleso quando reconocia un poder superior al suyo, apenas le hace mas que una ligera impresion en la elevacion del trono. Sea presentimiento, sea razon, siento en mi pecho movimientos que me agitan, y que no alcanza á cal-

mar toda la confianza á que me alien-  
ta vuestra bondad. No desconfio de  
vuestro amor ; desconfio solamente de  
mi dicha. Amable Blanca , respondió  
el Príncipe , tus temores por una par-  
te me ofenden , y por otra me obli-  
gan , acreditando ellos mismos la fun-  
dada pasión que tus prendas han en-  
cendido en mi corazón. Tu desconfianza  
es efecto de tu amor ; pero el  
exceso de ella es ofensa del mio , y  
casi estoy por decir que lo es tam-  
bien de aquel concepto tuyo , á que  
me parece soy acreedor. No , no  
pienses que mi suerte , sea la que fue-  
re , pueda jamás separarse de la tuya,  
y cree firmemente que tú sola serás  
siempre toda mi alegría , todo mi con-  
suelo , y toda mi felicidad. Destierra,  
pues , de tí ese vano temor. ¿ Es po-  
sible que quieras turbar con él estos  
felicísimos momentos ? ¡ A señor ! re-  
plicó la hija de Leoncio , luego que  
vuestros vasallos os vean coronado , os  
pedirán por reyna una princesa que  
descienda de una larga série de re-  
yes , y añada nuevos estados á los  
vuestros. Quien sabe , ¡ ay de mí ! si  
vos os dexareis vencer , sacrificando á  
la que se llama razón de estado , y

á sus instancias vuestros mas vivos deseos. Mas ¿á que fin, repuso Enrique, no sin alguna conmocion, á que fin afligirte ahora con pensamientos melancólicos de lo que puede suceder ó no en lo futuro? Si el cielo dispusiere del Rey mi tio, juro que te daré la mano en Palermo á presencia de toda mi corte. Asi lo prometo, poniendo por testigo todo lo mas sagrado que se conoce entre nosotros.

Aquietóse la hija de Sifredo con las protestas de Enrique; y lo restante de la conversacion se reduxo á hablar de la enfermedad del Rey, manifestando Enrique en este caso la bondad y nobleza de su corazon. Mostróse muy afligido del estado en que se hallaba el Monarca su tio, pudiendo mas en él la fuerza de la sangre que el atractivo de la corona. Pero aun no sabia Blanca todas las desdichas que la estaban esperando. Habiéndola visto un dia el Condestable de Sicilia á tiempo que ella salia del quarto de su padre, quedó ciegamente prendado de ella; pidiósele á Sifredo al dia siguiente, y este se la concedió gustoso y agradecido; pero sobreviniendo al mismo tiempo la enfermedad de

Rogero , se suspendió el casamiento del que doña Blanca no habia sido sabidora.

Una mañana , al acabar Enrique de vestirse , quedó singularmente sorprendido de ver entrar en su quarto á Leoncio seguido de doña Blanca. Señor , le dixo aquel ministro , vengo á daros una noticia que sin duda os afligirá ; pero acompañada de un consuelo que podrá mitigar en parte vuestro dolor. Acaba de morir el Rey vuestro tio , y por su muerte quedais heredero de la corona. La Sicilia es ya vuestra. Los grandes del reyno estan aguardando en Palermo vuestras órdenes. Yo , señor , vengo encargado de ellos á recibirlas de vuestra boca , y en compañía de mi hija Blanca , para rendiros los dos el primero y mas sincero homenaje que os deben todos vuestros vasallos. Al Príncipe no le cogió de nuevo esta noticia , por estar ya informado dos meses antes de la grave enfermedad que padecia el Rey , que poco á poco iba acabando con él. Sin embargo , quedó suspenso algun tiempo ; pero rompiendo despues el silencio , y volviéndose á Leoncio , le dixo estas palabras : prudent-

te Sifredo, te miro, y te miraré siempre como padre, y me gloriaré de gobernarme por tus consejos; tú serás rey de Sicilia mas que yo. Dicho esto, se llegó á una mesa donde habia una escribanía, tomó un pliego de papel, y echó en él su firma en blanco... ¿Que haceis, señor? le interrumpió Sifredo. Mostraros mi amor y mi gratitud, respondió Enrique; y en seguida presentó á Blanca aquel papel y firma, diciéndola: recibid, señora, esta prenda de mi fe y del dominio que os doy sobre mi voluntad. Tomóla Blanca, cubriéndose su bella cara de un honestísimo rubor, y respondió al Príncipe: admito con respeto y agradecimiento las gracias de mi Rey; pero estoy sujeta á un padre, y espero que no llevareis á mal ponga en sus manos vuestro benignísimo papel para que use de él como le aconsejare su prudencia.

Entregó efectivamente á su padre el papel con la firma en blanco de Enrique. Conoció entónces Sifredo lo que hasta aquel punto no habia descubierto su penetracion. Comprendió toda la intencion del Príncipe, y le contestó diciendo: espero que V. M.



no tendrá motivo para arrepentirse de la confianza que se sirve hacer de mí, y esté bien seguro de que jamas abusaré de ella. Amado Leoncio, interrumpió Enrique, no temas que pueda llegar semejante caso; sea el que fuere el uso que hicieres de mi papel, no dudes que siempre lo aprobaré. Ahora vuelve á Palermo, dispon todo lo necesario para mi coronacion, y di á mis vasallos que voy prontamente á recibir el juramento de su fidelidad, y á darles las mayores seguridades de mi amor. Obedeció el ministro á su nuevo amo, y marchó á Palermo, llevando consigo á doña Blanca.

Pocas horas despues partió tambien de Belmonte el mismo Enrique, pensando mas en su amor que en el elevado puesto á que iba á ascender.

Luego que se dexó ver en la ciudad, resonaron en el ayre mil aclamaciones de alegría, y entre ellas entró Enrique en palacio, donde halló ya hechos todos los preparativos para su coronacion. Encontró en él á la princesa Constanza vestida de luto riguroso, mostrándose traspasada de dolor por la muerte de Rogerio. Hiciéron-

se los dos sobre este asunto recíprocos cumplidos, y ambos los desempeñaron con discrecion, aunque con algo mas de frialdad por parte de Enrique, que por la de Constanza, la qual no obstante los disturbios de la familia, nunca habia querido mal á este Príncipe. Ocupó el Rey el trono, y la Princesa se sentó á su lado en una silla puesta un poco mas abaxo. Los magnates del reyno se sentaron donde á cada uno segun su clase ó empleo le correspondia. Empezó la ceremonia, y Leoncio, que como gran Canciller del reyno era depositario del testamento del difunto Rey, dió principio á ella leyéndolo en alta voz. Contenia en substancia, que hallándose el Rey sin hijos, nombraba por sucesor en la corona al hijo primogénito de Manfredo, con la precisa condicion de casarse con la princesa Constanza, y que si no queria darla la mano de esposo, quedase excluido de la corona de Sicilia, y pasase esta al infante don Pedro, su hermano menor, baxo la misma condicion.

Quedó Enrique altamente sorprendido al oir esta cláusula. No se puede expresar la pena que le causó;

pero creció hasta lo sumo quando acabada la lectura del testamento, vió que Leoncio, hablando con toda la junta, dixo asi: señores, habiendo puesto en noticia de nuestro nuevo Monarca la última disposicion del difunto Rey, este generoso Príncipe consiente en honrar con su real mano á su prima la princesa Constanza. Interrumpió el Rey al Canciller, diciéndole conturbado: acordaos, Leoncio del papel que Blanca... Señor, respondió Sifredo, interumpiéndole con precipitacion, sin darle tiempo á que se explicase mas, ese papel es este que presento á la junta. En él reconocerán los grandes del reyno el augusto sello de V. M., la estimacion que hace de la Princesa, y su ciega deferencia á las últimas disposiciones del difunto Rey su tio. Acabadas de decir estas palabras, comenzó á leer el papel en los términos en que él mismo le habia llenado. En él prometia el nuevo Monarca á sus pueblos en la forma mas auténtica, casarse con la princesa Constanza, conformándose con las intenciones de Rogerio. Resonaron en la sala los aplausos de todos los circunstantes, diciendo: viva el

magnánimo rey Enrique. Como era notoria á todos la aversion que este Príncipe habia tenido siempre á la Princesa, temian, no sin razon, que indignado de la condicion del testamento, excitase movimientos en el reyno, y se encendiese en él una guerra civil que le desolase; pero asegurados los grandes y el pueblo con la lectura del papel que acababan de oir, esta seguridad dió motivo á las universales aclamaciones, que despedaban secretamente el corazon del nuevo Rey.

Constanza, que por su propia gloria, y guiada de un afecto de cariño, tenia en todo esto mas interes que otro alguno, se aprovechó de aquella ocasion para asegurarle de su eterno reconocimiento. Por mas que el Príncipe quiso disimular su turbacion, era tanta la que le agitaba quando recibió el cumplido de la Princesa, que ni aun acertó á responderla con la cortesana atencion que exígia de él. Rindióse en fin á la violencia que él se hacía, y llegándose al oido á Sifredo, que por razon de su empleo estaba bastante cerca de su persona, le dixo en voz baxa: ¿que es esto, Leon-

cio? el papel que tu hija puso en tus manos, no fué para que usases de él de esa manera. Vos faltais á mi confianza. Acordaos, señor, de vuestra gloria, le respondió Sifredo con espíritu. Si no dais la mano á Constanza, y no cumplis la voluntad del Rey vuestro tio, perdióse para vos el reyno de Sicilia. Apenas dixo esto se separó del Rey para no darle lugar á que replicase. Quedó Enrique sumamente confuso; no podia resolverse á abandonar á Blanca, ni á dexar de partir con ella la magestad y gloria del trono, estando dudoso largo rato sobre el partido que habia de tomar. Determinóse al cabo, pareciéndole haber encontrado arbitrio para conservar á la hija de Sifredo sin verse precisado á la renuncia del trono. Aparentó quererse sujetar á la voluntad de Rogerio, lisonjeándose de que mientras solicitaba la dispensa de Roma para casarse con su prima, grangearia á su favor con gracias á los grandes del reyno, y añanzaria su poder de manera que ninguno le pudiese obligar á cumplir la condicion del testamento.

Abrazado este designio se sosegó un poco, y volviéndose á Constanza

la confirmó lo que el gran Canciller la habia dicho en público; pero en el mismo punto en que hacía traición á su propio corazón, ofreciendo su fe á la Princesa, entró Blanca en la sala de la junta, adonde iba de orden de su padre á cumplimentar á Constanza, y llegaron á sus oídos las palabras que Enrique la decia. Fuera de eso, no creyendo Leoncio que pudiese ya dudar de su desgraciada suerte, la dixo, presentándola á Constanza: rinde, hija mia, tu fidelidad y respeto á la Reyna tu señora, deseándola todas las prosperidades de un floreciente reynado, y de un feliz himeneo. Golpe terrible, que atravesó el corazón de la desgraciada Blanca. En vano se esforzó á disimular su pesar. Inmutósele el semblante encendiéndosela de repente, y pasando en un momento de encendido á pálido, con un temblor ó estremecimiento general de todo su cuerpo. Sin embargo, no entró en sospecha alguna la Princesa, pues atribuyó el desorden de sus palabras á la natural cortedad de una doncella criada lejos de la corte, y poco acostumbrada al despejo de los palacios. No sucedió lo mismo con el Rey, quien

perdió toda su compostura y magestad á vista de Blanca, y salió fuera de sí mismo, leyendo en sus ojos la pena que la atormentaba. No dudó, que creyendo las apariencias, ya en su corazon le tenia por un traidor. No habria sido tan grande su inquietud si hubiera podido hablarla; pero ¿como era esto posible á vista de toda la Sicilia que tenia puestos los ojos en él? Por otra parte el cruel Sifredo cerró la puerta á esta esperanza. Estuvo viendo este ministro todo lo que pasaba en el corazon de los dos amantes, y queriendo precaver las calamidades que podia causar al estado la violencia de su amor, hizo con arte salir de la junta á su hija, y tomó con ella el camino de Belmonte, bien resuelto por muchas razones á casarla quanto antes.

Luego que llegaron á aquel sitio, la hizo saber todo el horror de su suerte. Declaróla que la habia prometido al Condestable. ¡Santo cielo! (exclamó transportada de un dolor que no bastó á cõtener la presencia de su padre) ¡y que crueles suplicios tenias guardados para la desgraciada Blanca! Fué tan violento su arrebató,

que todos los sentidos del cuerpo y todas las potencias del alma quedaron suspensas. Helado su cuerpo, frío y pálido, se dexó caer en los brazos de Leoncio. Conmoviéronse las entrañas de este viéndola en aquel estado. Sin embargo, aunque sintió vivamente lo que padecía su hija, se mantuvo firme en su primera determinacion. Volvió Blanca en sí, mas por la fuerza de su mismo dolor que por el agua con que la roció su padre. Abrió sus desmayados ojos, y viendo la priesa que se daba á socorrerla: señor, le dixo con voz apagada y casi imperceptible, me avergüenzo de que hayais visto mi flaqueza; pero la muerte, que no puede tardar ya en poner fin á mis tormentos, os libraré presto de una hija desdichada que sin licencia vuestra se atrevió á disponer de su corazon. No, amada Blanca, respondió Leoncio, no morirás: antes bien espero que tu virtud volverá presto á exercer sobre tí su poder. La pretension del Condestable te da honor; pues bien sabes que es el primer hombre del estado... Estimo su persona y su gran mérito, interrumpió Blanca; pero, señor, el



Rey me habia hecho esperar... Hija, dixo Sifredo interrumpiéndola, sé todo lo que me puedes decir en este asunto. No ignoro el afecto con que miras á este Soberano, y ciertamente que en otras circunstancias no lo desaprobára; antes yo mismo procuraria con todo empeño asegurarte la mano de Enrique, si el interes y la gloria del estado no le pusieran en precision de dársela á Constanza. Con esta única é indispensable condicion le declaró por sucesor suyo el difunto Rey. ¿Quieres tú que prefiera tu persona á la corona de Sicilia? Creeme, hija, te acompaño vivamente en el dolor que te aflige. Con todo eso, supuesto que nuestra libertad es muy superior á nuestros destinos, y que el hombre sábio dominará á los astros, excita ese tu grande espíritu á que haga un generoso esfuerzo. Tu misma gloria se interesa en que hagas ver á todo el reyno que no fuiste capaz de consentir en una esperanza aerea: fuera de que tu pasion al Rey podia dar motivo á rumores poco favorables á tu decoro; y para evitarlos, el único medio es que te cases con el Condestable. En fin, Blanca, ya no es tiempo

de tratar de eso , pues el Rey te dexa por un trono ; y da su mano á Constanza. Al Condestable le tengo dada mi palabra , desempéñala tú , te ruego ; y si para resolverte fuere necesario que me valga de toda mi autoridad , absolutamente te lo mando.

Dichas estas palabras la dexó , dándole lugar para que reflexionase sobre lo que acababa de decirle. Esperaba que despues de haber pesado bien las razones de que se habia valido para sostener su virtud contra la inclinacion de su corazon , se determinaria de sí misma á dar la mano al Condestable. No se engañó en esto ; pero ¡ quanto costó á la infeliz Blanca tan dolorosa resolucion ! Hallábase en el estado mas digno de lástima ; el sentimiento de ver que habian pasado á ser evidencias sus presentimientos sobre la deslealtad de Enrique , y la precision no casándose con él , de entregarse á un hombre á quien no la era posible amar , causaban en ella unos impulsos de afliccion tan violentos , que cada instante era un nuevo tormento para ella. Si es cierta mi desgracia , exclamaba viéndose sola , ¿ como es posible que yo resista á ella

sin costarme la vida? Desapiadada suerte, ¿á que fin me lisonjeabas con las mas dulces esperanzas si habias de arrojarme en un abismo de males? ¡Y tú, pérfido amante, tú te has entregado á otra despues de que me prometiste una eterna fidelidad! ¿Has podido tan pronto olvidarte del amor que me juraste? Permita el cielo en castigo de tu cruel engaño que el lecho conyugal que vas á manchar con un perjurio, se convierta en teatro de crueles remordimientos en vez de los lícitos placeres que esperas, y que las caricias de Constanza infundan veneno en tu fementido pecho; y por decirlo todo de una vez, que tu himeneo sea tan horrible como el mio. Sí, traidor; sí, falso, seré esposa del Condestable, á quien no amo, para vengarme yo de mí misma, y para castigarme de haber escogido tan mal el objeto de mi amor. Ya que la Religion no me permite darme la muerte, quiero que los dias que me quedan de vida, sean una cadena de pesares y molestias. Si en ese tu corazon conservas todavia algun amor á mi persona, será vengarme tambien de tí el

arrojarme á tu vista en los brazos de otro; pero si me has olvidado enteramente, podrá á lo menos gloriarse la Sicilia de haber producido una muger que supo castigar en sí misma la demasiada ligereza con que dispuso de su corazon.

En esta dolorosa situacion pasó la noche que precedió á su matrimonio con el Condestable, aquella infeliz víctima del amor y de la obligacion. El dia siguiente, hallando Sifredo pronta y dispuesta á su hija á obedecerle en lo que deseaba, se dió prisa á no malograr tan favorable ocasion. Hizo ir aquel mismo dia al Condestable á Belmonte, y se celebró de secreto el matrimonio en la capilla de aquella quinta. ¡O y que dia aquel para Blanca! No la bastaba renunciar á una corona, perder un amante amado, y entregarse á un objeto aborrecido, sino que era menester hacerse la mayor violencia, y disimular su angustia delante de un marido naturalmente zeloso, y que la profesaba un veheméntísimo cariño. Lleno de júbilo el esposo, porque era ya suya, no se apartaba un momento de su lado, y ni la dexaba siquiera el triste consuelo de

llorar á solas sus desgracias. Llegó la noche, y con ella la hora en que á la hija de Leoncio se la aumentó la pena. Pero ¡que fué de ella quando habiéndola desnudado sus criadas, la dexaron sola con el Condestable! Preguntóla este respetuosamente cuál era el motivo de aquel decaimiento que leía en sus ojos, y observaba en su semblante. Turbó esta pregunta á Blanca, quien fingió que se sentia indispuesta. Por entónces quedó el esposo engañado, pero permaneció poco en su error. Como verdaderamente le tenia inquieto el estado en que la veía, y la instaba á que se acostase, estas instancias que ella interpretó mal, ofrecieron á su imaginacion la idea mas amarga y cruel; tanto, que no siendo ya dueña de poderse reprimir, dió libre curso á sus suspiros, y á sus lágrimas. ¡O que espectáculo para un hombre que pensaba haber llegado al colmo de sus mas vivos deseos! Entónces ya no puso duda en que en la afliccion de su esposa se ocultaba alguna cosa de mal agüero para su amor. Con todo eso, aunque este conocimiento le puso en términos casi tan deplorables como los de Blanca, pudo tanto consigo, que supo disimu-

lar sus rezelos. Repitió las instancias para que se acostase, dándole palabra de que la dexaria reposar quietamente todo lo que hubiese menester, y aun se ofreció á llamar á sus criadas si juzgaba que esto la podia servir de algun alivio. Respondió Blanca que solamente necesitaba dormir para reparar el desfallecimiento que sentia. Fingió creerla el Condestable. Acostóse en esto Blanca, y los dos esposos pasaron una noche muy diferente de las que concede himeneo á dos recién casados que se aman tiernamente.

Mientras la hija de Sifredo se entregaba toda á su dolor, andaba el Condestable considerando dentro de sí qué cosa podia ser la que llenaba de amargura su matrimonio. Persuadíase á que tenia algun competidor; pero quando le queria descubrir se enredaban y confundian sus ideas; y sabia solamente que él era el hombre mas infeliz del mundo. Habia pasado con este desasosiego las dos terceras partes de la noche quando llegó á sus oidos un ruido confuso. Quedó altamente sorprendido, sintiendo ciertos pasos lentos en su mismo quarto. Túvolo por ilusion, acordándose de que él

por sí habia cerrado la puerta luego que se retiraron las criadas de Blanca. Descorrió no obstante la cortina de la cama para informarse por sus propios ojos de la causa que podia haber ocasionado aquel ruido ; pero habiéndose apagado la luz que habia quedado encendida en la chimenea , solo pudo oír una voz débil y desmayada , que llamaba repetidamente á Blanca. Encendiéronse entónces sus zelosas sospechas , convirtiéndose en furor ; sobresaltado su honor le obligó á levantarse , y considerándose obligado á precaver una afrenta , ó á tomar venganza de ella , echó mano á la espada , y con ella desnuda acudió furioso hácia donde creia oír la voz. Siente otra espada desnuda que hace resistencia á la suya ; avanza , y advierte que el otro se retira. Sigue al que se defiende , y de repente cesa la defensa , y sucede al ruido el mas profundo silencio. Busca á tientas por todos los rincones del quarto al que parecia huir , y no le encuentra. Párase ; escucha , y ya nada oye. ¡ Que encanto es este ! Acércase á la puerta , que á su parecer habia favorecido la fuga del secreto enemigo de su honra ; tien-

ta el cerrojo , y hállala cerrada como la habia dexado. No pudiendo comprender cosa alguna de tan extraño suceso , llama á los criados que estaban mas cercanos , y como para eso abrió la puerta , cerrando el paso de ella , se mantuvo con cautela , para que no se le escapase el que buscaba.

A sus repetidas voces acuden algunos criados , todos con luces. Toma él mismo una , y vuelve á exâminar todos los rincones del quarto , siempre con la espada desnuda. A ninguno halla , y no descubre ni aun el menor indicio de que alguno haya entrado en él , no encontrándose puerta secreta , ni abertura por donde pudiese introducirse. Sin embargo , no le era posible cegarse ni alucinarse sobre tantos incidentes que le persuadian á que no dudase de su desgracia. Esto despertó en su fantasía una confusion de pensamientos. Recurrir á Blanca para el desengaño parecia recurso inútil , igualmente que arriesgado , pues la importaba tanto ocultar la verdad , que no se podia esperar de ella la mas leve explicacion. Tomó , pues , el partido de ir á desahogar su corazon con Leoncio , des-



pues de haber mandado á los criados se fuesen, diciéndoles que creia haber oido algun ruido en el quarto; pero que se habia equivocado. Encontró á su suegro que salia de su quarto, habiéndole despertado el rumor que habia oido, y le contó menudamente todo lo que le habia pasado con muestras de extraña agitacion, y de un profundo dolor.

Sorprehendióse Sifredo de oír el suceso; y no dudó ni un solo momento de su verdad, por mas que las apariencias la representasen poco natural, pareciéndole desde luego que todo era posible en la ciega pasion del Rey; pensamiento que le affligió vivamente. Pero lejos de fomentar las zelosas sospechas de su hierno, le representó en tono de seguridad que aquella voz que se imaginaba haber oido, y aquella espada que se figuraba haberse opuesto á la suya, no podian ser sino fantasías de una imaginacion engañada por los zelos: que no era posible que ninguno tuviese aliento para entrar en el quarto de su hija: que la tristeza que habia advertido en ella, podia ser efecto natural de alguna indisposicion: que el honor nada tenia que ver con

las alteraciones de la salud: que la mudanza de estado en una doncella acostumbrada á vivir en una soledad, y que se veia repentinamente entregada á un hombre, sin haber tenido tiempo para conocerle ni amarle, podia bien ser la causa de aquellos suspiros, de aquella afliccion, y de aquel amargo llanto: que el amor en el corazon de las doncellas de sangre noble solo se encendia con el tiempo, y con obsequios; y que asi le aconsejaba calmase sus rezelos, y aumentase su amor y sus finezas, para ir disponiendo poco á poco á Blanca á mostrarse mas cariñosa, y que le rogaba en fin volviese con ella persuadido á que su desconfianza y turbacion ofendian mucho el recato de su hija.

Nada respondió el Condestable á estas razones, ó porque en efecto comenzó á creer que pudo haberle engañado la confusion en que estaba su espíritu, ó porque le pareció mas conveniente disimular que intentar en vano convencer al anciano de un acontecimiento tan desnudo de verosimilitud. Restituyóse al quarto de su muger, se volvió á la cama, y procuró lograr algun descanso de sus pe-

nosas inquietudes á beneficio del sueño. Por lo que toca á Blanca no estaba mas tranquila que él, porque habia oido claramente todo lo que su esposo, y no podia atribuir á ilusion un lance de cuyo secreto y motivos estaba tan enterada. Estaba admirada de que Enrique hubiese pensado en introducirse en su quarto despues de haber dado tan solemnemente su palabra á la princesa Constanza; y en vez de darse el parabien de este paso, y de que la causase alguna alegría, lo conceptuó de un nuevo ultraje, que la irritó mucho.

Mientras la hija de Sifredo preocupada contra el jóven Rey le juzgaba por el hombre mas pérfido, el desgraciado Monarca, mas prendado que nunca de su amada Blanca, deseaba hablarla para asegurarla de su constante fidelidad á pesar de todas las apariencias que le condenaban. Hubiera venido mucho mas presto á Belmonte para este efecto, á haberselo permitido los cuidados y ocupaciones del gobierno, ó si antes de aquella noche hubiera podido evadirse de la corte. Conocia bien todas las entradas de un sitio donde se habia criado, y ningun obs-

táculo tenia para hallar modo de introducirse en la quinta, habiéndose quedado con la llave de una entrada secreta que comunicaba al jardin. Por esta llegó á su antiguo quarto, y desde él se introduxo en el de Blanca por la consabida y oculta puerta. Fácil es imaginar quanta seria la admiracion de este Príncipe quando tropezó con un hombre y con una espada que salia al encuentro de la suya. Faltó poco para que no se descubriese, haciendo castigar en aquel mismo instante al temerario que tenia atrevimiento á levantar su mano sacrílega contra su propio Rey; pero suspendió su resentimiento la consideracion de no perjudicar la estimacion de la hija de Leoncio; y mas turbado que fué volvió á tomar el camino de Palermo. Llegó á la ciudad poco antes que despuntase el dia, y se encerró en su quarto, tan agitado que no le fué posible lograr ningun descanso, y no pensó mas que en volver á Belmonte. La seguridad de su vida, su mismo honor, y sobre todo su amor, le excitaban á que procurase saber sin dilacion todas las circunstancias de tan cruel suceso.

Apenas se levantó dió orden que se previniese el equipage de caza, y con pretexto de querer divertirse en ella, se fué al bosque de Belmonte. Cazó por disimulo algun tiempo, y quando vió que toda su comitiva corria tras de los perros, él se separó, y marchó solo á la quinta de Leoncio. Estaba seguro de no perderse, porque tenia muy conocidas todas las sendas del bosque; y no permitiéndole su impaciencia atender á la fatiga de su caballo, en breve tiempo corrió todo el espacio que le separaba del objeto de su amor. Caminaba discurrendo algun pretexto plausible que le proporcionase ver en secreto á la hija de Sifredo, quando al atravesar un sendero que iba á dar á una de las puertas del parque, vió, no lejos de sí, á dos mugeres que estaban sentadas sobre la fresca yerba á la sombra de un corpulento y frondoso árbol. No dudó que eran algunas personas de la quinta, y esta vista le causó algun sobresalto; pero su agitación llegó á lo sumo, quando volviendo aquellas mugeres la cabeza al ruido que hacía el caballo, reconoció que su adorada Blanca era una de

ellas. Habia huido de la quinta , llevando consigo á Nise , criada de su mayor confianza , para llorar con libertad su desdicha en aquel retirado sitio.

Luego que Enrique la conoció , fué volando hácia ella , precipitóse , por decirlo asi , del caballo , arrojóse á sus pies , y descubriendo en sus ojos todas las señales de la mas viva afliccion , la dixo enternecido : suspended , bella Blanca , esos injustos ímpetus de vuestro acerbo dolor. Las apariencias , confiésolo asi , me condenan justamente ; mas quando esteis informada de mis ocultos intentos , puede ser que lo que se os representa delito sea para vos la mayor prueba de mi inocencia y del exceso de mi amor. Estas palabras que en el concepto de Enrique le parecian capaces de mitigar la pena de Blanca , solo sirvieron para exâcerbarla mas. Quiso responderle , pero atropellándose en el pecho los suspiros , cerraban el camino á los esfuerzos de la voz. Asombrado el Príncipe de verla tan turbada , prosiguió diciéndola : pues qué , señora , ¿ es posible que no pueda yo calmar el desasosiego que os agita ? ¿ Por que

desgracia ha perdido vuestra confianza un hombre que despreció una corona y su propia vida por conservarla solo para vos? Entónces la hija de Leoncio , haciendo el mayor esfuerzo para poderse explicar , le respondió, articulando mal las palabras , interrumpidas de sollozos : señor , ya llegan tarde vuestras promesas : no hay ya poder en el mundo para que sea una misma la suerte de los dos. ¡ Ah , Blanca , interrumpió Enrique con viveza , ¡ que palabras tan crueles han proferido tus labios ! ¿ Quien será capaz en el mundo de hacerme perder tu amor ? ¿ Quien será tan osado que tenga aliento para oponerse á un Rey que reducirá á ceniza toda la Sicilia antes que sufrir que ninguno os robe á sus amorosas esperanzas ? Inútil será , señor , todo vuestro poder , respondió con desmayada voz la hija de Sifredo , para deshacer el invencible obstáculo que nos separa. Sabed que ya soy muger del Condestable.

¡ Muger del Condestable ! exclamó el Rey dando algunos pasos atrás , y no pudo decir mas ; tan sorprendido quedó de aquel impensado golpe. Faltáronle las fuerzas , y cayó desma-

yado al pie de un árbol que estaba allí cerca. Quedó pálido, trémulo, y tan enagenado que solo tenia libres los ojos para fixarlos en Blanca de un modo tan tierno, que desde luego la dexaba comprehender quanto le habia penetrado el infortunio que le anunciaba. Blanca por sí miraba tambien al Príncipe con semblante tal que manifestaba ser muy parecidos los afectos de su corazon á los que tanto agitaban el de Enrique. Mirábanse los dos amantes con un silencio en que á vueltas de la ternura se dexaba traslucir cierta especie de horror. Volvió finalmente algun tanto de su desmayo, y esforzándose como pudo, dixo suspirando: ¿que habeis hecho, señora? Vuestra crédula aprehension me ha perdido á mí, y os ha perdido á vos.

Resintióse Blanca de que el Rey á su parecer la culpase, quando ella vivia persuadida á que tenia de su parte toda la razon para estar quejosa de él, y le dixo no sin alguna viveza: ¿que, señor, pretendeis por ventura añadir el disimulo á la traicion? ¿Quereis que desmienta á mis propios oidos, y que á pesar de su informe os tenga por inocente? No,



señor , confieso que no me siento con valor para hacer esta violencia á mi razon. Sin embargo, dixo el Rey, esos testigos de que tanto os fiais, os han engañado ciertamente. Han conspirado contra vos, y os han hecho traicion. Tan verdad es que yo estoy inocente, y que siempre os he sido fiel, como lo es que vos sois esposa del Condestable. ¿Pues que, señor, repuso Blanca, negareis que yo misma os oí confirmar á Constanza el don de vuestra mano, y con ella el de vuestro corazon? ¿No asegurasteis á los grandes del reyno que os conformaríais con la voluntad del Rey difunto, y á la Princesa que recibiria de vuestros nuevos vasallos los homenajes que se debian á una Reyna y esposa del príncipe Enrique? Sin duda que mis ojos estarian alucinados como mis oidos. Confesad antes bien que no creisteis debia contrapesar el corazon de Blanca el interes de una corona; y sin abatiros á fingir lo que no sentis, ni quizá habeis sentido jamas, confesad que os pareció asegurar mejor el trono de Sicilia con la dichosa Constanza, que con la desgraciada hija de Leoncio. Al cabo, señor, teneis razon.

igualmente desmerecia yo ocupar un trono tan soberano, como poseer el corazón de un Príncipe como vos. Era demasiada mi temeridad en aspirar á la posesion de uno y otro; pero vos tampoco debiais mantenerme en este error. No ignorais los sobresaltos que me ha costado perderos, lo que siempre tuve por infalible para mí. ¿A que fin asegurarme lo contrario? ¿A que fin tanto empeño en desvanecer mis temores? Entónces me hubiera quejado de mi suerte y no de vos, y hubiera sido siempre vuestro mi corazón, ya que no podia serlo una mano que ningun otro pudiera jamas haber logrado de mí. Ya no es tiempo de disculparos. Soy esposa del Condestable, y por no exponerme á las consecuencias de una conversacion que mi gloria no me permite alargar sin padecer mucho el rubor, dadme licencia, señor, para cortarla, y para que dexé á un Príncipe á quien ya no me es lícito escuchar.

Dicho esto hizo una gran reverencia á Enrique, y se alejó de él con toda la aceleracion que la permitia el estado en que se hallaba. Aguardaos, señora, clamaba Enrique, no deses-

pereis á un Príncipe resuelto á dar en tierra con el trono que le echais en cara haber preferido á vos , antes que corresponder á lo que esperan de él sus nuevos vasallos. Ya es inútil ese sacrificio , respondió Blanca caminando siempre , aunque con paso mas lento. Debierais haber impedido diese la mano al Condestable antes de abandonaros á tan generosos impulsos ; y puesto que ya no soy libre , me importa poco que Sicilia quede reducida á pavesas , ni que deis vuestra mano á quien quisiereis. Si tuve la flaqueza de dexar sorprehender mi pobre corazon , tendré á lo menos valor para sofocar sus movimientos , y que vea el rey de Sicilia que la esposa del Condestable ya no es ni puede ser amante del príncipe Enrique. Al decir estas palabras se halló á la puerta del parque , entróse en él con despecho , acompañada de Nise , cerró la puerta con ímpetu , y dexó al Rey traspasado de dolor. No podia menos de sentir el de la profunda herida que habia abierto en su corazon la noticia del matrimonio de Blanca. ¡Injusta Blanca! ¡Blanca cruel! exclamaba. ¿Es posible que asi hubie-

ses perdido la memoria de nuestros recíprocos empeños? ; A pesar de mis juramentos y los tuyos, estamos ya separados? ; Con que no fué mas que una ilusion la idea que yo me habia formado de ser algun dia el único dueño tuyo? ; A cruel, y que cara me cuesta la gloria que tanto me lisonjeaba de haber llegado á conseguir que mi amor fuese de tí correspondido!

Representósele entónces á la imaginacion con la mayor viveza la fortuna de su rival, acompañada de todo el horror de los mas rabiosos zelos; y esta pasion se apoderó tan fuertemente de él por algunos momentos, que le faltó poco para que sacrificase á su dolor al Condestable, y aun al mismo Sifredo. Pero poco despues entró la razon á calmar los impetuosos movimientos de la pasion desordenada. Con todo eso, quando consideraba imposible el desimpresionar á Blanca del concepto en que estaba de su infidelidad, le acometia una ira que casi tocaba en furor. Lisonjeábase de que la borraría aquel concepto si hallaba arbitrio para hablarla á solas, y con plena libertad. Animado con este pensamiento, concluyó que era me-

nester alejar de su compañía al Condestable, y resolvió hacerle prender como á reo sospechoso de estado en las circunstancias de aquel tiempo. En este supuesto dió la orden competente al capitán de sus Guardias, el qual partió á Belmonte, aseguró su persona á la entrada de la noche, y llevóle consigo, dexándole preso en el castillo de Palermo.

Consternóse el palacio de Belmonte al oír un lance tan ruidoso como impensado. Sifredo montó inmediatamente á caballo, y partió en posta á responder al Rey de la inocencia de su yerno, y á representarle las funestas consecuencias de una prision en que la venganza y el despecho pretendian disfrazarse con el traje de la justicia. Previendo bien el Rey este paso, que su ministro daría, y deseando lograr un rato de libre conversacion con Blanca antes de dar libertad al Condestable, habia mandado no se dexase entrar á nadie en su quarto aquella noche. Sin embargo, Sifredo pudo persuadir á la guardia que en esta orden general del Rey no se debia entender comprehendido su primer ministro, mientras expresamente

no se le nombrase, y facilitándose así la entrada en el quarto Real: señor, le dixo luego que se vió en su presencia, si es permitido á un respetuoso y fiel vasallo quejarse de su señor, vengo á quejarme á vos de vos mismo. ¿Que delito ha cometido mi yerno? ¿Ha considerado V.M. la eterna afrenta de que cubre á mi familia, y las resultas de una prision que puede enagenar de su servicio á las personas que ocupan los primeros puestos del estado? Tengo avisos ciertos, respondió el Rey, de que el Condestable mantiene inteligencias criminosas con el infante don Pedro. ¡El Condestable inteligencias criminosas! interrumpió admirado Leoncio. ¡Ah señor! no lo crea V. M., sin duda han abusado de vuestro magnánimo corazón. La traicion nunca tuvo entrada en la familia de Sifredo; bástale al Condestable ser yerno mio, para estar en este punto al abrigo de toda sospecha. El está inocente; vos lo sabéis; otros motivos secretos son los que os han inducido á prenderle.

Puesto que me hablas con tanta claridad, repuso el Rey, quiero corresponderte con la misma. Tú te

quejas de que yo haya mandado arres-  
tar al Condestable. ¡Ah! ¿y no podré  
tambien quejarme de tu crueldad? Tú,  
bárbaro Sifredo, tú eres el que me  
has arrebatado inhumanamente toda  
mi dicha, toda mi quietud y todo mi  
reposo, poniéndome en estado con  
tus officiosos cuidados de que envidie  
la suerte de los hombres mas viles.  
No, no te lisonjees de que yo adop-  
te tus ideas. Vanamente está resuel-  
to mi matrimonio con Constanza.....  
¡Que, señor! interrumpió estreme-  
ciéndose Leoncio. ¿Como será posible  
que no os caseis con la Princesa, des-  
pues de haberla lisonjeado con esta  
esperanza á vista de todo el reyno?  
Si es que engañé su esperanza, repu-  
so el Monarca, échate á tí solo la cul-  
pa. ¿Por que me pusiste tú mismo en  
precision de ofrecer lo que no podia  
cumplir? ¿Quien te obligó á escribir  
el nombre de Constanza en un papel  
que se habia hecho para tu hija? Sa-  
bias muy bien mi intencion. ¿Quien  
te dió autoridad para tiranizar el co-  
razon de Blanca, obligándola á casar-  
se con un hombre á quien no amaba?  
¿Y quien te la dió sobre el mio, pa-  
ra disponer de él en favor de una

Princesa á quien miro con horror? ¿Te has olvidado ya de que es hija de Matilde, de aquella cruel Matilde, que atropellando todos los derechos de la sangre y de la humanidad, hizo espirar á mi padre entre los hierros del mas duro cautiverio? ¿Y á esta querías tú que yo diese mi mano? No, Sifredo, no aguardes de mí este paso. Antes de ver encendidas las teas de tan horrible himeneo, verás arder toda la Sicilia, y anegados de sangre sus campos.

¡Que es lo que escucho! exclamó Leoncio. ¡Que terribles amenazas! que funestos anuncios me haceis! Pero en vano me sobresalto, continuó mudando de tono. No, señor, nada de esto temo. Es tan grande el amor que profesais á vuestros vasallos que no dexa rezelar que vuestro tierno corazon les procure jamas tan lastimoso destino. No será capaz un ciego amor de avasallar vuestra razon. Echariais un eterno borron á vuestras virtudes si os dexárais llevar de las flaquezas propias de hombres ordinarios. Si yo di mi hija al Condestable fué, señor, únicamente por grangear para vuestro servicio á un hombre valeroso, que



con la fuerza de su brazo y del ejército que tiene á su disposicion, apoyase vuestros intereses contra las pretensiones del príncipe don Pedro. Parecióme que uniéndole á mi familia con lazos tan estrechos... ¡Ah! que esos lazos , interrumpió exclamando Enrique , esos funestos lazos son los que á mí me han perdido. ¡Cruel amigo! ¿que te habia hecho yo para que descargases sobre mí tan duro é intolerable golpe? Habíate encargado que manejases mis intereses ; pero ¿quando te di facultad para que esto fuese á costa de mi corazon? ¿Por que no dexaste que yo mismo defendiese mis derechos? ¿Parécete que no tendria valor ni fuerzas para hacerme obedecer de todos los vasallos que osasen oponerse á mi voluntad? Si el Condestable fuese uno de ellos sabria yo muy bien castigarle. Ya sé que los Reyes no han de ser tiranos , y que su primera obligacion es la de mirar por la felicidad de sus pueblos ; ¿pero han de ser esclavos de estos los mismos Soberanos? ¿Pierden por ventura el derecho que la misma naturaleza concedió á todos los hombres , de ser dueños de sus afectos desde el mismo pun-

to que la providencia los destinó para el supremo gobierno? ¡A Leoncio! si los Reyes han de perder aquella preciosa libertad que gozan los demas hombres, ahí te abandono una corona que tú me aseguraste á costa de mi sosiego.

Señor, replicó el ministro, no puede ignorar V. M. que el Rey su tio sujetó la sucesion al trono á la precisa condicion del matrimonio con la princesa Constanza. ¿Y quien dió autoridad al Rey mi tio, repuso acalorado Enrique, para establecer tan violenta como injusta disposicion? ¿Habia recibido acaso él tan indigna ley de su hermano el rey don Cárlos quando entró á sucederle? ¿Y por ventura debias tú tener la flaqueza de someter-te á una condicion tan iniqua? Cierto que para un gran Canciller estás poco enterado de nuestros usos y costumbres. En una palabra, quando prometí mi mano á Constanza fué involuntaria mi promesa, que nunca tuve intencion de cumplirla. Si don Pedro funda su esperanza de ascender al trono en mi constante resolucion de no efectuar aquella palabra, no mezclemos á los pueblos en una diferencia que ha-

ria derramar mucha sangre. La espada entre nosotros solos puede terminar la disputa, y decidir qual de los dos será el mas digno de reynar.

No se atrevió Leoncio á apurarle mas, y se contentó con volverle á pedir de rodillas la libertad de su yerno, la que consiguió diciéndole el Rey: anda, y restitúyete á Belmonte, que presto ira allá el Condestable. Retiróse el ministro, y marchó á su quinta, persuadido á que su yerno vendria luego á ella; pero engañóse, porque Enrique queria ver á Blanca aquella noche, y con este fin dilató hasta el dia siguiente la libertad de su esposo.

Mientras tanto entregado este á sus tristes pensamientos, hacía dentro de sí crueles reflexiones. La prision le había abierto los ojos, y héchole conocer qual era la verdadera causa de su desgracia. Entregado enteramente á la violencia de los zelos, y olvidado de la lealtad que hasta alli le había hecho tan recomendable, solo respiraba venganza. Persuadido á que el Rey no malograria la ocasion, y no dexaria de ir aquella noche á visitar á doña Blanca, para sorprehenderlos á entrámbos suplicó al Gobernador

del castillo le dexase salir de la prision por algunas horas, dándole palabra de honor de que antes del amanecer se restituiria á la prision. El Gobernador, que era todo suyo, tuvo poca dificultad en darle este gusto, y mas habiendo sabido ya que Sifredo habia alcanzado del Rey su libertad; y ademas de eso le dió un caballo para ir á Belmonte. Partió prontamente, llegó al sitio, ató el caballo á un árbol, entró en el parque por una puerta pequeña, cuya llave tenia, y tuvo la fortuna de introducirse en la quinta sin ser sentido de nadie. Llegó hasta el quarto de su muger, y se escondió tras un biombo que habia en la antesala. Pensaba observar desde alli todo lo que pudiese suceder, y entrar de repente en la estancia de su esposa al menor ruido que oyese. Vió salir á Nise, que acababa de dexar á su ama, y se retiraba á un quarto inmediato, donde ella dormia.

La hija de Sifredo, que fácilmente habia penetrado el verdadero motivo del arresto de su marido, tuvo por cierto que aquella noche no volveria este á Belmonte, aunque su padre la habia dicho haberle el Rey ase-

gurado le seguiria presto. Igualmente se persuadió á que el Rey se aprovecharia de aquella ocasion para verla y hablarla con libertad. Con este pensamiento le estaba esperando para afearle una accion que podia tener terribles consecuencias para ella. Con efecto, poco tiempo despues que Nise se habia retirado, se abrió la falsa puerta y apareció el Rey, quien arrojándose á los pies de Blanca, la dixo: no me condeneis hasta haberme oido. Si mandé arrestar al Condestable, considerad que ya no me restaba otro medio para justificarme. Si es delinquente este artificio, la culpa es de vos sola. ¿Por que os negásteis á oirme esta mañana? Tardará poco en verse libre vuestro esposo, y entónces ¡ay de mí! ya no tendré modo para hablaros. Oidme, pues, por la última vez, que quiero sincerarme del cargo de traidor. Si ratifiqué á Constanza la promesa de mi mano, fué porque en las circunstancias en que me puso Sifredo, no podia hacer otra cosa. Era-me preciso engañar á la Princesa por vuestro interes y por el mio, para aseguraros la corona y la mano de vuestro amante. Tenia esperanza de

conseguirlo, y habia tomado mis medidas para librarme de aquella aparente obligacion; pero vos, disponiendo con demasiada facilidad de vuestra persona, preparásteis un eterno dolor á dos corazones que se amaban con extremo, y hubieran sido siempre felices.

Dió fin á este breve razonamiento con señales tan visibles de una verdadera desesperacion, que Blanca se enterneció, y ya no la quedó la menor duda de la inocencia de Enrique. Alegróse un poco al principio; pero un momento despues fué en ella mas vivo el dolor de su desgracia. ¡Ah señor! dixo: despues de lo que ha dispuesto de nosotros la suerte, me causa nueva pena el saber que estais inocente. ¡Que es lo que he hecho, desdichada de mí! Engañóme mi resentimiento. Juzgué que me habiais abandonado; y arrebatada de despecho recibí la mano del Condestable, que mi padre me presentó. ¡Ah infelize! Yo fuí la delinquente, y yo misma fabriqué nuestra desgracia. Quando estaba tan quejosa de vos, acusandoos en mi corazon de que me habiais engañado, era yo imprudente y ligerísima amante,

la que rompía los lazos que había jurado hacer indisolubles. Vengaos, señor, pues os tocó vuestra vez. Aborreced á la ingrata Blanca... Olvidad... ¿Y os parece que lo podré hacer, señora? interrumpió Enrique tristemente. ¿Que será posible arrancar de mi corazón una pasión que no podrá sofocar vuestra misma injusticia? Con todo eso, señor, dixo suspirando la hija de Sifredo, es menester que os esforceis para conseguirlo. ¿Y vos, señora, replicó el Rey, sereis capaz de hacer ese esfuerzo? No me prometo lograrlo, respondió Blanca, pero nada omitiré para ello: lo intentaré quanto pueda. ¡Ah cruel! exclamó el Rey, fácilmente olvidareis á Enrique, puesto que teneis tal pensamiento. Y vos, señor, ¿que es lo que pensais? repuso Blanca con entereza: ¿os lisonjeais de que os tolere continuar en obsequiarme? No tengais tal esperanza. Si no quiso el cielo que naciese para Reyna, tampoco me formó para que diese oídos á ningun amor que no sea legítimo. Mi esposo es, igualmente que vos, de la nobilísima casa de Anjou; y aun quando lo que debo á solo él, no fuera un

obstáculo invencible á vuestros amorosos servicios , mi gloria y mi propio honor jamas podrian permitirlos. Suplico , pues , á V. M. que se retire , y que haga ánimo de no volverme á ver. ¡O que tirania! exclamó el Rey: ¿es posible , Blanca , que me trateis con tanto rigor? ¿No basta para atormentarme el que yo os vea esposa del Condestable? ¿Quereis tambien privarme de vuestra vista , único consuelo que me ha quedado? Huid quanto antes , señor , respondió la hija de Sifredo derramando algunas lágrimas : la vista de los que tiernamente se han amado dexa de ser un bien luego que se pierde la esperanza de poseerse. A Dios , señor , retiraos de mi presencia. Este esfuerzo le debeis á vuestra gloria , y á mi reputacion. Tambien os lo pido por mi reposo , porque al fin , aunque mi virtud no se sobresalta con los movimientos del corazon , la memoria de vuestra ternura me presenta combates tan terribles , que me cuesta extraordinarios esfuerzos el resistirlos.

Pronunció estas últimas palabras con tanta viveza , que sin advertirlo , derribó en el suelo un candelero que



estaba en una mesa detras de ella. Apagóse la bugía ; cogióla Blanca á tientas ; abre la puerta de la antesala , y para encenderla va al gabinete de Nise , que aun no se habia acostado. Vuelve con luz , y apenas la vió el Rey la instó de nuevo para que le permitiese continuar en sus obsequios. A la voz del Monarca entró repentinamente el Condestable con la espada en la mano en el quarto de su esposa, casi al mismo tiempo que esta entraba : se llega á Enrique lleno del resentimiento que su rabia le inspiraba, y le dice : ya es demasiado , tirano, no me tengas por tan vil ni tan cobarde que pueda sufrir la afrenta que intentas hacer á mi honor. ¡ Ah traidor ! respondió el Rey desenvaynando la espada para defenderse ; ¿ piensas por ventura executar tu intento impunemente ? Dicho esto principian un combate demasiado reñido para que durase mucho. Temiendo el Condestable que Sifredo y sus criados acudiesen á los gritos que daba doña Blanca , y le estorvasen su venganza, peleaba ya sin juicio , sin conocimiento y sin cautela. Fuera de sí de furor , él mismo se metió por la es-

pada de su enemigo, atravesándose de parte á parte hasta la guarnicion. Cayó en tierra, y viéndole el Rey derribado se detuvo.

Al ver la hija de Leoncio á su esposo en tan lastimoso estado, se arrojó al suelo para socorrerle, á pesar de la repugnancia con que le miraba. Preocupado el infeliz esposo contra ella, no se enterneció ni aun á vista de aquel testimonio que le daba de su dolorosa compasion. La muerte, que tenia tan cercana, no bastó para apagar en él el incendio de los zelos. En aquellos últimos momentos solo se acordó de la fortuna de su competidor; idea tan ingrata y espantosa, que alentando sus espíritus, y dando un momentáneo vigor á las pocas fuerzas que le quedaban, le hizo alzar la espada, que aun tenia en la mano, y la sepultó toda ella en el seno de su muger, diciéndola: muere, esposa infiel, ya que los sagrados vínculos del matrimonio no bastaron para que me conservases aquella fe que me juraste al pie de los altares. Y tú, Enrique, prosiguió con voz desmayada, no te glories ya de tu destino, puesto que no te aprovecharás de mi

desgracia: con esto muero contento. Dixo estas palabras, y espiró; pero con un semblante que aun entre las sombras de la muerte dexaba ver un no sé qué de altivo y de terrible. El de Blanca ofrecia á la vista un espectáculo bien diverso. Habia caido mortalmente herida sobre el moribundo cuerpo de su esposo, y la sangre de esta inocente víctima se confundia con la de su homicida, cuya execucion fué tan pronta é impensada, que no dió lugar al Rey para precaver su efecto.

Prorumpió este en un lastimoso grito quando vió caer á Blanca; y mas herido que ella del golpe que la quitaba la vida, acudió á prestarla el mismo auxilio que ella habia prestado á su marido; pero Blanca hizo ademán de detenerle, diciéndole con voz desfallecida: señor, esta es la víctima que estaba pidiendo la suerte inexorable; y así son igualmente inútiles vuestro socorro y vuestro dolor. Quiera el cielo que este sacrificio aplaque la ira de nuestro fatal destino, y asegure la felicidad de vuestro reynado. Al acabar estas palabras, Leoncio, que habia acudido al

eco de sus lamentosos ayes , entró en el quarto , y atónito de ver los objetos que se presentaban á sus ojos, quedó inmóvil. Blanca , que no le habia visto , prosiguiendo su discurso con el Rey: á Dios, señor , le dixo , conservad afectuosamente mi memoria , pues mi amor y mis desgracias os obligan á ello. Desterrad de vuestro pecho toda sombra de resentimiento contra mi amado padre, respetad sus canas , compadeceos de su pena , y haced justicia á su zelo. Sobre todo manifestad á todo el mundo mi inocencia : esto es lo que mas principalmente os encargo. Á Dios, amado Enrique... Yo me muero... Recibid mi postrer aliento.

Dixo , y falleció. Quedóse suspenso el Rey , guardando por algun tiempo el mas lúgubre y melancólico silencio. Rompióle en fin diciendo á Sifredo : mira , Leoncio , esta es la obra de tus manos. Contéplala bien, y considera en este trágico suceso el fruto de tu oficioso zelo por mi servicio. Nada respondió el afligidísimo anciano , poseido todo del dolor que le anudaba la voz , y le acortaba el aliento. ¿ Pero á que fin empeñarme en

querer referir lo que no cabe en ninguna explicacion? Basta decir que uno y otro prorumpieron en las mas tiernas quejas luego que la vehemencia del dolor abrió camino al desahogo de los internos afectos.

El Rey conservó toda la vida la mas dulce memoria de su fidelísima y honradísima amante, sin poderse jamas resolver á dar la mano á Constanza. El Infante se coligó con ella para hacer que se cumpliese lo dispuesto por Rogerio en su testamento; pero se vieron precisados á ceder al príncipe Enrique, quien triunfó al cabo de todos sus enemigos. A Sifredo le desprendió del mundo, y aun de su misma patria, el insoponible tédio que le causaba el tropel de tantas desgracias. Abandonó la Sicilia, y pasándose á España con Porcia, la única hija que le habia quedado, compró esta quinta. En ella sobrevivió quince años á la muerte de Blanca, y tuvo el consuelo de casar á Porcia antes de morir con don Pedro de Silva, y yo soy el único fruto de este matrimonio. Esta es, prosiguió la viuda de don Pedro de Pinares, la historia de mi familia, y una fiel re-

lacion de las desgracias que representa ese quadro , que mi abuelo Leoncio hizo pintar para que quedase á la posteridad un monumento de tan funesto suceso.

## CAPITULO V.

DE LO QUE HIZO EN SALAMANCA DOÑA AURORA DE GUZMAN.

**D**espués de haber la Ortiz , sus compañeros y yo oido esta historia, nos salimos de la sala , donde dexamos solas á doña Aurora y doña Elvira. Pasaron las dos lo restante del dia en varias diversiones , sin fastidiarse una de otra ; y quando partimos al dia siguiente , fué tan dolorosa su separacion , como pudiera serlo la de dos íntimas amigas , acostumbradas toda la vida á la mas dulce y tierna compañía.

Llegamos en fin á Salamanca sin que nos sucediese el menor contratiempo. Tomamos luego una casa noblemente alhajada ; y la dueña Ortiz, segun lo que habiamos tratado , se comenzó á llamar doña Ximena de Guzmán. Como habia sido dueña tanto

tiempo , no podia menos de hacer bien su papel. Salió una mañana con Aurora , una doncella y un page , y se encaminaron á una posada de caballeros , donde supieron que ordinariamente se alojaba Pacheco. Preguntó la Ortiz si habia algun quarto desocupado , y habiéndola respondido que sí , la enseñaron uno decentemente puesto. Tomólo de su cuenta , y aun adelantó un mes del alquiler , expresando era para un sobrino suyo , que iba de Toledo á estudiar á Salamanca , y al que esperaba aquel dia.

Despues que la dueña y mi ama dexaron ajustado aquel alojamiento , se retiraron al suyo , y la bella Aurora , sin perder tiempo , se vistió de caballero. Para cubrir sus cabellos negros se puso una peluca rubia , y tiñéndose del mismo color las cejas , se disfrazó de suerte que parecia un señorito distinguido. Era garboso y desembarazado ; y á no ser que la cara era demasiadamente linda para hombre , ninguna otra cosa hacía sospechoso el disfraz. Imitóle en el mismo la criada que le habia de servir de page , y todos nos persuadimos á que tambien esta representaria bien su pa-

pel, así porque no era de las más hermosas, como por cierto ayrecillo descarado, que era muy propio del personage que la tocaba hacer. Después de comer, hallándose las dos actrices en estado de presentarse en su teatro; esto es, en la posada de caballeros, ellas y yo marchamos allá. Metímonos en un coche, y llevamos los baules y la ropa que era menester.

La posadera, llamada Bernarda Ramirez, nos recibió con el mayor agasajo, y nos condujo á nuestro quarto, donde comenzamos á trabar conversacion con ella. Convenimos en la comida que nos habia de dar, y en lo que habiamos de pagarla cada mes. Preguntámosla despues si tenia muchos huéspedes. Por ahora, respondió, no tengo ninguno, nunca me faltarian si quisiera recibir á todo género de gentes; pero mi genio no lo lleva, y en mi casa solo admito personas de distincion. Esta misma noche espero uno que viene de Madrid á concluir sus estudios. Llámase don Luis Pacheco, que acaso conocerán vmds. ó habrán oido hablar de él. Ni uno ni otro, respondió Aurora; y



habiendo de vivir en su compañía en una misma casa, tendria particular gusto de saber qué hombre es, por lo que podria importar para mi gobierno. Señor, repuso la huéspeda mirando al fingido estudiante, es un caballero de linda cara, ni mas ni menos que la vuestra; y desde luego aseguro que los dos pareceis hechos para en uno. Vive diez, que podré jactarme de tener en mi casa los dos señoritos mas galanes y ayrosos de toda España. Segun eso, replicó mi ama, ese tal caballero habrá tenido en Salamanca mil galanteos. ¡O! en quanto á eso, respondió la vieja, debo confesar que es un enamorado de profesion. Basta dexarse ver para llevarse de calles á qualquier muger. Entre otras robó el corazon de una jóven y bella como ella sola, hija de un anciano doctor en leyes; y en quanto á su cariño á don Luis es aquello que se llama locura. Su nombre es doña Isabel. Pero dígame, la replicó Aurora aceleradamente, ¿y don Luis la corresponde igualmente? Que la amaba antes que volviese á Madrid, respondió la Ramirez, no tiene duda; pero si ahora la quiere ó no la quiere,

eso es lo que yo no sé, porque el tal caballero en este punto es poco de fiar. Corre de muger en muger, como lo hacen comunmente todos los de su edad y de su clase.

Apenas acababa la viuda de decir estas palabras, quando se oyó en el patio ruido de caballos. Asomámonos á la ventana, y vimos dos hombres que se apeaban, que eran el mismo don Luis Pacheco y su criado. Dexónos la vieja para ir á recibirlos, y preparóse mi ama, no sin alguna emocion, á representar su personage de don Felix. Poco despues vimos entrar en nuestro quarto á don Luis con botas y espuelas, en trage de camino. Acabo de saber, dixo saludando á doña Aurora, que un caballero Tolledano está alojado en esta posada, y espero me permitirá le manifieste el singularísimo gusto que he tenido de lograr baxo un mismo techo tan buena compañía. Mientras respondia mi ama á este cumplimiento, me pareció que Pacheco estaba suspenso de ver á un caballero tan amable. Con efecto, no se pudo contener sin decirle que jamas habia visto hombre tan galan ni tan bien plantado. Despues de

varios discursos acompañados de mil recíprocos cortesanos cumplimientos, se retiró don Luis al quarto que se le habia destinado.

Mientras se hacía quitar las botas y se mudaba ropa, un page que le buscaba para entregarle una carta, encontró por casualidad á doña Aurora en la escalera, y teniéndola por don Luis, á quien no conocia: caballero, le dixo, aunque no conozco al señor don Luis Pacheco, me parece no debo preguntar á V. S. si lo es, y estoy persuadido á que no me engaño, segun las señas que me han dado. No, amigo, respondió mi ama con admirable presencia de espíritu; ciertamente que no te engañas, y sabes cumplir con puntualidad los encargos que te dan. Dame esa carta y vete, que ya cuidaré de enviar la respuesta. Marchóse el page; y cerrándose Aurora en su quarto con su criada y conmigo, leimos el papel, que decia así: *Acabo de saber vuestra llegada á Salamanca. Alegróme tanto esta noticia, que temí perder el juicio. ¿Amais todavía á vuestra Isabel? Aseguradla quanto antes de que no os habeis mudado. Morirá de*

*contento si la dais el consuelo de haberla sido fiel.*

En verdad que el papel es apasionado, dixo Aurora, y muestra un alma del todo prendada. Esta dama es una competidora que no debe despreciarse; antes bien juzgo que debo hacer todo lo posible para desprenderla de don Luis, haciendo quanto me sea dable para que él no la vuelva á ver. La empresa es algo árdua, lo confieso, mas no desconfio salir con ella. Paróse á pensar sobre este punto, y un momento despues añadió: yo me obligo á ver reñidos á los dos en menos de veinte y quatro horas. Con efecto, habiendo Pacheco descansado un poco en su quarto, volvió á buscarnos al nuestro, y renovó la conversacion con Aurora antes de cenar. Caballero, la dixo en tono de zumba, creo que los maridos y los amantes no han de celebrar mucho vuestra venida á Salamanca, y que les ha de causar harta inquietud; yo por lo menos ya comienzo á temer mucho por mis damas. Oiga vmd., le respondió mi ama en el mismo tono, su temor no está mal fundado. Don Felix de Mendoza es un poco temible, asi os lo

prevengo. Ya he estado otra vez en esta ciudad, y sé por experiencia, que en ella no son insensibles las mugeres. Habrá un mes que transité por Salamanca, y habiéndome detenido en ella no mas que ocho dias, en este breve tiempo (os lo digo en toda confianza) se apasionó ciegamente de mí la hija de un doctor en leyes.

Conocí que se habia turbado don Luis al oír estas palabras. ¿Y se podrá saber sin pasar por curioso, replicó prontamente, el nombre de esa señora? ¿Que llama vmd. sin pasar por curioso? repuso el fingido don Felix. ¿Que motivo puede haber para hacer de esto un misterio? ¿Por ventura me teneis por mas callado que lo son en este punto los de mi edad? No me hagáis esa injusticia. Ademas de que, hablando entre los dos, el objeto tampoco es digno de tan escrupuloso miramiento, porque al fin solo es una pobre particular, y los hombres de distincion no se emplean seriamente en estas gentes de poca suposicion, y aun creen que las hacen mucho honor en quitarlas el crédito. Diréos, pues, sin ceremonia, que la hija del tal doctor se llama Isabel. ¿Y el tal doctor,

interrumpió impaciente ya Pacheco, se llama acaso el señor Marcos de la Llana? Justamente, respondió mi ama. Lea vmd. este papel que acaba de enviarme: por él verá si me quiere bien la tal niña. Pasó los ojos don Luis por el villete, y conociendo la letra se quedó confuso. ¿Que veo? prosiguió entónces Aurora con admiracion. Parece que se os muda el color. Creo, Dios me lo perdone, que tomáis interes por esa dama. ¡O, y quanto me pesa de haber hablado con tanta franqueza!

Antes bien os doy gracias por ello, replicó don Luis en un tono mezclado de cólera y despecho. ¡Ah pérfida! ¡Ah inconstante! ¡O, don Félix, y que favor os merezco! Me habeis sacado de un error en que quizá hubiera estado largo tiempo. Creia que me amaba: ¿que digo amaba? me parecia que me adoraba Isabel. Yo miraba con algun aprecio á esta muchacha; pero ahora veo que es una muger digna de mi mayor desprecio. Apruebo vuestro noble modo de pensar, dixo Aurora, manifestando tambien por su parte mucha indignacion. La hija de un doctor en leyes debiera tenerse por

muy dichosa en que la quisiese un caballero de tanto merito como vos. No puedo disculpar su volteriedad, y lejos de aceptar el sacrificio que me hace de vos, quiero castigarla despreciando sus favores. Por lo que á mi toca, dixo Pacheco, juro no volverla á ver en toda mi vida, y esta será toda mi venganza. Teneis sobrada razon, respondió el fingido Mendoza; pero con todo, para que conozca mejor el menosprecio con que la tratamos, seria yo de parecer que los dos la escribiéramos separadamente un papel en que la insultásemos á nuestra satisfaccion. Yo los cerraré, y se los enviaré en respuesta á su villete; mas antes de llegar á este extremo será bien que lo consulteis con vuestro corazon, no sea que algun dia os arrepintais de haber roto la amistad con Isabel. No, no, interrumpió don Luis, no pienso tener jamas semejante flaqueza, y convengo desde luego en que, por mortificar á esa ingrata, se ponga inmediatamente por obra lo que hemos discurrido.

Sin perder tiempo fuí yo mismo á traerles papel y tinta, y uno y otro se pusieron á componer dos papeles muy gustosos para la hija del doctor

Marcos de la Llana. Especialmente Pacheco no encontraba voces bastante fuertes que le contentasen para explicar quanto deseaba la viveza de su irritada imaginacion; y así hizo pedazos cinco ó seis villetes, por parecerle sus expresiones poco enérgicas y poco duras. Al cabo compuso uno que le satisfizo, y á la verdad tenia razon para quedar satisfecho, porque estaba concebido en estos términos: *Aprende ya á conocerte, reyna mia, y no tengas la presuncion de creer que yo te amo. Para esto era menester otro mérito mayor que el tuyo. No veo en tí el menor atractivo que merezca mi atencion mas que por un momento. Solamente puedes aspirar á los inciensos que te tributarán las sopalandas mas miserables de la Universidad.* Escribió, pues, esta agradable carta, y quando Aurora acabó la suya, que no era menos excesiva, las cerró entrambas baxo una cubierta, y entregándome el pliego: toma Gil Blas, me dixo, y haz que Isabel reciba este pliego esta noche. Ya me entiendes, añadió guiñándome de ojo; señal cuyo significado entendí perfectamente. Sí, señor, le respondí: será V. S. servido como desea.



Responderle esto , hacerle una cortesía , y salir de casa todo fué uno. Luego que me vi en la calle me dixé á mi mismo: ¿con que , señor Gil Blas, vmd. en esta comedia hace el importante papel de criado confidente? Sí señor. Pues amigo mio , es menester mostrar que tienes habilidad para desempeñar un papel que pide tanta. El señor don Felix se contentó con hacerte una seña. Fióse de tu penetración. ¿Entendiste bien lo que aquella guiñada quería decir? Sí por cierto. Quísome dar á entender que entregase solamente el villete de don Luis. No significaba otra cosa la gitanesca guiñadura. No tuve en esto la menor duda ; con que diciendo y haciendo, rompí el sobrescrito , saqué de él la carta de Pacheco , y la llevé á casa del doctor Marcos , habiéndome antes informado de donde vivia. Encontré á la puerta al mismo pagecito á quien habia visto en la posada de los caballeros. Hermano , le dixé , ¿sereis vos por fortuna el criado de la hija del señor doctor Marcos de la Llana? Respondióme que sí en tono de mozo experto en estos lanzes ; y yo le añadí: teneis una fisonomía tan honrada, y una

cara tan de amigo de servir al próximo, que me atrevo á suplicaros entreguéis á vuestra ama este papelito de cierto caballero conocido suyo.

¿Y quien es ese caballero? me preguntó el pagecillo; y apenas le respondí que era don Luis Pacheco, quando todo regocijado me respondió: ¡ah! si el papel es de ese señorito, sígueme, pues tengo orden de mi ama de introducirte en su quarto, que quiere hablarte. Seguile en efecto, y llegué á una sala, donde muy presto se dexó ver la señora. Quedé admirado de su hermosura, tanto que me pareció no haber visto facciones mas finas en mi vida. Tenia un ayre tan delicado y aniñado, que parecia ser de edad de quince años, sin embargo de que habia mas de treinta que caminaba por sí misma, sin necesitar de andadores. Amigo, me preguntó con cara risueña, ¿eres criado de don Luis Pacheco? Sí señora, la respondí, tres semanas ha que entré á servir á su señoría; y diciendo esto la entregué respetuosamente el papel que se me habia encargado. Leyóle dos ó tres veces, con semblante de dudar de lo que sus mismos ojos veian. Con

efecto , nada esperaba menos que semejante respuesta. Alzaba los ojos al cielo , mordíase los labios , y todos sus indeliberados movimientos hacían patente lo que pasaba dentro de su corazón. Volvióse despues hácia mí con aspereza , y toda azorada me preguntó : ¿ don Luis se ha vuelto loco desde que se ausentó de mí ? Dime , amigo , si lo sabes , ¿ que motivo ha tenido para escribirme un papel tan cortesano , tan atento ? ¿ Que demonio le tiene poseido ? Si queria romper conmigo , ¿ es posible que no supo valerse de otro medio que el de ultrajarme con tan groseras y torpes frases ?

Señora , la respondí , es cierto que mi amo no ha tenido razon para eso ; pero en cierta manera se vió en términos de no poder hacer otra cosa. Si me dais palabra de guardar el secreto , yo os descubriré todo este enredo. Te ofrezco guardarle , me respondió ella prontamente. No temas que te perjudique ; y así explícate con toda libertad. Pues , señora , continué yo : he aqui el caso en dos palabras. Un momento despues que mi amo recibió vuestro papel , entró en la posada una dama tapada con un manto de los mas

dobles. Preguntó por el señor Pacheco, hablóle á solas, y de allí á algun tiempo, al fin de la conversacion la oí decir estas precisas palabras: *me jurais que nunca la volvereis á ver; pero no me contento con esto. Es menester que en este punto la escribais un villete que yo misma quiero dictaros. Esto quiero absolutamente de vos.* Sujetóse don Luis á todo lo que deseaba aquella muger, y entregándome despues el villete, me dixo: toma este papel, averigua donde vive el doctor Marcos de la Llana, y procura con maña que esta carta se entregue en propia mano á su hija Isabel.

De aqui inferireis, señora, que la tal carta es hechura de alguna enemiga vuestra, y por consiguiente que mi amo poca ó ninguna culpa ha tenido en esta maniobra. ¡O cielos! exclamó ella. Pues esto es todavia mas de lo que yo pensaba. Mas me ofende su infidelidad que las indignas é injuriosas expresiones que se atrevió á escribir su mano. Pero revistiéndose de repente de altivez, añadió despechada: abandónese en buen hora libremente á la ingratitud y á su nuevo amor. Nada me importa: no me estimo en tan

poco que me humille á perturbarle. Decidle de mi parte que no necesitaba insultarme para obligarme á dexar libre el campo á mi competidora. Es tanto el desprecio con que miro á un amante tan ligero, que jamas se atreverá la memoria á ponermele delante. Diciendo esto me despidió, volviéndome muy enojada la espalda contra don Luis.

Yo salí muy satisfecho de mí mismo, conociendo bien que si queria aprender el oficio de tercero me hallaba con suficientes talentos para salir maestro en poco tiempo. Volvíme á nuestra posada, donde encontré cenando juntos á los señores Mendoza y Pacheco, y en conversacion con tanta confianza como si se hubieran conocido y tratado muchos años. Conoció Aurora en mi alegre y risueño semblante que no habia desempeñado mal mi comision. ¿Con que ya estás de vuelta, Gil Blas? me dixo en tono festivo. Ea, danos cuenta de tu embaxada. Tuve para responder que recurrir á mi talento. Dixe que habia entregado el pliego en mano propia á Isabel, la que despues de haber leído los dos dulcísimos y ternísimos pa-

peles, prorumpió en grandes carcaxadas como una loca, diciendo, por vida mia que los dos señoritos escriben con bellissimo estilo. No se puede negar que nadie es capaz de imitarlo. Eso, dixo mi ama, se llama *sacar el caballo, ó salir del atolladero ayrosamente*. En verdad que la tal señora mia es una chula de prueba y muy diestra. Desconozco enteramente en esta ocasion á doña Isabel, interrumpió don Luis: la tenia en muy distinto concepto. Yo tambien, replicó Aurora, habia formado otro juicio de ella. Es preciso confesar que hay mugeres que saben hacer toda clase de papeles. A una de estas amé yo, y en verdad que se burló de mí largo tiempo. Gil Blas lo puede decir: parecia la muger mas juiciosa y mas honesta que habia en todo el mundo. Asi es, respondí yo intróduciéndome en la conversacion; era capaz de engañar al mas astuto, y aun á mí mismo me hubiera engañado.

Dieron grandes carcaxadas el falso Mendoza y el verdadero Pacheco quando me oyeron hablar de esta suerte; el uno por lo que yo decia de una dama imaginaria, y el otro por

las expresiones de que usaba. Proseguimos nuestra conversacion sobre el arte de fingir, que en supremo grado poseen las mugeres; y la resulta de todos nuestros discursos fué que Isabel quedó legal y judicialmente declarada por una chula de profesion. Don Luis protestó de nuevo que jamas la volveria á ver, y á exemplo suyo don Felix, juró que siempre la miraria con el mas alto desprecio. Acabadas estas protestas estrecharon mas su amistad, prometiendo que ninguna cosa tendrian reservada uno para otro; antes bien que todas se las comunicarian recíprocamente. Sobre mesa se detuvieron un rato, diciendo cosas graciosísimas, y despues se separaron para irse á dormir cada qual á su quarto. Yo acompañé á Aurora hasta el suyo donde di fiel y verdadera cuenta de la conversacion que habia tenido con la hija del doctor, sin omitir la circunstancia mas menuda. Faltó poco para que me abrazase de pura alegría. Querido Gil Blas, me dixo, tu ingenio y habilidad me tienen encantada. Quando nos arrastra una pasion en que es preciso recurrir á invenciones y tratagemas, es gran fortuna tener un

criado tan advertido y tan ingenioso como tú, que tomas verdadero interés en nuestros asuntos. Animo, pues, amigo mio. Nos hemos sacudido de una muger que podia hacernos mal tercio. No me descontenta el principio; pero como los lances de amor están sujetos á varias revoluciones, soy de parecer que quanto antes acometamos nuestra ideada empresa, y que desde mañana empiece á representar su papel Aurora de Guzmán. Aprobé el pensamiento, y dexando al señor don Felix con su page, me retiré al quarto donde tenia mi cama.

## CAPITULO VI.

ARDIDES DE AURORA PARA QUE LA  
AMASE DON LUIS PACHECO.

**J**untáronse los dos nuevos amigos al dia siguiente, y abrazáronse luego que se vieron; demostracion que sufrió Aurora por hacer bien el personaje de don Felix. Fuéron juntos á pasearse por la ciudad, acompañándoles yo con Chilindron, criado de don Luis. Parámonos á la puerta de la Universidad á leer varios carteles de li-



bros nuevos. Habia tambien leyendo otras muchas personas , y entre ellas se me hizo reparable un hombrecillo como del codo á la mano , que hacía crítica de las obras que se anunciaban. Observé que le estaban oyendo otros con singular atencion , y se conocia muy bien en su semblante enfático , y en su tono magistral que él mismo estaba muy persuadido á que la merecia. No sabia disimular que era vano , y hombre decisivo , como lo suelen ser todos los tamañitos. Esa *nueva traduccion de Horacio* , que anuncia este cartel con letras gordas, decia á los circunstantes , es obra de un cierto autor sopalandas , escritor de los de antaño , muy estimada de los escolares , de la qual se han hecho ya quatro ediciones ; pero ningun hombre verdaderamente literato ha comprado siquiera un exemplar. No era mas favorable la crítica que hacía de los demas libros. Sin duda que el tal crítico perinola debia ser algun autorcillo. Yo de buena gana le hubiera estado oyendo hasta que acabase de hablar ; pero me fué preciso seguir á don Luis y á don Felix , que fastidiados de aquel hombrecillo , y no

importándoles poco ni mucho los libros que criticaba, prosiguieron su camino alejándose de él y de la Universidad.

Llegamos á la posada á la hora de comer. Sentóse mi ama á la mesa con Pacheco, y diestramente hizo que la conversacion recayese sobre su familia. Mi padre, dixo, es un segundo de la casa de Mendoza, establecida en Toledo: mi madre es hermana carnal de doña Ximena de Guzmán, que hace pocos dias vino á Salamanca en seguimiento de cierto negocio de importancia, trayendo consigo á su sobrina doña Aurora, hija única de don Vicente de Guzmán, á quien quizá habrá vmd. conocido. No tengo tal fortuna, respondió don Luis, pero he oido hablar mucho, asi de ese caballero, como de su hija, prima vuestra, y mi señora doña Aurora. Decidme por Dios si puedo creer todo lo que dicen de esta señorita. Me han asegurado que es sin igual en hermosura y entendimiento. En quanto á entendimiento, respondió don Felix, es cierto que no la falta, y tambien lo es que ha procurado cultivarlo; pero en quanto á hermosura, no creo

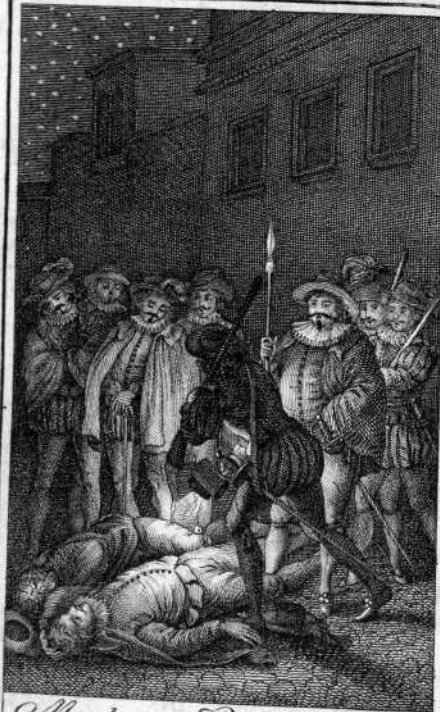
que sea tanto como ponderan, quando oigo decir que ella y yo nos parecemos mucho. Siendo eso asi, replicó prontamente don Luis, queda muy acreditada su fama. Vuestras facciones son regulares y perfectas, vuestra tez muy delicada, y asi no puede menos de ser lindísima vuestra prima. Yo quisiera tener la dicha de ponerme á sus pies y rendirla mi obediencia. Desde luego me ofrezco á satisfacer vuestra curiosidad, repuso el falso Mendoza; hoy mismo despues de comer iremos los dos á casa de mi tia.

Mudó entónces de conversacion mi ama, y empezaron los dos á hablar de cosas indiferentes. Por la tarde, mientras se disponian para ir á casa de doña Ximena, me anticipé yo á prevenir á la dueña que se preparase para recibir esta visita. Hecha esta diligencia, me restituí prontamente á la posada para acompañar á don Felix, quien finalmente conduxo al señor don Luis á casa de su tia. Apenas entraron en ella quando se encontraron con doña Ximena, que con el dedo en la boca les hizo señal de que metiesen poco ruido, diciéndoles en

voz baxa: *paso*, *pasito*. No despierten vmds. á mi sobrina, que desde ayer acá ha estado padeciendo una furiosa jaqueca, la qual ha poco tiempo que la dexó, y habrá un quarto de hora que se retiró á descansar un poco. Siento mucho ese contratiempo, dixo Mendoza, porque esperaba tener el gusto de que viésemos á mi prima, queriendo hacer este cortejo á mi amigo el señor Pacheco. Lo que se difiere no se niega, respondió sonriéndose la Ortiz, y mañana podrá el señor Pacheco hacer ese honor á mi sobrina. Detuviéronse algun poco los dos caballeros con la vieja, y despues de una muy breve conversacion se retiraron.

Condúxonos don Luis á casa de un hidalgo amigo suyo, llamado don Gabriel de Pedrosa, donde pasamos lo restante del dia; cenamos con él, y dos horas despues de media noche volvimos á la posada. Habiamos andado como la mitad del camino, quando tropezamos con dos hombres que estaban tendidos en medio de la calle. Creimos que serian algunos infelices recién asesinados, y nos paramos á socorrerlos, en caso de llegar á tiem-





*Mendoza y Pacheco tropiezan  
con dos borrachos; quieren levan-  
tarlos, y una Pionda los sorprehende.*

*T. Le. Engraved by G. Kneller*

po nuestro socorro. Mientras nos estábamos informando del estado en que se hallaban, quanto lo podia permitir la obscuridad de la noche, he aqui que llega una ronda. El cabo nos tuvo por asesinos, y dió orden á sus gentes de que nos cercasen; pero mudó de opinion, haciendo mejor juicio luego que nos oyó hablar, y mucho mas quando á la luz de las linternas descubrió las nobles facciones de Mendoza y de Pacheco. Mandó á los alguaciles que exâminasen y reconociesen aquellos dos hombres que nosotros creíamos asesinados, y hallaron ser amo y criado, privados enteramente del vino. Señores, exclamó un ministril, conozco muy bien á este señor Licenciado, que pretendió hacer figura en nuestra Universidad. Aqui donde vmds. le ven es un grande hombre, de un ingenio superior. No hay quien resista á sus argumentos; en mi abrir y cerrar de ojos da en tierra con el mayor filósofo de Salamanca: es un fluxo inagotable, un torrente impetuoso de palabras. Lástima es que sea tan inclinado al vino, al juego y á mugeres. Ahora vendrá de cenar con su Belica, donde él y el que le

guisa se habrán emborrachado. Antes de graduarse lo hacía con bastante frecuencia, y despues de graduado prosigue de la misma manera, porque al fin no siempre es verdad que honores mudan costumbres. Nosotros dexamos á los dos borrachos en manos de la ronda, que cuidó de llevarlos á su casa, y nosotros fuimos á la nuestra, donde cada uno trató de irse á dormir.

Don Felix y don Luis se levantaron al dia siguiente á eso del medio dia, y su primera conversacion fué de doña Aurora de Guzmán. Gil Blas, me dixo mi ama, ve á casa de mi tia doña Ximena á saber como han pasado la noche ella y mi prima, y á preguntarla si el señor Pacheco y yo podemos ir hoy á tributarlas nuestros respetos. Partí al punto á desempeñar mi comision, ó por mejor decir á quedar de acuerdo con la dueña sobre el modo con que nos habiamos de gobernar; y despues que tomamos nuestras medidas, volví con la respuesta al fingido Mendoza, y le dixé: mi señora doña Aurora me encargó ella misma os dixese de su parte que ya estaba restablecida, y que la



será del mayor agrado vuestra visita; y la señora doña Ximena me encomendó asegurase al señor Pacheco que siempre sería muy bien recibido en su casa, á causa de su mérito y de vuestra amistosa recomendacion.

Conocí que estas últimas palabras habian gustado mucho á don Luis. Tambien lo conoció mi ama, y desde luego arguyó de ello un alegrísimo presagio. Poco antes de comer vino á la posada el criado de la señora doña Ximena, y dixo á don Felix: señor, un hombre de Toledo fué á preguntar por V. S. en casa de su señora tía, y dexó en ella este villete. Abrióle el fingido don Felix, y leyó en él estas cláusulas en voz que las pudiesen oír todos: *Si quereis saber de vuestro padre, con otras noticias de consecuencia que os importan mucho, leído este, venid prontamente al meson del Caballo negro, cerca de la Universidad.* Tengo grandes deseos de saber quanto antes noticias que tanto me interesan, dixo don Felix, y así, á Dios, señor Pacheco; si no volviere dentro de dos horas, podeis ir vos solo en casa de mi tía, adonde concurriré yo tambien despues de comer.

Ya sabeis el recado que os dió Gil Blas de parte de doña Ximena : en virtud de él estais obligado á hacer esta visita. Diciendo esto salió de casa mandándome la siguiese.

Fácilmente se imaginará el sagaz y entendido lector que en vez de tomar el camino del meson del *Caballo negro* nos fuimos derechitos á casa de la Ortiz , y nos dispusimos al enredo. Quitóse Aurora sus postizos cabellos blondos , lavóse y estregóse muy bien las cejas ; vistióse de muger , y étela una bellísima dama con hermosos cabellos negros , mismamente qual ella era. Puede decirse que el disfraz la transformaba de manera , que doña Aurora y don Felix parecian dos personas diferentes. En trage de muger parecia mas alta que vestida de hombre , gracias á los grandes tacones que aumentaban la estatura. Luego que su hermosura natural añadió los demas auxílios que el arte la prestaba , salió á esperar á don Luis , sintiendo en su pecho una agitacion ocasionada de la lucha que con fuerzas iguales tenian dentro de él el temor y la esperanza. Unas veces se alentaba reflexionando sobre el atractivo de su

rostro y de su espíritu, otras la acobardaba el miedo de que la saliese mal aquel peligroso intento. La Ortiz se dispuso tambien por su parte á hacer lo que la tocaba, para que nuestra ama no quedase desayrada en el logro de su empresa. Yo, como no convenia que Pacheco me viese en aquella casa, no debiendo parecer en ella hasta el fin de la visita, semejante á aquellos actores que solo aparecen en el teatro quando está para concluirse la comedia, salí asi que acabé de comer.

En fin, todo estaba ya prevenido quando llegó don Luis. Recibióle con el mayor agrado la señora doña Ximena, y él tuvo con Aurora una larga conversacion que duró dos ó tres horas. Al cabo de ellas entré yo en la sala donde estaban, y dirigiéndome á don Luis, le dixé: caballero, mi amo don Felix suplica á V. S. se sirva perdonarle si hoy no puede venir, porque está con tres hombres de Toledo, de quienes no puede desembarazarse. Sí por cierto, exclamó doña Ximena con una ironía bufonesca, estará el bribonzuelo divirtiéndose con algunas buenas bigoterías cortesanas.

No señora, repliqué yo prontamente, está en la realidad con aquellos hombres tratando de negocios muy serios, y es cierto que le ha causado grandísimo disgusto el no poder venir aquí. Yo no admito sus disculpas, repuso mi ama. Sabiendo que yo estaba indispuesta podia y debía mostrar mas atencion con las personas que le son tan allegadas. En castigo de esta falta no he de verle ni recibirle en dos semanas. Ah, señora, dixo entonces don Luis, no tomeis tan cruel resolucion. Sóbrale al pobre don Felix por castigo el dolor de no poder veros hoy.

Despues de haberse chanceado algun tiempo sobre el mismo asunto, se retiró Pacheco. La bella Aurora mudó inmediatamente de trage, y volvióse á poner su vestido de caballero. Transfirióse á la posada lo mas breve que la fué posible, y apenas entró dixo á don Luis: perdonadme, amigo, si no pude ir á buscaros á casa de mi tia; halléme con unas gentes tan pesadas que no pude, por mas que hice, desembarazarme de ellas. Lo único que me consuela es, que vos tuvieseis lugar para satisfacer vuestra

curiosidad y deseos: y bien, ¿que os ha parecido mi prima? habladme ingenuamente. Qué me ha de parecer, respondió Pacheco; me ha hechizado. Teneis razon en decir que los dos sois muy parecidos. En mi vida he visto facciones mas semejantes. El mismo ayre de cara, los mismos ojos, la misma boca, y hasta el mismo eco de voz. No hay mas diferencia entre los dos sino que vuestra prima es algo mas alta; tiene el cabello negro y vos sois rubio; vos festivo y ella sería. Por lo demas no se parece mas un huevo á otro huevo, que lo sois el uno al otro. En quanto á entendimiento no creo pueda haber alguno que se aventaje al suyo, á no ser el de un ángel. En una palabra, es una dama de un mérito completo.

Pronunció Pacheco tan fuera de sí estas últimas palabras, que don Felix le dixo sonriéndose: siento, amigo, haberos proporcionado este conocimiento: soy de parecer que no volvais mas á casa de doña Ximena; y os lo aconsejo por vuestra quietud. Doña Aurora de Guzmán podria insensiblemente quitaros el sosiego é inspiraros una pasion... No necesito

volverla á ver, interrumpió don Luis, para estar ya ciegamente prendado de ella. El mal, si lo hay, está hecho. Tanto peor para vos, replicó el fingido Mendoza; porque vos no sois hombre de contentaros con una sola, y mi prima no es una doña Isabel. Os hablo claro como amigo: no es muger capaz de sufrir amante alguno que no vaya por el camino real. ¿*Por el camino real?* repitió don Luis en tono enfático. ¿Y puede haber en el mundo hombre tan temerario que piense ir por otro camino quando ama á una dama de su calidad? pensar lo contrario es agraviarme. Conocedme mejor. ¿Que dichoso seria si mereciera que vuestra prima se mostrase propicia á mis legítimos deseos, y se dignase unir su suerte con la mia! ¡O, don Luis! repuso don Felix, ya que la música va por ese tono, desde este instante me tendrá de su parte vuestro amor, y desde luego os ofrezco mis buenos oficios con Aurora. Mañana mismo daré principio á ellos, procurando ganar á mi tia, que tiene mucho influxo con la prima.

Pacheco dió mil gracias al caballero; y mi ama y yo vimos con gus-

to que no podia dirigirse mejor el sutil y bien meditado estratagema. El dia siguiente añadimos algunos grados mas al amor de don Luis con otra invencion. Pasó Aurora á su quarto despues de suponer que habia ido á hablar con doña Ximena para interesarla en su favor, y le dixo asi: hablé á mi tia, y no me costó poco reducirla á que favoreciese vuestros deseos. Halléla fuertemente preocupada contra vos, porque no sé quien la habia metido en la cabeza que erais un disoluto; pero tomé vuestro partido con tal teson, que logré finalmente desimpresionarla de todo. No obstante, prosiguió Aurora, á mayor abundamiento, quiero que los dos solos tengamos una conferencia con mi tia, para asegurarnos mas de su favor y de su apoyo. Manifestó Pacheco una grande impaciencia por hablar quanto antes con doña Ximena, y don Felix procuró que lograse esta satisfaccion la mañana del dia siguiente bastante temprano. Condúxole él mismo á la señora Ortiz, y los tres tuvieron una conversacion, en la qual dió muy bien don Luis á conocer el mucho terreno que el amor habia ganado en

su corazón en tan breve tiempo. Fingióse la sagaz Ximena muy pagada de la tierna afición que mostraba á su sobrina, y le ofreció hacer quanto estuviese de su parte para persuadirla á que le diese su mano. Arrojóse Pacheco á los pies de tan buena tia, y la rindió mil gracias por tan inestimable favor. A este tiempo preguntó don Felix si su prima se habia levantado. No, respondió la dueña, todavía está durmiendo, y por ahora no se la podrá ver; pero vuelvan vmds. esta tarde, y la hablarán quanto quieran: respuesta que, como se puede creer, acrecentó en gran manera la alegría de don Luis, á quien se le hizo eterno el remanente de aquella mañana. Restituyóse, pues, á su posada en compañía del fingido Mendoza, quien tenia la mayor complacencia en observar todos sus movimientos, y en descubrir en ellos todas las señales de un amor fino y verdadero.

Toda la conversacion fué acerca de Aurora. Acabada la comida dixo don Felix á Pacheco: ahora mismo me ha ocurrido un pensamiento. Me parece que podrá ser muy del caso el que



yo me adelante un poco á casa de mi tía para hablar á solas á mi prima, y averiguar, si puedo, el estado de su corazon en orden á vuestra persona. Aprobó don Luis esta idea, dexó salir primero á su amigo; y él le siguió de alli á una hora. Mi ama supo aprovechar el tiempo, de manera que quando llegó su amante ya estaba vestida de muger. Despues de haber saludado á doña Aurora y á su tía, dixo don Luis: yo creí encontrar aqui á don Felix. Está escribiendo en mi gabinete, respondió doña Ximena, y presto saldrá. Quedó satisfecho don Luis con esta respuesta, y empezó á entablar conversacion con las dos. Esta iba ya larga, y don Felix no parecia. No pudo ya don Luis disimular mas su extrañeza; y habiéndola manifestado, Aurora mudó de repente de tono, echóse á reir, y le dixo: ¿es posible, señor don Luis, que ni siquiera hayais sospechado la inocente burla que os estamos haciendo? ¿Pues qué unos cabellos rubios, pero postizos, y dos cejas teñidas, me desfiguran tanto que os hayais dexado enganar hasta este punto? Desengañaos, caballero, prosiguió, volviendo á su

natural seriedad, acabad de conocer que don Felix de Mendoza y doña Aurora de Guzmán son una misma persona.

No se contentó con sacarle de su error, sino que le confesó tambien la flaqueza de su pasion, y todos los pasos que esta misma la habia sugerido para reducirle al estado en que le veía. No quedó el tierno amante menos encantado que sorprendido de lo que oia, y veia. Echóse á los pies de mi ama, y lleno de gozo la dixo: ¡ah bella Aurora! ¿puedo creer con efecto que yo soy el feliz y afortunado hombre que ha merecido á tu bondad tan finas demostraciones? Son de tanto precio que no basta á pagarlas el mas fiel y mas constante agradecimiento. A estas palabras se siguieron otras mil alagüeñas expresiones, correspondidas modesta y sinceramente por Aurora, despues de lo qual los dos amantes tomaron de acuerdo las mas justas y mas decentes medidas para acelerar el cumplimiento de sus deseos. Resolvióse que todos partiésemos inmediatamente á Madrid, donde se daria fin á la comedia con el matrimonio de los dos. Asi se executó; y al cabo de quince

dias se casó don Luis con mi ama, celebrándose la boda con ostentacion, y un sin número de diversiones.

## CAPITULO VII.

MUDA DE AMO GIL BLAS, PONIENDO-  
SE A SERVIR A DON GONZALO  
PACHECO.

**T**res semanas despues del casamiento, queriendo mi ama recompensar mis buenos servicios, me regaló cien doblones, y me dixo: Gil Blas, yo no te despido de mi casa; puedes mantenerte en ella todo el tiempo que quisieres; pero sábete que don Gonzalo Pacheco, tio de mi marido, desea mucho seas su ayuda de cámara. Le he hablado tan bien de tí, que me ha pedido te persuada á que vayas á servirle. Es un señor ya de dias, pero de bellissimo genio, y estoy cierta de que te irá muy bien con él.

Di mil gracias á mi señora por lo mucho que me favorecia, y la dixé, que ya que su señoría no necesitaba de mí, y gustaba de que fuese á servir al señor don Gonzalo, estaba pronto á complacerla, mayormente tenien-

do la honra y el consuelo de quedarme dentro de la familia. Fuí, pues, una mañana de parte de la novia á casa de aquel señor, que todavia estaba en la cama, aunque era cerca de medio dia. Entré en su quarto, y le hallé tomando un caldo que acababa de traerle un page. Tenia el buen viejo los bigotes envueltos con papillotas, ojos hundidos y casi amortecidos, un rostro descarnado y macilento. Era de aquellos solterones que habiendo gozado del mundo á toda satisfaccion en la mocedad, no son mas contenidos, ni están menos dominados de sus antiguas pasiones en la vejez. Recibióme con mucho agrado, y me dixo que si le queria servir con el mismo zelo con que habia servido á su sobrina, haria él solo mi fortuna, y esperaba que no tendria motivo para arrepentirme. Ofrecíle emplear igual esmero en cumplir con mi obligacion en su casa que en la de mi ama, y desde aquel mismo punto me recibió, contándome en el número de sus criados.

Y éteme ya aqui con un nuevo amo, el qual sabe Dios que hombre era. Quando le vi salir de la cama creí estar viendo la resurreccion de Lázaro. Figú-

rese el lector un cuerpo tan seco y enjuto, que si se le viese en cueros, sería el esqueleto mas perfecto y mas á propósito para que un anatómico aprendiese la osteologia. Las piernas eran tan delgadas que aun despues de tres ó quatro pares de medias que se puso, me parecían dos bastones de negrillo, á las que servian de ñudos las pantorrillas. Para mayor gracia era asmática aquella momia viviente, acompañando con una tos cada palabra. Luego que se puso la bata pidió chocolate; tomóle, y mandando despues que le traxesen papel y tinta, escribió un villete, que entregó al page que le habia servido el caldo, para que le llevase á su destino. Apenas partió este, quando volviéndose á mí, me dixo: amigo Gil Blas, de aqui adelante has de ser tú el confidente de mis encargos, particularmente los respectivos á una doña Eufrasia, que es una damita jóven y bella, á quien sirvo y tíernameamente amo, siendo de ella amado y correspondido en los mismos términos.

¡Santo Dios! dixé prontamente para mi capote, ¿y como podrán los mozos dexar de creer que los aman quando este viejo chocho está persuadido

á que es querido? ;Mañana, prosiguió el presumido Matusalen, irás conmigo á casa de esta señora, porque casi todas las noches ceno con ella. Te quedarás admirado de ver su modestia y compostura. Lejos de imitar á aquellas locas que se pagan de la juventud y se prendan de las apariencias, ella, que en medio de su florida edad es de un entendimiento claro, y de un juicio maduro, no busca en los hombres requiebros ni palabras, sino el buen modo de pensar, y prefiere los que saben amar á los que solo saben fingir y enamorarse de sí mismos. No limitó á solo esto el señor don Gonzalo el panegírico de su dama, sino que se empeñó en persuadirme á que era un compendio de todas las perfecciones; pero encontró con un oyente difícil en dexarse convencer. Despues de haber cursado en la escuela de las comediantas, y sido testigo ocular de todas sus maniobras, nunca creí que los viejos fuesen muy afortunados en amor. Sin embargo, fingí por complacerle únicamente, que le creia, y aun hice mas, pues no solo alabé la discrecion y el buen gusto de doña Eufrasia, sino que me adelanté á decir que tampoco ella

podría encontrar otro sugeto mas amable. El buen hombre no conoció el incienso con que yo estaba regalando á sus narices ; antes por el contrario tomó por oro puro todo quanto le decia. Tanta verdad es que nada se arriesga en adular á los grandes , porque se tragan como si fueran confites las lisonjas mas groseras y mas empalagosas.

Despues de esta conversacion comenzó el viejo á arrancarse con unas pinzas muy delicadas algunos pelos blancos de la barba , y se lavó con agua caliente los ojos , que estaban llenos de lagañas. Lo mismo hizo con los oidos , manos y cara. Concluidas sus abluciones , se tiñó de negro el bigote , las pestañas y cejas , gastando en el tocador mas tiempo que emplea una viuda vieja , empeñada en desmentir , ya que no pueda reparar , el estrago que han hecho en su semblante los años. No bien habia acabado de vestirse y remozarse , á lo que á él le parecia , quando entró en su quarto el conde de Azumar , amigo suyo , y tan viejo como él , pero muy diferente en todo lo demas. Este traía sus venerables cañas descubiertas , se apoyaba en

un baston , y parecia hacer alarde de su misma respetable ancianidad. Amigo Pacheco , dixo luego que entró , vengo á comer contigo. Bien venido , Conde , le respondió mi amo , y al mismo tiempo se abrazaron , y pusieron á hablar mientras se hacía hora de sentarse á la mesa. Al principio fué la conversacion sobre una fiesta de toros que pocos dias antes se habia celebrado. Hablaron de los picadores que habian mostrado mayor destreza y valor. Sobre esto el viejo Conde , á manera de aquel otro Nestor , á quien todas las cosas presentes le servian de ocasion para alabar las pasadas , dixo suspirando : ya no se usan hoy los hombres que se veian en otros tiempos. Ni los toros , ni los torneos se hacen con aquella magnificencia con que se hacian en nuestra mocedad.

Yo me reia interiormente de la ridícula preocupacion del señor conde de Azumar , tan general en casi todos los viejos ; pero su señoría no se contentó con aplicarla únicamente á los toros y á los torneos , pues quando se sirvió la fruta en la mesa tomó una pera en la mano , y dixo mirándola y remirándola : en mi tiempo eran mu-



cho mayores las peras, porque al fin el tiempo todo lo consume; ó lo disminuye: la naturaleza se debilita cada dia. Segun eso, replicó mi amo, las peras en tiempo de Adan serian de enorme tamaño.

Detúvose el conde de Azumar con don Gonzalo hasta cerca de la noche. Luego que este se desembarazó de él salió de casa, diciéndome le acompañase, y fuímonos derechos á la de Eufrasia, distante como cien pasos de la nuestra. Encontrámosla en un quarto alhajado con primor. Estaba vestida de gala, y mostraba un aspecto de tan florida juventud, que casi parecia una niña, sin embargo de que ya llegaba á los treinta. Podia pasar por linda, y desde luego admiré su entendimiento. No era de aquellas cortesanas que brillan por su loquacidad, por su desembarazo y por su desenvoltura. Tanto en sus acciones como en sus palabras, sobresalia en ella el juicio, la modestia y la penetracion. Sin afectar ingenio se echaba de ver en todo lo que decia. ¡O cielo, exclamé yo dentro de mí mismo, es posible que pueda ser disoluta una muger al parecer tan reservada! Y es que vivia yo persua-

dido á que necesariamente habia de ser desahogada toda dama cortesana. Admirábame aquel aparente recato, sin hacerme cargo de que las tales ninfas saben acomodarse á todos los genios, conformándose al carácter de los ricos y señores que caen en sus manos. Gustan unos de viveza y atolondramiento; pues con estos serán intrépidas y casi locas. Si agrada á otros el sosiego y compostura, siempre las encontrarán con un exterior tranquilo, honesto y virtuoso. Verdaderos camaleones mudan de color segun el genio y humor de las personas que las visitan.

No era don Gonzalo del gusto de aquellos que se pagan de mugeres de modales libres, antes bien no las podia sufrir; y para que le agradasen era menester tuviesen un cierto ayre de Vestal. Asi, pues, Eufrasia se gobernaba por esta regla, y hacia ver que habia muchas comediantas, ademas de aquellas que representaban en los teatros. Dexé á mi amo con su amiga, y pasé á una sala, donde me encontré con una criada vieja, que yo habia conocido quando ella servia á una comedianta. Ella tambien me conoció inmediatamente, y me dixo: ¿aqui

estás, amigo Gil Blas? ¿quien te traxo acá? Segun eso dexaste el servicio de Arsenia como yo dexé el de Constanza. Asi es, respondí yo: mucho tiempo ha que le dexé, y despues entré á servir á una señora de distincion, porque la gente de teatro no me acomodaba. Yo mismo me despedí, sin dignarme decir á Arsenia ni una palabra. Hiciste muy bien, me respondió la vieja, y poco mas ó menos lo mismo hice yo con Constanza. Una mañana la di mi cuenta luego que me levanté. Ella me la recibió sin decirme nada, y de esta manera nos despedimos, como dicen, á la francesa.

Mucho celebros, repuse yo, que tú y yo nos hallémos sirviendo á gente de juicio y distinguida. Doña Eufrasia muestra bien que es persona honrada, y parece señora de admirable carácter. No te engañas en eso, respondió Beatriz, que asi se llamaba la vieja. Mi ama es una muger bien nacida; y por lo que toca al genio será difícil hallar otra mas sosegada, ni mas apacible. No es de aquellas amas altivas, y difíciles de contentar, que nada las gusta, que

en todo encuentran que decir, gritan sin cesar, mortifican á todos los criados, y es un infierno el servirlos. Hasta ahora no la he oido gritar siquiera una vez. Quando hago alguna cosa que la enfada, me lo advierte con mucha paz, sin honrarme jamas con aquellos epitetos y palabras, de que son tan liberales las mugeres coléricas y soberbias. Tambien mi amo, replicó yo, es un señor muy pacífico, y afable con todos: en quanto á esto, vos y yo estamos mejor que quando estábamos con los comediantes. Mil veces mejor, repuso Beatriz. Yo llevo ahora una vida muy retirada, siendo asi que la de entónces era tan bullerosa. En nuestra casa no entra mas hombre que el señor don Gonzalo; y en esta mi amada soledad tendré yo el grandísimo gusto de no ver tampoco á otro que á tí. Tiempo ha que te miraba con buenos ojos, y mas de una vez tuve envidia á Laura porque eras tan amigo suyo. Pero en fin, no desconfío de ser tan dichosa como ella; pues aunque no tenga su juventud ni su hermosura, en punto á fidelidad no cedo á la mas fiel y amorosa tortolilla.

su Como la buena Beatriz era una de

las muchas que se ven obligadas á brindar con sus favores , porque sin eso ninguno los pretenderia , no tuve la menor tentacion de aprovecharme de su generosidad : pero tampoco me pareció conveniente hablar de manera que pudiese rezelar que la despreciaba ; antes bien tuve la advertencia de hablarla en términos que no perdiese la esperanza de reducirme á corresponderla. Yo me imaginaba haber conquistado á una criada vieja ; pero tambien me engañé miserablemente en esta ocasion. Galanteábame ella , no solo por mi linda cara , sino para grangearme á favor de los intereses de su ama , á quien tenia tanto amor , que ningun medio perdonaba quando se trataba de complacerla y servirla. Reconocí mi error la mañana siguiente , en que fuí á entregar á doña Eufrasia un villete amoroso de mi amo. Recibióme con agrado , y me dixo mil cosas cariñosas ; y la criada dió tambien su pincelada en mi elogio. Al oír á las dos , mi amo poseia un tesoro en mi persona. A una la encantaba mi fisonomía ; otra descubria en mis palabras un fondo de juicio y de prudencia , que verdaderamente la admiraba. Desde luego penetré todo el fin

de aquellos encarecimientos ; pero los oia con una aparente simplicidad que remedaba á la perfeccion todo el candor de un ánimo sencillo é inocente, con cuyo artificio engañé á las que pensaban haberme engañado ; y en este errado concepto se quitaron en fin la mascarilla.

Ea, Gil Blas, me dixo doña Eufrasia apretándome la mano : en tí consiste hacer tu fortuna. Procedamos todos de acuerdo , amigo mio. Don Gonzalo es viejo , su salud muy delicada ; una calenturilla ayudada de un buen médico basta para echarle á la sepultura. Aprovechémonos bien de los pocos momentos que nos restan , y gobernémonos de modo que me dexé á mí la mejor parte de sus bienes. A tí te tocará una buena porcion , así te lo prometo, y puedes contar con mi palabra, como con una escritura otorgada ante todos los escribanos de Madrid. Señora , la respondí, disponga vmd. á su arbitrio de este su fiel servidor ; solamente la suplico me diga lo que debo hacer, y lo demas déxelo de mi cuenta, que espero se dará por bien servida. Pues ahora bien , repuso ella, lo que has de hacer es observar cuidadosa y diligen-

temente á tu amo, y darme razon puntual de todos sus pasos. Quando hables con él procura con arte introducir la conversacion sobre las mugeres, y toma de aqui ocasion para con destreza y maña decirle mucho bien de mí. Tu mayor estudio ha de ser el tenerle siempre ocupado de su Eufrasia en quanto te sea posible. Espía con sagacidad si algun pariente suyo le hace la corte con la mira á su herencia, y avísame sin perder un instante, que yo los echaré á pique. Tengo muy conocidos los diferentes genios de la parentela de tu amo: sé el modo de hacerlos ridículos á los ojos de este, y ya le he informado bastante mal de todos sus primos y sobrinos.

Por esta instruccion, y por otras que añadió Eufrasia, conocí que era una de aquellas mugeres que solo se dedican á complacer á viejos generosos. Pocos dias antes habia obligado á don Gonzalo á vender una posesion, cuyo precio la regaló. Todos los dias le chupaba algo, y ademas de eso esperaba que no la olvidaria en su testamento. Mostréme muy deseoso de hacer todo lo que me pedia; mas por no disimular nada, confieso que quan-

do volvía á casa , iba muy dudoso sobre el partido que debía tomar en aquel descubrimiento ; si el de aprovecharme de él para engañar al viejo , ó para apartarle de aquella falaz muger. Este último me parecía mas honrado que el otro , y me sentia mas inclinado á cumplir con mi obligacion que á engañar á mi amo. Consideraba por otra parte , que en suma nada de positivo me habia ofrecido Eufrasia , y quizá por esto mas que por otro motivo , no pudo corromper mi fidelidad. Resolví , pues , servir con zelo á don Gonzalo , persuadido á que si lograba arrancarle del lado de su ídolo , seria mejor recompensado por una accion buena , que por una mala y ruin.

Para conseguir mejor el fin que me habia propuesto , fingí dedicarme enteramente á servir á doña Eufrasia. Hícela creer que continuamente estaba hablando de ella á mi amo , y sobre este supuesto la embocaba mil patrañas , que la pobre creia como otros tantos evangelios : artificio con el qual me interné tanto en su confianza , que me contaba por el mas ciegamente empeñado en promover sus intereses. A mayor abundamiento aparenté tam-



bien estar enamorado perdido de Beatriz, la qual estaba tan ufana de la conquista de un mozo ni zurdo, ni tuerto, ni corcobado, que no se la daba un pito de que la engañase, con tal que la engañase bien. Quando mi amo y yo estábamos con nuestras dos reynas, representábamos dos figuras diferentes; pero ambas por el mismo gusto. Don Gonzalo seco y amarillo, como ya le he retratado, parecia un moribundo en la agonía quando miraba á su Filis con ojos lánguidos y amorosos. Mi Nise, siempre que yo la miraba apasionado, remedaba los melindres y acciones de una niña, poniendo en movimiento todos los registros de una truana vieja y bien amaestrada. Conociáse que habia cursado estas escuelas por lo menos unos buenos quarenta años. Habíase refinado en servicio de una de aquellas heroínas del partido, que saben el secreto de hacerse amar hasta la vejez, y mueren cargadas de los despojos de dos ó tres generaciones.

No me bastaba ya el ir con mi amo todos los dias á casa de Eufrasia: muchas veces iba solo, particularmente de dia; y á qualquier hora que fue-

se , nunca encontraba en ella á hombre , ni menos á muger alguna que me diese malas sospechas , ó modo de descubrir en Eufrasia el menor indicio de infidelidad. Esto me causaba no poca admiracion , porque no acertaba á comprehender cómo pudiese ser tan escrupulosamente fiel á don Gonzalo una muger jóven y hermosa.

Peró en esta admiracion no habia juicio alguno temerario , pues la bella Eufrasia , para hacer mas tolerable el tiempo que tardaba en heredar á don Gonzalo , se habia provisto de un amante mas proporcionado á su lozanía , y mas conforme á sus años.

Cierta mañana muy temprano fuí á entregar un villete á la tal niña de parte de mi amo , segun la costumbre diaria. Hízome entrar en su quarto , y descubrí en él los pies de un hombre que estaba escondido detras de un tapiz. No di la mas mínima señal de que le veia ; y asi que desempeñé mi encargo , me salí sin dar á entender hubiese notado cosa alguna ; pero aunque no debia sorprehenderme este objeto , y mas quando en nada me perjudicaba á mí , no dexó con todo de inquietarme mucho. ¡ Ah malvada !

decia yo con enfado. ¡ Ah traydora Eufrasia! No te contentas con engañar á un buen viejo , haciéndole creer que le amas , sino que te entregas á otro amante para hacer mas abominable tu villana traycion. Pero muy necio era yo en discurrir de esta suerte. Quizá hubiera hecho mejor en no hablar palabra , que en valerme de esta ocasion para acreditarme de buen criado , agradecido al pan que comia. Pero en vez de moderar mi zelo abrazé con mayor calor los intereses de don Gonzalo , y le hice puntual relacion de lo que habia visto ; añadiendo que doña Eufrasia habia solicitado corromper mi fidelidad , y en prueba de ello le conté de pe á pa todo lo que me habia dicho ; de manera que seria un grandísimo mentecato si no venia en conocimiento del verdadero carácter de su alevosa enamorada. Hízome mil preguntas , como dudando de lo que le decia ; pero mis respuestas no le dexaron la menor duda. Quedó atónito y asombrado de lo que habia oido ; y sin que le sirviese en este lance su ordinaria serenidad , se asomó á su semblante un repentino ímpetu de cólera , que podia parecer

presagio de que Eufrasia pagaria su infidelidad. Basta, Gil Blas, me dixo: estoy sumamente agradecido al zelo y amor que me muestras: me agrada infinito tu honrada lealtad. Desde este mismo punto voy á romper para siempre con Eufrasia, y á decirle lo que merecè su fingimiento y su torpe engaño. Diciendo esto salió efectivamente, y se fué en derechura á su casa, no queriendo que le acompañase yo, por librarme de la mala figura que habia de hacer si me hallase presente á la averiguacion de aquellos hechos.

Mientras tanto quedé esperando con la mayor impaciencia que volviese á casa. No dudaba que á vista de tan poderosos motivos echaria á pasar á su ninfa siguiéndose una justísima aversion á un amor tan mal correspondido, y á un desengaño tan visible una eterna separacion. Con este alegre pensamiento me estaba lisonjeando, y me daba ya á mí mismo el parabien del buen efecto que habia producido mi honrado y zeloso aviso. Parecíame estar oyendo ya las gracias que me daban todos los parientes de don Gonzalo, por haber sido la

causa de que este desterrase en fin una pasión tan vergonzosa á su persona, y tan contraria á los intereses de aquellos. Figurábame que todos se me confesarían obligados, y me distinguirían entre el vulgo de los criados, mas dispuestos por lo comun á lisonjear á sus amos, fomentando sus desórdenes, que á ponerles á la vista el desengaño para retirarlos de ellos. Por entonces era mi ídolo el honor, y me empavonaba ya mirándome como el corifeo de todos los sirvientes. Estando embelesado en tan alegres pensamientos, volvió mi amo, y me dixo: amigo Gil Blas, acabo de tener una conversacion muy viva con Eufrasia. Lláme-la ingrata, aleve: llenéla de improperios; ¿pero sabes lo que me respondió? que hacía mal en dar crédito á criados: sostiene fuertemente que me has hecho una relacion falsa desde la cruz á la fecha. Si he de creerla, eres un solemnísimo embustero, un criado vendido á mis sobrinos, por cuyo amor no perdonas medio alguno para ponerla mal conmigo. Yo mismo la vi derramar un torrente de lágrimas, todas verdaderas, que anegaban su semblante, interrumpian su respira-

cion , y á mí me traspasaban el alma. Juróme por lo mas sagrado del cielo y de la tierra , que ni te habia hecho la mas mínima proposicion , ni ella veia jamas á otro hombre que á mí. Lo mismo me aseguró Beatriz , que tiene traza de buena muger , incapaz de mentir ; de modo que sin poderlo remediar , y contra mi propia voluntad , se desvaneció todo mi enojo.

Segun eso , señor , exclamé yo , no sin algun sentimiento , dudais de mi sinceridad , desconfiais de... No , Gil Blas , interrumpió él , te hago justicia. No creo que estés de acuerdo con mis sobrinos ; estoy persuadido á que solo por buen zelo te interesas en todo lo que me toca , y te lo agradezco ; pero muchas veces engañan las apariencias. Puede suceder que realmente no hubieses visto lo que te pareció ver ; y en tal caso considera lo mucho que habrá ofendido á Eufrasia tu acusacion. Mas sea lo que fuere , yo no puedo menos de quererla. Asi lo manda mi estrella ; y para aplacar el enfado de esta pobre muger , me ha sido indispensable hacerla el sacrificio que me pide : este sacrificio solo es despedirte de mi casa. Siéntolo mu-

ého , mi pobre Gil Blas ; y Dios sabe quantos esfuerzos la costó á ella , y quanto dolor me costó á mí el dar semejante consentimiento. Lo que te debe consolar es que no saldrás sin recompensa ; fuera de que ya he pensado colocarte con una señora amiga mia , en cuya casa tengo por cierto lo pasarás alegremente.

Quedé mortificadísimo al ver que mi zelo se habia vuelto contra mí. Mil veces maldixé interiormente á la embustera Eufrasia , y otras tantas di al diablo la flaqueza , ó por mejor decir, la mentecatez de don Gonzalo en haberse dexado engañar tan fácilmente. No dexaba tampoco de conocer el buen viejo , que en despedirme de su casa , solo por complacer á su dama , no hacía la acción mas honrosa , y mucho menos la mas varonil. Para compensar su poco espíritu , y al mismo tiempo hacerme tragar la píldora sin sentir tanto su amargura , me regaló cincuenta ducados , y él mismo me conduxo á casa de la marquesa de Chaves. Díxola en mi presencia que era yo un mozo de prendas y de talento , que verdaderamente me queria mucho ; pero que por ciertos respetos de

familia se veia precisado con pesar á quedarse sin mí , y la suplicaba con el mayor encarecimiento me admitiese de criado. Desde aquel punto me recibió la Marquesa , y yo me vi de repente con nueva ama , y en una nueva casa.

## CAPITULO VIII.

GARACTER DE LA MARQUESA DE CHAVES ; Y PERSONAS QUE LA VISITABAN.

**E**ra la marquesa de Chaves una viuda de treinta y cinco años , bella , alta , ayrosa y bien proporcionada. No tenia hijos ; y gozaba de diez mil ducados de renta. Nunca vi muger mas seria , ni que menos hablase. Con todo eso era celebrada en Madrid , y generalmente tenida por la señora de mayor talento. Lo que quizá contribuía mas que todo á esta universal reputacion , era la concurrencia á su casa de los primeros personajes de la corte , asi en nobleza como en literatura : problema que yo no me atreveré á decidir. Solo diré que bastaba oír su nombre para conceptuar que era



de un ingenio elevado , y su casa era llamada por excelencia: *el tribunal de las obras ingeniosas.*

Con efecto , todos los dias se leian en ella, ya poemas dramáticos, ya poesías líricas , però siempre sobre asuntos serios. Negábase la entrada á toda pieza cómica. La mejor comedia , ó la novela mas ingeniosa , mas alegre y mas verosimilmente conducida , todo esto se miraba como una pueril y ligera produccion , que no merecia alabanza alguna. Por el contrario, la mas mínima obra seria , una oda , un soneto , una égloga pasaban alli por el último esfuerzo del ingenio humano. Sucedia tal vez que el público no se conformaba con la decision del *tribunal*; antes bien silvaba las obras que habian sido aplaudidas en aquel areopago.

La Marquesa me hizo maestra sala de su casa. Era incumbencia de mi empleo arreglar el quarto de mi nueva ama para recibir las gentes , disponiendo taburetes para las damas, sillas para los caballeros, y cada cosa en su respectivo sitio ; quedándome despues en la antesala , para anunciar é introducir á los que llegaban. Como toda-

via no los conocia yo, el primer día el ayo ó maestro de pages me hizo compañía en la antesala para decirme el nombre de los que iban entrando, y al mismo tiempo me informaba breve y graciosamente del carácter de cada uno. Llamábase Andres de Molina el tal maestro. Era naturalmente serio, pero bufon y chocarrero. El primero que se presentó fué un ministro togado, de quien el maestro de pages me dixo: este garnacha es de un carácter gracioso. Tiene alguna introduccion en palacio, mas no tanta, ni con mucho, como quiere persuadirlo. Ofrécese á servir á todos, y á ninguno sirve. Encontróle un día en la antecámara del Rey un caballero que le saludó. Detúvole el magistrado, hízole mil expresiones, le cogió la mano, apretósela, y le dixo: V. S. ha captado mi inclinacion; soy todo suyo: no me niegue el favor de acreditarle mi amistad. No moriré contento si no logro alguna ocasion de servir á V. S. Correspondióle el caballero con expresiones de reconocimiento, y apenas se separó del togado, quando volviéndose á uno de los que iban á su lado, le dixo: quiero

conocer á este hombre, y no me acuerdo quien es: solo tengo una idea confusa de haberle visto en alguna parte, creo que en casa del primer ministro.

Poco despues del togado se dexó ver un señorito, hijo de cierto grande, á quien hice entrar inmediatamente en el quarto de mi ama. Asi que entró me dixo el señor Molina: este señorito es un ente raro. Va á una casa sin otro fin que el de tratar con el dueño de ella de negocios de importancia; está en conversacion con él una ó dos horas, y se marcha sin haber hablado siquiera una palabra sobre el asunto á que habia ido. A este tiempo vió el ayo de los pages entrar en la antesala dos señoras, llamadas la una doña Angela de Peñafiel, y la otra doña Margarita de Montalvan. Estas dos señoras, me dixo, despues que estuvieron en la sala de la Marquesa, en nada se parecen una á otra. Doña Margarita presume de filósofa; se las tiene tiasas con los mayores doctores de Salamanca, y ninguno la ha visto ceder jamas á sus argumentos. Doña Angela por el contrario, aunque es verdaderamente instruida, nunca hace de doc-

tora. Sus pensamientos son finos, sus discursos sólidos, y sus expresiones delicadas, nobles y naturales. Este segundo carácter, le respondí yo, es un carácter muy amable; pero el otro me parece cae muy mal en el bello sexô. ¿Que dice vmd. *muy mal en el bello sexô?* replicó Molina prontamente. Es tan fastidioso aun en los hombres, que los hace ridículos. También nuestra ama la Marquesa adolece un poco de este achaque filosófico. Yo no sé sobre qué se tratará hoy en nuestra academia; pero se disputará mucho.

Al acabar estas palabras vimos entrar un hombre seco, muy grave, ceji-junto, y fruncido. No le perdonó mi caritativo instructor. Este es, me dixo, uno de aquellos entes serios y engarrotados que quieren pasar por hombres grandes á favor de algunas sentencias de Séneca, que saben de memoria, y pronuncian con recalcamiento y pomposidad, los quales, exâminados de cerca, se descubre que son unos pobres mentecatos. Tras de este entró un caballero de bastante buena presencia; pero de un semblante de hombre pagado de sí mismo. Pre-

gunté á Molina quien era , y me respondió que era un poeta dramático, el qual habia compuesto cien mil versos que no le habian valido quatro quartos ; pero que recientemente por solo seis renglones en prosa habia conseguido formarse una buena renta.

Iba á decirle me explicase en qué habia consistido el haber logrado tan de valde aquella fortuna , quando oí un gran rumor en la escalera. ¡ Bravo ! exclamó el maestro de pages : ya entró en casa el licenciado Campanal ; á este se le oye mucho antes que se le vea. Es un solemnísimo tronera : comienza á charlar en voz alta y sonora desde la puerta de la calle , y no lo dexa hasta que vuelve á salir por ella. Con efecto resonaba en toda la casa la voz del licenciado Campanal , que en fin se presentó en la antesala con otro bachiller amigo suyo , y prosiguió atronándonos á todos , sin cesar en el tiempo que duró la académica visita. Este licenciado , dixé á Molina , parece hombre de ingenio. Sí lo es , me respondió : tiene ocurrencias muy chistosas ; se explica con gracia y agudeza ; es muy divertida su conversacion , pero es un hablador mo-

lestísimo, y repite siempre sus dichos y cuentos. En suma, para no estimar las cosas mas de lo que valen, estoy persuadido á que la mayor parte de su mérito consiste en aquel ayre cómico y festivo con que sazona todo lo que dice; y así no creo que le haria mucho honor una coleccion de sus agudezas y sus gracias si se diese á luz.

Fuéron entrando despues otras personas, de todas las quales me hizo Molina muy graciosas descripciones. Entre estas no se dexó en el tintero la de nuestra ama la Marquesa. Esta, me dixo, es una señora muy regular, no embargante su filosofia. Su genio no es enfadoso ni impertinente, y da poco que hacer á los que la sirven. Dentro de su esfera es de las mugeres mas racionales que conozco; no se la advierte pasion alguna. Ni el juego, ni los galanteos la gustan; solo la agrada la conversacion. En una palabra, su vida sería intolerable para la mayor parte de las damas. Este elogio del maestro de pages me hizo formar un ventajoso concepto de mi ama. Sin embargo, pocos dias despues no pude menos de sospechar que no era tan

enemiga del amor como Molina me habia asegurado; y el fundamento de mi sospecha fué el siguiente.

Estando una mañana en el tocador, se presentó en la antesala un hombre como de quarenta años, pero de malísima figura, contrahecho, corcobado, y mas andrajoso que el mismo Pedro de Moya. Díxome que deseaba hablar á la Marquesa; y preguntándole yo quien era, me respondió ser aquel caballero con quien el dia anterior mi señora la Marquesa habia hablado en casa de doña Ana de Velasco. Apenas se lo dixé á mi ama, quando toda enagenada de alegría me mandó le hiciese entrar. No solo le recibió con extrañas demostraciones de contento y de estimacion, sino que mandó salir á todas las criadas, quedándose el corcobado á solas con ella cerca de una hora. Despidióle despues con mil cortesanas expresiones, que mostraban bien lo gustosa que habia quedado de su visita.

En efecto, lo quedó tanto que por la noche me llamó á parte, y me mandó reservadamente que siempre que viniese el corcobado, le introdu-

xese en su quarto con el mayor secreto que fuese posible. Este encargo me dió en que sospechar ; pero obedeciendo á la orden de mi ama , apenas se dexó ver aquel hombrecillo al dia siguiente , quando le conduxe por la escalera secreta en el quarto de la señora. Lo mismo hice por dos ó tres veces ; no pudiendo menos de pensar una de dos , ó que la Marquesa tenia estrafalarias inclinaciones , ó que el corcobadillo la servia en el honrado oficio de tercero.

Preocupado enteramente de estas temerarias ideas , decia yo á mi capote : el que mi ama se hubiera enamorado de un buen mozo no se me haria tan reparable ; pero que se haya prendado de semejante abechucho , que se me figura un camello recién nacido , no se lo puedo perdonar. Mas , ¡ó , y quanto agraviaba yo á aquella señora ! Es el caso , que aquel galápago humano se vendia por muy instruido en la magia blanca , haciendo mil juegos de manos que los ignorantes juzgaban no poderse hacer sin auxilio de aquella embustera facultad , pero en suma era un grandísimo bribon , que se mantenia á costa de la



ignorancia y de la necia credulidad, siendo pública voz y fama que contribuian á esto muchas señoras de distincion, siendo la Marquesa una de las que cayeron en esta debilidad.

## CAPITULO IX.

SALESE GIL BLAS DE CASA DE LA MARQUESA DE CHAVES: MOTIVO QUE TUVO PARA ELLO; CON LO DEMAS QUE SE VERA.

Seis meses habia que yo servia á la marquesa de Chaves, y me hallaba muy contento con mi conveniencia; pero mi destino no me permitió mantenerme mas tiempo en su casa, ni menos quedarme por entónces en Madrid. El motivo fué el lance que voy á contar.

Entre las criadas de la Marquesa habia una llamada Porcia, que sobre jóven y hermosa era de un carácter que me agradaba mucho, y comencé á obsequiarla sin saber que ya la festejaba el secretario de mi ama, hombre soberbio y zeloso. Luego que llegó este á entender mi inclinacion, sin detenerse á exâminar si era ó no

correspondida, me citó para reñir á un parage retirado. Como era un hombrillo que apenas me llegaba á los hombros, me pareció un enemigo poco temible, y lleno de confianza acudí al sitio señalado. Lisonjeábame yo de una completa victoria, y de adquirir por ella nuevo mérito con Porcia; pero las resultas humillaron mucho mi presuncion. El secretarillo, que habia aprendido dos ó tres años la esgrima, me desarmó como á un niño; y poniéndome al pecho la punta de la espada, me dixo: prepárate para morir ó dame palabra sobre tu honor de que hoy mismo saldrás de casa de la Marquesa, sin pensar mas en Porcia. Prometíselo asi, y lo cumplí sin repugnancia. Corríame de parecer delante de los criados de la Marquesa despues de haber sido tan ignominiosamente vencido, y mucho mas de presentarme ante la hermosa Helena, inocente ocasion de nuestro desafio. No volví, pues, á casa sino para recoger mi ropa y dinero, hacer mi maleta y retirarme con ella. Aunque por ningun caso me habia obligado á salir de Madrid, juzgué me convendria mucho alejarme de aquella villa, á lo

menos por algunos años, y así tomé la determinacion de dar una vuelta por España, deteniéndome en las ciudades y pueblos el tiempo que me pareciese. El bolsillo, me decia yo á mí mismo, está bien provisto: gastando con juicio tendré para correr gran parte del reyno. En acabándose el dinero me pondré á servir; pues á un mozo de mi salud y de mi edad siempre le sobrarán años quando quiera buscarlos, y tenga habilidad para escogerlos.

Ocurrióme el pensamiento de ir á Toledo, y con efecto tomé el camino de aquella ciudad, á la que llegué al cabo de tres dias. Apeéme en un meson, donde me tuvieron por hombre de importancia á vista de mi vestido y del ayre que tomé de petimetre. Podia fácilmente introducirme con dos bellas damiselas que vivian en la vecindad; pero me detuvo la consideracion de que para lograrlo era menester gastar dinero, y no poco. Creciendo en mí cada dia mas la inclinacion que tenia de viajar, despues de haberme detenido en Toledo lo bastante para ver lo mas digno de aquella ciudad, salí de ella un dia al ama-

necer y tomé el camino de Cuenca, con ánimo de pasar al reyno de Aragon. Al segundo dia de viage entré á tomar un bocado y descansar en una venta que habia en el camino, y de alli á poco entró en la misma una tropa de quadrilleros de la santa Hermandad. Pidieron vino, y mientras estaban bebiendo oí hacian mencion de las señas que les habian dado de un mozo á quien tenian orden de prender: *pelo negro, carilargo, nariz aguileña, buena estatura, de edad de veinte y tres años, y montado en un caballo castaño.*

Estábalos yo escuchando sin mostrar atencion á lo que decian, y en la realidad me importaba poco el saberlo. Dexélos en la venta, y proseguí mi camino; pero no habia andado aun medio quarto de legua quando encontré á un mocito muy galan que iba en un caballo castaño. Vive diez, dixé yo, que este es á quien buscan los de la santa Hermandad. Todas las señas son mortales; y es al que quieren agarrar. En verdad que he de hacerle un buen servicio. Caballerito, le dixé saludándole con mucho respeto y cortesía, perdone vmd.

y sírvase decirme si le ha sucedido algun pesado lance de honor. No me respondió, miróme atentamente, y mostróse muy admirado de mi pregunta. Señor, proseguí, no crea vmd. que le he hablado así por una impertinente curiosidad. Creyóme luego que le conté todo lo que habia oido á los ministros de la venta. Generoso desconocido, me respondió, no puedo ni debo disimularos que tengo motivo para creer ser yo á quien busca esa gente; y así agradeciéndoos infinitamente el oportuniísimo aviso, determino mudar de camino. Yo sería de parecer, repuse entónces, que los dos buscásemos por aqui un sitio retirado donde vmd. estuviese seguro y ámbos á cubierto de una gran tempestad que veo nos está amenazando. Al decir esto descubrimos una calle de árboles frondosos, espesos y muy unidos. Ganámosla, y ella misma nos conduxo al pie de una montaña, donde encontramos á un venerable ermitaño.

Estaba sentado á la entrada de una profunda gruta que el tiempo habia socabado en la falda de aquel monte, y delante de ella se registraba como

un corral que había fabricado el arte, cuyas paredes se componian de una especie de argamasa formada de pedrezuelas, rodeado todo para mayor defensa de un género de foso cubierto de verdes céspedes. Los contornos de la gruta estaban sembrados de flores olorosas que llenaban de suavísima fragancia el ambiente inmediato; y cerca de la misma gruta se descubria una hendidura en el monte, cuyo centro brotaba un manantial de agua cristalina, que con apacible y dulcísimo murmullo corria á dilatarse por una bella y espaciosa pradería. El solitario, que se dexó ver á la entrada de la gruta, parecia un hombre consumido por la vejez. Apoyábase en un báculo, y en la otra mano llevaba un gran rosario de cuentas gordas y de veinte dieces por lo menos. Su cabeza estaba como sepultada en un capuz de lana parda, con sendas y largas orejeras; y su barba mas blanca que la nieve le baxaba hasta poder hablar en secreto con la cintura. Acercámonos á él, y yo le dixé: padre, nos dará licencia para que le pidamos nos refugie en alguna parte, donde estemos al abrigo de la

tempeſtad que viene ſobre nosotros. Hijos, reſpondió el anacoreta deſpues de haberme mirado con cuidado, mi pobre gruta eſtá á vueſtra diſpoſicion, y podreis eſtar en ella todo el tiempo que quiſiereis. El caballo, añadió, le podeis meter en aquel corral, ſeñalándolo con la mano, donde creo que eſtará bien acomodado. Metímoſ en él el caballo, nosotros nos refugiamos en la gruta, acompañándonos ſiempre el venerable viejo.

Apenas entramos en ella quando cayó una copioſa lluvia mezelada de relámpagos y eſpantosoſ truenos. El ermitaño ſe hincó de rodillas delante de una eſtampa de ſan Pacomio, que eſtaba pegada á la pared, y nosotros hicimoſ lo miſmo á exemplo ſuyo. Ceſó la tempeſtad, y ceſaron tambien nueſtras oraciones. Levantámonoſ; pero como todavia ſeguia lloviendo, noſ dixo el hermitaño: yo, hijoſ mioſ, no, oſ aconsejaré oſ pongaiſ en camino con eſte temporal, y maſ eſtando tan cerca la noche, á no obligaroſ á ello algun negocio grave y urgente. Reſpondímoſle que ninguna coſa noſ impedia el detenernoſ ſino el juſto temor de incomodarle, y

que á no ser este , antes le suplicaríamos nos permitiese pasar alli la noche. La incomodidad será para vosotros, respondió cortesantemente el anacoreta: tendreis mala cama , y peor cena, porque solo puedo ofreceros la de un pobre ermitaño.

En esto nos hizo sentar á una desdichada y rústica mesilla , donde nos sirvió unas cebollas con algunos mendrugos , y un jarro de agua. Esta , dixo , es mi comida y cena ordinarias ; pero hoy es razon hacer algun exceso en obsequio de unos huéspedes tan honrados. Dixo , y marchó luego á traer un pedazo de queso y dos puñados de avellanas , que echó sobre la mesa. Mi compañero , que no tenia mucho apetito , hizo poco gasto de aquellos exquisitos manjares. Observólo el ermitaño , y dixo : veo que estais acostumbrado á mesas mas regaladas que la mia , ó por mejor decir, que la sensualidad ha estragado en vos el gusto natural. Yo tambien he vivido en el mundo. Entónces no eran bastante buenos para mí los manjares mas delicados , ni los guisados mas exquisitos ; pero la soledad y el hambre han restituido la pureza al paladar. Aho-



ra solo me gustan las raíces , la leche, las frutas , y en una palabra , todo aquello que servia de alimento á nuestros primeros padres.

Mientras el anacoreta estaba hablando , el caballero se quedó como enagenado en una profunda cavilacion. Notólo el viejo , y le dixo: hijo mio, vos teneis atravesado el corazon con alguna espina que os punza mucho. ¿ No podré saber el motivo de la grave afliccion que os atormenta? desahogad conmigo vuestro pecho. No me mueve á este deseo la curiosidad: la caridad es la única causa que á ello me anima. Hállome en edad en que puedo daros algun buen consejo ; y vos me pareceis estar en una situacion que necesita bien de él. Sí , padre mio , respondió el caballero , arrancando del pecho un doloroso suspiro : es muy cierto que tengo gran necesidad de consejo ; y pues vos me ofreceis el vuestro con piedad tan generosa , quiero seguirle. Estoy muy persuadido á que nada arriesgo en descubrirme á un hombre como vos. No , hijo , replicó el ermitaño , no teneis que temer: soy hombre á quien se le puede confiar qualquiera cosa , sea la que quie-

ra. Entónces el caballero habló de esta manera.

## CAPITULO X.

### HISTORIA DE DON ALFONSO, Y DE LA BELLA SERAFINA.

**N**ada, padre mio, os disimularé, como ni tampoco á este caballero que me escucha. Haríale gran agravio en desconfiar de él despues de la generosa accion que usó conmigo. Voy, pues, á contaros mis desgracias.

Nací en Madrid, y mi origen fué el que voy á referir. Un oficial de la guardia Alemana, llamado el baron de Steinbach, entrando una noche en su casa, se halló al pie de la escalera con un envoltorio de lienzo. Levantóle, llevóle al quarto de su muger, desenvolvióle, y encontraron un niño recién nacido, envuelto en pañales muy delicados y finos, y un villete que decia ser hijo de padres distinguidos, que á su tiempo se darian á conocer, y que el niño estaba ya bautizado con el nombre de Alfonso. Este niño era yo, y esto es todo quanto sé de lo que soy. Víctima del honor ó de la

infidelidad; ignoro si mi madre me expuso para ocultar sus vergonzosos amores, ó si engañada por un amante perjuro, se vió en la cruel necesidad de abandonarme.

Como quiera que sea, al Baron y su muger les enterneció mucho mi desgracia; y como no tenían sucesion, resolvieron criarme como si fuera hijo suyo, conservándome el nombre de don Alfonso. Al paso que crecia yo en edad, crecia el amor en ellos. Hacíanme mil caricias en pago de mis apacibles modales, y por mi docilidad. Todos sus pensamientos eran de darme la mejor educacion. Buscarónme maestros de todas materias. Lejos de esperar con impaciencia á que se descubriesen mis padres, parecia por el contrario que deseaban no se manifestasen jamas. Luego que el Baron me vió capaz de poder seguir la milicia, me aplicó á servir al Rey. Consiguíome una bandera, y mandó hacerme un pequeño equipage. Para animarme á buscar ocasiones de adquirir gloria y darme á conocer, me hizo presente que la carrera del honor estaba abierta á todo el mundo, y que en la guerra podria hacer

mi nombre tanto mas glorioso, quanto solo seria deudor á mi valor y á mi espada de la gloria que adquiriese. Al mismo tiempo me reveló el secreto de mi nacimiento, que hasta alli me habia callado. Como en todo Madrid pasaba por hijo suyo, y yo mismo efectivamente me tenia por tal, confieso me turbó no poco esta confianza. No podia pensar en ello sin llenarme de rubor. Por lo mismo que mis nobles pensamientos y mis honrados impulsos me aseguraban de un distinguido nacimiento, era mayor el dolor de verme desamparado de aquellos á quienes le habia debido.

Pasé á servir en los Países baxos, donde se hizo la paz poco despues que llegué al ejército. Hallándose España sin enemigos, me restituí á Madrid; y el Baron y su muger me recibieron con nuevas demostraciones de cariño. Eran pasados dos meses desde mi regreso, quando una mañana entró en mi quarto un pagecillo, y me entregó en las manos un villete concebido poco mas ó menos en estos terminos: *no soy fea ni contrahecha; y con todo eso vm. me vé todos los dias á mi ventana con grande indiferencia: frialdad*

*muy agena de un mozo tan galan.  
Estoy tan ofendida de este proceder,  
que por vengarme quisiera inspirar  
amor en ese corazon de yelo.*

Asi que leí este villete me persuadí sin la menor duda á que era de una viudita llamada Leonor, que vivia enfrente de mi casa, y tenia fama de ser alegre de cascos. Exâminé sobre este punto al pagecillo, que por algun breve rato quiso hacer el callado; pero á costa de dos ó tres pesetas satisfizo plenamente mi curiosidad, y se encargó de llevar á su ama mi respuesta. Decíala en ella que conocia y confesaba mi delito, el qual estaba ya medio vengado, segun lo que yo sentia en mí.

Con efecto, no dexó de hacerme impresion esta graciosa manera de granjear la voluntad. No salí de casa en todo aquel dia, asomándome frecuentemente al balcon para observar á la señora, que tampoco se descuidó de dexarse ver al suyo. Hícela gestos á los que correspondió; y el dia siguiente me envió á decir por el mismo pagecito, que si entre once y doce de aquella noche queria yo hallarme en nuestra calle, podiamos hablarnos á la

reja de un quarto baxo. Aunque no estaba muy enamorado de una viuda tan viva, sin embargo no dexé de responderla en términos que mostraban lo contrario; y á la verdad esperé á que anocheciese con tanta impaciencia como si efectivamente la amara. Luego que fué de noche salí á pasearme al prado, para entretener el tiempo hasta la hora de la cita, y apenas entré en el paseo, quando acercándose á mí un hombre montado en un hermoso caballo, se apeó precipitadamente, y mirándome con ceño: caballero, me dixo en tono de enfado, ¿no sois vos el hijo del baron de Steinbach? el mismo, le respondí con despego, para que conociese cuánto me desazonaba aquel modo desatento de hablarme. Luego vos sois el citado, prosiguió él, para dar esta noche conversacion á Leonor en la reja de su quarto baxo. He visto su villete, y vuestra respuesta, que me mostró el pagecillo. Os he venido siguiendo hasta aqui desde que salisteis de casa, para advertiros que teneis un competidor, el qual se avergüenza de disputar el corazon de una dama con un hombre como vos. Me parece no necesito de-

ciros mas , y pues nos hallamos en sitio retirado , decidan la disputa las espadas , á menos de que vos , por evitar el castigo que preparo á vuestra temeridad , me deis palabra de romper toda comunicacion con Leonor. Sacrificadme las esperanzas que teneis, ó en este mismo punto os quito la vida. Ese sacrificio, que no me costaria mucho hacer, respondí, se habia de pedir con modo, y no exígirse con arrogancia. Quizá concederia á vuestros ruegos lo que no puedo dexar de negar á vuestras amenazas.

Pues riñamos, dixo él atando el caballo á un árbol, porque es indecoroso á un hombre como yo baxarse á suplicar á un hombre como vos. Si la mayor parte de mis iguales se halláran en el caso en que yo me hallo, se vengarian de vos muy de otra manera menos honrosa. Ofendiéronme mucho estas últimas palabras, y viendo que él habia sacado la espada, saqué yo tambien la mia. Reñimos con tanto empeño que duró poco el combate. Sea que le cegase su demasiado ardor, ó sea que yo fuese mas diestro que no él, le di desde luego una estocada, que le hizo primero titubear, y despues

caer en tierra. Entónces no pensé mas que en ponerme en salvo , y montando en su propio caballo, tomé el camino de Toledo. No volví á casa del baron de Steinbach, pareciéndome que la relacion de mi lance solo serviria para afligirle ; y quando consideraba el peligro en que me hallaba , veia que no debia perder un momento en alejarme de Madrid.

Poseido enteramente de amarguísimas reflexiones anduve toda la noche , y la mañana del dia siguiente; pero á eso del medio dia me vi precisado á detenerme para que el caballo descansára , y se mitigase el calor, que cada instante era mas inaguantable. Detúveme , pues , en una aldea hasta puesto el sol , y continué luego mi camino con ánimo de no apearne hasta estar en Toledo. Me hallaba ya dos leguas mas allá de Illescas , quando á eso de media noche me cogió en campo raso una furiosa tempestad , semejante á la que acaba de sobrecogernos. Lleguéme á las tapias de un jardin que vi á pocos pasos de mí; y no hallando abrigo mas cómodo , me arrimé con mi caballo lo mejor que pude á una puerta peque-



ña de una estancia que estaba casi en un ángulo de la misma cerca, sobre la qual habia un balcon, que sin duda servia de mirador. Apoyándome en la puerta vi que no la habian cerrado, y discurrí que esto habria sido culpa de los criados. No tanto por curiosidad, como por resguardarme mas del agua, que nó dexaba de incomodarme mucho debaxo del balcon, me entré en aquella habitacion baxa, juntamente con el caballo, tirándole por la brida.

Durante la tempestad me divertia yo en reconocer lo mejor que me era posible aquel sitio; y aunque solo podia registrarle á favor de los relámpagos, juzgué era una quinta de alguna persona opulenta. Estaba aguardando por instantes que cesase la tempestad para seguir mi camino; pero habiendo visto á lo lejos una gran luz, mudé de parecer. Dexé encerrado el caballo en aquella pieza, y fuíme acercando hácia la luz, creido de que estaban todavia levantadas algunas gentes, para suplicarles me diesen abrigo por aquella noche. Despues de haber atravesado algunos corredores, me hallé con una sala, cuya puerta

estaba igualmente abierta. Entré en ella, y viendo su magnificencia á beneficio de un gran farol de cristal que la daba una clarísima luz, ya no me quedó duda de que aquella casa de campo era de algun señor. El pavimento era de mármol, el techo un soberbio artesonado, dorado con primor, la cornisa estaba trabajada con la mayor delicadeza, y en todo brillaba el esmero de los mas diestros artistas; pero lo que me llevó toda la atención fué una multitud de bustos de los mas famosos héroes españoles, puestos sobre bellísimos pedestales de mármol jaspeado, que adornaban las paredes del salon. Tuve bastante tiempo para enterarme de todas estas cosas, porque habiendo aplicado de quando en quando el oido para ver si sentia rumor, no llegué á percibir ninguno.

A un lado de la sala habia una puerta medio cerrada, á la qual me acerqué, y vi que despues de ella seguia una gran fila de quartos, y que en el último de ellos habia una luz que alumbraba debilmente. Consulté conmigo mismo lo que debia hacer, si volverme por donde habia venido, ó animarme á penetrar hasta aquel

quarto. La prudencia dictaba que el partido mas acertado era el de retirarme ; pero pudo mas en mí la curiosidad que la prudencia , ó por mejor decir , fué mas poderosa la fuerza de mi destino , que en cierta manera me arrastraba hácia donde no debia ir. Llevé , pues , mi empeño adelante , y atravesando todas las piezas llegué á la última , donde ardía sobre una mesa de mármol una bugía puesta en un candelero de plata sobredorada. Desde luego conocí que era un quarto de verano , alhajado con singular gusto y riqueza ; pero volviendo presto los ojos hácia una magnífica cama , cuyas cortinas estaban entre abiertas á causa del mucho calor , vi un objeto que me robó toda la atencion. Era una jóven , que á pesar del estruendo pavoroso de los truenos , dormia profundamente. Acerquéme á ella muy quedo , rezelando que la despertase mi aliento , y á favor de la luz de la bugía , descubrí una tez tan delicada , y un rostro tan hermoso , que verdaderamente me encantaron. Al verla , todos mis espíritus se conmovieron , y me sentí transportado de admiracion ; pero cedió la agitacion

al concepto que desde luego formé de la nobleza de su sangre, tanto, que ningun pensamiento temerario se atrevió á manchar la imaginacion, pudiendo mas el respeto que el fogoso bullicio de la sangre. Mientras estaba yo embelesado en contemplarla, llegó ella á despertar.

Fácil es de imaginar quanto la sobresaltaria el ver á un hombre desconocido á media noche en su quarto, y al pie de su misma cama. Toda asustada y estremecida dió un gran grito. Hice quanto pude para animarla y aquietarla; hincé una rodilla en tierra, y lleno de respeto la dixé: no temais, señora, que yo no he entrado aqui con ánimo de ofenderos. Iba á proseguir; pero ella atemorizada, no tuvo siquiera libertad para escucharme. Comenzó á llamar á grandes voces á sus criadas; y como ninguna la respondiese, cogió á toda priesa una bata ligera que estaba al pie de la cama, cubrióse con ella, salto acelerada al suelo, agarró la bugía, y atravesó corriendo toda la hilera de quartos, llamando sin cesar á sus doncellas, y á una hermana suya menor, que vivia en la misma quinta, baxo de su cuidado. Por momen-

tos estaba yo temiendo ver sobre mí toda la familia; y que sin merecerlo ni oirme me tratasen mal; mas quiso mi fortuna que por mas gritos que dió, nadie pareció sino un criado viejo, que de poco la hubiera servido en un apuro. No obstante, con la presencia del buen viejo, alentándose algun tanto me preguntó con altivez, quién era yo, por dónde y á qué fin habia tenido atrevimiento para meterme en su casa. Comenzé á justificarme; pero apenas la dixé que habia entrado por la puerta del quarto del jardin, que habia hallado abierta, quando exclamó al instante diciendo: ¡cielos, y que cosas me ocurren ahora al pensamiento!

En esto va con la luz á registrar todos los quartos de la quinta, y no encuentra á ninguna de sus criadas, ni á su hermana; antes sí ve que estas se habian llevado cada una sus ropas. Pareciéndola que se habian verificado sobradamente sus sospechas, se volvió adonde yo me habia quedado, y articulando mal las palabras con la cólera: infame, me dixo, no añadas la mentira á la traycion. No te ha traído á esta quinta la casualidad,

ni has entrado en ella por el motivo que finges. Tú eres de la comitiva de don Fernando de Leyva, y cómplice en su delito ; pero no esperes huir de mi venganza ; pues tengo aun bastante gente en casa que te prenda. Señora , la dixé , no me confundais , os ruego , con vuestros enemigos. Ni conozco á don Fernando de Leyva , ni sé todavía quien sois vos. Yo soy un desgraciado , á quien cierto lance de honor ha obligado á ausentarse de Madrid ; y os aseguro con la mayor verdad , que á no haberme precisado á ello la tempestad , no hubiera entrado en vuestra quinta. Dignaos , señora , formar mejor concepto de mí. En vez de suponerme cómplice en ese delito que tanto os ofende , vivid persuadida á que estoy prontísimo á vengaros. Estas últimas palabras , que pronuncié con ardor y viveza , la tranquilizaron de modo que desde aquel punto mostró no mirarme ya como enemigo. Cesó en el mismo momento su enojo , pero entró á ocupar su lugar el mas acerbo dolor. Comenzó á llorar amargamente ; y sus lágrimas me enternecieron de manera que no me sen-

tí yo menos afligido que ella , aun quando ignoraba la causa de su pena. No me contenté con acompañarla en el llanto , sino que deseoso de vengar su afrenta , me entró una especie de furor. Señora , exclamé entre lastimado y colérico , ¿quien ha tenido atrevimiento para ultrajaros? ¿y que especie de ultraje ha sido el vuestro? Hablad , señora , porque vuestras ofensas ya son mias. ¿Quereis que busque á don Fernando , y que le atraviese de parte á parte el corazon? Nombradme todos aquellos que quereis os sacrifique ; mandad , y sereis obedecida. Cueste lo que costáre vuestra venganza , este desconocido , á quien habeis mirado como enemigo , se expondrá por amor de vos á qualquier riesgo.

Quedóse suspensa aquella señora á vista de un arrebató tan inesperado , y enjugando sus lágrimas , me dixo : perdonad , señor , mi temeraria sospecha á la infeliz situacion en que me hallo. Vuestros generosos sentimientos han desengañado á la desgraciada Serafina , y me quitan ademas hasta el natural rubor que me causa el que un extraño sea testigo de una afrenta hecha á mi

noble sangre. Sí, generoso desconocido, reconozco mi error, y admito vuestras ofertas; pero no quiero la muerte de don Fernando. Bien está, señora, repliqué, ¿pero en que deseáis que os sirva? Señor, respondió Serafina, el motivo de mi pesar es el siguiente: don Fernando de Leyva se enamoró de mi hermana Julia, á quien vió casualmente en Toledo, donde vivimos comunmente. Pidióselá á mi padre el conde de Polan, quien se la negó por la antigua enemistad que hay entre las dos casas. Mi hermana, que apenas tiene quince años, se habrá dexado engañar de mis criadas, sin duda ganadas por don Fernando, y noticioso este de que las dos hermanas estábamos en esta casa de campo, habrá aprovechado la ocasion para robar á la mal aconsejada Julia. Yo solo quisiera saber en qué parte la ha depositado, para que mi padre y mi hermano, que ha dos meses están en Madrid, tomen sus medidas. Suplícoos, pues, señor, que os tomeis el trabajo de recorrer los contornos de Toledo, y de averiguar, si fuese posible, adonde ha ido á parar aquella pobre muchacha; diligencia á que os



quedará tan obligada como agradecida toda mi familia.

No tenia presente aquella señora que el encargo que me daba no convenia á un hombre á quien importaba tanto salir quanto antes de los términos y jurisdiccion de Castilla. ¿Pero que mucho no hiciese ella esta reflexión quando ni yo mismo la hice? Sumamente gozoso de la fortuna de verme en ocasion de servir á una persona tan amable, admití la comision, ofreciendo desempeñarla con el mayor zelo y diligencia. Con efecto, no esperé á que amaneciese para ir á cumplir lo prometido. Dexé al punto á Serafina, suplicándola me perdonase el susto que inocentemente la habia dado, y asegurándola que presto sabria de mí. Salíme, pues, por donde habia entrado en la quinta; pero con el ánimo tan ocupado siempre en aquella señora, que fácilmente advertí estaba del todo prendado de ella; y nada me lo hizo conocer mejor que la inquietud é impaciencia con que me apresuraba á complacerla, y las amorosas chimeras que yo mismo me forjaba en la imaginación. Parecíame que Serafina, aun en medio de su sentimien-

to , habia echado bien de ver lo que pasaba en mi corazon , y que no la habia quizá desagradado. Lisonjeábame de que si lograba averiguar lo que tanto deseaba , sería mio todo el honor , y de aqui fabricaba yo mil castillos en el ayre.

Al llegar aqui cortó don Alfonso el hilo de su historia , y dixo al ermitaño : perdonadme , padre , si poseido de mi pasion me detengo en menudencias , que quizá os fastidiarán. No , hijo , respondió el anacoreta , de ningun modo me cansan ; ántes bien deseo saber hasta dónde llegó el amor que te inspiró doña Serafina para arreglar mis consejos con mayor conocimiento.

Encendida la fantasia con tan lisonjeras imágenes , prosiguió el caballero , busqué inútilmente por espacio de dos dias al robador de Julia ; y frustradas todas las diligencias , no pude descubrir el menor rastro de él. Desconsoladísimo de ver inutilizados mis pasos y desvelos , volví á la presencia de Serafina , á quien discurria se hallaria en el estado mas inquieto y desgraciado del mundo ; pero la encontré mas tranquila de lo que yo pensaba. Díxome que habia sido

mas venturosa que yo , pues ya sabia donde se hallaba su hermana : que habia recibido una carta de don Fernando , en que la decia que despues de haberse casado de secreto con Julia la habia depositado en un convento de Toledo. Envié su carta á mi padre, prosiguió Serafina , no sin esperanza de que la cosa acabe bien , y que un solemne matrimonio sea el Iris de paz que dé fin á la inveterada discordia de las dos casas.

Luego que me informó del paradero de su hermana , me habló del trabajo que me habia ocasionado , y sobre todo , añadió ella misma , los peligros á que os expuso mi imprudencia en seguir á un robador , sin acordarme de que me habiais confiado que andabais fugitivo por cierto lance de honor ; de lo qual me pidió mil perdones con las palabras mas tiernas y expresivas. Conociendo que estaba faltar de reposo , me conduxo á la sala donde los dos nos sentamos. Estaba vestida con una bata de tafetan blanco , con listas negras , y cubria su cabeza un sombrerillo de los mismos colores que la bata , guarnecido con un ayroso plumage negro , lo que me hi-

zo juzgar que podia ser viuda , aunque por otra parte parecia de tan pocos años , que no sabia yo que discurrir.

Si era grande mi deseo de saber quien ella era , no era menos viva su curiosidad de saber lo mismo de mí. Preguntóme mi nombre y apellido, no dudando , añadió , á vista de ese noble ayre , y de la generosa piedad con que os interesasteis en todo lo que me tocaba , que la nobleza de vuestro nacimiento no sea igual á la de vuestra atencion. Avergonceme algun tanto , y me turbé ; confesandoos con ingenuidad , que por entónces me pareció menos vergonzoso disimular la verdad que declarar mi nacimiento, y asi respondí que mi padre era el baron de Steinbach , oficial de la guardia Alemana. Tambien quiero saber, dixo , qué lance de honor fué el que os obligó á salir de Madrid ; porque desde luego os puedo ofrecer todo el valimiento y los buenos oficios de mi padre y de mi hermano don Gaspar. Esto es lo menos que puede hacer mi agradecimiento con un caballero que por servirme despreció su propia vida. Ninguna dificultad tuve en refe-

rirla por menor todas las circunstancias de nuestro desafío. Ella misma echó toda la culpa al caballero que me había injuriado, y me volvió á ofrecer que interesaria á toda su casa en mi favor.

Habiendo yo satisfecho su curiosidad, me animé á suplicarla contentase la mia, y la pregunté si era libre, ó si estaba ligada al santo matrimonio. Tres años ha, respondió, que mi padre me obligó á casarme con don Diego de Lara, y quince meses que estoy viuda. ¿Pues que desgracia, señora, la pregunté, fué la que tan presto os privó de vuestro esposo? Voy, señor, á responderos, repuso ella, y corresponder á la confianza á que me confieso deudora.

Don Diego de Lara era un caballero de garbo, galan, ayroso, bien dispuesto, y dotado de quantas prendas se pueden pedir en un hombre de distincion. Amábame ciegamente; y aunque hacía quanto podia hacer un marido para ser amado de su muger, nunca pudo grangearse mi cariño: prueba clara de que el amor es caprichoso, y que no siempre se paga del mérito, ni de las mayores finezas y

obsequios. ¡Pero que! exclamó suspirando, sucede muchas veces que una persona desconocida nos encanta á primera vista. No me era posible amarle. Mas avergonzada que agradecida á las continuas y afectuosas muestras de su amor, y forzada á corresponder á ellas, me acusaba á mí misma interiormente de ingratitud, y lloraba amargamente mi suerte desgraciada. No era menos desventurada la suya que la mia, á causa de su penetracion. En mis acciones y palabras descubria claramente mis mas escondidos pensamientos. Leía quanto pasaba en lo mas íntimo de mi alma; quejábase á cada paso de mi indiferencia, y le era tanto mas sensible el no poder conquistar mi corazon, quanto estaba mas seguro de que ningun otro se le disputaba, no contando yo apenas diez y seis años; y habiendo sabido por mis criadas, todas parciales suyas, que ningun hombre se habia anticipado á llevarse mi atencion. Sí, Serafina, me decia muchas veces, me alegraría mucho de que estuvieses preocupada á favor de otro, y de que esta fuese la única causa de la frialdad con que me miras. Esperaria

entónces que tu virtud y mi constancia triunfarian al cabo de esa fria terquedad ; pero ya desespero de vencer un corazon , que no se ha rendido á tantos y tan convincentes testimonios de mi extremado amor. Cansada de oirle repetir tantas veces la misma queja , le dixé un dia , que en vez de turbar su reposo y el mio mostrando tanta delicadeza , haria mejor en dexarlo todo en manos del tiempo. Con efecto , yo me hallaba entónces en una edad poco capaz de sentir los vivos impulsos de una pasion tan fogosa ; y este era el prudente partido que don Diego debiera haber abrazado. Pero viendo que se habia pasado un año entero sin haber adelantado mas que el primer dia , perdió la paciencia , ó por mejor decir el juicio, y fingiendo que le llamaba á la corte no sé que negocio de importancia , marchó á los Países baxos á servir en calidad de voluntario , y encontró lo que deseaba en los peligros en que se metia , es decir , con el fin de la vida y el de sus pesares y tormentos.

Concluida esta relacion , todo el resto de la conversacion que tuvimos Serafina y yo fué acerca del singular

carácter de su marido. Interrumpió nuestra conferencia un correo que llegó en aquel mismo punto, el qual puso en manos de Serafina una carta del conde de Polan. Pidióme licencia para leerla, y observé que conforme la iba leyendo se iba poniendo pálida y trémula. Luego que la acabó de leer, alzó los ojos al cielo, dió un gran suspiro, y empezó á correr por su semblante un torrente de lágrimas. No siendo posible que yo viese con serenidad su pena, me turbé, y como si hubiera ya presentido el terrible golpe que iba á llevar, me cogió un mortal terror, que me heló toda la sangre. Señora, la pregunté con voz desfallecida, ¿será lícito saber de vos qué funestas noticias os anuncia esa carta? Tomadla, señor, me respondió tristemente, y leed vos mismo lo que mi padre me escribe. ¡Ay de mí! que su contenido os interesa demasiado.

Estremecíme al oír estas palabras, tomé temblando la carta, y vi que decia lo siguiente. *Tu hermano don Gaspar tuvo ayer un desafio en el Prado. Recibió en él una estocada, de la qual ha muerto hoy, declarando al*



*morir, que el caballero que le mató fué el hijo del baron de Steinbach, oficial de la guardia Alemana. Para mayor desgracia nuestra el matador escapó sin saberse donde se ha escondido; pero aunque lo esté en las entrañas de la tierra, se harán todas las posibles diligencias para hallarle. Hoy se despachan requisitorias á varias justicias, que no dexarán de arrestarle, como ponga los pies en algun lugar de su jurisdiccion; y voy tambien á practicar otros medios oportunos para cerrarle todos los caminos. = El conde de Polan.*

Figuraos el desórden que la lectura de esta carta causaria en mi ánimo. Quedé inmóvil algunos instantes, sin espíritu ni fuerza para hablar. En medio de aquel desmayo y desaliento se me representó con la mayor viveza todo lo mas funesto y cruel que podia afligir á la vehemencia de mi amor. En un momento pasé de una gustosa esperanza á una vil desesperacion. Arrojéme á los pies de Serafina, y presentándola la espada desnuda: señora, la dixé, excusad al conde de Polan la molesta fátiga de buscar á un hombre que podria burlar sus mas ac-

tivas diligencias. Vengad vos misma á vuestro hermano, sacrificadle por vuestra bella mano esta desgraciada víctima, y muera á vuestros pies su miserable homicida. ¿Que os deteneis? Descargad el golpe, y sea fatal á su enemigo el mismo acero que á él le quitó la vida. Señor, respondió Serafina, enternecida algun tanto de ver mi accion, yo queria á don Gaspar, y aunque vos le matásteis como caballero, y él mismo fué á buscar su desgracia, al fin soy su hermana, y no puedo menos de tomar su partido. Sí, don Alfonso, ya soy enemiga vuestra, y haré contra vos todo quanto la sangre y el cariño pueden pretender de mí; pero no abusaré de vuestra adversa fortuna. En vano ha dispuesto entregaros en manos de mi venganza, pues si el honor me arma contra vos, él mismo me prohíbe vengarme ruinmente. Las leyes de la hospitalidad deben ser inalterables: segun ellas no puedo corresponder con un vil asesinato al generoso servicio que me habeis hecho. Huid, escapad, y burlad, si pudiéreis, nuestras mas vivas pesquisas; poned á cubierto del rigor de las leyes,

y libraos del inminente peligro que os amenaza.

Pues qué, señora, la repliqué: estando en vuestra mano la venganza, ¿la dexais á la severidad de las leyes, que pueden quedar desayradas? ¡Ah, señora! atravesad vos misma con esa espada el pecho de un malvado, que verdaderamente no merece le perdoneis. No, señora, no useis de un proceder tan noble y tan generoso con un hombre como yo. ¿Sabéis quien soy? Aunque todo Madrid me tiene por hijo del baron de Steinbach, soy un pobre expósito, criado en su casa por caridad. Yo mismo ignoro á quienes debo el sér. No importa eso, interrumpió Serafina precipitadamente, como si la hubieran causado nueva pena mis últimas palabras: aunque fuérais vos el hombre mas vil del mundo, haria siempre lo que me dicta mi honor. Bien está, señora, repliqué: ya que la muerte de un hermano no ha bastado á persuadiros que derrameis mi sangre, voy á cometer otro delito haciéndoos una ofensa, que tengo por cierto no me la perdonareis: sabed, señora, que os adoro; que desde el mismo punto en que vi vuestra her-

mosura quedé hechizado; y que á pesar de la obscuridad de mi nacimiento, no perdía la esperanza de poseeros. Estaba tan ciegamente enamorado, ó por mejor decir llegaba á un punto mi vanidad, que me lisonjeaba de que algun dia descubriría el cielo mi origen, y que este sería tal, que sin vergüenza podría manifestaros mi nombre. Después de una declaracion que tanto os ultraja, ¿será posible que todavía no os resolvais á castigarme?

Esa temeraria declaracion, replicó la dama, en otro tiempo sin duda me ofenderia, pero la perdono á la turbacion en que os veo: fuera de que ni la situacion en que yo misma me hallo me permite dar oídos á las expresiones que proferis. Vuelvo á decir, don Alfonso, añadió derramando algunas lágrimas, que partais luego de aqui, y os alejéis de una casa que estais llenando de dolor: cada instante que os deteneis, aumenta mis penas. Ya no resisto, señora, voy á alejarme de vos; pero no penseis que cuidadoso de conservar una vida que os es odiosa, vaya á buscar un asilo para defenderla. No, no, yo mismo quiero voluntariamente sacrificarme á

vuestro justo dolor. Parto á Toledo, donde esperaré con impaciencia la suerte que vos me preparais: y entregándome á vuestras persecuciones, anticiparé yo mismo de este modo el fin de todas mis desdichas.

Retiréme al decir esto. Diéronme mi caballo, y partí en derechura á Toledo, donde me detuve de intento ocho dias, con tan poco cuidado de ocultarme, que verdaderamente no sé como no me prendieron; porque no puedo creer que el conde de Polan, tan empeñado en tomarme todos los caminos, se olvidase de cerrarme el de Toledo. En fin, ayer salí de aquel pueblo, donde se me hacía intolerable mi propia libertad; y sin fixarme ni aun proponerme destino alguno determinado, llegué á esta ermita con tanta serenidad como pudiera un hombre que nada tuviese que temer. Estos son, padre mio, los cuidados que me ocupan al presente; y ruégoos me ayudeis con vuestros prudentes consejos.

## CAPITULO XI.

QUIEN ERA EL VIEJO ERMITAÑO,  
Y CÓMO CONOCIÓ GIL BLAS QUE SE  
HALLABA EN PAIS DE AMIGOS.

Luego que don Alfonso acabó la triste relacion de sus infortunios, le dixo el ermitaño: hijo mio, mucha imprudencia fué el haberos detenido tanto en Toledo. Yo miro con muy diferentes ojos que vos todo lo que me habeis contado, y vuestro amor á Serafina me parece una verdadera locura. Creedme á mí. Es menester absolutamente que la olvideis, pues no está destinada para vos. Ceded voluntariamente á los grandes estorbos que os desvian de ella, y entregaos á vuestra estrella, la qual, segun todas las señales, os promete muy distintas aventuras. Sin duda encontrareis con alguna bella jóven, que hará en vos la misma impresion, sin que hayais quitado la vida á ninguno de sus hermanos.

Iba á decirle muchas cosas mas para exhortarle á la paciencia, quando vimos entrar en la ermita á otro er-

mitaño cargado con unas alforjas bien llenas. Venía de Cuenca, donde habia recogido una limosna muy copiosa. Parecia mas mozo que su compañero; su barba era roxa, espesa y bien poblada. Bien venido, hermano Antonio, le dixo el viejo anacoreta: ¿que noticias nos traes de la ciudad? Bien malas, respondió el hermano barbirroxo: ese papel os las dirá; y entrególe un villete cerrado en forma de carta. Tomóle el viejo, y despues de haberle leído con toda la atencion que merecia su contenido, exclamó: ¡loado sea Dios! Pues se ha descubierto ya la mecha, tomemos otro modo de vivir. Mudemos de estilo, prosiguió, dirigiendo la palabra al jóven caballero. En mí teneis un hombre con quien juegan como con vos los caprichos de la fortuna. De Cuenca, que dista una legua de aqui, me escriben han informado mal de mí á la justicia, cuyos ministros deben venir mañana á prenderme en esta ermita; pero no encontrarán la liebre en la cama. No es la primera vez que me veo en este apuro; y gracias á Dios casi siempre he sabido librarme con honra y desembarazo. Voy á presen-

tarme en otra nueva figura ; porque habeis de saber que tal qual me veis, no soy ermitaño ni viejo.

Diciendo y haciendo se desnudó del saco grosero , que le llegaba hasta los pies : dexóse ver con una jaquetilla ó capotillo de sarga negra con mangas perdidas. Quitóse el capuz, desató un sùtil cordon , que sostenia su gran barba postiza , y ofreció á los ojos de los circunstantes un mozo de veinte y ocho á treinta años. El hermano Antonio á su imitacion, hizo lo mismo : quitóse el hábito , y la barba eremítica , y sacó de una arca vieja y carcomida una raída sotanilla , con que se cubrió lo mejor que pudo. ¿ Pero quien podrá concebir lo admirado y atónito que me quedé quando en el viejo ermitaño reconocí al señor don Rafael , y en el hermano Antonio á mi fidelísimo criado Ambrosio de Lamela ? ¡ Vive diez ! exclamé al punto , sin poderme contener , que estoy en tierra amiga. Así es , Señor Gil Blas , dixo riendo don Rafael. Sin saber cómo ni quando te has encontrado con dos grandes y antiguos amigos tuyos. Confieso que tienes algun motivo para es-



tar quejoso de nosotros ; pero pelitos á la mar , olvidemos lo pasado , y demos gracias á Dios de que nos ha vuelto á juntar. Ambrosio y yo os ofrecemos nuestros servicios , que no son para despreciados. Nosotros á ninguno hacemos mal , á ninguno apaleamos , á ninguno asesinamos , y solamente queremos vivir á costa ajená. Agrégate á nosotros dos , y tendrás una vida andante , pero alegre. No la hay mas divertida , como se tenga un poco de juicio y de prudencia. No ya porque á pesar de ella el enlace y conjuncion de las causas segundas no nos produzcan lances molestos y poco gratos ; pero se van las duras con las maduras , y suelen ser mas los buenos que los malos ; fuera de que acostumbrados á la variedad , es parte de diversion la misma mudanza de fortuna.

Señor caballero , prosiguió el fingido ermitaño volviéndose á don Alfonso , la misma proposicion os hacemos á vos , que me parece no debeis despreciar en la situacion en que os hallais. Ademas de la precision de andar siempre fugitivo y escondido , tengo para mí que no estais muy sobra-

do de dinero. Asi es, dixo don Alfonso, y eso mismo es lo que aumenta mi pesadumbre. Ea pues, repuso don Rafael, buen ánimo, no nos separemos los quatro: este es el mejor partido que podeis tomar. Nada os faltará en nuestra compañía, y nosotros sabremos inutilizar todas las pesquisas y requisitorias de vuestros enemigos. Hemos corrido toda España, y sabemos todos sus rincones, bosques, matorrales, sierras quebradas, cuevas y escondrijos, abrigos segurísimos contra la justicia. Agradecióles don Alfonso su buena voluntad; y hallándose efectivamente sin dinero y sin recurso, determinó ir en su compañía, y tambien yo tomé igual partido, por no dexar á aquel jóven, á quien habia cobrado ya grande inclinacion.

Convenimos, pues, todos quatro en andar juntos y no separarnos. Tratóse entónces sobre si marchariamos en aquel mismo punto, ó nos detendriamos primero á dar un tiento á una bota llena de exquisito vino que el dia anterior habia traído de Cuenca el hermano Antonio; pero don Rafael, como mas experimentado, fué de parecer que ante todas cosas se debia

pensar en ponernos en salvo ; y que asi era de sentir que caminásemos toda la noche para llegar á un bosque muy espeso que habia entre Villarde-  
sa y Almodovar , donde haríamos alto , y libres de toda zozobra descansaríamos el dia siguiente. Abrazóse este parecer , y los dos ermitaños acomodaron su ropa y demas provisiones en dos envoltorios , y equilibrando el peso lo mejor que pudieron , los cargaron en el caballo de don Alfonso. Todo esto se executó con la mayor presteza y diligencia , y al instante nos pusimos en camino , alejándonos de la ermita , y dexando por herencia á la justicia los dos sacos de ermitaños , las dos barbas blanca y roxa , dos tarimas , una mesa coxa , un arca medio podrida , dos sillas de paja des-  
peluzadas , y la estampa de san Pacomio encentada de ratones , porque se comian el pan mascado con que estaba pegada á la pared.

Anduvimos toda la noche , y quando estábamos ya muy rendidos del cansancio , al despuntar el dia descubrimos el bosque adonde se encaminaban nuestros pasos. La vista del puerto alegre , y da vigor á los marineros

fatigados de una larga navegacion. Penetramos hasta lo interior del bosque, donde haciendo alto en un delicioso sitio, nos echamos sobre la verde yerba de un espacioso prado, rodeado de corpulentas encinas, cuyas frondosas copas, entretejiéndose unas con otras, negaban la entrada á los rayos del sol, y daban una fresquísima sombra, que en las horas mas calurosas del dia se burlaba de su excesivo ardor. Descargamos el caballo, quitámosle la brida, y echámosle á pacer por el prado. Sentámonos, sacamos de las alforjas del hermano Antonio sendos mendrugos de pan, muchos pedazos de diferentes carnes asadas y cocidas, y como unos perros hambrientos nos abalanzamos á ellas, compitiendo unos con otros en la presteza y en la gana de comer. Con todo eso obligábamos al hambre á que aguardase un poco, por los frecuentes abrazos que dabamos á la bota, que en movimiento poco menos que continuo, estaba casi siempre en el ayre pasando de unas manos en otras.

Al fin del almuerzo, que fué tambien comida y cena del dia antecedente, dixo don Rafael á don Alfonso: caballero, ya que ymd. nos ha hecho

el favor de contarnos la historia de su vida, razon será que yo corresponda á tan estimable confianza, haciéndole una sucinta relacion de la mia. Gran gusto me dareis en eso respondió cortesmente don Alfonso. Y á mí grandísimo, añadí yo, porque rabio por saber todas vuestras aventuras, que no dudo habrán sido muy dignas de vos. Y como que lo son, replicó don Rafael, lo han sido tanto, que pienso algun dia escribirlas y estamparlas para la pública instruccion y entretenimiento. Con esta obra hago ánimo de divertir mi vejez, porque ahora todavía soy mozo, y quiero añadir materiales para aumentar el volúmen; pero veo que todos estamos cargados de sueño. Durmamos algunas horas, y mientras dormimos los tres, Ambrosio velará y hará centinela para evitar toda sorpresa; que despues dormirá él, y nosotros estaremos de escuchas, pues nunca sobra la precaucion. Dicho esto se tendió á la larga sobre la yerba; don Alfonso hizo lo mismo; yo imité á los dos, y Lamela comenzó á hacernos la guardia.

El pobre don Alfonso, en vez de dormir, no hizo mas que pensar en sus

desgracias. Por lo que toca á don Rafael se quedó dormido inmediatamente ; pero despertó dentro de una hora , y viéndonos dispuestos á oírle, dixo á Lamela: amigo Ambrosio, ahora puedes tú ir á descansar. No, no , respondió Lamela ; ninguna gana tengo de dormir ; y aunque sé ya todos los sucesos de vuestra vida , son tan instructivos para las personas de nuestra profesion , que tendré especial gusto en oírlos contar. Asi , pues , comenzó don Rafael la historia de su vida en los términos siguientes.

AVENTURAS  
DE  
GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

HISTORIA DE DON RAFAEL.

Soy hijo de una comedianta de Madrid, famosa por su habilidad; pero mucho mas por sus célebres aventuras. Llamábase Lucinda. En quanto á mi padre, no puedo sin temeridad asegurar quien fuese. Podia muy bien decir quien era el sugeto de distincion que cortejaba á mi madre al tiempo que yo nací, pero esta época no es prueba convincente de que yo le debiese el sér. Las personas de la clase de mi madre son por lo comun tan poco de fiar en este punto, que quando se muestran mas inclinadas á un señor, le tienen ya prevenido algun substituto por su dinero.

No hay cosa como no hacer aprecio de lo que digan malas lenguas. Mi

madre, en vez de darme á criar donde ninguno me conociese, sin hacer misterio alguno me cogia de la mano, y me llevaba al teatro muy honradamente, no dándosela un pito de lo mucho que se hablaba de ella, ni de las falsas risitas que causaba solo el verme. En fin, yo era su ídolo, y la diversion de quantos venian á casa, los quales no se cansaban de hacerme mil fiestas. No parecia sino que en todos ellos hablaba la sangre á favor mio.

Dexáronme pasar los doce primeros años de mi vida en todo genero de frívolos pasatiempos. Apenas me enseñaron á leer y escribir, y mucho menos la doctrina christiana. Solamente aprendí á cantar, baylar y tocar un poco la guitarra. A esto se reducía todo mi saber quando un cierto marques de Leganés me pidió para que estuviese en compañía de un hijo suyo único, poco mas ó menos de mi edad. Consintió en ello Lucinda con mucho gusto; y entónces fué el tiempo en que comencé á ocuparme en alguna cosa seria. El tal Marquesito estaba tan adelantado como yo, y fuera de eso no parecia haber nacido para las ciencias. Apenas conocia una letra del abe-



cedario , sin embargo que habia quince meses que estaba aprendiendo á leer. Los demas maestros sacaban el mismo fruto de sus lecciones ; de modo que á todos les tenia apurada la paciencia. Es verdad que á ninguno le era lícito castigarle ; antes bien á todos les estaba mandado expresamente le enseñasen sin mortificarle : orden que junta con la mala disposicion del señorito para el estudio , hacía bastante inútil la enseñanza que se le daba.

Pero al maestro de leer le ocurrió un bello medio para meter miedo al discípulo sin contravenir á la orden del Marques su padre. Este medio fué azotarme á mí siempre que aquel lo merecia. No me gustó el tal arbitrio, y asi me escapé , y fuí á quejarme á mi madre de una cosa tan injusta ; pero ella aunque me queria mucho , tuvo valor para resistir á mis lágrimas ; y considerando lo decoroso y ventajoso que era para su hijo el estar en casa de un Marques , me volvió á ella inmediatamente ; y éteme aqui otra vez en poder del preceptor. Como este habia observado que su invencion habia producido buen efecto en el

marquesito, prosiguió aumentando la dosis de los azotes que me recetaba siempre que los merecia el señorito; y para que el castigo hiciese mas impresion en él, me los daba de gana y diariamente, pudiendo yo decir con toda verdad, que si *la letra con sangre entra*, ninguna letra del alfabeto aprendió el hijo del Marques que no me costase á mí cien azotes. Echen vms. la cuenta del número á que ascendieron estos.

No eran solamente los azotes lo que tenia que aguantar en aquella casa. Como toda la gente de ella me conocia, los criados inferiores hasta los mismos marmitones, me echaban en cara á cada paso mi desengañado nacimiento. Esto llegó á aburrirme tanto, que un dia huí, despues de haber tenido maña para robar al preceptor todo el dinero que tenia; el qual podia ser como unos ciento y cincuenta ducados. Tal fué toda la venganza que tomé de las injustas y crueles zurras con que su merced me habia favorecido. Este juego de manos le supe hacer con tanto primor y sutileza, que aunque fué mi primer ensayo, dexé burladas quantas pesquisas

se hicieron dos dias para saber quien habia sido el raterillo. Salí de Madrid, y llegué á Toledo, sin que ninguno fuese en mi seguimiento.

Entraba entónces en mis quince años. ¡Gran gusto es hallarse un hombre en aquella edad con dinero, sin sujecion á nadie, y dueño de sí mismo! Hice presto conocimiento con dos mozuelos que me hicieron listo, y ayudaron á comer mis cien ducados. Juntéme tambien con ciertos caballeros de la garra, los quales cultivaron tan felizmente mis buenas disposiciones naturales, que en poco tiempo llegué á ser uno de los mas ricos caballeros de su orden.

Al cabo de cinco años se me puso en la cabeza el viajar y ver tierras. Dexé á mis cofrades, y queriendo dar principio á mis caravanas por Extremadura, me dirigí á Alcántara; pero antes de entrar en el pueblo hallé una bellissima ocasion de exercitar mis talentos, y no la dexé escapar. Como caminaba á pie, y cargado con mi mochila, que no pesaba poco, me sentaba á ratos á descansar á la sombra de los árboles que estaban á orillas del camino. Una de estas veces me en-

contré con dos mozos, ámbos hijos de gente de forma, los quales estaban en alegre conversacion al fresco en un verde prado. Saludéles con mucho cariño y cortesía, lo que me pareció no haberles desagradado, y con esto enablamos luego conversacion. El de mas edad no llegaba á quince años, y ámbos eran muy sencillos. Señor caminante, me dixo el mas jóven, nosotros somos hijos de dos ricos ciudadanos de Plasencia; nos entró un gran deseo de ver el reyno de Portugal, y para contentarlo cada uno hurtó cien doblones á su padre. Caminamos á pie, para que nos dure mas el dinero, y podamos asi ver mas provincias. ¿Que le parece á vmd.? Si yo tuviera tanta plata, les respondí, Dios sabe adonde iria á dar conmigo. Discurriria con él por todas las quatro partes del mundo. ¡Adonde vamos á parar! ¡doscientos doblones! Es una suma de que nunca se verá el fin. Si lo teneis á bien, hijos míos, añadí, yo os acompañaré hasta la ciudad de Almerin adonde voy á recibir la herencia de un tio mio que murió despues de haber vivido alli el espacio de veinte años. Respondiéronme los

dos mozos que tendrian el mayor gusto en ir en mi compañía. Con esto, despues de haber descansado un poco todos tres, marchamos juntos á Alcántara, donde entramos mucho antes de anochecer.

Alojámonos todos en un meson, pedimos un quarto, y nos dieron uno donde habia un armario que se cerraba con llave. Diximos que se nos dispusiese de cenar, y mientras propuse á mis compañeritos si gustaban que saliésemos á dar una vuelta por el pueblo. Gustóles mucho la proposicion; guardamos nuestros hatillos en el armario, cerrámoslos, y uno de los dos jóvenes guardó la llave en la faltriquera. Salimos del meson, fuimos á ver algunas iglesias, y estando en la principal, fingí de pronto que me habia ocurrido un negocio de importancia, y asi dixé: queridos, ahora me acuerdo de que un amigo de Toledo me encargó dixese de su parte dos palabras á un mercader que vive cerca de esta iglesia: esperadme aqui, que voy, y vuelvo en un momento. Diciendo esto, me aparté de ellos. Vuelvo á la posada, voyme derecho al armario, quebranto la cerradura, registro sus

mochilas, y encuentro sus doblones. ¡ Pobres niños! Robéelos todos, sin dexarles siquiera uno para pagar el piso de la posada. Hecho esto salí prontamente del pueblo, y tomé el camino de Mérida, sin darme cuidado de lo que dirian ni harian las inocentes criaturas.

Púsome este lance en estado de poder caminar con mas comodidad. Aunque tenia pocos años me sentia capaz de portarme con juicio, y puedo decir que estaba bastantemente adelantado para aquella edad. Determiné comprar una mula, como lo hice efectivamente en el primer lugar donde la encontré. Convertí la mochila en una maleta, y empecé á hacerme algo mas el hombre de importancia. A la tercera jornada encontré en el camino á un hombre que iba cantando vísperas á grandes voces. Desde luego conocí que era algun sochantre; ánimo le dixé, señor bachiller, y vaya vmd. adelante que lo canta de pasmo. Caballero, me respondió, soy cantor de una iglesia, y quiero exercitar la voz.

De esta manera entramos en conversacion, y no tardé en conocer que

me hallaba con un hombre muy divertido y agudo. Tendria como de veinte y quatro á veinte y cinco años, y como él iba á pie, y yo á caballo, de propósito dexaba andar la mula paso á paso por el gusto de oirle. Hablamos entre otras cosas de Toledo. Tengo bien conocida aquella ciudad, me dixo el cantor: he estado en ella muchos años, y tengo alli algunos amigos. ¿Y en que calle vivia vmd.? le interrumpí; en la calle nueva, respondió, donde vivia con don Vicente de Buena-garra, y don Matias del Cordel, y otros dos ó tres honrados caballeros. Habitábamos y comíamos juntos, y lo pasábamos alegremente. Sorprehendíme al oirle estas palabras, porque los sugetos que citaba eran los mismos *caballeros de la garra* que en Toledo me habian recibido en su nobilísimo orden. Señor cantor, exclamé entónces, esos ilustrísimos señores son muy conocidos míos, porque vivimos juntos en la misma calle nueva. Ya os entiendo, me respondió sonriéndose: eso es decir que entrásteis en la orden tres años despues que yo sali de Toledo. Dexé la compañía de aquellos caballeros, proseguí, por-

que se me puso en la cabeza el viajar, y ver mundo. Pienso andar toda España, y sin duda valdré mas quando tenga mas experiencia. ¡Acertado pensamiento! dixo el cantor: para perficionar el ingenio y los talentos, no hay mejor escuela que la de viajar. Por la misma razon dexé yo á Toledo, aunque nada me faltaba en aquella ciudad. Gracias á Dios que me ha dado á conocer á un caballero de mi orden quando menos lo pensaba. Unámonos los dos, caminemos juntos, hagamos una liga ofensiva y defensiva contra el bolsillo del próximo, y aprovechemos todas las ocasiones que se ofrezcan de mostrar nuestra habilidad.

Díxome esto con tanta franqueza, y gracia, que desde luego acepté la proposicion. En el mismo punto granjeó toda mi confianza, y yo la suya. Abrímonos recíprocamente el pecho, contóme toda su historia, y yo le dixe todas mis aventuras. Confióme que venia de Portoalegre, de donde le habia hecho salir cierto lance malogrado por un contratiempo, obligándole á ponerse en salvo precipitadamente baxo el traje de sepista, en



que le veía. Luego que me informó de todos sus asuntos, determinamos dirigirnos á Mérida á probar fortuna, y ver si podíamos hacer algun buen golpe, y despues marchar á otra parte. Desde aquel instante se hicieron comunes nuestros bienes. Es verdad que Morales, asi se llamaba mi nuevo compañero, no se hallaba en muy brillante situacion. Todo su haber consistia en cinco ó seis ducados, y en alguna ropa que llevaba en la mochila. Pero si yo estaba mucho mejor que él en dinero, en recompensa él estaba mucho mas adelantado que yo en el arte de engañar á los hombres. Montábamos los dos alternativamente en la mula, y de esta manera llegamos en fin á Mérida. Apeámonos en un meson del arrabal, y Morales se puso otro vestido que sacó de su mochila, y fuímos á andar por la ciudad para descubrir terreno, y ver si se nos presentaba algun buen lance, el que íbamos buscando con la mayor atencion. Parecíamos los dos, diria Homero, á dos milanos, que desde lo mas alto de las nubes tienen fixos los ojos en la tierra, acechando todos los rincones por ver si atisban algunos polluelos para lan-

zarse sobre ellos. Estábamos en fin esperando á que la casualidad nos traxese á la mano alguna ocasion de exercitar nuestra habilidad , quando vimos en la calle un caballero que tenia el cabello cano , que con la espada en la mano se defendia contra tres , que le llevaban á mal traer. Chocóme infinito la desigualdad del combate; y como soy naturalmente espadachin acudí corriendo con mi espada á ponerme al lado del caballero , cuyo exemplo imitó Morales , y en breve tiempo pusimos en vergonzosa fuga á los tres enemigos , que tan villanamente le habian acometido.

Diónos el anciano un millon de gracias. Respondímosle cortesmente que habiamos celebrado en extremo la dichosa casualidad que tan oportunamente nos habia proporcionado aquella ocasion de servirle , y le suplicamos nos confiase el motivo que habian tenido aquellos hombres para querer asesinarle. Señores , nos respondió , estoy muy agradecido á vuestra generosa accion , y no puedo negarme á satisfacer vuestra curiosidad. Yo me llamo Gerónimo Moyadas , soy vecino de esta ciudad , donde vivo de mi ha-

cienda. Uno de los tres asesinos, de que ustedes me han librado, me pidió á mi hija por medio de otro sugeto, y porque no le di mi consentimiento, vino á vengarse de mí con espada en mano. ¿Y se podrá saber, le repliqué yo, por qué razon negó vmd. su hija al tal caballero? Vóysela á decir á vmd., me respondió. Tenia yo un hermano comerciante en esta ciudad, llamado Agustin, que hace dos meses estaba en Calatrava alojado en casa de Juan Velez de la Membrilla, su correspon-sal. Eran los dos íntimos amigos; pidió-le Juan Velez mi única hija Florentina para su hijo, con el fin de estrechar mas y mas la union é intereses de las dos familias. Prometiósela mi herma-no, no dudando por el cariño que nos teniamos los dos, que yo ratificaria su promesa. Asi lo hice, porque apenas volvió Agustin á Mérida, y me pro-puso esta boda, quando consentí en ella, por darle gusto, y no desayrar su palabra. Envió el retrato de Flo-rentina á Calatrava; pero el pobre no pudo ver el fin de su negociacion por-que se le llevó Dios tres semanas ha. Poco antes de morir me pidió enca-ricidamente que no casase á mi hija

con otro que con el hijo de su correspondiente. Ofrecíselo así, y este es el motivo por que se la negué al caballero que acaba de acometerme, aunque era un partido muy ventajoso para mi casa. Yo soy esclavo de mi palabra: por instantes estoy esperando al hijo de Juan Velez de la Membrilla para que sea yerno mio, aunque jamás le he visto á él, ni á su padre. Perdonen vmds. si les he cansado con relacion tan prolixa, lo que no hubiera hecho á no haber querido vmds. mismos saberla.

Escuchéle con la mayor atencion, y adoptando el extraño pensamiento que de repente me ocurrió, afecté quedar del todo asombrado. Alcé los ojos al cielo, y volviéndome hácia el buen viejo, le dixé en tono patético: ¿es posible, señor Gerónimo Moyadas, que al mismo entrar yo en Mérida haya tenido la fortuna de salvar la vida á mi venerado suegro! Estas palabras causaron en el tal viejo una grande admiracion, y no fué menor la que produxeron en Morales, el qual, en el modo de mirarme, me dió á entender que yo le parecia un gran tunante. ¿Que es lo que me dices? res-

pondió lleno de gozo el aturdido viejo. ¿Es posible que tú eres el hijo del corresponsal de mi hermano? Sí señor, le respondí con desembarazo, y abrazándole estrechamente proseguí diciéndole: sí señor, yo soy el dichoso para quien está destinada la señora Florentina, la amable, la incomparable Florentina; pero antes de manifestaros el gozo que me causa la honra de enlazarme con vuestra ilustre familia, dadme licencia para que desahogue el sentimiento que renueva en mí la dulce memoria del señor Agustín, vuestro dignísimo hermano: sería yo el hombre mas desagradecido del mundo si no llorase amargamente la muerte de aquel á quien siempre me confesaré deudor de la mayor felicidad de mi vida. Dicho esto volví á dar un abrazo al buen Gerónimo, saqué el pañuelo, é hice como que me enjugaba las lágrimas. Morales, que desde luego conoció lo mucho que nos podia valer aquel embuste, quiso tambien ayudarme por su parte. Fingióse criado mio, y comenzó á hacer mayores ponderaciones de sentimiento que yo habia mostrado por la muerte del señor Agustín, diciendo muy las-

timado ; ¡ Ah , señor Gerónimo ! ¡ y que pérdida ha hecho vmd. perdiendo á su querido hermano ! Era un hombre muy de bien , el fenix de los comerciantes , un mercader desinteresado , un mercader de buena fe , un mercader de aquellos que no se ven hoy .

Tratábamos con un hombre tan sencillo como crédulo , que lejos de sospechar le engañábamos , él mismo nos ayudaba á llevar adelante nuestro enredo . Y bien , me preguntó , ¿ y por que no veniste derechamente á apearte á mi casa ? ¿ A que fin irte á meter en un meson ? Entre nosotros ya están demas los cumplimientos . Señor , respondió Morales , tomando la palabra , mi amo es algo ceremonioso , fuera de que en cierta manera es disculpable en no haberse atrevido á presentarse en vuestra casa en el indecente trage en que nos veis . Nos han robado en el camino , y los ladrones nos dexaron despojados de toda la ropa . Dice la verdad este mozo , añadí yo . Ese es el motivo por que no me fuí en derechura á vuestra casa . Tenia vergüenza de presentarme en tan pobre equipage ante una señorita á quien jamas habia visto , y para hacer-

lo con la decencia que era razon, estaba esperando la vuelta de un criado que he despachado á Calatrava. No admito la excusa, repuso el viejo: ese accidente no debió detenerte para servirte de mi casa; y desde aqui mismo quiero que vayas á ser dueño de ella.

Diciendo esto, él mismo me cogió de la mano para guiarme, y por el camino fuimos hablando del robo, y dixé que todo ello me importaba un bledo, y que solo habia sentido me quitasen el retrato de mi adorada señora Florentina. Respondióme el señor Gerónimo sonriéndose, que presto me consolaria de esta pérdida, porque el original valia mas que la copia. Con efecto, luego que llegamos á su casa hizo llamar á la hija, que solo contaba diez y seis años, y podia pasar por una señorita perfecta. Aqui teneis, me dixo, á la persona que os prometió su tio mi difunto hermano. ¡Ah señor! exclamé yo entónces en ayre de apasionado, no hay necesidad de decirme que es la amable señora Florentina. Sus hechiceras facciones estan grabadas en mi memoria, y mucho mas en mi amante corazon. Si el retrato que perdí, y era solo un bos-

quejo de sus mas que humanas perfecciones , supo encender mil hogueras en mi enamorado pecho , figuraos lo que ahora pasará dentro de mí teniendo á la vista el original. Señor , me dixo Florentina , son demasiado lisonjeras vuestras expresiones , y no soy tan vana que crea merecerlas. No hagais caso de lo que dice mi hija , me interrumpió su padre , y ve adelante con esos bellos cumplimientos. Diciendo esto me dexó solo con su hija , y él asiendo de la mano á Morales se fué á otro quarto con él , y le dixo : ¿ con que al fin os robaron toda vuestra ropa , y con ella es cosa muy natural que tambien se llevasen todo vuestro dinero , que es por donde siempre empiezan ? Sí señor , respondió mi camarada : asaltónos una quadrilla de bandoleros , y no nos dexó mas que el vestido que traemos á cuestras ; pero estamos esperando por momentos letras de cambio , para equiparnos con la decencia que es razon.

Pero mientras vienen esas letras , replicó el bonísimo viejo , sacando un bolsillo , y alargándoselo , hay van esos cien doblones , de que podreis disponer. Jesus , señor , replicó Morales ;



perdóneme su merced , que yo no lo puedo recibir, porque estoy cierto que me regañará mi amo, y quizá me despedirá. ¡ Santo Dios! todavía no le conoce vmd. bien. Es delicadísimo en esta materia. Nunca fué de aquellos hijos de familia que están prontos á tomar de todas manos ; y antes pedirá limosna que pedir prestado ni un solo maravedí. Mejor , dixo el buen hombre , ahora le estimo mucho mas. Yo no puedo llevar con paciencia que los hijos de gente honrada contraygan deudas ; eso se dexa para los caballeros, los quales están ya en antigua posesion de contraerlas. Asi que , yo no quiero estrechar á tu amo , y si le desazona el que le ofrezcan dinero, no se hable mas en el asunto. Diciendo esto hizo ademán de volver á meter en la faltriquera el bolsillo ; pero deteniéndole el brazo mi compañero, le dixo: tenga vmd., señor , que ahora mismo me ocurre un pensamiento. Es cierto que mi amo tiene una grandísima repugnancia á tomar dinero ajeno ; pero no desconfio de hacerle admitir vuestros cien doblones: todo quiere maña. Una cosa es pedir dinero prestado á los extraños , y otra es re-

cibirle quando voluntariamente se lo ofrece uno de la familia ; y sabe muy bien pedir dinero á su padre quando lo ha menester. Es un mozo que como vmd. ve , sabe distinguir de personas , y hoy considera á su merced como á segundo padre.

Con esta y otras semejantes razones se dió por convencido el buen viejo: alargó el bolsillo á Morales, y volvió adonde estábamos su hija y yo escopeteándonos á cumplimientos , con lo que interrumpió nuestra conversacion. Informó á su hija de la accion que yo habia hecho con él , y de lo muy obligado que me estaba , sobre lo qual se desahogó en expresiones , que me hicieron no dudar de su gran reconocimiento. Parecióme no malograr tan favorable ocasion , y le dixé que la mayor prueba que podia darme de haberle sido grato aquel mi leve servicio , era el acelerar quanto le fuese posible mi suspirada union con su dignísima hija. Rindióse con el mayor agrado á mi impaciencia , y me empeñó su palabra de que á mas tardar dentro de tres dias sería esposo de Florentina ; y que á los seis mil ducados que habia ofrecido por su dote , añadiría otros

quatro mil para darme este nuevo testimonio de lo agradecido que estaba de la caballerosa accion con que le habia salvado la vida.

Estábamos Morales y yo bien regalados en casa del buen Gerónimo de Moyadas, viviendo alegrísimos con la próxima esperanza de embolsarnos no menos que diez mil ducados, y con ánimo resuelto de retirarnos prontamente de Mérida con ellos. Turbaba sin embargo algun tanto esta alegría el molesto rezelo de que dentro de aquellos tres dias podia parecer el verdadero hijo de Juan Velez de la Membrilla, y dar en tierra con toda nuestra soñada felicidad. El suceso acreditó que no era mal fundado nuestro temor.

Llegó el dia siguiente á casa de Florentina una especie de aldeano, que traia una maleta. No me hallaba yo en casa á la sazón, pero estaba en ella Morales. Señor, dixo el hombre al buen viejo, yo soy criado de aquel caballero de Calatrava, que ha de ser vuestro yerno, quiero decir, del señor Pedro de la Membrilla. Acabamos ahora de llegar los dos, y él estará aqui dentro de un

momento. Yo me he adelantado para dar parte á su merced. Apenas acabó de decir esto , quando llegó su amo, lo que sorprehendió mucho al viejo, y turbó algo á Morales.

Era este señor novio un mozo ayroso, y de la mas bella disposicion. Dirigió luego la palabra al padre de Florentina, el qual no le dexó acabar su salutacion, antes volviéndose á mi compañero, le dixo: y bien, ¿que quiere decir este embrollo? Morales, hombre sereno, y descaradísimo, le respondió prontamente: señor, esto quiere decir que esos dos hombres son de la quadrilla de los ladrones que nos robaron en el camino. Conózcolos á entrambos bien, pero particularmente al que tiene atrevimiento para fingirse hijo de Juan Velez de la Membrilla. Creyó el viejo á Morales, y persuadido á que los dos forasteros eran dos grandísimos bribones, les dixo: señores, vmds. llegan ya tarde, porque hay quien se ha anticipado. El señor Pedro de la Membrilla está hospedado en mi casa desde ayer. Mire vmd. lo que dice, le replicó el mozo de Calatrava, sepa que tiene en casa un embustero. Mi padre, el señor

Juan Velez de la Membrilla , no tiene mas hijo que yo. A otro perro con ese hueso , respondió el viejo. Yo sé muy bien quien eres tú. ¿ No conoces á este mozo , señalando á Morales , á cuyo amo robaste en el camino ? ¡ Como robar ! repuso con enojo el novio. A no estar en vuestra casa , yo castigaria la insolencia de ese desvergonzado que ha tenido la osadia de tratarme de ladrón. Agradezca á vuestra presencia , cuyo respeto reprime mi justa ira : mire vmd. que le engañan. Yo soy el mozo á quien el señor Agustin , su hermano , prometió la hija de vmd. ¿ Quiere que le enseñe todas las cartas que se escribieron quando se trataba este matrimonio ? ¿ Creerá vmd. al retrato de su hija , que me envió el señor Agustin poco antes de su muerte ?

No , replicó el viejo : ni el retrato , ni las cartas me harán ninguna fuerza. Estoy bien enterado del modo con que cayeron en tus manos ; y el consejo mas caritativo que te puedo dar es , que quanto antes salgas de Mérida para librarte del castigo que merecen tus semejantes. Eso ya es demasiado , interrumpió el ultrajado mo-

zo. No aguantaré jamas que me roben impunemente mi nombre, ni mucho menos que á un hombre como yo le hagan pasar por salteador de caminos. Conozco á varios sugetos de esta ciudad, y ellos me conocen á mí. Voy á buscarlos, y volveré con ellos á confundir la mentira que tan preocupado os tiene contra mí. Dicho esto se retiró con su criado, y Morales quedó triunfante. Esta misma aventura impelió á Gerónimo de Moyadas á determinar que se efectuase la boda con la mayor brevedad, á cuyo fin salió á hacer las diligencias.

Aunque mi compañero estaba muy alegre viendo al padre de Florentina tan favorable á nuestro intento, con todo no las tenia todas consigo. Temia las consecuencias de los pasos que juzgaba, con razon, no dexaria el señor Pedro de dar, y me esperaba con impaciencia para informarme de todo lo que pasaba. Encontréle sumamente pensativo, y le dixé: ¿que tienes, amigo? pareceme que tu imaginacion está ocupada en grandes cosas. Y como que lo está, me respondió, y al mismo tiempo me refirió todo lo que habia pasado, añadiendo al fin: mira

ahora si tenia fundamento para estar pensativo. Tu temeridad nos mete en estos atolladeros. No puedo negar que la empresa era famosa, y te hubiera colmado de gloria como saliera bien; pero segun todas las señales tendrá mal fin; y soy de parecer que antes que se acabe el enredo, pongamos los pies en polvorosa; contentándonos con la pluma que hemos sacado del ala de este buen pavo.

— Señor Morales, le repliqué, vmd. es un hombre muy dócil, y cede fácilmente á las dificultades. Hace bien poco honor á don Matias del Cordel, y á los demas caballeros de la orden, con quienes tuvo la fortuna de tratar en Toledo. Quien aprendió en la escuela de tan insignes maestros no debe asustarse ni amilanarse con tanta facilidad. Yo, que quiero seguir las pisadas de estos héroes, y acreditar que soy digno discípulo de su escuela; yo, vuelvo á decir, hago frente á ese obstáculo que tanto te espanta, y pretendo burlarme de él. Si lo consigues, repuso mi camarada, desde luego declararé que superas á todos los varones ilustres de Plutarco.

Apenas habia acabado de hablar

Morales, quando entró Gerónimo de Moyadas. Esta noche, me dixo, serás ya yerno mio. Tu criado te habrá contado lo sucedido. ¿Que me dices de la infamia de aquel bribon que me queria embocar que era hijo del correspondal de mi hermano? Estaba Morales cuidadoso de saber cómo saldria yo de este aprieto: y no fué poca su sorpresa quando me oyó decir con el semblante mas triste, y un ayre de la mayor sinceridad que me fué posible afectar: señor, de mí dependeria manteneros en vuestro error, y aprovecharme de él; pero conozco que no he nacido para sostener una mentira; y asi quiero hablaros con toda verdad. Confieso que no soy hijo de Juan Velez de la Membrilla. ¡Que es lo que oigo! interrumpió precipitadamente el viejo entre colérico y sorprendido. ¿Pues que, no sois vos el mozo á quien mi hermano.... Sosiéguese vmd. señor, le interrumpí yo tambien: y ya que empecé á descubrirme, sírvase oirme con paciencia hasta que lo diga todo. Ocho dias ha que amo ciegamente á vuestra hija, y su amor es el que me ha detenido en Mérida. Ayer, despues que acudí á vuestra defensa,



pensaba pedírosla por esposa ; pero me tapásteis la boca con decirme que estaba ya prometida á otro. Al mismo tiempo me dixisteis que al morir vuestro hermano os habia encargado eficazmente que la casaseis con Pedro de la Membrilla , que asi se lo ofrecísteis, y que erais esclavo de vuestra palabra. Consternado de oiros , y aconsejado mi amor con la desesperacion, me ocurrió el stratagema de que me he valido. Es cierto que mil veces me he avergonzado dentro de mí de esta cautela ; pero me persuadia que vos mismo me la perdonariais , luego que llegáseis á saber que soy un príncipe italiano que viajo *incógnito*. Mi padre es soberano de ciertos valles , que están entre los Suizos , el Milanés y la Saboya. Imaginábame os sorprenderia agradablemente quando os revelase mi nacimiento : y desde entónces me recreaba en pensar en el gozo que causaria á Florentina el saber despues que la hubiese dado la mano el conocer el fino y discreto chasco que la habia dado. No quiere Dios , proseguí , mudando de tono , que yo tenga ese gusto. Pareció el verdadero Pedro de la Membrilla : debo restituirle su nom-

bre, cuéstemelo que me costáre. En virtud de vuestra promesa os creéis obligado á recibirle por yerno. Lo siento sin poder quejarme: pues debéis preferirlo á mí, sin reparar en mi alta clase, ni en la cruel situacion á que me veis reducido. No quiero representaros que vuestro hermano no era mas que tío de Florentina, y que vos sois su padre, que parece mas puesto en razon corresponder á la obligacion que me teneis, que hacer punto en cumplir otra, la qual á la verdad os liga muy levemente.

¿Que duda tiene eso? exclamó el buen Gerónimo. Es una cosa muy clara; y así estoy muy lejos de vacilar entre vos y Pedro de la Membrilla. Si viviera mi hermano Agustin, él mismo desaprobaria que prefiriese el tal Pedro á un hombre que me salvó la vida, y que ademas de eso es un gran señor, un príncipe que quiere honrar mi familia con tan no merecida como nunca imaginada alianza. Sería preciso que yo fuese enemigo de mí mismo, ó hubiese perdido el juicio, para que os negase mi hija, y no solicitase todo lo posible la mas pronta execucion de este matrimonio. Con todo eso, señor,

repliqué yo , no quisiera que vmd. partiese de carrera y con precipitacion : atienda solo á sus intereses, sin respeto á la nobleza de mi sangre.... V. A. se burla de mí , interrumpió Moyadas. ¿ Me tiene por tan mentecato , que habia de detenerme un momento en abrir la puerta al grande honor que se me entra por mi casa? No , príncipe , yo os ruego que desde esta misma noche os digneis honrar con vuestra soberana mano á la dichosa Florentina. En hora buena , le respondí. Id vos mismo á darla esta noticia , y á informarla de su gloriosa suerte.

Mientras el buen hombre iba á dar parte á su hija de la conquista que habia hecho su hermosura , no menos que de un gran príncipe , Morales, que habia estado oyendo toda la conversacion , se arrodilló de repente delante de mí , y me dixo : señor príncipe italiano , hijo del soberano de los Valles que están entre los Suizos, el Milanés y la Saboya , permítame V. A. me arroje á sus pies para darle prueba de mi alegría , y de mi pasmosa admiracion. A fe de grandísimo bribon , que eres un prodigio. Teníame

yo por el mayor hombre del mundo; pero hablando francamente, arrió vándera á vista de tu pavellon, sin embargo de que tienes menos experiencia que yo. Según eso, le respondí, ¿ya no tienes miedo? Cierto que no, replicó él. No temo ya al señor Pedro: que venga ahora su merced quando quisiere. Y étenos aqui á Morales y á mí mas firmes en nuestros estrivos que unos Gerineldos. Comenzamos á discurrir sobre el partido que habíamos de tomar asi que recibiésemos la dote, con la qual contábamos con tanta seguridad como si la tuviéramos ya en el bolsillo. Sin embargo todavia no la habíamos pillado, y el fin de la aventura no correspondió muy bien á nuestra confianza.

Poco tiempo despues vimos venir al mocito de Calatrava. Acompañábanle dos vecinos y un alguacil tan respetable por sus bigotes, y por su tez amulatada, como por su empleo. Estaba con nosotros el padre de Florentina. Señor Moyadas, le dixo el tal mozo, aqui os traygo á estos tres hombres de bien, que me conocen, y pueden decir quien soy. Sí por cierto, dixo el alguacil, y declaro ante

quien convenga como yo te conozco muy bien, te llamas Pedro, y eres hijo único de Juan Velez de la Membrilla. Qualquiera que se atreva á decir lo contrario es un solemnísimo embustero. Señor alguacil, dixo entón-ces el buen Moyadas, yo le creo á vmd. A mí me basta su testimonio y el de los dos señores mercaderes que vienen en su compañía. Estoy del todo convencido de que este caballerito que los ha conducido á mi casa es hijo único del corresponsal de mi difunto hermano. ¿Pero que me importa á mí? Sin embargo de todo eso, ya he mudado de dictámen, y no quiero darle mi hija.

¡O! eso es otra cosa, dixo el alguacil. Yo solo he venido á vuestra casa para aseguraros que conocia á este hombre. Por lo que toca á vuestra hija, vos sois su padre, y ninguno os puede obligar á casarla contra vuestra voluntad. Tampoco pretendo yo, interrumpió Pedro, hacer violencia al señor Moyadas; pero desearia saber porque motivo ha variado de parecer. Ya que pierdo la esperanza de ser su yerno quisiera tener el consuelo de saber que no la perdí por culpa mia.

No tengo la menor queja de vos , respondió el viejo ; antes bien os confesaré que siento verme obligado á faltar á mi palabra , y os pido mil perdones. Vos mismo sois tan racional y generoso que me persuado á que no llevareis á mal que yo haya preferido á vos un pretendiente á quien debo la vida. Este es el caballero que veis aqui : este señor , prosiguió asiéndome la mano , es el que me salvó de un gran peligro , y para mayor disculpa mia , y mayor satisfaccion vuestra , debo añadir que es un príncipe italiano.

Al oír esto Pedro se quedó muy confuso , y los dos mercaderes , mirándose unos á otros con ojos espantados ; pero el alguacil , como acostumbrado á echarlo todo á la peor parte , sospechó que detras de aquella extraordinaria aventura se ocultaba algun enredo que le podia valer algunos quartos. Empezó á mirarme con la mas escrupulosa atencion , y como mis facciones , que nunca habia visto , ayudaban poco á su buena voluntad , se volvió á exâminar á mi camarada con igual curiosidad. Por desgracia de mi Alteza , conoció á Morales , y

se acordó de haberle visto en la cárcel de Ciudad Real. ¡Ah! ah! exclamó sin poderse contener: he aquí un hombre honrado, á quien conozco tan bien como al señor Pedro. Desde luego le embargo la persona, y os lo doy por uno de los mas grandes bribones que calienta el sol de España en todos sus reynos y señoríos. Poco á poco, señor alguacil, dixo Gerónimo Moyadas, que ese pobre mozo es un criado del señor príncipe. Sea en buen hora, respondió: eso me basta para saber lo que debo creer. Por el criado saco yo lo que será el amo. No me queda ya la menor duda de que estos dos señores son dos pícaros de marca, que se han unido para burlarse de vos. Soy muy práctico en esta casta de páxaros; y para haceros ver que son dos gentilísimas ganzuas, en este mismo punto voy á llevarlos á la cárcel. Quiero que se aboquen con el señor Corregidor, para que tengan con él una conversacion amistosa y reservada, y sepan de la boca de su señoría que todavia se usan por acá pen-cas y rebenques. Alto ahí, señor ministro, replicó el viejo: no hay que llevar tan adelante el negocio. Dígame

vmd. ¿no podrá ser el criado un bribon sin que el amo lo sea? ¿Es por ventura cosa nueva que haya bribones en servicio de los príncipes? Vmd. se chancea con dale los príncipes, repuso el alguacil. Este mozo volvió á decir es un tunante, y así desde ahora les intimo á los dos que se den *presos al Rey*. Si se resisten, ó no quieren ir á la carcel por su pie, ahí á la puerta tengo veinte hombres que los llevarán atados. Vamos príncipe, me dixo, vamos andando.

Confieso que me turbé al oír estas palabras, y lo mismo le sucedió á Morales, y nuestra turbacion nos hizo sospechosos á Gerónimo Moyadas, ó por mejor decir, nos perdió enteramente en su concepto, de modo que llegó á creer que habíamos querido engañarle. Con todo eso hizo lo que á todo hombre de bien le tocaba hacer en semejante caso. Señor ministro, dixo al alguacil, vuestras sospechas pueden ser verdaderas, y pueden ser falsas; pero sean lo que fueren, no apurémos mas la materia. Dexad que estos caballeros se retiren adonde mejor les pareciere. Esta gracia y este favor os pido para cumplir en parte



con la obligacion que les debo. La mia , interrumpió el alguacil , era llevarlos desde este punto á la carcel , sin atender á vuestro ruego ; pero sin embargo por respeto á él quiero dispensarme ahora del cumplimiento de mi deber , con la indispensable condicion de que en este mismo momento han de salir de la ciudad ; porque si mañana los veo en ella , aseguro que se acordarán de mí viendo lo que les pasa.

Quando Morales y yo oimos que estábamos libres, volvimos á respirar. Ibamos á hablar con resolucion , y sostener que eramos hombres de honor ; pero el alguacil nos miró al soslayo , y solo con esto nos impuso silencio : tal ascendiente tiene esta gente sobre nosotros. Vímonos , pues , precisados á cederle la dote y á Florentina á Pedro de la Membrilla , que verosímilmente pasó á ser yerno de Gerónimo Moyadas.

## CAPITULO II.

PROSIGUE LA HISTORIA DE  
DON RAFAEL.

Salí de Mérida con mi camarada, y tomamos el camino de Truxillo, con el consuelo de haber ganado cien doblones en este lance. Transitamos por una aldea con ánimo de ir á hacer noche mas adelante. Vimos en ella un meson de bellísima apariencia. Estaban el mesonero y la mesonera sentados á la puerta en un poyo. El mesonero, hombre alto, seco y ya entrado en dias, estaba rascando una guitarra para divertir á su muger, que mostraba oirle con gusto. Quando vió que no nos apeábamos en su casa, señores, nos gritó, aconsejo á vinds. que hagan alto en esta posada. Va ya á caer la noche; hay tres leguas mortales al primer lugar, y no lo pasarán tan bien como aqui. Créanme, echen pie á tierra, que serán bien tratados, y por poco dinero. Dexámonos persuadir: acercámonos mas al mesonero y á la mesonera; saludámoslos, y habiéndonos sentado junto á ellos, nos

pusimos á hablar de cosas indiferentes. El mesonero decia que era cuadrillero de la santa Hermandad, y la mesonera tenia pinta de ser una buena pieza, que sabia vender bien sus agujetas.

Interrumpió nuestra conversacion la llegada de doce ó quince hombres montados, unos en caballos, y otros en mulas, seguidos de como unos treinta machos de carga. ¡O quantos huéspedes! exclamó el mesonero: ¿donde podré yo alojar á tanta gente? En un instante se vió la aldea llena de hombres y de caballerías. Habia por fortuna una granja cerca del meson, en la que se acomodaron los machos y cargas, y las mulas y caballos se repartieron en varias caballerizas del meson y del lugar. Los hombres pensaron menos en donde habian de dormir que en lo que habian de cenar. Previnieron que se les dispusiese una abundante cena, la que se ocuparon en hacer el mesonero, la mesonera y una criada. Dieron fin de las gallinas, pollos, pichones y demas aves del corral. Hicieron una olla española, émula de aquella arca donde se refugiaron contra el diluvio todos los ani-

males. Con esto , y diferentes ensaladas , y variedad de frutas , hubo para toda la comitiva , y sobró mucho para que les cupiese su parte al mesonero , mesonera y toda su familia.

Morales y yo mirábamos de quando en quando á aquellos caballeros, los quales tambien nos miraban á nosotros. En fin, trabamos conversacion, y les diximos que si lo tenian á bien cenariamos todos juntos , á lo que nos respondieron cortesmente que tendrian en ello particular gusto. Entre ellos habia uno que parecia mandaba á los demas ; y aunque estos le trataban con bastante familiaridad , sin embargo se conocia le miraban con algun respeto. Lo cierto es que ocupaba siempre el lugar mas distinguido, que hablaba alto , que quando llegaba el caso contradecia á los otros sin reparo , y que ninguno se atrevia á oponerse á él , antes bien todos se conformaban con lo que decia. No sé porque casualidad se tocó la conversacion sobre Sevilla , y como Morales comenzase á alabarla mucho , el hombre de quien voy hablando , le dixo: caballero , vmd. hace mucho favor á la ciudad donde yo nací , ó á lo menos

muy cerca de ella , porque mi madre me dió á luz en Mairena. En el mismo me parió la mia , respondió Morales muy alegre , y no es posible que yo dexé de conocer á los parientes de vmd. Sírvase decirme quien fué su señor padre. Un honrado escribano , respondió el caballero , llamado Martin Morales. ¡ A fe que la aventura es singular ! exclamó lleno de gozo mi compañero. Segun eso sois mi hermano mayor Manuel Morales. Justamente , respondió el otro , y por consiguiente tú eres mi hermanico menor Luis , á quien dexé en la cuna quando salí de la casa paterna. Ese es mi nombre , replicó mi camarada , y dicho esto se levantaron los dos de la mesa , y se dieron mil abrazos. Volviéndose despues el señor Manuel á todos los que estábamos presentes : señores , dixo , verdaderamente que es muy extraño , y tiene algo de maravilloso este suceso. La casualidad ha dispuesto que quando yo menos lo pensaba , me haya encontrado con mi hermano , á quien ha mas de veinte años que no habia visto. Dadme licencia para que os le presente. Entónces todos los caballeros que por respeto estaban en

pie, saludaron al hermano menor, y por poco no le sofocaron á abrazos y cortesías. Sosegado este turbion nos volvimos á la mesa, la que no dexamos en toda la noche. Los dos hermanos se sentaron uno junto al otro; y todo el tiempo que duró la cena, estuvieron cuchucando al oido, hablando sin duda de las cosas de su familia; mientras los demas comiamos, bebiamos y nos alegrabamos.

Tuvo Luis una larga conversacion con su hermano Manuel, y concluida, me llamó á parte, y me dixo: toda esta gente es de la familia del conde de Montañós, á quien el Rey acaba de nombrar por general de Mallorca. Conducen el equipage de su amo á Alicante, donde se ha de embarcar para su destino; mi hermano es el mayordomo de su Excelencia, y me ha propuesto si quiero irme con él, y le he respondido yo que no podia dexar tu compañía, á lo que me ha replicado que si tú quieres venir con nosotros te facilitará un buen empleo. Caro amigo, no dexemos escapar esta ocasion, y abracemos los dos tan buen partido. Vamos á Mallorca: si lo pasamos bien, nos estableceremos

alli ; y si no nos tuviere cuenta nos volveremos á España.

Admití con gusto la propuesta. Incorporámonos entrambos con la familia del Conde , y partimos del meson antes del amanecer del dia siguiente. Pusímonos en camino para Alicante yendo á largas jornadas. Luego que llegamos compré una guitarra , y me hice hacer un vestido decente. Todo mi pensar era en la isla de Mallorca, y lo mismo sucedia á mi camarada Morales. Parecia que ambos de acuerdo habiamos ya renunciado para siempre á la vida bribona. Es preciso decir la verdad. Uno y otro queriamos acreditarnos de hombres de bien entre aquellos caballeros , y este respeto nos contenia. En fin , nos embarcamos alegremente , lisonjeándonos de llegar presto á Mallorca ; pero no bien habiamos salido del golfo de Alicante, quando nos cogió una furiosa borrasca. Qué ocasion tan buena era esta para hacer ahora una bella descripcion de la tempestad , pintandoos el ayre todo inflamado , la viva luz de los relámpagos , el estampido de los truenos , la rápida caída de los rayos, el silvido de los vientos , y la hincha-

zon de las olas, &c. ; pero arrimando á un lado todas las flores retóricas os diré sencillamente que fué tan recia la tormenta, que nos obligó á anorar en la Cabrera, que es una isla desierta, defendida con un fortin, cuya guarnicion consistia entónces en cinco ó seis soldados y un oficial, los cuales nos recibieron con mucha humanidad y agasajo.

Como nos veíamos precisados á detenernos allí muchos días para componer nuestro velamen, procuramos pasar el tiempo en diferentes diversiones, segun el genio de cada uno. Unos jugaban á los naypes, otros á la pelota, &c. yo me iba á pasear por la isla con otros compañeros amantes del paseo. Saltábamos de peñasco en peñasco, porque el terreno es desigual y tan pedregoso que apenas se descubria un palmo de tierra. Un día, que considerando aquellos lugares áridos y secos, estábamos admirando los caprichos de la naturaleza, que es fecunda ó estéril donde la da la gana, sentimos todos de repente un gratísimo olor que nos dexó sorprendidos. Lo quedamos mucho mas quando volviéndonos hácia el Oriente,



de donde venia aquella fragancia, vimos un campo todo cubierto de madre selva, mas hermosa y odorífera que la de Andalucía. Acercámonos gustosos á aquellos bellísimos arbus-tos que perfumaban el ayre circun-vecino, y hallamos que cercaban la entrada de una profunda caverna. Era esta ancha y un poco sombría: baxamos á ella por una escalera ó caracol de piedra, adornado de flores que primorosamente guarnecian sus lados. Quando estuvimos abaxo vimos serpentear sobre un suelo de arena mas roxa que el oro, varios arroyuelos formados de las gotas que destilaban continuamente los peñascos, y se perdian en la misma arena. Pareciónos tan clara y cristalina el agua que nos dió gana de beberla, y la hallamos tan fresca y delgada, que resolvimos volver á hacerla otra visita el dia siguiente, llevando con nosotros algunas botellas de vino, persuadidos á que tambien lo beberiamos con gusto en aquel delicioso y como encantado sitio.

Dexámosle con sentimiento, y quando nos restituimos al fuerte no quisimos dexar á nuestros camaradas la noticia de tan feliz descubrimien-

to; pero el comandante del fuerte nos dixo que nos advertia en amistad que por ningun caso volviésemos á la cueva de que tan enamorados habiamos quedado. ¿Y eso por que? le pregunté yo. ¿Hay por ventura algo que temer? Y mucho me respondió. Los corsarios de Argel y de Trípoli vienen algunas veces á esta isla, y hacen aguada en este parage, y uno de estos dias sorprendieron en él á dos soldados, y los llevaron esclavos. Por mas seriedad con que nos lo decia el oficial, no lo quisimos creer. Parecíanos que se zumbaba, y al dia siguiente volví yo á la caverna con tres caballeros de la comitiva, y de intento no quisimos llevar armas de fuego para mostrar que no teniamos el mas mínimo temor. Morales no quiso venir con nosotros, y se quedó jugando con su hermano y otros del castillo.

Baxamos al hondo de la cueva como el dia anterior, y pusimos á refrescar las botellas de vino en uno de los arroyuelos. A lo mejor que estábamos bebiendo, tocando la guitarra, y divirtiéndonos con mucha algazara y alegría, vimos en la boca de la caverna muchos hombres con vigotes,

turbantes, y vestidos á la turca. Creímos al pronto que eran algunos del navío, que juntamente con el comandante se habian disfrazado para chasquearnos. Creídos de esto nos echamos á reir, y dexamos baxar hasta diez de ellos sin pensar en defendernos; pero presto quedamos tristemente desengañados, viendo ser un pirata que venia á esclavizarnos. *Rendios, perros*, nos dixo en lengua castellana, *ó aqui morireis todos*. Al mismo tiempo nos pusieron al pecho las carabinas los que con él venian, y que á la menor resistencia las hubieran disparado. Preferimos la esclavitud á la muerte, y entregamos las espadas á los moros. Cargáronnos de cadenas, nos llevaron á su navío, que no estaba muy distante, levantaron anclas, pusiéronse á la vela y cinglaron hácia Argel.

Asi pagamos el poco aprecio que hicimos del aviso y consejo del comandante del fuerte. La primera cosa que hizo el corsario fué registrarnos hasta la camisa, y quitarnos quanto dinero llevabamos. ¡Gran golpe de mano para él! Los doscientos doblones del mercader de Plasencia, los ciento que Gerónimo de Moyadas ha-

bia dado á Morales , que por casualidad y por desgracia llevaba yo conmigo , todos mudaron de dueño , pasando á manos del corsario , que todo lo arrebañó sin misericordia. Los bolsillos de mis camaradas tampoco estaban mal provistos : en suma , el pirata hizo una buena pesca , de lo que estaba muy contento ; y el grandísimo vergante , no bastándole haberse apoderado de todo nuestro dinero , comenzó á insultarnos con insulsas bufonadas , las quales no eran menos sensibles que la dura necesidad de aguantarlas. Despues de mil impertinentes truhanadas echó mano de las botellas que habiamos puesto á refrescar , y las apuró todas ayudándole sus gentes , y repitiendo á nuestra salud muchos brindis por mofa é irrision.

Durante este enfadoso rato , mis camaradas mostraban un semblante que daban bien á entender lo que interiormente pasaba en ellos. Se les hacía tanto mas doloroso el cautiverio , quanto mas alegre era la idea con que se habian lisonjeado de pasar buena vida en Mallorca. Por lo que á mí toca tuve valor para tomar desde luego mi determinacion. Menos apesadumbrado

que los otros trabé conversacion con nuestro capitan mofador. Ayudéle yo mismo á llevar adelante la zumba, cosa que le cayó muy en gracia. Oyes mozo, me dixo, me gusta tu buen humor y tu genio. Si bien se considera, en vez de gemir y suspirar lo mejor es armarse de paciencia, y acomodarse con el tiempo. Tócanos un buen son, añadió, viendo que tenia junto á mí una guitarra: quiero ver á lo que llega tu habilidad. Mandó me desataren los brazos, y al punto comencé á tocar, regalándoles el oido con un fandango, que aplaudieron mucho, no estimando menos mi voz que mi guitarra. Habíame enseñado á tocarla el mejor maestro de Madrid, y con efecto no manejo mal este instrumento. Todos los turcos que habia en el navío, mostraron con gestos y ademanes de admiracion el placer con que me oían, por lo que conocí que en punto de música no le tenian muy delicado. El pirata se arrimó á mí, y me dixo al oido que seria un esclavo afortunado, y que podia estar cierto de que mis talentos me harian muy llevadera la esclavitud.

## CAPITULO III.

VA ADELANTE LA MISMA  
HISTORIA.

**E**stas palabras me consolaron algo. Sin embargo no dexaba de inquietarme un poco el pensar en el empleo que me tocara, y que el pirata me habia pronosticado en general y confusamente. Al llegar al puerto de Argel vimos una multitud de personas que habian acudido á la playa á recibirnos, y asi que saltamos en tierra hicieron resonar el ayre con mil gritos de alegría y alborozo. Acompañaba á estos un confuso rumor de trompetas, flautas moriscas y otros instrumentos del uso de aquella gente, y que causan un estruendo desentonado, mas que un apacible sonido. Aquella extraordinaria algazara nació de haber salido falsa la voz que se habia esparcido. Habia corrido por la ciudad que el renegado Mahometo habia muerto peleando con un grueso navío Genoves; y todos sus amigos, informados de su feliz regreso, acudieron al puerto á dar muestras de su regocijo.

Luego que desembarcamos, á mí

y á mis compañeros nos llevaron al palacio del baxá Solimán, donde un escribano christiano nos examinó á cada uno en particular, preguntándonos el nombre, edad, pátria, religion y habilidad. Entónces Mahometo, cogiéndome de la mano y mostrándome al Baxá, comenzó á ponderarle mi voz y destreza en tocar la guitarra. No hubo menester mas Solimán para decir que me queria para sí, y desde aquel punto me quedé en su serrallo. A los demas cautivos los conduxeron á la plaza mayor, y pusieron alli en pública venta, segun costumbre. Verificóse lo que Mahometo me habia pronosticado en el navío, porque ciertamente fuí muy afortunado. No me entregaron á las guardias de las mazmorras, ni me destinaron á trabajar en las obras públicas; antes bien mandó Solimán que me agregasen en cierto sitio particular á cinco ó seis esclavos de distincion, cuyo rescate se esperaba presto, y á quienes se les empleaba en trabajos muy ligeros. A mí solo se me encargó regar en los jardines las flores y los naranjos, empleo que en vez de llegar á ser fatiga podia llamarse diversion.

Era Solimán un hombre de cuarenta años, bien plantado, muy atento y aun galán para moro. Era su favorita una georgiana, que por su discrecion y hermosura se habia hecho dueña absoluta de él. Idolatraba en ella, y no pasaba día en que no la festejase con alguna diversion ya de música, tanto de voces como de instrumentos, ó ya tambien de comedias á la turca; es decir, unos dramas en los quales no se tenia mas respeto al pudor que á las reglas de Aristóteles. La favorita, que se llamaba Farruchnaz, era apasionadísima á semejantes espectáculos, y algunas veces disponia que sus criadas hiciesen papel en varias piezas árabes en presencia del Baxá. Tal vez aun ella misma representaba, y lo executaba con tal viveza y tanta gracia, que hechizaba á todos los espectadores. Un dia en que yo asistí á una de estas funciones mezclado entre los músicos, me mandó Solimán que en un intermedio cantase y tocase solo la guitarra. Hícelo así, y tuve la fortuna de dar gusto, tanto que me aplaudieron mucho todos, y la favorita, á lo que me pareció, me miró con ojos favorables y benignos.



El dia siguiente muy de mañana mientras estaba yo regando los naranjos pasó junto á mí un eunuco, el qual sin detenerse ni hablar palabra, dexó caer á mis pies un villete, y siguió su camino. Cogí apresuradamente el papel con un género de turbacion entre temor y alegría. Echéme á la larga en el suelo detras de los naranjos, porque no me viesen de las ventanas del serrallo. Abríle con mano trémula, hallé dentro de él un preciosísimo brillante, y escritos en buen castellano estos pocos renglones: *jóven christiano, da mil gracias al cielo por tu esclavitud. El amor y la fortuna te van á hacer feliz: el amor, si correspondes á una persona que no es fea, y te estima: la fortuna si tienes valor para despreciar todo género de peligros.*

No dudé ni un solo momento de que el villete fuese de la Sultana favorita; el brillante y el estilo me lo persuadian. Ademas de que nunca fuí cobarde, la vanidad de verme favorecido, y aun solicitado por una dama que era el ídolo de un príncipe, y príncipe moro, y la esperanza de que su favor facilitaria mucho mas dinero

del que era menester para mi rescate, me determinaron á entrar en esta nueva aventura á costa de qualquier trabajo. Proseguí, pues, en mi ocupacion, pensando siempre en el modo que podia tener para introducirme en el quarto de Farruchnaz, ó por mejor decir, en los arbitrios que ella discurría para abrirme este camino; pareciéndome, y con fundamento, que no se contentaría con lo hecho, y que ella misma se adelantaría á librarme de este cuidado. Con efecto así sucedió, y no me engañó mi pensamiento. De allí á una hora volvió á pasar junto á mí el mismo eunuco de antes, y sin detenerse me dixo: ¿christiano, has hecho tus reflexiones? ¿tendrás valor para seguirme? Respondíle que sí; y él, prosiguiendo siempre andando, añadió: *el cielo te guarde: mañana por la mañana me volverás á ver*, y diciendo esto se retiró. Efectivamente al dia siguiente, á cosa de las ocho se dexó ver, y me hizo señal de que le siguiese. Obedecí, y me condujo á una sala donde había un telon de lienzo pintado, que acababa de traer otro eunuco, para presentarlo á la Sultana, y había de servir en el

teatro para una comedia árabe , que ella tenia dispuesta para divertir al Baxá.

Desarrollaron el telon sin perder tiempo los eunucos , hiciéronme tender á la larga en medio de él , y lo arrollaron otra vez , volviéndome y revolviéndome dentro de él mismo con peligro de sofocarme. Cargáronlo en hombros , uno de una punta y otro de otra , y de esta manera me introduxeron sin riesgo en el quarto de la bella georgiana. Estaba sola con una esclava vieja , enteramente dedicada á darla gusto. Desenvolviéron el telon, y Farruchnaz luego que me vió , mostró una alegría , que manifestaba bien el carácter de las mugeres de su pais. En medio de mi natural intrepidez confieso , que quando me ví de repente transportado al quarto secreto de las mugeres , sentí cierto terror. Conociólo muy bien la favorita , y me dixo : no temas christiano , porque Solimán acaba de marchar á su casa de campo donde se detendrá todo el dia, y nosotros nos divertiremos aqui libremente.

Consoláronme estas palabras , y en fuerza de ellas me revestí de un espí-

ritu y seguridad que acrecentó el contento de mi patrona. Esclavo, me dijo, tu persona me ha agradado, y quiero hacerte mas suave el rigor de la esclavitud. Te considero muy digno del concepto que me debes. Aunque te veo en traje de esclavo, descubro en todas tus modales un no sé qué de noble y generoso, que me obliga á creer no eres persona comun. Expílicate, háblame con toda confianza, y dime quien eres. Sé muy bien que los esclavos bien nacidos ocultan su condicion para que les cueste menos el rescate; pero conmigo no has de gastar ese disimulo; me ofenderia mucho semejante precaucion, puesto que desde luego corre de mi cuenta el logro de tu libertad. Fíate de mí, sé sincero, y confíesame que no te criaste en pobres pañales. Con efecto, señora, la respondí, corresponderia ruinmente á vuestra generosa bondad si usára con vos de artificio; ya que quereis absolutamente que os descubra quien soy, voy á obedeceros ciegamente. Soy hijo de un grande de España (quizá decia en esto la verdad). Por lo menos la Sultana asi lo creyó, y dándose á sí misma el parabien por

haber puesto los ojos en un hombre ilustre, me aseguró que haria todo lo posible para que los dos nos viésemos con frecuencia. Tuvimos una larga conversacion. En mi vida he tratado con muger de mayor talento y atractivo. Sabia muchas lenguas, y sobre todo la castellana, que hablaba mas que medianamente. Quando la pareció que era tiempo de separarnos, me hizo meter en un gran ceston de juncos finos, cubierto con un rico repostero de brocado, recamado de oro por su misma mano con flores delicadísimas, y llamando á los mismos eunucos que me habian introducido, les entregó aquella carga, como un regalo que ella enviaba al Bey; sobrescrito tan sagrado entre los que hacen la guardia al quarto de las mugeres, que ninguno tiene osadia ni licencia para mirarlo.

Hallamos Farruchnaz y yo otros varios arbitrios para hablarnos; y la amable Sultana poco á poco me fué inspirando tanto amor á ella, como ella me tenia á mí. Dos meses estuvieron ocultas nuestras amorosas visitas, sin embargo de ser cosa muy difícil que en un serrallo se escapen

por largo tiempo á los ojos de tantos argos ; pero un contratiempo desconcertó nuestras medidas , y mudó enteramente de semblante mi fortuna. Un dia en que entré en el quarto de la Sultana metido dentro de un dragon artificial que se habia hecho para no sé que espectáculo , quando estaba yo hablando con ella muy descuidado, creido de que Solimán se hallaba aun fuera , entró este tan de repente en el quarto de la favorita , que la vieja esclava no tuvo tiempo de avisarnos , y mucho menos yo para ocultarme ; y asi mi persona fué el primer objeto que se ofreció á los ojos del Bey.

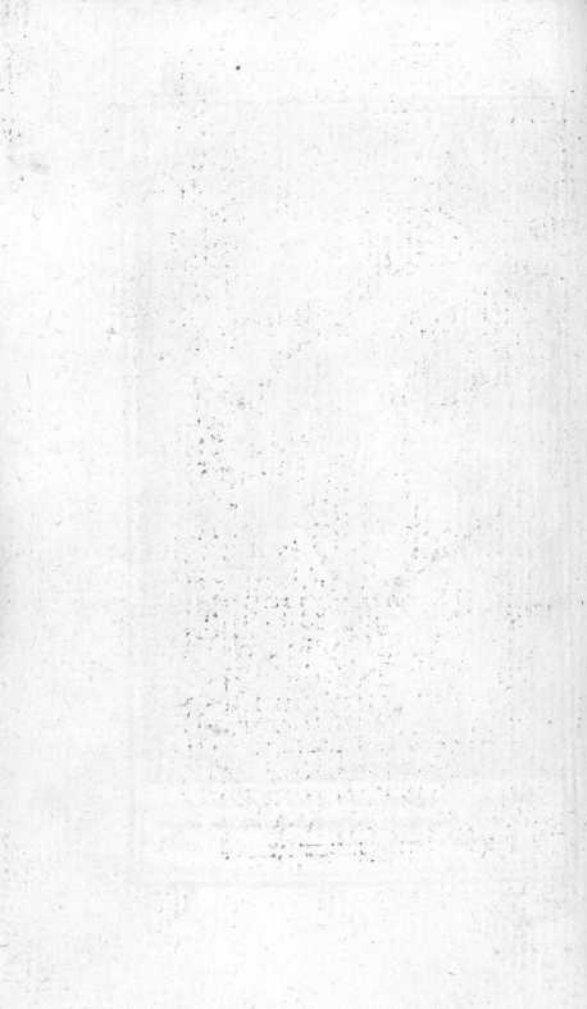
Mostróse sumamente admirado de verme en aquel sitio, y sucediendo en un momento la ira á la admiracion , arrojaban fuego sus ojos , despidiendo llamas de indignacion y furor. Consideré entónces que era llegada la última hora de mi vida , y me imaginaba en medio de los mas crueles tormentos. Por lo que toca á Farruchnaz conocí que tambien estaba sobresaltada ; pero en vez de confesar su delito , y pedir perdon de él , dixo á Solimán: señor , suplicoos no me condeneis antes de oirme. Confieso que todas las



*Soliman sorprehende á la Sultana y á D.<sup>o</sup> Rafael introducido en su quarto, y quiere vengarse.*

*A. Rodríguez del.*

*F. F. Rodríguez del.*





apariencias me condenan , y representan infiel y traydora á vos , y por consiguiente merecedora de los mas horrosos castigos. Yo misma he hecho venir á mi quarto á este cautivo , y para introducirle en él me valí de los mismos artificios que pudiera usar si estuviera ciegamente enamorada de su persona. Sin embargo de eso , á pesar de todas estas exterioridades , pongo por testigo al gran Profeta de que no os he sido desleal. Quise hablar con este esclavo christiano á ver si podia lograr persuadirle á que dexase su secta , y abrazase la de los verdaderos creyentes. Al principio encontré en él la resistencia que aguardaba , mas al fin he conseguido desvanecer sus preocupaciones , y en este punto me estaba dando palabra de que se hará mahometano.

Confieso que era obligacion mia desmentir á la favorita sin respeto alguno al peligro en que me hallaba ; pero turbada la razon en aquel lance , y acobardado el espíritu á vista del riesgo que corria mi vida , y la de una dama á quien amaba , me quedé confuso y cortado. No tuve valor para articular una palabra ; y persuadido

Solimán por mi silencio á que era verdad quanto habia dicho la Sultana, depuso su ira, y la dixo: quiero creer que no me has ofendido, y que el zelo de hacer una cosa que fuese grata al Profeta, te movió á arriesgarte á una accion tan delicada. Excusaré tu imprudencia con tal que el esclavo tome el turbante en este mismo punto. Inmediatamente hizo venir á su presencia un Morábito. Vistiéronme á la turca, y yo les dexé hacer quanto quisieron sin la menor resistencia, ó por mejor decir, ni yo mismo sabia lo que me hacía en aquella turbacion de todas mis potencias.

Concluida la ceremonia, salí del serrallo con el nombre de Sidy Hali á tomar posesion de un empleo de poca monta á que Solimán me destinó. No volví á ver á la Sultana; pero uno de sus eunucos vino á buscarme cierto dia, y de su parte me entregó una porcion de piedras preciosas, estimadas en dos mil *sultaninos*, y juntamente un villete en que me aseguraba que jamas olvidaria la generosa complacencia con que me habia hecho mahometano por salvarla la vida. Con efecto, ademas de los regalos que ha-

bia recibido de la bella Farruchnaz, conseguí por su mediacion otro empleo de mas importancia que el primero, de manera que en menos de siete años me hallé el renegado mas rico de todo Argel.

Ya habrán conocido vmds. que si yo concurría á las oraciones que hacian los musulmanes en sus mezquitas, y practicaba las demas ceremonias de su ley, era todo una mera ficcion, y exterioridad. Por lo demas estaba firmemente resuelto á volver á entrar en el seno de la iglesia, para lo que pensaba retirarme algun día á España ó Italia con las grandes riquezas que habia juntado. Mientras tanto vivía alegremente, estaba alojado en una hermosa casa, tenia jardines magnificos, multitud de esclavos, y un serrallo bien abastecido de caras bonitas. Aunque el uso del vino está prohibido en aquella tierra, sin embargo pocos moros dexan de beberlo secretamente. Yo por lo menos lo bebia sin escrúpulo, ni mas ni menos como lo hacian los otros renegados.

Acuérdome que me acompañaban comunmente en mis borracheras un par de camaradas, con quienes mu-

chas veces pasaba toda la noche con las botellas sobre la mesa. Uno era judío y el otro árabe. Teníalos por hombres de bien, y en esta confianza vivía con ellos sin sujecion y con toda libertad. Convidélos una noche á cenar; y aquel dia se me habia muerto un perro que yo queria mucho. Lavamos el cuerpo, y lo enterramos con todas las ceremonias que acostumbra los musulmanes en el funeral de sus difuntos. No lo hicimos ciertamente por burlarnos de la religion de Mahoma, sino solo por divertirnos y satisfacer el capricho que tuve, estando medio tomado de vino, de celebrar las exéquias de mi amado animalillo.

Sin embargo, faltó poco para que esta inconsiderada accion me perdiese enteramente. El dia siguiente se presentó en mi casa un hombre que me dixo: señor Sidy Hali, vengo á buscar á vmd. por cierto asunto de importancia. El señor Cady tiene precision de hablarle. Sírvase tomarse el trabajo de llegarse á su casa inmediatamente. Decidme, os suplico, le pregunté, qué es lo que me quiere. El mismo os lo dirá, respondió el moro. Todo lo que puedo decir es, que un

mercader que ayer cenó con vmd. le ha dado parte de no sé que impía ó irreligiosa accion que se executó en vuestra casa con motivo de enterrar un perro. Yo os notifico de oficio, que comparezcáis hoy mismo ante el juez, con apercibimiento de que no cumpliéndolo así, se procederá criminalmente contra vuestra persona. Dixo, y sin aguardar respuesta, me volvió la espalda, dexándome atónito con su apercibimiento. No tenia el árabe la mas mínima razon para estar quejoso de mí, ni yo podia comprehender por que me habia jugado una pieza tan ruin y traydora. Sin embargo, la cosa era muy digna de atencion. Yo tenia bien conocido al Cady por hombre severo en la apariencia, pero en el fondo poco escrupuloso, y muy avaro. Metí en el bolsillo doscientos *sultaninos de oro*, y fuí derecho á presentarme á él. Hízome entrar en su despacho, y luego me dixo en tono colérico y furioso: sois un impío, un sacrílego, un hombre abominable. Habeis dado sepultura á un perro, como si fuera un musulman. ¡Que sacrilegio! ¡Que profanacion! ¿Es este el respeto que profesais á las mas

venerables ceremonias de nuestra santa ley? ¿Os hicisteis mahometano únicamente para burlaros de las ceremonias mas sagradas de nuestro Alcorán? Señor Cady, le respondí, el árabe que vino á haceros una relacion tan alterada ó tan malignamente desfigurada, aquel amigo traydor fué cómplice en mi delito, si por tal se debe reputar haber dado sepultura á un doméstico fiel, á un inocente animal, que tenia mil bellas qualidades. Amaba tanto á las personas de mérito y distincion, que hasta en su muerte quiso dexarlas testimonios irrefragables de su estimacion y afecto. En su testamento, en el que me nombró por único albacea, repartió entre ellas sus bienes, legando á unas veinte escudos, á otras treinta, &c. y es tanta verdad lo que digo, que tampoco se olvidó de vos, pues me dexó muy encargado que os entregase los doscientos sultaninos de oro que hallaréis en este bolsillo; y dicho esto le alargué el que llevaba prevenido. Perdió el Cady toda su gravedad quando me oyó decir esto, y sin poder contener la risa, me despidió diciendo: id en paz, Siddy Hali, hicisteis cuerdamente en ha-

ber enterrado con pompa y con honor á un perro que hacía tanto aprecio de los sugetos de mérito.

## CAPITULO IV.

SUENASE LOS MOCOS DON RAFAEL,  
LIMPIASE, GARGAGEA, Y PROSIGUE  
SU RELACION.

**S**alí por este medio de aquel pantano; y si el lance no me hizo mas cuerdo, á lo menos me enseñó á ser mas circunspecto. No volví á tratar con el árabe ni con el judío, y escogí para mi camarada de botellas á un caballero de Liorna, que era esclavo mio. Llamábase Azarini. No era yo como aquellos renegados que tratan á los cautivos christianos peor que los mismos turcos. Los míos no se impacientaban aunque se les retardase el rescate. Tratábalos con tanta benignidad, que muchas veces me decian les costaba mas suspiros el miedo de pasar á servir á otro amo, que el deseo de conseguir la libertad, sin embargo de ser esta tan dulce y tan apetecible á todos los que gimen en cautiverio.

Volvieron un dia los xabeques de Solimán cargados de presa , y en ella cien esclavos de uno y otro sexô , apresados todos en las costas de España. Reservó Solimán para sí un cortísimo número , y los demas fuéron puestos en venta. Fuí á la plaza donde esta se celebraba , y compré una muchacha española de diez á doce años. Lloraba la pobrecita amargamente , y se desesperaba. Admirado yo de verla afligirse asi en tan tierna edad , me llegué á ella y la dixé en lengua castellana , que no se apesadumbrase tanto , asegurándola que habia caido en manos de un amo , que aunque llevaba turbante era de corazon muy humano. Poseida enteramente de su dolor , ni siquiera atendia á mis palabras. Gemia , suspiraba , y se deshacia en lágrimas inconsolables , prorumpiendo de quando en quando en esta exclamacion. *¡Ay madre mia , y por qué me habrán separado de tí! Todo lo llevaria en paciencia como estuviéramos juntas.* Mientras decia estas palabras , tenia puestos los ojos en una muger de quarenta y cinco á cincuenta años , distante pocos pasos , la qual muy modesta , silenciosa y con



los ojos baxos , estaba esperando á que alguno la comprase. Preguntéla si era su madre aquella muger á quien miraba. Sí señor , me respondió con tierno sentimiento ; por amor de Dios haga su merced que jamas me separen de ella. Bien está , hija mia , la dixé ; si para tu consuelo no deseas mas que el estar juntas las dos , presto quedarás contenta y consolada. Al mismo tiempo me acerqué á la madre para comprarla ; pero no bien la miré con un poco de cuidado , quando reconocí en ella con toda la conmocion que podeis imaginar , todas las facciones y demas señales de Lucinda. ¡Cielos! exclamé dentro de mí mismo. ¿Que es lo que veo? Esta es mi madre , no puedo dudarlo. Pero ella , ó ya fuese porque el vivo dolor del estado en que se hallaba , no la dexaba ver otra cosa mas que enemigos en todos los objetos que se la presentaban , ó ya fuese porque el traje mahometano me hacía parecer otro , ó bien que en el espacio de doce años que no me habia visto me hubiese desfigurado , el hecho es que realmente ella no me conoció. En fin , yo la compré , y me la llevé á mi casa.

No quise dilatarla el gusto de que me conociese. Señora, la dixé, ¿es posible que no os acordeis de haber visto nunca esta cara? ¿Pues que unos bigotes y un turbante me desfiguran de suerte, que os impidan conocer á vuestro hijo Rafael? Volvió en sí al oír estas palabras: miróme, remiróme, reconocióme, y arrojándose á mí con los brazos abiertos, nos abrazamos estrechísima y amorosamente. Con igual ternura abracé despues á su querida hija, la qual estaba tan ignorante de que tenía un hermano, como yo ageno de tener una hermana. Confesad, dixé entónces á mi madre, que en todas vuestras comedias no habreis visto un encuentro y reconocimiento de personas, que sean comparables con este lance original. Hijo, me respondió, grandísima alegría he tenido en volverte á ver; pero esta alegría está mezclada con un amarguísimo pesar. ¡Dios mio! ¡En que estado he tenido la desgracia de encontrarte! Mi esclavitud me sería mil veces menos sensible que ese traje en que te veo... A fe, madre, la respondí sonriéndome, que me admiro de vuestra delicadeza: por cierto

que no es muy propia de una comedianta. A la verdad, señora, que sois muy otra de lo que eráis, si este mi disfraz os ha dado tanto enojo. En lugar de enojaros contra mi turbante, miradme como á un cómico que representa el papel de un turco en el teatro. Aunque renegado, soy tan musulman como lo era en España; porque en la realidad no reconozco otra verdadera religion que la Católica. No niego, ni mucho menos disculpo mi exterior apostasía: sé muy bien que en ninguna ocasion me era lícito dar muestras de abandonar mi religion, aunque me costase mil vidas: confieso mi pecado; pero si supierais las circunstancias que me hicieron cometerlo, quizá vuestro justo dolor me disculparia. El amor fué la causa de mi delito. Sacrifiqué á esta deidad. En esto no hice mas que acreditarme hijo vuestro, fuera de que hay aún otra razon que debe templar vuestro dolor de verme en la situacion en que me veis. Temiais experimentar en Argel una dura esclavitud, y habeis hallado en vuestro amo un hijo tierno, respetuoso, y bastante rico para que vivais con regalo y con quietud en es-

ta ciudad hasta que se nos proporcione ocasion oportuna para que todos podamos seguramente volver á España. Reconoced ahora la verdad de aquel proverbio que dice : *no hay mal que por bien no venga.*

Hijo mio , me dixo Lucinda , una vez que estás resuelto á restituirte á tu tierra y abjurar el mahometismo, quedo consolada. Entónces irá con nosotros tu hermana Beatriz , y tendré el gusto de volverla á ver sana y salva en España. Sí señora , la respondí : espero que le tendreis , pues lo mas presto que sea posible iremos todos tres á juntarnos en España con el resto de nuestra familia , no dudando yo que habreis dexado en ella algunas otras prendas de vuestra fecundidad. No , hijo , repuso mi madre , no he tenido mas hijos que á vosotros dos ; y has de saber que Beatriz es fruto de un matrimonio muy legitimo. Pero , señora , repliqué , ¿ que razon tuvísteis para conceder á mi hermanita esa preeminencia que me negasteis á mí ? ¿ Y cómo os habeis resuelto á casaros ? Acuérdomé haberos oido mil veces decir que nunca perdonariais á una muger jóven y linda

el disparate de sujetarse á un marido. *Otros tiempos , otras costumbres* , respondió ella. Si los hombres mas firmes en sus propósitos están sujetos á mudar , ¿que razon habrá para pretender que las mugeres no sean invariables en los suyos? Quiero contarte la historia de mi vida desde que saliste de Madrid. Hízome despues la siguiente relacion , que creo oireis con gusto , porque es curiosísima.

## CAPITULO V.

HISTORIA DE LUCINDA , MADRE DE  
DON RAFAEL.

**H**abrá casi trece años , si te acuerdas , que dexaste la casa del marquesito de Leganés. En aquel tiempo el duque de Medina la Alta me dixo que deseaba cenar conmigo privadamente. Señaléle el dia , esperéle , vino , y le gusté. Pidióme el sacrificio de todos los competidores que podia tener , y se lo concedí con la esperanza de que me lo pagaria bien , y asi lo executó. El dia siguiente me envió varios regalos , á que siguieron otros muchos en lo sucesivo. Temia yo que no du-

raria largo tiempo en mis prisiones un señor de aquella elevacion, y lo temia con tanto mayor fundamento, quanto no ignoraba que se habia escapado de otras, en que le habian aprisionado varias famosas beldades, cuyas dulces cadenas lo mismo habia sido probarlas que romperlas. Sin embargo, lejos de disgustarse, cada dia parecia mas embelesado de mi condescendencia. En suma, tuve el arte de asegurármele, y de impedir que su corazon naturalmente voluble é inconstante se dexase arrastrar de su nativa propension.

Tres meses habia que me amaba, y yo me lisonjeaba de que su cariño sería durable, quando cierto dia, una amiga mia y yo concurrimos á una casa donde se hallaba la Duquesa, esposa del Duque, y habiamos ido á ella convidadas para oir un concierto de música de voces é instrumentos. Sentámonos casualmente un poco detras de la Duquesa, la qual llevó muy á mal que yo me hubiese dexado ver en un sitio donde ella se hallaba. Envióme á decir por un criado, que me fuese de alli al instante. Respondíla con mucha grosería; de lo que irritada la Du-

quesa se quejó á su esposo, el qual vino á mí, y me dixo: Lucinda, sal prontamente de aqui. Quando los grandes señores se inclinan á mozuelas como tú, no deben estas olvidarse de lo que son. Si alguna vez os amamos á vosotras mas que á nuestras mugeres, siempre las respetamos á estas mucho mas que á vosotras; y siempre que tengais la insolencia de pretender igualaros con ellas, sereis tratadas con la indignidad que mereceis.

Por fortuna que el Duque me dixo todo esto en voz tan baxa que ninguno pudo comprehenderlo. Retiréme avergonzada y confusa; pero llorando de rabia por el desayre que habia recibido. Para mayor desgracia mia los comediantes y comediantas aquella misma noche supieron no sé como, todo lo que me habia pasado. No parece sino que hay algun diablillo acechador y cizañero que se divierte en descubrir á unos lo que sucede á otros. Hace, por exemplo, un comediante en una francachela alguna extravagancia: acaba una comediante de acomodarse con un mozuelo galan y adinerado; toda la compañía inmediatamente sabe hasta la mas ridícula menudencia.

Así supieron mis compañeros quanto me habia pasado en la academia, y sabe Dios quanto se divirtieron á mi costa. Reyna entre ellos un cierto espíritu de caridad que se descubre bien en semejantes ocasiones. Con todo eso yo no hice caso de todas sus habladurias, y tardé poco en consolarme de la pérdida del Duque, que no volvió á parecer por mi casa, y luego supe habia tomado amistad con una cantarina.

Mientras una comedianta tiene la fortuna de ser aplaudida, nunca la faltan amantes; y el amor de un gran señor, aunque no dure mas que tres dias, siempre añade nuevos realces á su mérito. Yo me vi sitiada de apasionados luego que se esparció por Madrid la voz de que el Duque me habia dexado. Los mismos competidores que yo le habia sacrificado, volvieron todos á galantearme. Fuera de estos recibí los obsequiosos tributos de otros mil corazones. Nunca fuí tan de moda como entónces. Entre los que solicitaban mi favor, ninguno me pareció mas ansioso que un grueso alemán, gentilhombre del duque de Osuna. Su figura no era muy aprecia-



ble , pero se mereció mi atencion con mil doblones que habia juntado en casa de su amo , y los prodigó por lograr la dicha de entrar en el número de mis amantes favorecidos. Este buen señor se llamaba Brutandorff. Mientras hizo el gasto fué bien recibido; pero apenas se le apuró la bolsa, halló la puerta cerrada. Enfadado de este proceder mio , me fué á buscar á la comedia , dióme sus quejas , y porque me reí de él á sus hocicos , arrebatado de cólera me sacudió un bofetón á la tudesca. Di un gran grito, salí al teatro , interrumpí la comedia, y dirigiéndome al Duque , que estaba en su aposento con su esposa la Duquesa , me quejé á él en alta voz de las modales tudescas con que me habia tratado el señor Brutandorff. Mandó el Duque seguir la comedia, diciendo que despues de ella oiria á las partes. Acabada la representacion me presenté muy conmovida al Duque, exponiendo mi queja con ardor. El alemán despachó su defensa en dos palabras , diciendo , que en vez de arrepentirse de lo hecho era hombre para repetirlo. El Duque , oidas las partes, y volviéndose al alemán , sentenció

de esta manera: Brutandorff, te despidió de mi casa, y te mando no te presentes mas delante de mí, no porque has dado un bofeton á una comedianta, sino porque has faltado al respeto debido á tus amos, y turbado un espectáculo público en presencia de los dos.

Esta decision me atravesó el alma. Apoderóse de mí una ira rabiosa, y un inexplicable furor, al ver que no habian despedido al alemán por la ofensa que me habia hecho. Creía yo que un oprobio como aquel, cometido contra una comedianta, debia castigarse como un delito de lesa magestad, y yo contaba con que el tudesco padecería una pena afflictiva. Abrióme los ojos este vergonzosísimo suceso, y me hizo conocer que el mundo sabe distinguir entre el comediante y los personajes que representa. Esto me disgustó del teatro en términos, que desde aquel punto resolví dexarlo, é irme á vivir lejos de Madrid. Escogí para mi retiro la ciudad de Valencia, y partí de *incógnito* á ella, llevando conmigo hasta el valor de veinte mil ducados en dinero y alhajas; caudal que me parecia bastante

para mantenerme con decencia el resto de mis dias , pues mi ánimo era llevar una vida retirada. Tomé en aquella ciudad una casa pequeña , y no recibí mas familia que una criada y un page , para quienes era tan desconocida como para todas las demas del vecindario. Fingí era viuda de un empleado de la casa Real , y que habia escogido para mi retiro la ciudad de Valencia , por haber oido que su temple era uno de los mas benignos , y su terreno uno de los mas deliciosos de España. Trataba con muy poca gente ; y mi conducta era tan arreglada , que á ninguno le pudo pasar por el pensamiento que yo hubiese sido cómica. Sin embargo , y á pesar de mi cuidado en vivir escondida y retirada , puso los ojos en mí un hidalgo que vivia en una quinta propia , cerca de Paterna. Era un caballero bastante bien dispuesto , y como de treinta y cinco á quarenta años ; pero un noble muy adeudado , lo que no es menos raro en el reyno de Valencia que en otros muchos paises.

Habiendo agradado mi persona á este hidalgo , quiso saber si en lo demas podria yo convenirle. A este fin

despachó sus ocultos batidores para que averiguasen mis circunstancias, y por los informes que le dieron, tuvo el gusto de saber que yo era viuda, de trato nada fastidioso, y ademas de eso bastante rica. Hizo juicio desde luego que yo era la que habia menester; y muy presto se dexó ver en mi casa una buena vieja, que me dixo de su parte, que prendado de mi honradez tanto como de mi hermosura, me ofrecia su mano, y que ratificaria esta oferta si merecia la dicha de que quisiese ser su esposa. Pedí tres dias de término para pensarlo y resolverme. Informéme en este tiempo de las qualidades de aquel hidalgo; y por el mucho bien que me dixeron de él, bien que sin disimularme el lastimoso estado de sus rentas, determiné gustosa casarme con él, como lo hice dentro de muy pocos dias.

Don Manuel de Xercia (este era el nombre de mi esposo) me conduxo luego á su hacienda. La casa tenia cierto aspecto de antigüedad, de lo que hacia mucha vanidad el dueño. Decia que la habia hecho edificar uno de sus progenitores; y de la vejez de la fábrica deducia que la familia de Xercia era

la mas antiguâ de toda España. Pero el tiempo habia maltratado tanto aquel bello monumento de nobleza, que porque no viniese á tierra lo habian apuntalado. Gastóse en repararlo mas de la mitad de mi dinero, y lo restante en ponernos en estado de hacer gran figura en el pais; y éteme aqui convertida de repente en señora de aldea y de hacienda. ¡Grande y portentosa transformación! Era yo muy buena actriz para dexar de hacer bien el papel de comedianta, saber representar y sostener el que correspondia al nuevo esplendor que me daba mi nuevo estado. Revestíame en todo de cierto ayre teatral de nobleza, de magestad y desembarazo, que hacía formar en la aldea un alto concepto de mi nacimiento. ¡O quanto se hubieran divertido á costa mia si hubiesen sabido la verdad del hecho! ¡Con cuántos graciosos y satíricos motes me hubiera regalado la nobleza de los contornos, y quanto se hubiera rebaxado de los respetuosos obsequios que me tributaban las demas gentes!

Viví por espacio de seis años feliz y gustosamente en compañía de don Manuel, al cabo de los quales se

le llevó Dios. Dexóme bastantes cosas que desenredar , y por fruto de nuestro matrimonio á tu hermana Beatriz, que á la sazón contaba solos quatro años de edad. Nuestra hacienda , que era á lo que estaban reducidos nuestros bienes , se hallaba empeñada para seguridad de muchos acreedores. El principal de ellos se llamaba Bernardo Astuto, nombre que le convenia de pascmo. Exercía en Valencia el oficio de procurador , que desempeñaba como hombre cocido y consumado en todas las trampas de los pleytos ; y á mayor abundamiento habia estudiado leyes , para saber mejor hacer injusticias. ¡O que terrible acreedor ! Una hacienda entre las uñas de semejante procurador es lo mismo que un pollo en las garras de un milano. Por tanto el señor Astuto , apenas cerró los ojos mi marido , puso sitio á mi pobre casa. Infaliblemente la hubiera hecho volar con las minas de las supercherias legales , si mi fortuna ó mi estrella no la hubiera salvado. Quiso esta que de enemigo se convirtiese de repente en esclavo mio. Enamoróse de mí en una conversacion que tuvo conmigo con motivo de nuestro pleyto. Confieso

que de mi parte hice quanto pude para infundirle amor, obligándome el deseo de salvar mi posesion, á probar con él todos aquellos gestos alhagüeños que me habian salido tan bien en tantas ocasiones. Verdad es que con toda mi maestría en el arte, creia no poder enganchar al procurador. Estaba embevecido de suerte en su oficio, que parecia incapaz de admitir ninguna impresion amorosa. Con todo, aquel gato montés, aquel erizo, aquel empuercapapel me miraba con mayor complacencia de la que yo discurria. Señora, me dixo un dia, yo no entiendo de enamorar. Dedicado siempre á mi profesion, nunca he cuidado de aprender las reglas, el uso, ni los diferentes modos de galantear. Sin embargo de eso no ignoro lo que se llama lo esencial; y para ahorrar de palabras solo diré que si vmd. quiere casarse conmigo quemaremos al instante el proceso, alejaré á los demas acreedores, haré que se la confirme á vmd. en la posesion de su hacienda; vmd. será dueña del usufruto, y su hija de la propiedad. El interes de Beatriz y el mio no me dexaron vacilar ni un solo punto. Acepté al instante la proposi-

cion ; el procurador cumplió su palabra , volvió sus armas contra los otros acreedores , y aseguróme en la posesion de mi casa. Quizá fué esta la primera vez que supo servir bien al huérfano y á la viuda.

Llegué , pues , á verme procuradora , sin dexar por eso de ser señora de aldea , aunque este matrimonio me perdió en el concepto de la nobleza Valenciana. Dexarónme las señoras de la primera distincion , como á una muger que se habia envilecido , y no quisieron visitarme mas. Víme precisada á tratar solamente con las aldeanas , ó con señoras de medio pelo. No dexó de causarme esto alguna pena , porque me habia acostumbrado por espacio de seis años á tratarme únicamente con personas de carácter. Verdad es que tardé poco en consolarme , porque tomé conocimiento con una escribana , y dos procuradoras , todas tres , cada una por su lado , de un carácter muy digno de risa. Yo me divertia infinito de ver su ridiculez. Estas mercedes entre dos luces se tenian por personas ilustres. Pensaba yo que solamente las comediantas eran las que no se conocian á sí mismas ;



mas veo que esta es una flaqueza universal. Cada uno cree que es mas que su vecino. En este particular toco ahora que tan locas son las hidalgas de aldea, como las damas de teatro. Para humillar, y al mismo tiempo castigar su orgullo, quisiera yo que se las obligase á conservar en sus casas los retratos de sus abuelos, tales quales eran quando vivian. Apuesto qualquiera cosa á que no los colocarian en los sitios mas públicos, ni en las salas mas visibles.

A los quatro años de matrimonio murió el señor Astuto, sin haberme quedado hijos de él. Añadiéndose lo que él me dexó á lo que yo poseia, me hallé una viuda rica, y por tal me tenian. En virtud de esta fama comenzó á obsequiarme un caballero Siciliano, cuyo apellido era Colifichini, resuelto á ser mi amante para arruinarme, ó ser desde luego mi marido, dexando á mi arbitrio la eleccion. Habia venido de Palermo á España, solo por la curiosidad, segun decia, de viajar; y estaba en Valencia esperando ocasion de embarcarse para restituirse á Sicilia. Tenia veinte y cinco años; era, aunque pequeño de cuerpo, bien

plantado ; y en fin me agradaba su figura. Halló modo de hablarme á solas, y te confieso la verdad , desde la primera conversacion quedé loca perdida por él. No quedó él menos enamorado de mí ; y creo (Dios me lo perdone) que en aquel mismo punto nos hubiéramos casado , si la muerte del procurador que estaba aun reciente me hubiera permitido hacer tan presto otra boda ; porque desde que comencé á tomar inclinacion al matrimonio , respetaba los estilos del mundo.

Convenimos , pues , en dilatar un poco nuestro casamiento por el bien parecer. Mientras tanto Colifichini proseguia obsequiándome , y lejos de entibiarse en su amor se mostraba mas fino y vehemente cada dia. El pobre mozo no estaba sobrado de dinero ; conocílo , y procuré que nunca le faltase. Ademas de que mi edad era doble de la suya , me acordaba de lo mucho que yo habia hecho contribuir á los hombres en la flor de mis años , y yo miraba lo que daba como una especie de restitution en descargo de mi conciencia. Estuvimos esperando con la mayor paciencia que nos fué posi-

ble á que pasase el tiempo que prescribe el ceremonial del mundo para pasar á otras nupcias. Apenas llegó, quando fuimos á la iglesia á unirnos con aquel estrecho lazo que solo puede desatar la muerte. Retirámonos despues á mi hacienda, donde puedo decir que vivimos dos años, menos como esposos que como dos tiernos amantes. ¡Pero ay! que era muy fino nuestro amor, y muy grande nuestra dicha para que fuese muy duradera. Al cabo de este breve tiempo un dolor de costado me privó de mi adorado Colifichini.

Aqui no pude menos de interrumpir á mi madre, diciéndola: ¡pues que! señora, ¿tambien murió vuestro tercer marido? Sin duda sois una plaza que solo puede tomarse á costa de la vida de sus conquistadores. ¿Y como lo he de remediar yo? me respondió ella. Por ventura puedo alargar ni un solo momento los dias que Dios tiene contados? A los dos maridos los lloré mucho. El que menos lágrimas me costó fué el procurador. Como este me buscó puramente por interés, tardé poco en consolarme de su muerte. Pero volviendo á mi Co-

lifichini te diré que algunos meses después de muerto, deseando yo ver una casa de campo junto á Palermo que me habia dexado para mi viudedad, y tomar posesion de ella personalmente, me embarqué para Sicilia con mi hija Beatriz; pero en el viage fuimos apresados por los corsarios del Bey de Argel. Conduxéronnos á esta ciudad, y por fortuna nuestra te encontraste en la plaza donde estábamos puestas en venta. A no ser esto hubiéramos caido en manos de un amo desapiadado, que nos hubiera maltratado, y bajo cuya dura esclavitud quizá habríamos gemido toda la vida sin que tú hubieses oido hablar nunca de nosotras.

## CAPITULO VI.

PROSIGUE LA HISTORIA DEL HIJO.

Y DE LA MADRE.

**T**al fué, señores, prosiguió don Rafael, la relacion que mi madre me hizo. Coloquéla después en el mejor quarto de mi casa, donde viviese con toda libertad, y como mejor la pareciese; cosa que fué muy de su gusto. Habíase arraigado en ella un hábito

de amar tan inveterado en virtud de tan repetidos actos, que absolutamente no podia estar sin un amante ó sin un marido. Anduvo vagueando por algun tiempo, poniendo los ojos ya en este, ya en aquel de mis esclavos; pero finalmente fixó toda su atencion en Aly Pegelin, un renegado griego que frecuentaba mi casa. Inspiróla este un amor mucho mas vivo que el que habia tenido á su adorado Colifichini, y era tan diestra en cazar á los hombres, que halló el secreto de encantar al tal griego. Aunque conocí desde luego que obraban de acuerdo los dos, me di por desentendido de su trato, pensando solo en el modo de restituirme á España. Habíame dado licencia el Baxá para armar en corso y exercitar la piratería. Ocupábame enteramente el cuidado de este armamento; y ocho dias antes que se acabase dixé á Lucinda: madre, presto saldremos de Argel, y dexaremos para siempre un lugar que tanto aborreceis.

Mudóselá el color al oír estas palabras, y quedóse suspensa, guardando un profundo silencio. Sorprehendióme esto extrañamente, y la dixé ad-

mirado : ¡ que es esto , señora ! ¡ que novedad veo en vuestro semblante ! parece que os afligis en vez de alegraros. Parecíame á mí que os daba la noticia mas gustosa participandoos que estaba disponiendo nuestro viage para España , y conozco que ya no deseais restituiros á vuestra amada patria. Asi es, hijo mio , me respondió : confieso que ya no lo deseo. Tuve en ella tantos disgustos y pesadumbres , que he renunciado á ella para siempre. ¡ Que es lo que oigo ! exclamé penetrado de dolor. ¡ Ah señora ! no digais que los disgustos recibidos en vuestro pais son los que os le hacen aborrecer ; decid que los nuevos amores que habeis tomado en este os han hecho odioso aquel. ¡ Santos cielos , y que mudanza ! Quando llegásteis á esta ciudad todo quanto se os ponía delante os causaba horror. Aly Pegelin es el que os hace mirar las cosas con otros ojos. No lo niego, respondió Lucinda. Es cierto que amo mucho á este renegado , y quiero que sea mi quarto marido. ¡ Que proyecto es el vuestro ! interrumpí todo horrorizado. ¡ Vos casaros con un mahometano ! Sin duda habeis olvidado que sois christiana , ó solamente lo habeis

sido hasta aqui de puro nombre. ¡ Ah, madre mia ! ¡ y que de cosas no estoy viendo ya ! Habeis resuelto perderos para siempre , porque vais á hacer por vuestro gusto lo que yo hice únicamente por flaqueza y necesidad.

Otras muchas cosas la dixé para disuadirla de aquel diabólico intento ; pero fué predicar en desierto , y á una piedra , porque se habia cerrado en ello. No contenta con dexarse arrastrar de su mala inclinacion , dexándome á mí por entregarse á un renegado , quiso llevarse consigo á Beatriz ; pero á esto me opuse fuertemente. ¡ Ah infelicísima Lucinda ! la dixé ; si nada es capaz de conteneros , abandonaos sola al furor que os posee , y no querais conducir á una inocente al precipicio en que vais á caer. No insistió mas en pedir á su hija , quizá por alguna vislumbre de luz que por entónces rayó en ella. Asi lo creia yo ; pero conocia muy mal á mi madre. Uno de mis esclavos me dixo dos dias despues : señor , mire vmd. por sí. Un cautivo de Pegelin vino á confiarme un secreto que no debo ocultar á vmd. para que no pierda tiempo en aprovecharse de él. Su señora madre ha mu-

gado de religion, y en venganza de que su merced no la ha querido dar á su hija, está determinada á dar parte al Baxá de vuestra próxíma fuga. No tuve la menor duda de que Lucinda haria todo lo que el esclavo me avisaba. Habíala yo estudiado mucho, y estaba persuadido á que á fuerza de representar papeles trágicos en el teatro se habia familiarizado tanto con el delito, y con la crueldad, que me veria quemar vivo, y no se conmoviera mas que si viese representada en una tragedia esta catástrofe sangrienta.

Por tanto no quise despreciar el aviso que me dió el esclavo. Apresuré quanto pude las prevenciones del embarco, y por no hacerme sospechoso tomé, segun costumbre de los corsarios argelinos, algunos turcos conmigo, y salí del puerto con todos mis esclavos y mi hermana Beatriz. Ya se persuadirán ustedes á que no me olvidaria de llevar todo el dinero, plata y alhajas que habia en mi casa, y podia importar hasta unos diez mil ducados. Luego que nos vimos en plena mar, lo primero que hicimos fué asegurarnos de los turcos. Cargámoslos de prisiones, lo que nos era muy fá-



cil por ser mucho mayor el número de los esclavos. Tuvimos un viento tan favorable que en poco tiempo arribamos á las costas de Italia. Entramos en el puerto de Liorna con la mayor felicidad ; y toda la ciudad , á lo que creo , acudió á nuestro desembarco. Entre los que concurrieron á él estaba por casualidad ó por curiosidad el padre de mi esclavo Azarini. Miraba atentamente á todos mis cautivos conforme iban desembarcando , y aunque en cada uno de ellos deseaba ver las facciones de su hijo , ninguna esperanza tenia de encontrarlas. ¿ Pero qué júbilo , qué demostraciones de gozo las de padre é hijo ? Diéronse estrechos abrazos. Luego que Azarini le informó de quien era yo , y del motivo que me habia llevado á Liorna , me obligó el buen viejo á que fuese á alojarme á su casa , juntamente con mi hermana Beatriz. Pasaré en silencio la menuda relacion de mil cosas que me fué preciso practicar para volver á reconciliarme con el gremio de la Iglesia, y solo diré que abjuré el mahometismo con mucha mayor fe que le habia abrazado. Purguéme enteramente del humor mahometano , vendí mi navío,

y di libertad á todos los esclavos. Por lo que toca á los turcos se les aseguró en las carceles de Liorna para cangearlos á su tiempo por otros tantos christianos. Los dos Azarinis padre é hijo usaron conmigo de todo género de atenciones. El hijo se casó con mi hermana Beatriz; partido que á la verdad no dexaba de ser ventajoso para él, porque al cabo era hija de un caballero, y heredera de la hacienda de Xercia, cuya administracion habia dexado mi madre á cargo de un rico labrador de Paterna quando resolvió pasar á Sicilia.

Despues de haberme detenido en Liorna algun tiempo, marché á Florencia deseoso de ver aquella corte. Llevé conmigo algunas cartas de recomendacion que el viejo Azarini me dió para algunos amigos suyos, á quienes me recomendaba como un caballero español pariente suyo. Yo añadí el *don* á mi nombre de bautismo, á imitacion de no pocos paisanos míos que sin tenerle, y por honrarse, se le ponen á sí mismos en los países estrangeros. Hacíame, pues, llamar con descaro *el señor don Rafael*, y como habia traído de Argel lo que bastaba

para sostener dignamente esta postiza nobleza, me presenté en la corte con decoro. Los caballeros á quienes me habia recomendado Azarini, publicaban en todas partes que yo era un sugeto de distincion; y como no lo desmentian las modales caballerescas que habia estudiado bien, era generalmente tenido por persona de importancia.

## CAPITULO VII.

COMO SOY CHRISTIANO QUE AHORA  
SE SIGUE LO MEJOR DE LA HISTORIA  
DE DON RAFAEL.

Supé entrometerme muy presto con los primeros señores de la corte, los quales me presentaron al gran Duque, y tuve la fortuna de caerle en gracia. Dedicuéme á hacerle la corte, y á estudiarle el genio. Oía para esto con atencion lo que decian de él los cortesanos mas viejos y experimentados. Observé entre otras cosas que le gustaban mucho los cuentos graciosos traídos con oportunidad, y los dichos agudos. Governéme por estas reglas, y todas las mañanas estudiaba yo los cuentos que habian de lucirlo

en aquel día, y el modo de introducir ó de traer la conversacion donde siempre viniesen á pelo. Sabía de memoria un gran número de ellos, y tantos que parecia tener un saco lleno. No obstante que procuraba gastarlos con economía, veía que poco á poco se iba apurando el caudal, de suerte que me hubiera visto precisado á echar mano de la triste figura llamada *repetition*, si mi genio, fecundo en invenciones, no me hubiese socorrido con abundancia, de manera que yo mismo componia cuentos graciosos, que divertian mucho al gran Duque. Y (lo que sucede muchas veces á los ingeniosos y agudos de profesion) todas las mañanas apuntaba en mi libro de memoria las agudezas y chistes que habia de decir aquel día, vendiéndolos como ocurridos de repente.

Metíme tambien á poeta, y consagré mi musa á las alabanzas del príncipe. Confieso que mis versos no valian un comino. Por eso nadie los criticó; pero aun siendo buenos, dudo mucho que el Duque los hubiera celebrado mas: el hecho es que le agradaban infinito, lo que quizá dependeria de los asuntos que yo elegia.

Fuese por lo que quisiese, aquel príncipe estaba tan pagado de mí que llegué á causar zelos á los cortesanos. Estos quisieron averiguar quien era yo; pero no lo consiguieron, y solo llegaron á descubrir que habia sido renegado. No dexaron de ponerlo en noticia del príncipe, con esperanza de desbancarme; pero lejos de salir con la suya, este chisme sirvió únicamente para que el gran Duque me obligase un dia á que le hiciese una fiel relacion de mi cautiverio en Argel. Obedécile, y mis aventuras le divirtieron infinito.

Luego que la acabé, me dixo, don Rafael, yo te estimo mucho, y quiero darte de ello una prueba tal que no te dexé género de duda. Voy á hacerte depositario de mis secretos, y para ponerte desde luego en posesion de confidente mio, te digo que amo con pasion á la muger de uno de mis ministros. Es la señora mas linda de mi corte, pero al mismo tiempo la mas virtuosa. Ocupada enteramente en el gobierno de su casa, y del todo entregada al amor de un marido que la idolatra, parece que ella sola ignora el ruido que hace en Florencia su her-

mosura. Por aqui conocerás la dificultad de conquistar su corazón. En medio de eso esta deidad, inaccesible á los amantes, alguna vez me ha visto suspirar por ella. Ha conocido muy bien lo que pasaba en mi interior; mas no por eso me lisonjeo de haberla inspirado afecto. Ningun motivo me ha dado para consentir, ni aun para concebir esperanzas. Sin embargo, no desconfío de que llegue á serla grata mi constancia, ni creo la desagrade la misteriosa y reservada conducta con que me he gobernado hasta aquí. La pasión que abrigo en mi pecho por esta dama, solo ella la conoce. En vez de dexarme llevar de mi inclinación sin reparo alguno, abusando del poder y autoridad de soberano, mi mayor cuidado ha sido deslumbrar á todo el mundo ocultándole mi amor. Parecía-me ser deudor de esta atención á Mascarini, que es el esposo de la que amo. El desinterés y zelo con que me sirve, los importantes servicios que me ha hecho, su lealtad y honradez me obligan á proceder con la mas secreta circunspección en materia tan delicada. No quiero clavar un puñal en el pecho de este marido infeliz decla-

rándome amante de su muger. Quisiera que ignorase siempre, si fuese posible, el fuego que me abrasa y consume, porque estoy creído de que moriría de pena si llegase á saber lo que ahora te confío. Deseo, pues, ocultarle todos los pasos que doy, y he pensado valerme de tí para que manifiestes á Lucrecia lo mucho que me cuesta y hace padecer la violencia á que me he condenado yo mismo. Tú serás el que la declares mis amorosos afectos. No dudo que desempeñarás muy bien este delicado encargo. Introdúctete con Mascarini, procura granjear su amistad y confianza, frecuenta su casa, y haz lo posible para conseguir la libertad de hablar siempre que quieras á su muger. Esto es lo que pretendo, y espero de tí, bien asegurado de que desempeñarás el asunto con la destreza y silencio que pide un encargo tan espinoso y de tales consecuencias.

Prometí al gran Duque hacer todo lo posible para corresponder á su inestimable confianza, y contribuir á la satisfaccion de sus deseos. Cumplí presto mi palabra. Nada omití para adquirir la amistad de Mascarini, lo que me

costó poco trabajo. Sumamente pagado de que solicitase su amistad un cortesano bien quisto del príncipe, me ahorró hacer mas de la mitad del camino. Franqueóme su casa, dióseme entrada libre en el quarto de su muger, y me atreveré á decir que en vista de mi respetuoso y circunspecto proceder no tuvo la mas mínima sospecha de la negociacion de que estaba encargado. Es verdad que como era poco zeloso, aunque italiano, se fiaba en la virtud de su esposa, y encerrándose en su despacho, me dexaba muchos ratos solo con Lucrecia. Desde luego, y sin andar con rodeos, cumplí con mi comision fielmente sobre el amor del gran Duque, y la declaré que yo iba á su casa precisamente á tratar de aquel asunto. Parecióme que no le tenia grande inclinacion; pero al mismo tiempo conocí que la vanidad la hacía oír con gusto su pretension. Complaciase en oirla sin querer corresponder. Era verdaderamente muger juiciosa y muy prudente; pero al fin era muger, y advertí que su virtud iba insensiblemente rindiéndose á la magnífica y lisonjera idea de tener dulcemente apri-



sionado á un soberano. En conclusion el príncipe podia con fundamento esperar que sin renovar la violencia de Tarquino venceria á esta Lucrecia. Sin embargo , un lance impensado desvaneció sus esperanzas , como ahora lo oirán vmds.

Soy naturalmente atrevido con las mugeres , costumbre que á la verdad me pegaron los turcos. Lucrecia era hermosa; y olvidándome de que con ella solamente debia hacer el papel de embaxador , la hablé por mí en lugar de hablarla por el gran Duque. Ofrecíla mis obsequios sin andar con ceremonias. En vez de ofenderse de mi osadía , y de responderme con enfado , me dixo sonriéndose : confesad , don Rafael que el gran Duque ha tenido grande acierto en elegiros por su agente , pues tan zeloso y fiel sois en servirle. De veras que le servis con una lealtad que no hay palabras para encarecerla. Señora , la respondí en el mismo tono , las cosas no se han de exâminar con tanto escrúpulo. Dexe- mos á un lado las reflexiones , que conozco no me favorecen mucho ; yo solamente he seguido lo que me dicta el corazon. Sobre todo no creo yo que

soy el primer confidente de un príncipe que en punto de galanteo ha hecho traycion á su amo. Es cosa muy frecuente en los grandes señores que sus mercurios sean sus rivales. Bien puede ser así, replicó Lucrecia, pero yo soy altiva, y solo un príncipe será capaz de merecer mi inclinacion. Arreglaos por este principio, prosiguió ella volviendo á revestirse de su natural seriedad, y mudemos de conversacion. Quiero olvidar lo que me acabais de decir; pero con la precisa condicion de que jamas volvais á hablarme de semejante asunto, pues de lo contrario podrá suceder que tengais que sentir.

Bien que este fuese un caritativo *aviso al lector*, de que yo debiera haberme aprovechado, proseguí no obstante en hablar de mi pasion á mi amada Lucrecia, y ademas la importunaba con mayor ardor que antes sobre que correspondiese á mi cariño; y fué tanta mi audacia que quise tomarme algunas libertades. Ofendida de mis expresiones y de mis atrevimientos me echó muy enhoramala, amenazándome de que no tardaria el gran Duque en saber mi inso-

lencia , y que le suplicaria me castigase como merecia mi arrojó. Díme yo tambien por ofendido de sus amenazas , y convirtiéndose en odio mi amor , determiné tomar venganza del desprecio con que me habia tratado. Busqué á su marido , y despues de haberle hecho jurar que no me descubriria , le informé de la secreta inteligencia que reynaba entre su muger y el príncipe , pintándola á ella muy enamorada del gran Duque para dar mas interes á la relacion. Lo primero que hizo el ministro para precaver todo accidente , fué encerrar sin mas ni mas en un quarto á su esposa , encargando á personas de toda confianza la custodiasen estrechamente. Mientras ella estaba cercada de vigilantes argos que dia y noche la observaban y no dexaban camino alguno por donde pudiese llegar al gran Duque noticia de lo que pasaba , yo me presenté á este príncipe con rostro triste , y le dixé que no debia pensar mas en Lucrecia , porque Mascarini habia sin duda descubierto todo nuestro enredo , puesto que habia comenzado á zelar y guardar á su muger ; que yo no sabía por donde pu-

diese haber entrado en sospechas de mí, pues siempre habia yo usado del mayor disimulo y maña: que quizá la misma Lucrecia habria informado á su esposo de mis pasos, y de acuerdo con él dexádose encerrar para librarse de sollicitaciones que asustaban y ofendian su virtud. Mostróse el príncipe muy afligido de oirme: entonces me compadeció mucho su sentimiento, y mas de una vez me pesó de lo que habia dicho; pero ya no tenia remedio. Por otra parte confieso que sentia no sé que secreta maldita alegría quando consideraba el estado á que habia reducido á una muger que solo por soberbia habia hecho tanto desprecio de mis suspiros.

Gozaba sin embargo impunemente del placer de la venganza, tan dulce á todos los corazones malvados, quando un dia, estando el gran Duque con cinco ó seis señores nos preguntó á todos: ¿que castigo os parece mereceria un hombre que abusando de la confianza de su príncipe intentase robarle la dama? Merecia, respondió un cortesano, ser desquartizado vivo: otro opinó que debia ser molido á palos hasta que expirase. El menos cruel

de aquellos italianos , y el que se mostró mas benigno al delincuente , dixo , que él se contentaria con hacerle arrojar de lo mas alto de una eminente torre. Y don Rafael, replicó el gran Duque , volviéndose hácia mí , ¿ de que parecer es? Yo á lo menos , añadió , estoy persuadido á que los españoles no son menos severos que los italianos en semejantes ocasiones.

Conocí bien , como se puede pensar , que Mascarini no habia guardado su palabra , ó que su muger habia encontrado modo de instruir al gran Duque de quanto habia pasado entre los dos. No podia menos de conocerse mi turbacion ; però con todo eso me esforcé á responder con serenidad al gran Duque : señor , los españoles son mas generosos. En igual lance perdonarian con magnanimidad al desgraciado confidente , y por este noblerasgo de bondad producirian en el ánimo del reo un eterno arrepentimiento de un delito en que habia tenido mas parte la flaqueza que la malignidad del corazon. Pues bien , me dixo el Duque , yo tengo bastante esfuerzo para hacer ese acto de magnanimidad. Perdono al traydor , conociendo que solo debo

culparme á mí mismo por haberme fiado á ciegas de un hombre desconocido , y de quien debia desconfiar despues de lo que me habian contado de él. Don Rafael, la venganza que tomo de vos es que salgais inmediatamente de todos mis estados , y no volvais á poneros delante de mí. Retíreme en el mismo punto , menos pesoso de mi desgracia que consolado de haber salido tan bien de tan peligroso apuro.

Quando llegó don Rafael á este punto de su historia no me pude contener en decirle : para un hombre tan advertido como sois , me parece fué grande error no haber salido de Florencia asi que descubristeis á Mascari ni el amor del príncipe á Lucrecia. Debiais tener por cierto que tardaria poco el gran Duque en saber vuestra traycion. Convengo en ello, respondió el hijo de Lucinda , y por lo mismo habia pensado huir el cuerpo quanto antes á pesar del juramento que me hizo el ministro de no exponerme al resentimiento del príncipe.

## CAPITULO VIII.

DA FIN A SU HISTORIA

DON RAFAEL.

**E**l dia siguiente al de mi despedida del gran Duque, me embarqué en un navío catalán que salia de Liorna para Barcelona. Desembarqué en aquella ciudad con lo que me habia quedado de las riquezas que traxe de Argel, cuya mayor parte habia disipado en Florencia por ostentar que era un caballero español. No me detuve largo tiempo en Cataluña. Reventaba por volverme quanto antes á Madrid, encantado lugar de mi nacimiento, y satisfice mis ansiosos deseos lo mas presto que me fué posible. Luego que llegué á la corte me apee por casualidad en una de las posadas que llaman de *caballeros*, donde me encontré con una dama que tenia por nombre Camila, que aunque habia salido ya de la menor edad, todavia era apetecible; testigo el señor Gil Blas, que por aquel mismo tiempo, poco mas ó menos, tuvo la fortuna de verla en Valladolid. No era fea, pero aun era mas

discreta que hermosa. Ninguna aventurera tuvo mayor talento para traer la pesca á sus redes ; pero no era de aquellas ninfas que guardan para sí solas lo que las produce el reconocimiento de sus galanes. ¿Acababa de despojar á un mercader rico ó algun mayordomo de un gran señor? inmediatamente repartia los despojos con el primer caballero mendicante que fuese de su gusto.

Apenas nos vimos los dos quando recíprocamente nos cobramos cariño, y la conformidad de nuestras inclinaciones nos unió tan estrechamente, que presto pasó á hacer comunes nuestros bienes. A la verdad no eran estos muy considerables , y asi los comimos todos en poco tiempo. Por nuestra desgracia solo pensábamos en agradarnos uno á otro , sin valernos de las disposiciones que ambos teniamos para vivir á costa agena. La miseria en fin despertó nuestros ingenios que el placer tenia aletargados. Querido Rafael, me dixo un dia Camila , demos algunas treguas , y hagamos diversion á nuestro infructífero amor. Nuestra fidelidad es nuestra ruina. Tú puedes embobar á alguna viuda rica , y yo



pescar á algun viejo poderoso. Si proseguimos en ser fieles uno al otro, ve ahí dos fortunas perdidas. Hermosa Camila, respondí yo prontamente, me has ganado por la mano; pues iba á hacerte la misma propuesta. Vengo en ello, reyna mia. Sí por cierto, para la conservacion de nuestro amor es menester intentar hacer otras conquistas. Nuestras infidelidades serán triunfos para entrambos.

Ajustado este tratado salimos á campaña. Al principio por mas diligencias que hicimos, no pudimos encontrar lo que buscábamos. A Camila solamente se le presentaban majos y pisaverdes, es decir, personas que no tienen un quarto, y á mí solo se me ofrecian aquellas mugeres que imponen contribuciones en vez de pagarlas. Como el amor se negaba á socorrer nuestras necesidades, apelamos á enredos y bellaquerias. Hicimos tantos y tantas, que el Corregidor llegó á saberlas, y este juez en extremo severo dió orden de que nos prendiesen. El alguacil, que era tan buen hombre como taymado el corregidor, nos hizo espaldas para que saliésemos de Madrid, mediante una propineja que se

le dió. Tomamos el camino de Valladolid, é hicimos pie en aquella ciudad. Arrendé una casa donde me alojé con Camila, que por evitar el escándalo, pasaba por hermana mia. Al principio nos contuvimos en exercer nuestra habilidad, hasta tantear y conocer bien el terreno.

Un dia se llegó á mí en la calle un hombre, y saludándome muy cortesmente me dixo: ¿señor don Rafael, no me conoce vmd.? Respondíle que no. Pues yo, me replicó, conozco á vmd. muchísimo por haberle visto en la corte de Toscana, donde servia yo en las guardias del gran Duque. Pocos meses ha que dexé el servicio de aquel príncipe, y me vine á España con un italiano de los mas astutos. Estamos en Valladolid tres semanas ha, vivimos en compañía de un castellano viejo, y un gallego, mozos los dos muy honrados, y nos mantenemos todos con el trabajo de nuestras manos. Lo pasamos como unos príncipes, comiendo, bebiendo y divirtiéndonos perfectamente. Si vmd. quiere agregarse á nosotros será muy bien recibido de mis compañeros, porque segun noticias siempre le he tenido á

vmd. por un hombre muy de bien, nada escrupuloso, y en fin caballero profeso en nuestra orden.

La franqueza con que me habló aquel bribon, me estimuló á responderle con la misma. Ya que te has abierto conmigo con tanta sinceridad, le respondí, quiero hablarte con la misma. Es verdad que no soy novicio en vuestra profesion, y si la modestia me permitiera referirte mis proezas, verias que no me has hecho demasiada merced en tu ventajoso concepto; pero dexando á un lado alabanzas propias, me contentaré con decirte admitiendo la plaza que me ofreces en vuestra compañía, que no perdonaré diligencia alguna para haceros conocer que no la desmerezco. Apenas dixé á aquel ambidextro que consentia en aumentar con mi persona el número de sus camaradas, quando luego me conduxo adonde estos estaban, y desde el mismo punto me di á conocer á todos. Allí fué donde vi la primera vez al illustre Ambrosio Lamela. Exâmináronme aquellos señores sobre el arte fino y sutil de hacer propio lo ageno contra la voluntad de su dueño. Quisieron saber si te-

nia principios de la facultad, y descubríles tales y tantas tretas nuevas para ellos, que se quedaron admirados; pero mucho mas se pasmaron quando despreciando yo la sutileza de mis manos, tratándola de mecanismo y cosa ordinaria, les aseguré que en lo que yo me aventajaba era en golpes magistrales de hurtar que pedian ingenio, sagacidad y astucia. Para persuadirles que era verdad, y que comprendiesen mejor lo que les queria decir, les conté la aventura de Gerónimo Moyadas, y bastó la sencilla relacion de aquel suceso para que me reconociesen por un talento superior, y todos unánimemente me nombrasen por xefe suyo. Tardé poco en acreditar el acierto de su eleccion en una multitud de agudas briboneras que hicimos, de todas las quales era yo el director, y como la llave maestra. Quando se necesitaba alguna actriz para forjar mejor algun enredo, echá-bamos mano de Camila, que era eminente en representar todos quantos papeles se la encargaban.

Dióle por aquel tiempo á nuestro cofrade Ambrosio tentacion de ir á Galicia, y con efecto marchó á su pa-

tria , asegurándonos de su vuelta. Después que satisfizo su antojo, volvió por Burgos , sin duda para dar algun golpe de maestro; y un mesonero conocido suyo le acomodó con el señor Gil Blas de Santillana, de cuyos asuntos le informó muy bien. Vmd. señor Gil Blas , prosiguió dirigiéndome la palabra, se acordará sin duda del gracioso modo con que le desbalijamos en la posada de Valladolid. Tengo por cierto que desde luego sospechó vmd. que su criado Ambrosio habia sido el principal instrumento de aquel robo, y en verdad que os sobró la razon para sospecharlo. Luego que llegó á Valladolid vino en busca nuestra, enterónos de todo, y la gavilla se encargó de lo demas; pero no sabrá vmd. las resultas de aquel pasage, y quiero informarle de ellas. Ambrosio y yo cargamos con la balija, y montados en vuestras mulas tomamos el camino de Madrid, sin contar con Camila ni con los demas camaradas, los quales se admirarian tanto como vos, de ver que no parecíamos al dia siguiente.

A la segunda jornada pensamos de otra suerte, que fué no seguir el camino de Madrid y torcer hácia To-

ledo. Lo primero que hicimos en aquella ciudad fué vestirnos decentemente, y luego vendernos por dos hermanos naturales del reyno de Galicia que viajaban por curiosidad. En poco tiempo hicimos conocimiento con mucha gente de distincion. Estaba yo tan acostumbrado á las modales cortesanas y caballerescas, que fácilmente deslumbraba á quantos me veían y trataban. A esto se añadía, que como en un pais desconocido la calidad de los forasteros regularmente se mide por el gasto que hacen, y por el lucimiento con que se portan, ofuscábamnos á todos con los bellos y magníficos festines que empezamos á dar á las damas. Entré las que yo visitaba, encontré con una que me gustó, pareciéndome mas linda y jóven que Camila. Quise saber quien era, y me dixeron se llamaba doña Violante, muger de un caballero, que cansado ya de sus caricias, galanteaba á una cortesana que se habia apoderado de su corazon. No necesité mas noticia para determinarme á hacer á doña Violante dueña soberana de todos mis pensamientos.

Tardó poco ella misma en conocer

la adquisicion que habia hecho. Comenzé á seguirla á todas partes, y á hacer mil locuras para persuadirla que no aspiraba yo á otra cosa que á consolarla de las infidelidades de su marido. Pensó la niña un tanto sobre esto, y al cabo tuve el gusto de conocer que aprobaba mi intencion. Recibí en fin un villete de ella en respuesta á muchos que yo la habia escrito por medio de una de aquellas viejas que en España é Italia son tan cómodas para el desempeño de esta especie de recados. Decíame en el tal villete que su marido cenaba todas las noches en casa de su amiga, y que hasta muy tarde no volvía á la suya. Desde luego comprendí lo que me queria decir con esto. Aquella misma noche fuí á hablar por la reja con doña Violante, y tuve con ella una larga y afectuosa conversacion. Quedamos de acuerdo en que todas las noches á la misma hora nos hablaríamos en el propio sitio, sin perjuicio de vernos quando pudiesemos por el dia.

<sup>sup</sup> Hasta entónces don Baltasar, que así se llamaba el marido de mi princesa, podia darse por bien servido; pero siendo otros mis deseos, fuí una no-

che al sitio consabido con ánimo de decirle que ya no podia vivir sino lograba hablarla á solas en un lugar mas conveniente á la viveza de mi amor, fineza que nunca habia podido conseguir. Apenas llegué cerca de la reja, quando vi venir por la calle á un hombre, el qual conocí que me observaba. Con efecto, era el marido de doña Violante, que aquella noche se retiraba á casa algo temprano, y viendo parado alli á un hombre comenzó él mismo á pasearse por la calle. Dudé algun tiempo lo que debia hacer; pero al fin me determiné á llegarme á don Baltasar sin conocerle, ni que él me conociese á mí, y le dixé: caballero, suplico á vmd. que por esta noche me dexé libre la calle, que en otra ocasion le serviré yo á vmd. Señor, me respondió, la misma súplica iba yo á hacerle á vmd. Yo cortejo á una señorita que vive veinte pasos de aqui, á quien un hermano suyo hace guardar con la mayor vigilancia, por lo que quisiera ver desocupada del todo la calle. Espere vmd. repliqué, que ahora me ocurre un modo para que ámbos quedemos servidos sin incomodarnos, porque la dama que yo cor-



tejo, vive en esta casa, mostrándole la propia suya. Vmd. puede divertirse en la otra mientras yo me divierto en esta, y hacernos espaldas los dos si alguno de nosotros fuere acometido. Convengo en ello, repuso él: voy á ocupar mi sitio, vmd. quédese en el suyo, y socorrámonos mutuamente en caso de necesidad. Diciendo esto se apartó de mí, pero fué para observarme mejor, lo que podia hacer sin riesgo porque la noche estaba obscura.

Acercándome entónces sin rezelo á la reja de Violante, no tardó esta en venir, y comenzamos á cuchuchar. No me olvidé de repetirla mis instancias para que me concediese una audiencia privada en sitio reservado. Resistió un poco á mis ruegos para hacer mas apreciable el favor; pero despues echándome un papel que ya traia prevenido en el bolsillo: ahí va, me dixo, lo que deseais, y vereis bien despachadas vuestras súplicas. Al decir esto se retiró por quanto iba viniendo ya la hora en que acostumbraba á recogerse á casa su marido; pero este que habia conocido muy bien ser su muger el ídolo á quien yo sacrificaba, me salió al encuentro, y con fingido gozo

me preguntó: ¿y bien, caballero, está vmd. contento con su buena fortuna? Tengo motivo para estarlo, le respondí: y á vmd. ¿como le fué en la suya? Mostrósele el amor risueño y favorable? O, no, me respondió con despecho. El maldito hermano de mi querida volvió de su casa de campo un dia antes de lo que habíamos pensado, y este contratiempo ha aguado nuestro gusto, y frustrado mis no mal fundadas esperanzas.

Hicímonos don Baltasar y yo recíprocas protestas de amistad, y para estrecharla mas nos dimos palabra de vernos en la plaza mayor la mañana siguiente. Despues que nos separamos se fué don Baltasar derecho á su casa, donde no mostró á su muger la mas mínima señal de las buenas noticias que tenia de ella, y al otro dia acudió á la plaza segun lo acordado, y de alli á un momento llegué yo. Saludámonos con vivas demostraciones de amistad, tan alevosas por su parte como sinceras por la mia. Hízome el artificioso don Baltasar una falsa confianza de sus lances amorosos con la dama de quien me había hablado la noche anterior. Contóme una

larga fábula que habia forjado , todo con el siniestro fin de obligarme á corresponderle contándole yo el modo con que habia hecho conocimiento con Violante. Caí incautamente en el lazo , y con la mayor franqueza del mundo le confesé todo lo que me habia sucedido , y no contento con esto le enseñé el papel que habia recibido , y aun le leí tambien su contexto , que era el siguiente : *mañana iré á ver á Doña Ines ; ya sabeis donde vive. En casa de esta fiel amiga mia hablaremos á solas. No puedo negaros por mas largo tiempo un favor que juzgo mereceis.*

Ese es un papel , dixo don Baltasar , que le promete á vmd. el merecido premio de sus amorosos suspiros. Dóyle á vmd. de antemano la enhorabuena de la dicha que le aguarda. No dexó de parecer algo turbado mientras hablaba de esta manera ; pero fácilmente me deslumbró , ocultando á mis ojos su conmocion , y enojo. Estaba tan embelesado en mis alhagüenas esperanzas , que no me paraba en observar á mi confidente , aunque este se vió precisado á dexarme , sin duda por temor de que no conociese su agi-

tacion. Partió luego á contar á su cuñado esta aventura, é ignoro lo que pasó entre los dos; solo sé que don Baltasar vino á casa de doña Inés á tiempo que yo estaba con Violante. Supimos que era él el que llamaba, y yo me escapé por una puerta falsa antes que entrase en la sala. Luego que desaparecí, se aquietaron las dos mugeres, que se habian asustado mucho con la repentina venida del marido. Recibiéronle con tanta serenidad, que desde luego sospechó me habian escondido ó hecho escapadizo. Lo que dixo á doña Inés y á su muger no os lo puedo contar, porque nunca lo he sabido.

Entretanto, no acabando todavia de conocer que don Baltasar se burlaba cruelmente de mi sinceridad, salí de la casa echándole mil maldiciones, y me fuí derecho á la plaza, donde habia dicho á Lamela me aguardase. No le encontré, porque el bribon tenia tambien su poco de trapillo, y con suerte mas dichosa que la mia. Mientras le esperaba, vi á mi falso confidente venir hácia mí con rostro muy alegre y mucho desembarazo. Luego que llegó á mí me preguntó cómo me

habia ido con mi ninfa en casa de doña Inés. No sé que demonio , le respondí , envidioso de mis gustos , me vino á echar un jarro de agua en todos ellos. Mientras estaba á solas con ella instando y suplicando , llamó á la puerta su maldito marido , á quien lleve barrabas. Me fué preciso pensar en el modo de retirarme prontamente , y así me marché por una puerta excusada dando mil veces al diablo al grandísimo importuno que viene siempre á deshacer mis designios. A la verdad lo siento , repuso don Baltasar , alegrísimo en su interior de verme tan desazonado. Ese es un marido molesto , que no merece se le dé quartel. ¡O! en quanto á eso , repliqué yo , no dudeis que seguiré vuestro consejo. Os doy palabra de que esta misma noche se le dará despacho para el otro mundo. Su muger , al separarnos , me dixo que fuese adelante con mi empeño , y no abandonase la empresa por tan pocas cosas , que prosiguiese en acudir á su ventana á la hora acostumbrada , porque estaba resuelta á introducirme ella misma en su casa ; pero que en todo caso no dexase de ir escoltado con dos ó tres camaradas para que en qualquier lance

me hallase bien prevenido. ¡O qué prudente es esa dama! me respondió él. Yo me ofrezco desde luego acompañaros. ¡O querido amigo, repliqué yo fuera de mí de puro gozo y echándole los brazos al cuello, y de quantas finezas no os soy deudor! Aun haré mas por vos, repuso él. Yo conozco á un mozo que es un Alexandro; este nos acompañará, y con tal escolta podreis divertirnos á vuestro gusto sin sobresalto ni contratiempo.

No encontraba voces para explicar mi agradecimiento á los favores de aquel nuevo amigo: tan encantado me tenia su zelo. Acepté en fin el auxilio que me ofrecia, y dándonos el santo para cerca de la puerta de Violante á la entrada de la noche, nos separamos. Don Baltasar fué á buscar á su cuñado, que era el Alexandro de quien me habia hablado; y yo me quedé paseando con Lamela, el qual, aunque no menos admirado que yo de la eficacia con que don Baltasar se interesaba en este asunto, cayó tambien en la red como yo habia caído, sin pasarle por el pensamiento la menor desconfianza de la sencillez de aquellas finezas. Confieso que una simpli-

ciudad tan garrafal no se podia perdonar á unos hombres como nosotros. Quando me pareció que era hora de presentarme á la ventana de Violante, Ambrosio y yo nos acercamos á ella bien prevenidos de buenas armas. Hallamos en el mismo sitio al marido de la dama, acompañado de otro hombre, que nos esperaban de pie firme. Llegóse á mí don Baltasar y me dixo: este es el caballero de cuyo valor hablamos esta mañana. Entre vmd. en casa de esa señora, y disfrute su dicha sin rezelo ni inquietud.

Acabados los recíprocos cumplimientos, llamé á la puerta de mi ninfa, y vino á abrirla una especie de dueña. Entré sin advertir lo que pasaba á mis espaldas, y llegué hasta una sala donde Violante me esperaba. Mientras la estaba saludando, los dos traydores que me siguieron hasta dentro de la casa, habian entrado en ella tan atropelladamente, y cerrado tras de sí la puerta con tanta violencia, que el pobre Ambrosio se quedó en la calle. Descubriéronse entónces, y ya podeis imaginar el apuro en que yo me veria. Era menester discurrir poco y obrar mucho. Acometiéronme los dos

al mismo tiempo con las espadas desnudas, y yo les correspondí con tal denuedo, que en pocos instantes les hice ver quien yo era. Díles tanto que hacer, que se arrepintieron presto de no haber tomado medidas más seguras para la venganza. Pasé de parte á parte al marido; y el cuñado viéndole en aquel estado tomó la puerta, que Violante y la dueña habían dexado abierta al escaparse mientras nosotros reñíamos. Fuíle siguiendo hasta la calle, donde encontré á Lamela, que no habiendo podido sacar ni una sola palabra á las dos mugeres que vió iban huyendo, estaba aturdido sin saber á que atribuir aquella fuga, ni el rumor que habia oído. Volvimos á la posada, y recogiendo depriesa lo mejor que teníamos, montamos en nuestras mulas, y salimos de la ciudad antes que amaneciese.

Conocimos muy bien que el lance podia tener malas resultas, y que se harian en Toledo tales pesquisas que sería imprudencia no tomar todo género de precauciones. Hicimos noche en Villarrubia en un meson, en donde á poco rato entró un mercader de Toledo que caminaba á Segorve. Cenamos con



él, y nos contó el trágico suceso que la noche antes habia acaecido al marido de Violante, mostrándose tan ageno de sospecharnos reos en él, que con libertad le hicimos toda suerte de preguntas. Señores, nos decia, el caso lo supe esta mañana al ir á montar á caballo, con que solo entendí que no se sabía adonde habia ido á parar doña Violante, y que se hacian grandes diligencias para encontrarla; y siendo el Corregidor pariente de don Baltasar estaba en ánimo de no perdonar medio ni gasto alguno para descubrir los autores del homicidio.

Aunque nada me espantaron las pesquisas del corregidor de Toledo, no obstante, tomé desde luego la determinacion de salir quanto antes de Castilla la nueva, haciéndome cargo de que si encontraban á Violante confesaria esta quanto habia pasado, y daria tales señas de mi persona, que la justicia despacharia inmediatamente varias gentes en seguimiento mio. En virtud de estas razones resolvimos desviarnos de todo camino real desde el dia siguiente. Tuvimos la fortuna de que Lamela habia corrido las tres partes de España, y tenia bien

conocidas todas las sendas extraviadas por donde podíamos pasar con seguridad á Aragon. En vez de irnos derechos á Cuenca, nos metimos en las montañas que están antes de llegar á la ciudad, y por senderos desconocidos; pero muy practicados por mi conductor, llegamos á una gruta que tenia todas las señales de ermita. Con efecto era la misma adonde ayer noche llegaron vmds. á pedirme los recogiese.

Mientras estaba yo recreándome en ver aquellos contornos que me representaban un pais deliciosísimo, me dixo mi compañero: seis años ha que pasando yo por aqui me hospedó caritativamente en esta ermita un anciano y venerable ermitaño, que repartió conmigo los escasos víveres que tenia. Era un santo varon, y me dixo cosas tan santas y tan buenas, que faltó poco para que yo dexase el mundo. Acaso vivirá todavia, y quiero ver si es así; dicho esto se apeó de la mula el curioso Ambrosio, y entrando en la ermita, despues de haberse detenido en ella algunos momentos, salió diciéndome: apeaos, don Rafael, y venid á ver un expectácu-

lo muy lastimoso. Eché pie á tierra inmediatamente , y atando nuestras mulas á un arbol , seguí á Lamela hasta la gruta , donde entré , y vi tendido en un pobre xergon á un viejo anacoreta , pálido , consumido y moribundo. Pendia de su venerable rostro una blanca barba tan poblada y larga , que le llegaba hasta la cintura , y tenia en sus manos juntas entrelazado un gran rosario. Al ruido que hicimos quando nos acercamos á él , entreabrió los ojos , que la muerte habia comenzado ya á cerrar , y mirándonos desmayadamente un momento : *hermanos míos* , nos dixo con voz lánguida y confusa , *seais quienes fuereis , aprovechaos del espectáculo que se presenta á vuestros ojos. Quarenta años he vivido en el mundo , y sesenta en esta soledad. ¡ Ah , y que largo me parece ahora el tiempo que dediqué á mis doleytes , y qué corto el que he consagrado á la penitencia ! ¡ O Dios poderoso ! Temo mucho que las austeridades del hermano Juan no hayan sido bastantes para satisfacer los pecados del licenciado don Juan de Solis.*

Apenas dixo estas palabras quando espiró ; y los dos nos quedamos atónitos á vista de su muerte. Seme-

jantes objetos siempre hacen impresion hasta en los mas desalmados. Duró poco nuestra conmocion ; porque olvidamos presto lo que acabábamos de oir , y comenzamos á hacer inventario de todo lo que habia en la ermita. No tardamos mucho tiempo en ello , pues todos los muebles consistian en lo que habeis visto en ella. No solo la tenia el hermano Juan mal amueblada , sino que hasta la despensa estaba mal provista. Todas las provisiones que hallamos se reducian á algunas pocas nueces medio podridas y algunos mendrugos de pan casi petrificados , que á la cuenta no habian podido mascar las despobladas encias del santo varon. Una cosa nos dió mas golpe , y no dexamos de extrañarla mucho. Hallamos un papel plegado en forma de carta , que el difunto habia dexado sobre la mesa , en la qual encargaba á quien le leyese , que llevase su rosario y sus sandalias al obispo de Cuenca. No acabábamos de entender con qué intencion habia podido aquella buena alma desear que se hiciese á su Obispo semejante regalo. Olíanos esto á falta de humildad , ó á cierto hipo de ser tenido por santo. ¿ Pero quien sabe si solo fué un si

es no es de tontería? Es un punto que no me meteré en decidir.

Hablando de ello Lamela y yo, le ocurrió á aquel un extraño pensamiento. Quedémonos, me dixo, en esta ermita, y disfracémonos de ermitaños. Enterrémos al hermano Juan. Tú pasarás por él; y yo con el nombre del hermano Antonio iré á pedir limosna por los lugares y aldeas del contorno. De esta manera, no solo estaremos á cubierto de las pesquisas del corregidor de Toledo, que no creo pueda pensar en buscarnos aquí, sino que espero lo pasarémos bien, en virtud de los conocimientos que tengo en la ciudad de Cuenca. Aprobé este extraño pensamiento, no ya por las razones que Ambrosio me alegaba, sino por un rasgo de fantasía, y por hacer papel en una que se me figuraba pieza de teatro. Abrimos, pues, una sepultura á treinta ó quarenta pasos de la gruta, y enterramos en ella al hermano Juan despues de haberle despojado de su hábito, que consistia en una sola túnica ceñida al cuerpo con una correa de cuero, y le cortamos tambien la barba para hacerme con ella á mí una postiza; en fin, hechos los funera-

les tomamos posesion de la ermita.

Pasámoslo muy mal el primer dia, viéndonos precisados á mantenernos solamente de la triste provision que nos habia dexado el difunto ; pero el dia siguiente antes de amanecer salió Lamela á campaña con las dos mulas que vendió en Cuenca , y por la noche volvió cargado de víveres y de otras cosillas que habia comprado. Traxo todo lo que era menester para disfrazarnos bien. Hizo para sí una túnica ó hábito de paño pardo , y una barbilla roxa de crines , la que se supo acomodar con tal arte que parecia natural. No hay en el mundo mozo mas mañoso que él. Arregló tambien la barba del hermano Juan , ajustómela á la cara , y púsome en la cabeza un gran gorro de lana obscura , que contribuia mucho para disimular el artificio. Se puede decir que nada faltaba para nuestro perfectísimo disfraz. Hallámonos los dos en este ridículo equipage de manera que no podíamos mirarnos sin reirnos , viéndonos en un traje que ciertamente no nos convenia. Con la túnica del hermano Juan heredé tambien su rosario y sus sandalias , que no hice escrúpulo de apropiarme en vez de

regalárselas al obispo de Cuenca.

Pasáronse tres dias de nuestro ermitañoismo sin haber visto en todos ellos alma viviente, pero al quarto entraron en la gruta dos aldeanos que traian al difunto, creyendo que estuviese vivo y sano, pan, queso y cebollas. Luego que los vi me eché en mi tarima, y me fué fácil alucinarlos, fuera de que ellos no podian distinguirme bien por la escasa luz de la ermita, y procuré imitar lo mejor que pude la voz del hermano Juan, cuyas últimas palabras habia oido; de manera que los pobres hombres no tuvieron la menor sospecha de aquella supercheria, y solo mostraron alguna admiracion de hallarse en la gruta con otro ermitaño, ademas del hermano Juan. Pero advirtiéndolo el socarron de Lamela, les dixo con cierto ayre hipocriton, no os admireis, hermanos, de verme á mí en esta soledad. Estaba yo en una ermita de Aragon, y la he dexado por venir á acompañar al venerable hermano Juan, y asistirle en su extrema vejez, considerando la necesidad que tendria en ella de este alivio. Los inocentes labradores prorumpieron en infinitas alabanzas de Ambrosio, ensalzando hasta el cielo su heroica caridad, y dán-

dose á sí mismos mil parabienes por la dicha de tener dos hombres santos en su país.

Habia comprado Lamela unas grandes alforjas, y cargado con ellas partió por la primera vez á dar principio á la cuesta en la ciudad de Cuenca, que solo dista una corta legua de la ermita. Como la naturaleza le ha dotado de un exterior devoto y compungido, con una voz semiatiplada y pegajosa, y que además de eso posee en supremo grado el arte de hacer valer estas prendas naturales, no es ponderable la facilidad con que movía el corazón de las personas caritativas á darle limosna, y así en poco tiempo llenó las alforjas de los dones de su piadosa liberalidad. Amigo Ambrosio, le dixe quando volvió á la ermita, te doy el parabien del admirable talento que tienes para ablandar y enternecer los corazones christianos. Vive diez que parece has exercitado por muchos años el oficio de demandante. Algo mas he hecho, me respondió, que hacer abundante cosecha, porque has de saber que he encontrado á cierta ninfa llamada Bárbara, que fué algo mia en otro tiempo. Vive con otras dos ó tres beatas que edifican el mun-



do en público, y hacen una vida muy diferente en casa. Al principio no me conoció, tanto que me vi obligado á decirle: ¿como así, señora Bárbara? ¿Es posible que ya desconozcais á uno de vuestros antiguos amigos y vuestro humilde servidor Ambrosio? Por vida mia, señor Lamela, respondió Bárbara, que jamas podia soñar el veros vestido con este traje. ¿Por que diablos de aventura habeis venido á parar en ermitaño? Eso es cosa larga, la respondí, y ahora no puedo detenerme á contárosla; pero á la noche volveré, y satisfaré vuestra curiosidad. Tambien vendrá conmigo mi compañero el hermano Juan. ¿Que hermano Juan? replicó ella: ¿aquel viejo y buen ermitaño, que vive en una ermita cerca de esta ciudad? No pienses en eso. Es verdad, la respondí, que en otro tiempo tuvo muchos años; pero de pocos dias á esta parte se ha remozado tanto que no soy yo mas mozo que él. Pues bien, respondió Bárbara, siendo eso así, que venga contigo. Sin duda que en eso se oculta algun misterio.

No dexamos al dia siguiente de ir á casa de aquellas embusteras luego que la noche nos lo permitió. Nos te-

nian prevenida una gran cena , y asi que entramos en su casa nos quitamos las barbas postizas , y el hábito eremítico , y nos presentamos tales quales eramos ; y ellas por no parecer menos francas que nosotros , se descubrieron tambien ni mas ni menos que eran , mostrándonos de quanto son capaces las falsas devotas quando arriman á un lado las gazmoñerías de la aparente devocion. Pasamos casi toda la noche á la mesa , y no nos retiramos á nuestra gruta hasta poco antes de amanecer. Repetimos presto la visita , ó por mejor decir , seguimos el mismo método por espacio de tres meses , y gastamos con aquellas ninfamas de los dos tercios de nuestro caudal ; pero cierto zeloso lo ha descubierto todo , dando parte á la justicia , la qual debia hoy ir á la ermita á echarnos mano. Ayer mientras Ambrosio iba continuando su cuesta por la ciudad , una de las beatas le entregó un villete , diciéndole : una amiga mia me escribe esta carta , que iba ahora á buscar á un hombre para que se la llevase á vmd. Muéstresela al hermano Juan , y tomen sus medidas en informándose de su contenido. Este es aquel mismo villete que Lamela me entregó ayer en

vuestra presencia, y el que me obligó á abandonar tan precipitadamente mi solitaria habitacion.

## CAPITULO IX.

DE LA CONFERENCIA QUE TUVIERON DON RAFAEL Y SUS OYENTES, Y DE LA AVENTURA QUE LES SUCEDIÓ AL QUERER SALIR DEL BOSQUE.

Luego que acabó don Rafael de contar su historia, que á todos nos pareció muy pesada, don Alonso le dixo, por cortesía, que verdaderamente le habia divertido mucho. Despues de este cumplido, tomó la palabra el señor Lamela, y volviéndose á su compañero le dixo: don Rafael, el sol está ya para ponerse, y me parece del caso que tratemos del partido que hemos de tomar. Dices bien, le respondió Rafael: es menester pensar adonde hemos de ir. Yo, continuó Lamela, soy de parecer que sin perder tiempo nos pongamos en camino, y procuremos llegar esta noche á Requena, para entrar mañana en el reyno de Valencia, donde pondremos en movimiento los registros de nuestra industria. Siento acá dentro de mí co-

razon no sé qué presagio de que daremos golpes magistrales. Don Rafael, que tenia gran fe en sus pronósticos sobre estos asuntos, reputándolos infalibles, accedió luego á su opinion. Don Alonso y yo, como nos habíamos puesto en manos de aquellos dos hombres de bien, esperamos sin hablar palabra la resulta de aquella conferencia.

Resolvióse, pues, que tomásemos la vuelta de Requena, y nos dispusimos todos para ello. Comimos un bocado, y despues cargamos el caballo con un pellejo de vino, y lo restante de las provisiones. Sobreviniendo la noche, de cuya lobreguez teníamos necesidad para caminar seguros, quisimos salir del bosque; pero aun no habiamos andado cien pasos, quando descubrimos por entre los árboles una luz que nos dió mucho en que pensar. ¿Que significa aquella luz? preguntó don Rafael. ¿No sean quizá los corchetes de Cuenca despachados en seguimiento nuestro, que sintiéndonos en este bosque nos vengán á buscar en él? No lo creo, dixo Ambrosio; antes bien serán algunos pasajeros, que por haberles cogido la noche, se habrán refugiado aqui hasta que amanezca;

pero en todo caso , porque puedo engañarme , quiero ir á reconocerlos yo , mientras tanto quédense los tres en este puesto , que vuelvo en un momento. Diciendo esto se fué acercando poco á poco adonde se dexaba ver la luz , que no estaba muy distante. Fué desviando con mucho tiento las ramas y matorrales que le impedían el paso , y al mismo tiempo mirando á todas partes con toda la atencion que á su parecer merecia el caso : vió sentados sobre la yerba , al rededor de una vela colocada sobre un montoncito de tierra , á quatro hombres , que acababan de comer una empanada , y de agotar una gran bota de vino. A pocos pasos de distancia descubrió á un hombre y á una muger atados á un arbol , y algo mas allá un coche de camino con mulas ricamente enjaezadas. Desde luego sospechó que los quatro hombres que estaban sentados eran ladrones , y por la conversacion que les oyó , acabó de conocer que no habia sido temeraria su sospecha. Disputaban los quatro salteadores sobre de quien habia de ser la dama que les habia caido en las manos , y trataban de sortearla. Enterado plenamente Lamela , volvió adonde está-

bamos , y nos informó menudamente de todo lo que habia visto y oido.

Señores , dixo entónces don Alfonso , la muger y el hombre que tienen atados á un arbol los ladrones , quizá serán una señora y un caballero de mucha distincion. ¿Y hemos de sufrir nosotros que sirvan de víctima á la barbarie , y á la lasciva brutalidad de unos infames asesinos? Creedme , señores , arrojémonos á esta vil canalla , y mueran todos á nuestras manos. Consintió don Rafael , diciendo : yo estoy tan pronto á hacer una buena accion como una mala. Ambrosio por su parte protestó , que solo deseaba concurrir á una empresa tan loable , cuyas consecuencias no podian menos de ser muy ventajosas para todos , y añadió : atrévome á decir que en esta ocasion el peligro no me amedrenta , y que ningun caballero andante emprendió jamas con mayor gusto ni valor hazaña alguna peligrosa en servicio de su dama. Pero si las cosas se han de vender por su justo precio , y si no se ha de hacer traycion á la verdad , el hecho es que el riesgo no era grande , porque habiéndonos dicho Lamela que las armas de los ladrones estaban todas amontonadas en un sitio á diez





*Pamela y sus compañeros libran al  
Conde de Polan y á su hija Serafina  
del poder de unos ladrones.*



ó doce pasos de ellos , nos era fácil executar nuestra resolución á mano salva. Atamos, pues, á un arbol el caballo , y nos fuimos acercando con silencio y á paso lento á los ladrones. Acalorados estos con el vino, hablaban todos á un tiempo con voces desentonadas , rumor confuso que favorecia mucho al golpe de la sorpresa. Apoderámonos de sus armas antes de que nos viesen , y disparándolas á la vez todos quatro , apuntando cada uno al suyo casi á boca de jarro , todos quatro ladrones cayeron tendidos en el suelo.

Agitado el viento con los tiros apagó la luz, y nos quedamos en una tenebrosa obscuridad. Sin embargo de esto acudimos inmediatamente adonde estaban atados el hombre y la muger : desatámoslos prontamente ; pero estaban tan poseidos del terror , que no tuvieron aliento ni voz para darnos las gracias por el bien que les hacíamos. Verdad es que ignoraban aun si nos debian mirar como á bienhechores , ó como á nuevos enemigos que los habian librado de los otros , quizá para tratarlos peor. Pero nosotros procuramos sosegarlos quanto antes , asegurándoles que los íbamos á conducir á una venta , que segun decia Ambro-

sio , no distaba mas que media legua de alli , donde podrian recobrase del susto , descansar lo que les pareciese , y seguir despues libremente su camino. Despues de esta seguridad , que los consoló y animó mucho , los metimos en su coche , y los sacamos fuera del bosque , tirando nosotros las mulas por el freno. Nuestros anacoretas fuéron á visitar las faltriqueras de los vencidos. Volvimos despues á desatar y traer con nosotros el caballo de don Alfonso , y nos apoderamos tambien de los que eran de los ladrones , que estaban atados á varios árboles junto al campo de batalla. Montados en unos , y llevados otros del diestro , seguimos al hermano Antonio , que habia montado en una mula del coche , haciendo de cochero para conducirlo á la venta , habiendo tardado dos horas en llegar á ella , aunque el señor Lamela nos habia dicho que estaba apartada del bosque no mas que media legua.

Llamamos á la puerta con gran fuerza dando terribles golpes , porque toda la gente de casa dormia á pierna suelta. Levantáronse , y vistiéronse de priesa el ventero y la ventera , que no mostraron el menor enfado de que les hubiesen despertado á lo mejor del

sueño , quando vieron una comitiva que prometia hacer mucho mas gasto del que efectivamente hizo. En un momento encendieron luces por toda la venta. Don Alfonso y el ilustre hijo de Lucinda dieron el brazo á la señora y al caballero para ayudarlos á baxar del coche , sirviéndoles como de gentiles hombres hasta el quarto donde los conduxo el ventero. Allí se hicieron mil recíprocos cumplimientos ; y quedamos verdaderamente admirados quando llegamos á saber que los personages que habíamos libertado eran no menos que el mismo conde de Polan y su hija Serafina. Pero ¿quien podrá describir el asombro de esta señora y de don Alfonso quando se conocieron? El Conde no hizo atencion á este pasage porque estaba distraido. Púsose á contar menudamente el modo con que les habian asaltado los ladrones , y caido al fin en sus manos despues de haber muerto al cochero , á un page , y á un ayuda de cámara. Acabó diciendo que nos estaba infinitamente agradecido á todos , y que si queriamos ir á Toledo , donde estaria de vuelta dentro de un mes , nos daria tales pruebas de ello, que bastasen á hacernos conocer si

era ingrato ó reconocido. A la hija de aquel señor no se la olvidó darnos tambien mil gracias por la libertad que nos debia ; y habiendo juzgado don Rafael y yo que naturalmente gustaria don Alfonso de que le facilitásemos el medio de hablar un rato á solas con aquella jóven viuda , lo dispusimos prontamente, divirtiendoy entreteniendo al conde de Polan. Bella Serafina, la dixo don Alfonso en voz muy baxa , ya no me quejaré de mi desgraciada suerte que me obliga á vivir como un bandido desterrado de la sociedad civil , habiendo tenido la fortuna de contribuir en parte al importante servicio que se os ha hecho. ¡ Ah ! respondió ella suspirando, ¿ sois vos el que me habeis salvado el honor y la vida ? ¿ Sois vos á quien mi padre y yo somos tan deudores ? ¡ Ah don Alfonso ! ¿ por que fuísteis vos quien dió muerte á mi hermano ? No dixo mas , pero dixo lo bastante , y en un tono para que él conociese que si don Alfonso amaba con extremo á Serafina , no amaba menos ciegamente Serafina á don Alfonso.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

# ÍNDICE

## DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO SEGUNDO.

### LIBRO TERCERO.

- C**AP. V. *Vése Gil Blas de repente en lances de amor con una hermosa desconocida....* PAG. 3.
- CAP. VI. *De la conversacion de algunos señores sobre los comediantes de la compañía del coliseo del Príncipe.....* 19.
- CAP. VII. *Historia de don Pompeyo de Castro.....* 29.
- CAP. VIII. *Muda Gil Blas de amo por cierto accidente que sucedió.....* 43.
- CAP. IX. *Del amo á quien Gil Blas fué á servir despues de la muerte de don Matías.....* 53.
- CAP. X. *Entra Gil Blas á servir de mayordomo en casa de Arsenia ; informes que le da Laura de los comediantes.....* 59.
- CAP. XI. *Del modo con que vivian*

- entre sí los comediantes, y cómo trataban á los autores de comedias.....* 68.
- CAP. XII. *Toma Gil Blas inclinacion al teatro; entrégase enteramente á los enredos de la vida cómica, y dentro de poco se disgusta de ella.....* 77.

## LIBRO CUARTO.

- CAP. I. *No pudiendo Gil Blas acomodarse á las costumbres de los comediantes, se sale de casa de Arsenia, y halla mejor conveniencia.....* 85.
- CAP. II. *Cómo recibió Aurora á Gil Blas, y la conversacion que con él tuvo.....* 95.
- CAP. III. *De la gran novedad que sucedió en casa de don Vicente, y de la extraña determinacion que el amor hizo tomar á la bella Aurora.....* 103.
- CAP. IV. *El casamiento por venganza.....* 114.
- CAP. V. *De lo que hizo en Salamanca doña Aurora de Guzmán.....* 168.
- CAP. VI. *Ardides de Aurora para*

- que la amase don Luis Pacheco..... 186.
- CAP. VII. Muda de amo Gil Blas, poniéndose á servir á don Gonzalo Pacheco..... 203.
- CAP. VIII. Carácter de la marquesa de Chaves; y personas que la visitaban..... 224.
- CAP. IX. Sálese Gil Blas de casa de la marquesa de Chaves: motivo que tuvo para ello, con lo demas que se verá..... 233.
- CAP. X. Historia de don Alfonso, y de la bella Serafina..... 242.
- CAP. XI. Quién era el viejo ermitaño, y cómo conoció Gil Blas que se hallaba en pais de amigos..... 270.

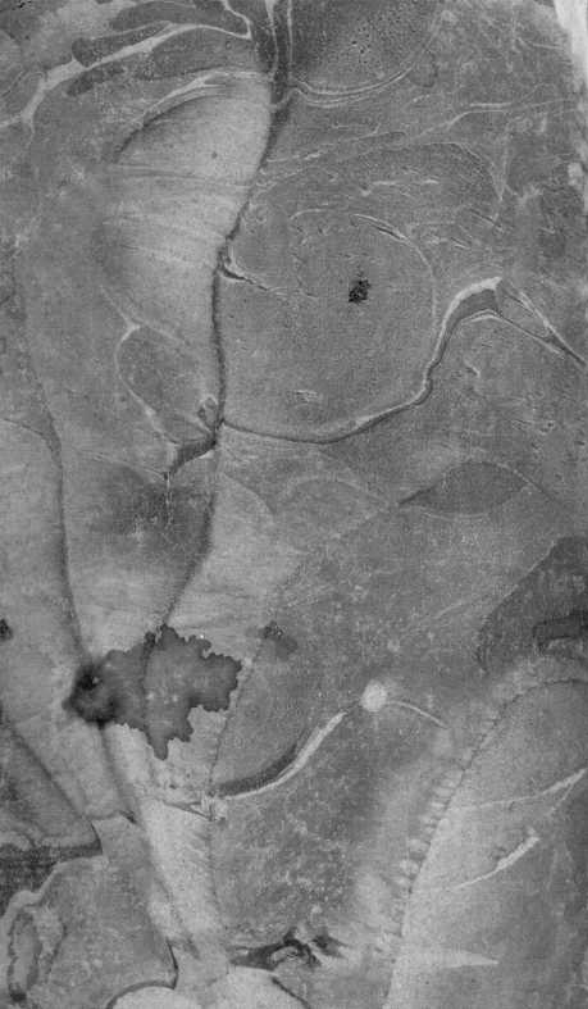
## LIBRO QUINTO.

- CAP. I. Historia de don Rafael. 279.
- CAP. II. Prosigue la historia de don Rafael..... 314.
- CAP. III. Va adelante la misma historia..... 326.
- CAP. IV. Suénase los mocos don Rafael, límpiase, gargagea, y prosigue su relación..... 341.
- CAP. V. Historia de Lucinda,

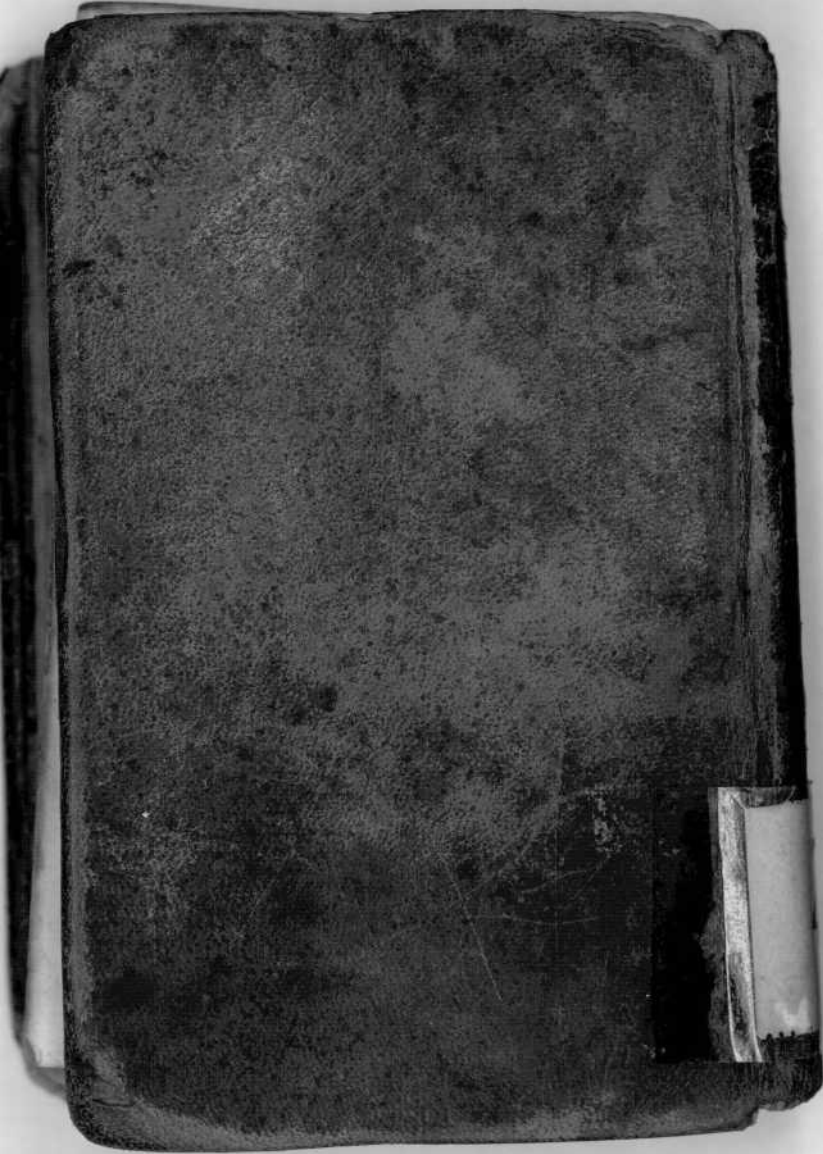
<i>madre de don Rafael.....</i>	347.
CAP. VI. <i>Prosigue la historia del</i> <i>hijo y de la madre.....</i>	362.
CAP. VII. <i>Como soy christiano que</i> <i>ahora se sigue lo mejor de la</i> <i>historia de don Rafael.....</i>	369.
CAP. VIII. <i>Da fin á su historia</i> <i>don Rafael.....</i>	381.
CAP. IX. <i>De la conferencia que</i> <i>tuvieron don Rafael y sus</i> <i>oyentes , y de la aventura que</i> <i>les sucedió al querer salir del</i> <i>bosque.....</i>	409.











AVENTURAS  
DE  
GIL BLAS

4734